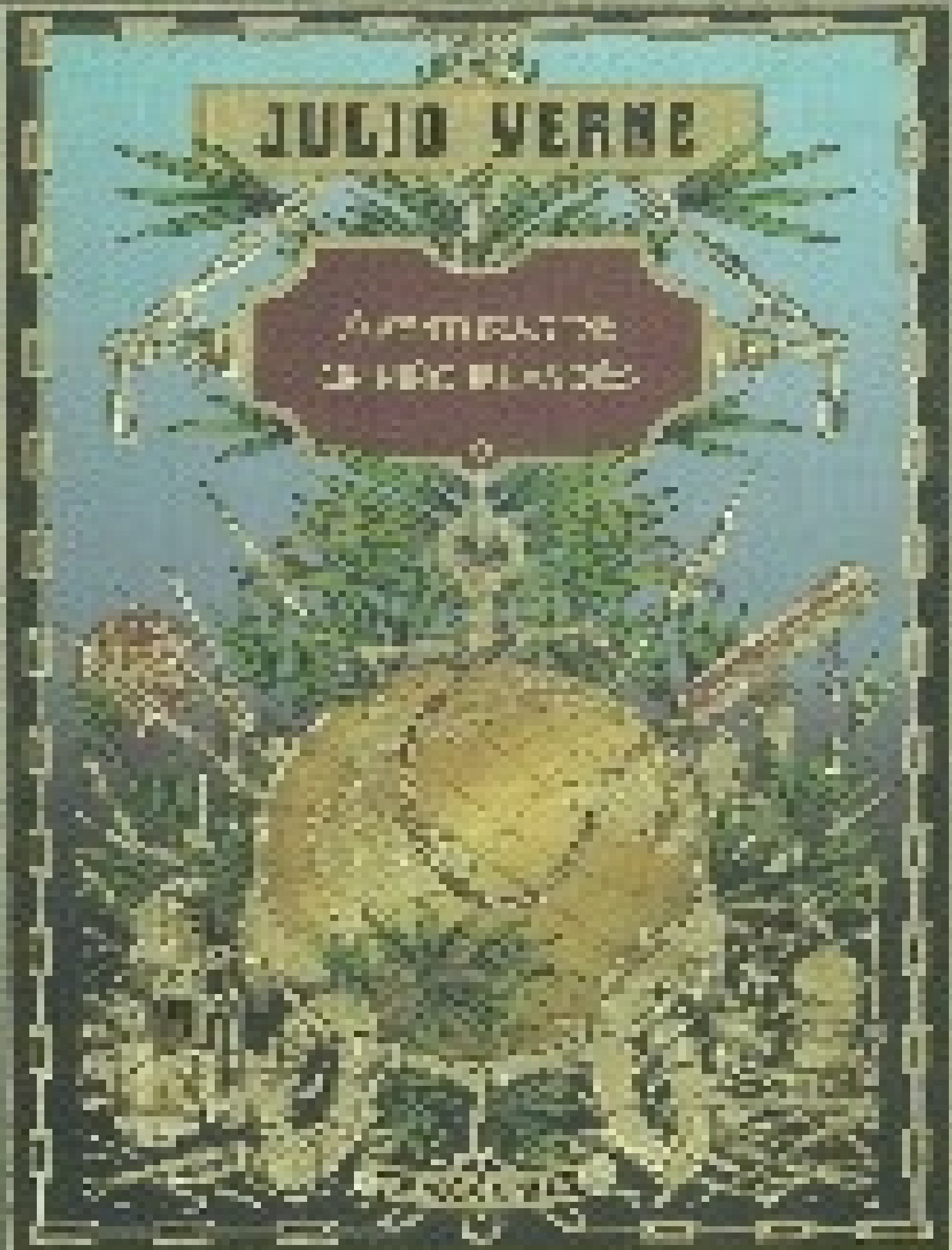


JULIO VERNE

AUTOUR DU MONDE
EN HUIT JOURS



Annotation

Un joven huérfano supera la adversidad a medida que va creciendo. Así, empieza su propio negocio con la ayuda de otro huérfano, cuya vida había salvado. Verne comienza a contar las aventuras e historias de este muchacho desde que era pequeño hasta que se establece y triunfa a la edad de quince años.

AVENTURAS DE UN NIÑO IRLANDÉS

Un joven huérfano supera la adversidad a medida que va creciendo. Así, empieza su propio negocio con la ayuda de otro huérfano, cuya vida había salvado. Verne comienza a contar las aventuras e historias de este muchacho desde que era pequeño hasta que se establece y triunfa a la edad de quince años.

Título Original: *P'Tit Bonhomme*

Autor: Verne, Julio

©2008, RBA Coleccionables

Colección: Colección Hetzel

ISBN: 9788447358335

Generado con: QualityEbook v0.52

PRIMERA PARTE:

PRIMEROS PASOS

I EN EL FONDO DE CONNAUGHT

Irlanda, cuya superficie comprende veinte millones de acres, o sea unos diez millones de hectáreas, está gobernada por un virrey, asistido de un Consejo privado, en virtud de una delegación del soberano de Gran Bretaña. Está dividida en cuatro provincias: Leinster al este, Munster al sur, Connaught al oeste y Ulster al norte.

El Reino Unido no formaba antes más que una sola isla, según los historiadores.

Ahora son dos y más separadas por la diferencia de costumbres que por las barreras físicas. Los irlandeses amigos de Francia son enemigos de Inglaterra como el primer día.

Irlanda es un hermoso país para los turistas, pero un triste país para sus habitantes. Como éstos no pueden fecundarla, ella no les puede alimentar, sobre todo en la parte del norte. No es, sin embargo, una tierra estéril, puesto que cuenta por millones sus hijos, y si no tiene alimento para ellos, sus hijos la aman con pasión. Prodíganle los más cariñosos nombres. Erin Verde, y verde es, en efecto. Bella Esmeralda, una esmeralda engarzada en granito en vez de en oro... Isla de los Bosques... pero es más bien de las rocas. Tierra de la Canción, pero esta canción sólo se escapa de bocas enfermas. Primera flor de la Tierra, Primera flor de los Mares, pero estas flores se secan pronto al soplo de los vendavales... ¡Pobre Irlanda! Debería llamarse más bien Isla de la Miseria, nombre que debería llevar desde muchos siglos atrás: tres millones de indigentes en una población de ocho millones de habitantes.

En esta Irlanda, cuya altura media es de sesenta y cinco toesas, dos altas regiones separan las llanuras, lagos y hornagueras, entre la bahía de Dublín y la de Galway. La isla forma una especie de cubeta, donde jamás falta el agua, puesto que la unión de los lagos de Erin Verde comprende unos dos mil trescientos kilómetros cuadrados.

Westport, pequeña ciudad de la provincia de Connaught, está situada en el fondo de la bahía de Clew, sembrada de trescientas sesenta y cinco islas o islotes como el Morbihan de las costas de Gran Bretaña.

Esta bahía es una de las más encantadoras del litoral, con sus promontorios, sus cabos y sus puentes dispuestos como dientes de tiburones que muerden las olas.

En este punto vamos a encontrar a Hormiguita, al principio de su historia. Se verá cómo y cuándo terminó.

Los naturales de este pueblo, unos cincuenta mil habitantes, es en gran parte católica. Aquel día, un domingo precisamente, 17 de junio de 1876, la mayoría de los habitantes estaba en la iglesia para los oficios de la mañana. El Connaught, tierra de origen de los Mac —Mahon, produce esos tipos célticos por excelencia que se conservan en las familias primitivas atacadas por la persecución. Pero aquel miserable país no justifica lo que se dice comúnmente de él Ir a Connaught, es ir al infierno.

En los pueblos de la alta Irlanda hay mucha pobreza, y sin embargo hay trapos que lucen en las fiestas. Los hombres llevan la capa remendada; las mujeres visten faldas sobrepuestas, y se cubren con sombreros con flores artificiales de las que no queda más que el armazón de alambre. Todos llegan con los pies desnudos al umbral de la iglesia a fin de no estropear su calzado: botines de suela rota y botas destrozadas, sin las que ninguno querría franquear el pórtico del templo.

En aquel momento, no había nadie en las calles de Westport, excepto un individuo que iba en una carreta arrastrada por un perrazo delgado y sin lana, negro y feo, con las patas destrozadas por los guijarros, y el pelo deslucido por la cuerda.

—¡Muñecos reales! ¡Muñecos! —gritaba aquel hombre.

Viene de Castlebar. Dirigiéndose hacia el oeste ha atravesado esas alturas que hacen frente a la mar como la mayor parte de las montañas de Irlanda: al norte, la cadena del Nephin, con su cima de dos mil quinientos pies, y al sur el Croagh-Patrick, donde el gran santo irlandés, el introductor del cristianismo en el siglo IV, pasaba los cuarenta días de la cuaresma; después ha descendido por los peligrosos desfiladeros de Connemara, las salvajes regiones de los lagos Mask y Corril que desembocan en Clew-Bay. No ha tomado el ferrocarril de Midland Great-Western que pone a Westport en comunicación con Dublín, sino que ha bajado por el camino franco gritando por todas partes y pregonando su

espectáculo de muñecos, y pegando latigazos al perro, que ya no puede más. Un feroz ladrido de dolor responde al latigazo lanzado por una mano vigorosa, y alguna vez una especie de gemido sale del interior de la carreta.

Y después de que el hombre haya dicho al animal:

—¡Andarás, hijo de perra! —parece que se dirige a otro oculto en el fondo de la carreta cuando grita:

—¡Callarás tú, hijo de perro!

El gemido cesa. Y la carreta se pone de nuevo lentamente en marcha. Este hombre se llama Thornpipe: ¿De qué país es? Poco importa. Baste saber que es uno de esos anglosajones que las islas Británicas producen en las clases bajas. No tiene más sensibilidad que una bestia, ni más corazón que una roca. Desde que llegó a las primeras viviendas de Westport siguió la calle principal, rodeada de casas bastante confortables con tiendas de pomposos letreros, pero donde poco se encontraba que comprar. En esta calle desembocan callejuelas sórdidas como arroyos fangosos que se arrojan en un limpio río. Sobre los agudos guijarros de que está empedrada la calle, la carreta de Thornpipe marchaba con ruido de herraje, con detrimento sin duda de los muñecos, que llevaba para solaz de los habitantes de las poblaciones de Connaught.

Faltaba el público. Thornpipe continuó descendiendo, y llegó a una calle arbolada, ante la que se extendía un parque cuya alameda conducía al puerto abierto sobre la bahía de Clew.

No es preciso decir que ciudad, puerto, parque, calles, puentes, iglesias, casas, todo pertenecía a uno de esos opulentos landlords que poseen casi todo el suelo de Irlanda, al marqués de Sligo, de pura y antigua nobleza, el que no era un mal dueño a los ojos de sus colonos.

A los veinte pasos, Thornpipe detuvo su carreta, miró en torno y, con una voz que parecía un chirrido de una máquina mal engrasada, gritó: —¡Muñecos reales, muñecos!

Nadie salía de las tiendas, ni se asomaba a las ventanas. Aquí y allá aparecían algunos harapos y de entre ellos, caras hambrientas, ojos enrojecidos, hundidos, como esas aberturas a través de las que se ve el vacío. Después niños casi desnudos; cinco o seis de éstos se acercaron al fin a la carreta de Thornpipe

cuando éste hizo alto en la gran alameda. Todos gritaron:

—¡Copper! ¡Copper!

Es ésta una moneda de cobre de ínfimo valor. ¿A quién se dirigían estos niños? A un hombre que tiene más deseo de recibir limosna que de darla. Así, acogió a los muchachos con gestos amenazadores. Los chicos procuraron mantenerse lejos de su látigo, y más aún de los dientes del perro, una verdadera bestia feroz, rabiosa por los malos tratos.

Por otra parte, Thornpipe está furioso. Grita en el desierto. Paddy (es irlandés como John Bull es inglés) no muestra ninguna curiosidad por sus muñecos reales. No es cierta enemistad por la augusta familia de la Reina. No. Lo que no le gusta, lo que odia con un furor amasado durante muchos siglos de opresión, es al landlord que le considera como un ser inferior a los antiguos siervos de Rusia.

Y si él ha aclamado a O'Connell, es porque este gran patriota ha sostenido los derechos de Irlanda, establecidos por el acto de la unión de los tres reinos en 1806; es porque más tarde la energía, la tenacidad, la audacia política de aquel hombre de Estado han obtenido el bill de emancipación de 1829; es porque gracias a su actitud incorruptible, Irlanda, esa Polonia de Inglaterra, la Irlanda católica, sobre todo, iba a entrar en un período de casi libertad. Creemos que Thornpipe hubiera procedido más sabiamente enseñando a O'Connell; pero no era esta suficiente razón para desdeñar la efigie de su graciosa majestad.

Verdad es que Paddy hubiera preferido, y mucho, el retrato de su soberana en monedas, libras, coronas, medio coronas; y precisamente este retrato es lo que falta generalmente en los bolsillos del irlandés.

Ningún espectador serio se rendía a las invitaciones de Thornpipe: la carreta se puso en marcha de nuevo, tirada penosamente por el perro. Thornpipe continuó su paseo por la calle arbolada y a la sombra de los magníficos olmos. Se encontraba solo... Los chicos acabaron por abandonarle. De esta suerte llegó al parque circundado de avenidas que el marqués de Sligo dejaba a la circulación pública, a fin de dar acceso al puerto, distante una milla larga de la ciudad.

—¡Muñecos reales!... ¡Muñecos!...

Nadie respondía. Los pájaros arrojaban agudos trinos volando de un árbol a otro. El parque estaba no menos abandonado que la calle. ¿Por qué ir en domingo a invitar a los católicos a aquella exhibición, cabalmente a la hora de

los oficios? Preciso era que Thornpipe no fuera del país. ¿Tal vez después de la comida, entre la misa y las vísperas, su tentativa sería más afortunada? En todo caso, él no tenía inconveniente en llegar hasta el puerto, lo que hizo jurando, ya que no por San Patricio, por todos los diablos de Irlanda.

Este puerto está poco frecuentado, por más que sea el más vasto y abrigado de esta costa. Si llegan algunos navíos, es porque es necesario que Gran Bretaña, es decir, Inglaterra y Escocia, envíen a esta árida región de Connaught lo que ella no puede sacar de su propio suelo. Irlanda es un niño amamantado por dos nodrizas, pero éstas se hacen pagar cara la crianza. Varios marineros se paseaban fumando por el muelle; como era día de fiesta, la descarga de los navíos estaba suspendida.

Se sabe cuán severa es la observancia de la fiesta del domingo entre la raza anglosajona. Los protestantes aportan allí toda la intransigencia de su puritanismo, y en Irlanda los católicos rivalizan con ellos en la práctica del culto. Son, por tanto, dos millones y medio contra ciento cincuenta mil adictos a los diversos ritos de la religión anglicana.

En Westport no se veía ningún navío perteneciente a otros países. Bricks-goletas, schooners, algunos barcos de pesca, de los que trabajaban a la entrada de la bahía, no faenaban, por estar baja la marea. Aquellos navíos, venidos de la costa occidental de Escocia con cargamentos de cereales, lo que más faltaba en Connaught, se volvían a hacer al mar en lastre, después de haber descargado. Para encontrar buques de altura, era preciso ir a Dublín, a Londonderry, a Belfast, a Cork, donde hacen escala los paquebotes transatlánticos de las líneas de Liverpool y de Londres.

Evidentemente, no sería de estos marinos desocupados de los que Thornpipe podría sacar algunos chelines, y su grito debía quedar sin eco hasta en el muelle del puerto. Detuvo, pues, su carreta. El perro, hambriento y destrozado por la fatiga, se tendió sobre la arena. Thornpipe sacó de su zurrón un pedazo de pan, algunas patatas y un arenque salado, y se puso a comer con el apetito del que hace la primera comida después de una larga jornada.

El perro le miraba haciendo chocar sus mandíbulas, de las que pendía una larga lengua; pero sin duda la hora de su comida no había llegado, pues acabó por colocar su cabeza entre las patas, cerrando los ojos.

Un ligero movimiento que se produjo en el interior de la caja sacó a Thornpipe de su apatía. Se levantó; observó si alguno le veía; y alzando el tapiz que cubría la caja de sus muñecos, introdujo por él un pedazo de pan diciendo en tono feroz:

—¡Si no callas!...

Un ruido de masticación le respondió, como si un animal moribundo de hambre estuviera acurrucado en el interior. Thornpipe continuó comiendo. Pronto acabó con el arenque y las patatas cocidas, que con aquél resultaban más sabrosas. Llevó a sus labios una tosca calabaza, llena de ese suero agrio que es bebida muy común en aquel país.

Entretanto la campana de la iglesia de Westport fue echada a vuelo, anunciando el fin de los oficios. Eran las once y media. Thornpipe hizo levantar al perro de un latigazo, y se dirigió hacia la calle arbolada, con la esperanza de encontrar espectadores a la salida de la iglesia. Durante la media hora que precedía a la comida, tal vez encontraría ocasión de ganar algún dinero. Volvería a comenzar después de las vísperas, y no se pondría en camino hasta el día siguiente, a fin de exponer sus muñecos en algún otro pueblo del condado.

La idea no era mala. A falta de chelines, él sabría contentarse con coppers y por lo menos sus muñecos no trabajarían para aquel famoso rey de Prusia, cuya avaricia fue tal, que nadie vio jamás el color de su dinero. Volvió a gritar:

—¡Muñecos reales!... ¡Muñecos!...

En dos o tres minutos unas veinte personas rodearon la carreta. Decir que fueron lo más granado de la población sería exagerar. En su mayor parte eran niños, unas diez mujeres y algunos hombres, casi todos con sus zapatos en la mano, no solamente por el afán de no usarlos, sino porque así estaban más a gusto por su costumbre de andar descalzos.

Hagamos, sin embargo, una excepción con ciertos notables de Westport pertenecientes a este público de los domingos. Por ejemplo, el panadero, que se ha detenido con su mujer y sus dos hijos.

Verdad que su tweed data de algunos años, y los años son dobles o triples para este objeto en el lluvioso clima de Irlanda, pero el digno patrón está presentable. Su tienda luce esta pomposa muestra: «Panadería pública central»; y en efecto, en ella se centralizan los productos de su fabricación, pues no hay otra

en todo Westport. Allí está también el droguero, el que reclama el título de farmacéutico, aunque en su tienda falten las drogas más usuales. La titula Medical Hall, muestra trazada con letras magníficas, que debían curar nada más que mirándolas.

También un sacerdote ha hecho alto ante la carreta de Thornpipe. Viste un traje adecuado a su profesión: cuello de seda, largo chaleco cuyos botones se abrochan como los de una sotana y larga levita. Es el rector de la parroquia, en la que ejerce múltiples funciones; pues no solamente bautiza, confiesa, casa y administra la extremaunción a sus fieles, sino que les aconseja en todos sus negocios, y les asiste en sus enfermedades: y esto con completa libertad, pues no depende del Estado. Los diezmos en especie y los estipendios de las ceremonias religiosas —lo que en otros países se conoce con el nombre de pie de altar —le aseguran una vida honrada y cómoda. Es el administrador natural de las escuelas y de las casas de caridad, lo que no le impide presidir los concursos de deportes náuticos o hípicas. Está íntimamente mezclado en la vida familiar de sus feligreses: es respetado y no desdeña aceptar un vaso de cerveza sobre el mostrador de alguna tienda. La pureza de sus costumbres no ha sufrido jamás ningún ataque. Y por otra parte, ¡cómo su influencia no ha de ser decisiva en aquellas comarcas tan penetradas del catolicismo, en las que, como ha dicho mademoiselle Anne de Bovet en su precioso libro de viaje Tres meses en Irlanda, «La amenaza de ser excluido de la Santa Mesa, haría pasar al campesino por el ojo de una aguja»!

Thornpipe lanzó por última vez su grito de atracción: —¡Muñecos reales!... ¡Muñecos!...

II MUÑECOS REALES

La carreta de Thornpipe estaba construida de un modo rudimentario. Unas varas a las que el feroz perro está enganchado. Una caja cuadrangular colocada sobre dos ruedas —lo que hacía más fácil el paso por los caminos de traqueteo del condado. Por encima de la caja, un toldo de tela colocado sobre cuatro varillas de hierro y que defiende, si no del sol, poco fuerte de ordinario, al menos de las interminables lluvias de la alta Irlanda. Se asemeja a esos aparatos que llevan los organillos de Barbaria, cuyos estridentes silbidos se mezclan al toque de las cornetas; pero no es un órgano lo que Thornpipe lleva de pueblo en pueblo, o al menos en este aparato más complicado el órgano es un sencillo organillo, como se podrá juzgar pronto.

La caja está cerrada por una cubierta que se levanta, y he aquí lo que los espectadores ven, hecha la operación.

A fin de evitar repeticiones, escucharemos a Thornpipe. A no dudar, el forastero, con su interminable facundia, hubiera podido competir con el célebre Brioché, el creador del primer teatro de muñecos en los campos de feria de Francia.

—¡Señoras y señores!...

Éste es el invariable comienzo destinado a provocar las simpatías de los espectadores, hasta cuando el público se compone de míseros harapientos.

—Señoras y señores: esto representa el salón de fiestas en el castillo real de Osborne, isla de Wight.

En efecto, la decoración representa un salón en miniatura, colocado entre cuatro planchas, y sobre las que están pintadas puertas y ventanas; hay muebles de cartón sobre una alfombra de color, mesas, sillones, sillas colocadas de manera que no impidan la circulación de los personajes, príncipes, princesas, duques, marqueses, condes, barones, que se pavonean con sus nobles esposas en medio de aquella recepción oficial.

—En el fondo —continúa Thornpipe —verán el trono de la reina Victoria,

cubierto de un pabellón de terciopelo carmesí, con franjas de oro, modelo exacto del sitial en que Su Graciosa Majestad toma asiento en las ceremonias de la corte.

El trono en cuestión, de tres o cuatro pulgadas de altura, y aunque el terciopelo sea de papel, y las franjas faltas de una coma de color amarillo, no deja de producir ilusión a aquellas gentes que jamás han visto ese mueble esencialmente monárquico.

—Sobre el trono —continuó Thornpipe—, contemplad a la Reina, parecido garantizado, vestida de gala; el manto real sobre los hombros, la corona en la cabeza y el cetro en la mano.

Nosotros, que no hemos tenido nunca el honor de ver a la soberana del Reino Unido, emperatriz de las Indias, en sus salones de fiesta, no sabemos decir si la figura representa a Su Majestad con fidelidad escrupulosa.

Sin embargo, admitiendo que ciña la corona en las grandes solemnidades, es dudoso que su mano empuñe un cetro semejante al tridente de Neptuno. Lo más sencillo es creer a Thornpipe, y esto fue lo que sabiamente hicieron los espectadores.

—A la derecha de la Reina —siguió Thornpipe—, llamo la atención del público sobre sus Altezas Reales, el príncipe y la princesa de Gales, tales como les han podido ver en su último viaje a Irlanda.

No se engaña. He ahí al príncipe de Gales con uniforme de mariscal de campo del ejército británico, y la hija del rey de Dinamarca con un magnífico vestido de encajes figurado por un pedazo de papel de plata.

Al otro lado están el duque de Edimburgo, el de Connaught, el de Fife, el príncipe de Battenberg, sus esposas, en fin, toda la familia real, describiendo un semicírculo ante el trono. Ciertamente que estos muñecos —parecido garantizado—, todos con sus trajes de ceremonia, sus caras iluminadas y sus actitudes, dan una idea muy exacta de la corte de Inglaterra.

He aquí los grandes magnates de la corona, entre otros el gran almirante sir George Hamilton. Thornpipe tiene cuidado de señalarlos con el borde de su varita a la admiración del público, añadiendo que cada uno de ellos ocupa el lugar debido a su rango, siguiendo la etiqueta ceremonial.

Respetuosamente inmóvil ante el trono está un caballero de alta estatura, de distinción anglosajona, que no puede ser más que uno de los ministros de la Reina.

Es, en efecto, el jefe del gabinete de Saint-james, ligeramente encorvado por el peso de sus negocios.

Thornpipe añade:

—Y cerca del primer ministro, a la derecha, el venerable señor Gladstone.

Y a fe que hubiera sido difícil no reconocer al ilustre Odmad ese buen viejo, siempre derecho, y siempre pronto a defender las ideas liberales contra las ideas autoritarias. Tal vez hay motivo para asombrarse de que mire al primer ministro con aire de simpatía; pero entre muñecos —hasta entre muñecos políticos— pasan bien estas cosas, y lo que repugnaría a seres de carne y hueso, no es vergonzoso tratándose de muñecos de cartón o de madera.

He aquí ahora otro anacronismo inesperado. Thornpipe dice, ahuecando la voz:

—Señoras y señores: les presento a su célebre patriota O'Connell, cuyo nombre encontrará siempre eco en el corazón de los irlandeses.

¡Sí! O'Connell está allí, en la corte de Inglaterra en 1874, aunque estuviera muerto desde hacía veintiséis años. Y si se le hubiera hecho esta observación a Thornpipe, hubiera respondido que para un hijo de Irlanda, el gran revolucionario siempre está vivo. De este modo hubiera podido exhibir a míster Parnell, aunque este político no fuera conocido en aquella época.

Después, y diseminados, vense otros cortesanos cuyos nombres se nos escapan, todos condecorados y llenos de cordones, celebridades políticas y militares, entre otros Su Gracia el duque de Cambridge, cerca de lord Wellington, y lord Palmerston junto a míster Pitt: en fin, miembros de la Cámara Alta, confraternizando con miembros de la Cámara Baja; tras ellos, una hilera de guardias, con uniforme de gala, a caballo en medio del salón, lo que indica que se trata de una fiesta como es raro ver en el castillo de Osborne.

Todo comprende unos cincuenta hombrecillos, rabiosamente pintarrajeados, que representan con aplomo todo lo más aristocrático, lo más oficial en el mundo

militar y político del Reino Unido.

Véase también que la flota inglesa no ha sido olvidada, y si el yate real Victoria and Albert no está allí, al menos tiene buques pintados en los vidrios de las ventanas desde donde se puede ver la rada de Spithead. Con buena vista, sin duda se podría distinguir el yate Enchanteress llevando a bordo dos señores, los lores del Almirantazgo, cada uno con el antejo en una mano y la bocina en la otra.

Preciso es convenir en que Thornpipe no ha engañado al público diciéndole que esta exhibición es única en el mundo. Positivamente, ella permite ahorrarse un viaje a la isla de Wight. Así pues, quedan maravillados no sólo los chiquillos, sino igualmente los espectadores mayores de edad que no han salido nunca del condado de Connaught ni de los alrededores de Wesport. Tal vez el cura de la parroquia se sonríe in petto: en cuanto al farmacéutico droguero, dice que estos personajes son de una semejanza maravillosa, aunque no los ha visto en su vida. Respecto al panadero, confesaba que todo aquello excedía de los límites de la imaginación y que parecía imposible que una recepción en la corte de Inglaterra se celebrase con tanto lujo, brillo y distinción.

—Pues bien, señoras y señores; esto no es nada aún —dijo Thornpipe—. Suponen sin duda que estas personas reales y las otras no pueden hacer movimientos ni gestos. ¡Error! Están vivos, vivos, como ustedes y como yo... y lo van a ver. Pero antes me tomaré la libertad de dar una vuelta, recomendándome a su generosidad.

Éste es el momento crítico para los que muestran curiosidades, cuando el platillo empieza a circular entre los espectadores. Por regla general, el público de estos espectáculos se divide en dos clases: los que se van, para no soltar dinero, y los que se quedan con la intención de divertirse gratuitamente; estos últimos son más numerosos. Existe otra tercera categoría: la de los que pagan; pero es tan reducida, que vale más no hablar de ella. Esto se evidenció cuando Thornpipe echó su guante con una sonrisa que procuraba ser amable y que resultaba feroz. ¿Cómo calificar si no aquel rostro de perro, con ojos brillantes y boca más pronta a morder a las gentes que a besarlas?

Se supone que entre aquel público apenas se encontraban dos coppers que recoger. Los espectadores que deseaban ver sin pagar, volvían la cabeza. Cinco o seis solamente echaron algunas monedillas, lo que produjo una colecta de poco

más de un chelín. Acogiola Thornpipe con despectiva sonrisa. Preciso era contentarse, y esperar la representación de la tarde, que tal vez produciría más ganancias, y ejecutar el programa antes que devolver el dinero.

Y entonces, a la admiración muda, sucedió la admiración que se demostraba con gritos, palmadas, ¡oh!... ¡oh!... que debían de oírse desde el puerto.

Thornpipe acaba de dar un golpe con la varilla en la caja; el golpe ha provocado un gemido del que nadie ha hecho caso. De repente la escena se anima de un modo milagroso, puede decirse.

Los muñecos, movidos por un mecanismo interior, parecen estar dotados de vida real. Su Majestad la Reina Victoria no ha dejado el trono, cosa contraria a la etiqueta, no se ha levantado, pero mueve la cabeza, se agita su corona, y baja el cetro a manera de una batuta que mide un compás. En cuanto a los miembros de la familia real, se vuelven, saludan, mientras duques, marqueses, barones desfilan con grandes demostraciones de respeto. Por su parte, el primer ministro se inclina ante míster

Gladstone, que contesta a su vez. Cerca de ellos O'Connell avanza gravemente por su ranura invisible seguido del duque de Cambridge. Los otros personajes muévense también, y los caballos de la guardia, como si no estuvieran en un salón y en la corte del castillo de Osborne, piafan sacudiendo la cola.

Y todo esto se efectúa amenizado por una musiquilla chillona, merced a un organillo falto de notas. ¡Pero cómo Paddy, tan sensible al arte musical que Enrique VIII ha puesto un arpa en las armas de la verde Erin, no había de quedar encantado, aunque prefiriese al God save the Queen, y al Rule Britannia, himnos melancólicos que son los dignos cantos nacionales del triste Reino Unido, o algún cántico de su querida Irlanda!

Para quien jamás había visto el aparato de los grandes teatros de Europa, aquel espectáculo era hermoso y digno de provocar la más grande admiración. A la vista de aquellos muñecos movibles, el entusiasmo llegó al delirio.

Y he aquí que de pronto la Reina baja tan vivamente su cetro que toca la redonda espalda del primer ministro. Entonces los hurras del público aumentan.

—¡Están vivos! —dice uno de los espectadores. —Sólo les falta hablar —responde otro. —Quisiera saber qué es lo que les hace moverse —dice el

panadero. —Es el diablo —exclamó un marinero.

—Sí, ¡el diablo! —murmuran algunas mujeres santiguándose y volviendo la cabeza hacia el cura que contemplaba el espectáculo con aire pensativo.

—¿Cómo queréis que el diablo pueda estar en el interior de esa caja? —hace observar un joven tendero, célebre por su simplicidad—. El diablo es muy alto.

—Si no está dentro está fuera —dice una vieja—. Él es el que nos muestra el espectáculo.

—No —respondió gravemente el droguero—; sabéis bien que el diablo no habla irlandés.

Es ésta una de las verdades que Paddy considera como incontestables, y quedó sentado que Thornpipe no podía ser el diablo, puesto que hablaba en la lengua del país.

Decididamente, si el sortilegio no entraba para nada en aquello, preciso era admitir que un mecanismo interior ponía en movimiento aquellos muñecos. Sin embargo, nadie había visto a Thornpipe tocar el resorte, y además —particularidad que no se había escapado al cura —desde que la circulación de los personajes comenzaba a disminuir, un latigazo dado bajo la caja que ocultaba la alfombra bastaba para reanimar el juego.

¿A quién se dirigía aquel latigazo, siempre seguido de un gemido? Quiso el cura saberlo y preguntó a Thornpipe:

—¿Tiene un perro en la caja?

El otro le miró frunciendo el entrecejo y pareció que la pregunta le molestaba.

—¡Hay lo que hay! —respondió—. Es mi secreto. No tengo obligación de descubrirlo.

—No tenéis esa obligación —respondió el cura—, pero nosotros tenemos el derecho de suponer que es un perro el que pone en acción el mecanismo.

—Sí, ¡un perro! —respondió Thornpipe malhumorado—; un perro en una

caja giratoria. Mucho tiempo y mucha paciencia me ha costado adiestrarlo. ¿Y qué he recibido en pago de mi trabajo? ¡Ni la mitad de lo que se da al cura de la parroquia por una misa!

En el instante en que Thornpipe acababa esta frase, el mecanismo se detuvo, con gran descontento del público, cuya curiosidad no estaba aún satisfecha. Y como Thornpipe se dispusiera a echar la tapa de la caja, anunciando que la representación estaba terminada, preguntole el farmacéutico.

—¿No consentiría en dar una segunda?

—No —respondió bruscamente Thornpipe, que se veía asediado por miradas de sospecha.

—¿Ni aunque se le asegurase una ganancia de dos chelines?

—¡Ni por dos, ni por tres! —exclamó Thornpipe.

Sólo deseaba partir; pero el público no parecía dispuesto a permitirselo. Sin embargo, a una señal de su amo, el perro tiraba ya de la carreta cuando una larga queja, entrecortada por sollozos, escapose de la caja. Furioso, Thornpipe gritó como antes:

—¡Callarás, hijo de perro!

—¡No es un perro lo que hay ahí! —dijo el cura deteniendo la carreta. —
¡Sí! —respondió
Thornpipe.

—¡No; es un niño!

—¡Un niño! ¡Un niño! —repitieron los espectadores.

En los sentimientos de éstos acababa de operarse un cambio.

A la curiosidad sustituía la compasión que se manifestaba en actitud poco agradable para Thornpipe. ¡Un niño encerrado en el fondo de aquel cajón, donde apenas podría respirar, y golpeado con un látigo cuando se detenía por falta de fuerzas para mover la caja!

—¡El niño!... ¡El niño!... —gritaron enérgicamente. Thornpipe quiso resistir

y empujar la carreta por detrás.

Fue en vano. El panadero la cogió de un lado, el droguero por otro y la sacudieron. Jamás la corte real se encontró en fiesta parecida; los príncipes tropezando con las princesas; los duques con los marqueses; el primer ministro cayendo y arrastrando en su caída al ministerio; semejante caos jamás se produciría en el palacio de Osborne, aunque la isla de Wight fuera agitada por un temblor de tierra.

Sujeto Thornpipe, aunque se defendía furiosamente, inspeccionase la carreta y el droguero sacó a un niño de la caja.

¡Sí! Un niño de unos tres años, pálido, delgaducho, con las piernas cruzadas por los latigazos, respirando apenas.

Nadie en Westport conocía a ese niño. De esta suerte entró en escena Hormiguita, el héroe de esta historia. ¿Cómo cayó en manos de aquel bestia, que no era su padre? Había sido recogido nueve meses antes por Thornpipe en la calle de una aldea de Donegal, y ya se ha visto a lo que el verdugo le dedicó.

Una mujer acababa de tomarle en brazos y procuraba reanimarle. Se formó un corro en torno. Tenía una cara interesante, hasta inteligente aquella pobre ardilla, reducida a hacer moverse la caja para ganarse la vida. ¡Ganarse la vida... a esa edad!

Al fin abrió los ojos, y se echó atrás al ver a Thornpipe que avanzaba para cogerle gritando:

—¡Dádmelo!

—¿Es usted su padre, pues? —preguntó el cura. —Sí —respondió Thornpipe.

—No, no es mi papá —gritó el niño pegándose a los brazos de la mujer. — ¡No es suyo! —exclamó el droguero.

—¡Es un niño robado! —añadió el panadero. —¡Y no se lo devolveremos! —dijo el cura.

Thornpipe quiso resistir. Con la faz congestionada, los ojos inflamados de

cólera, parecía fuera de sí y dispuesto a esgrimir su cuchillo cuando dos hombres vigorosos se lanzaron a él y le sujetaron.

—¡Echadle! ¡Echadle! —repetían las mujeres. —¡Vete de aquí! —dijo el droguero.

—¡Y no vuelvas por el condado! —exclamó el cura con un gesto amenazador.

Thornpipe dio un fuerte latigazo al perro, y la carreta echó a andar subiendo la calle principal de Westport.

—¡Miserable! —dijo el farmacéutico—. No pasan tres meses antes de que haya danzado el minuet de Kilmainham.

Bailar este minuet es, siguiendo la locución del país, ser ahorcado. Después, cuando se preguntó al niño cómo se llamaba, respondió con voz bastante firme:

—Hormiguita.

Y de hecho, no tenía otro nombre.

III RAGGED-SCHOOL

—¿Y el número 13, qué tiene? —Fiebre.

—¿Y el número 9? —Tos ferina. —¿Y el 17?

—Tos ferina también. —¿Y el 23?

—Creo que será escarlatina.

A medida que le daban estas respuestas, míster O'Bodkins las escribía en un registro admirablemente llevado en los folios correspondientes a los números 23, 17, 9 y 13. En tal registro había una columna destinada al nombre de la enfermedad, a la hora de la visita del médico, a la clase de medicamentos empleados y a las condiciones en que éstos debían ser administrados cuando los enfermos hubieran sido transportados al hospital. Los nombres estaban escritos en letra gótica, los números en cifras arábigas, los medicamentos en letra redonda, las prescripciones en letra cursiva, todo mezclado con corchetes finamente trazados con tinta azul, y dobles rayas en tinta roja. Un modelo de caligrafía y una obra maestra de contabilidad.

—Algunos de esos niños están gravemente enfermos —añadió el médico—. Recomiende que no cojan frío en el camino.

—¡Sí, sí, se recomendará! —respondió negligentemente míster O'Bodkins—. Cuando no estén aquí, esto ya no me atañe, y con tal que mis libros estén corrientes...

—Además, si la enfermedad se los lleva —dijo el doctor tomando su bastón y su sombrero —creo que la pérdida no será muy grande. —Conformes —respondió O'Bodkins—. Les inscribiré en la columna de los fallecidos, y su cuenta quedará saldada. Me parece que cuando una cuenta está saldada, nadie tiene derecho a quejarse.

El médico salió después de haber estrechado la mano de su interlocutor.

O'Bodkins era el director de la Ragged-School de Galway, pequeña ciudad situada en la bahía y en el condado del mismo nombre, al suroeste de la

provincia de Connaught. Ésta es la única en que los católicos pueden poseer tierras, y en ella, como en el Munsater, el gobierno inglés toma a mal rechazar la Irlanda católica.

Se conoce el tipo original que recuerda este míster O'Bodkins, y no merece ser clasificado entre los bienhechores de la raza humana.

Un hombre pequeño y grueso, de esos solteros que no han sido jóvenes nunca, y que tampoco serán viejos, que han sido siempre lo mismo, con cabellos que ni se caen ni emblanquecen, y que parecen haber nacido con anteojos de oro; que tienen el corazón necesario para vivir, y a los que jamás ha conmovido un sentimiento de amor, de simpatía ni de compasión. Uno de esos seres ni buenos ni malos, que pasan por la tierra sin hacer bien, pero tampoco sin hacer mal, que no son jamás desgraciados y menos con la desventura del prójimo.

Tal era O'Bodkins, y hay que convenir en que había nacido precisamente para ser director de una Ragged-School.

Ragged-School es la escuela de los andrajosos, y se ha visto qué admirable exactitud, qué cuenta más precisa del debe y haber atestiguan los libros de míster O'Bodkins. Tenía éste por auxiliares una vieja, la tía Kriss, aficionada al tabaco, y un antiguo pensionista de dieciséis años, llamado Grip. Era éste un pobre diablo de buenos ojos, fisonomía jovial, nariz

arremangada, signo característico de la raza irlandesa, y valía infinitamente más que las tres cuartas partes de los miserables recogidos en aquella especie de lazareto escolar.

Son los tales, niños huérfanos o abandonados por sus padres, que la mayor parte no han conocido. Nacidos en el arroyo y recogidos de las calles, a las que volverán cuando tengan edad para trabajar.

¡Qué degradación moral! ¡Qué aglomeración de larvas humanas destinadas a convertirse en monstruos!, porque de aquellos granos arrojados al azar entre las piedras, ¿qué podrá salir?

En la escuela de Galway había unos treinta, de entre tres y doce años, cubiertos de harapos, siempre hambrientos, puesto que sólo de los restos de la caridad pública se alimentaban. Algunos estaban enfermos, y como acabamos de ver, estos niños daban un gran contingente a la mortalidad, lo que no era una gran pérdida a juicio del médico.

Razón tenía éste, si ningún cuidado, si ninguna moralización había de impedirles ser unos malhechores. Pero, bajo aquella triste envoltura hay un alma, y con mejor dirección se podría encaminarles a la senda del bien. En todo caso, necesarios sería para educarles otros preceptores, y no uno de esos maniqués de los que míster O'Bodkins nos ofrece el deplorable tipo, y que no es raro encontrar hasta en lugares que no son los condados de Irlanda.

Hormiguita era uno de los niños de menor edad en esta Ragged-School. Sólo contaba cuatro años y medio, todos de desventuras. Haber sido tratado como se sabe, por Thornpipe, haberse visto reducido al estado de manivela; después arrancado a aquel verdugo por la compasión de algunas buenas almas de Westport y ser ahora huésped de la Ragged-School de Galway. ¿Y cuando saliera de allí, no iba a encontrarse aún peor?

Ciertamente, un noble sentimiento era el que había llevado al cura a arrancar al desventurado ser de las garras de Thornpipe.

Después de haber hecho algunas pesquisas para averiguar su origen, había renunciado a ellas. Hormiguita sólo recordaba que había vivido en casa de una perversa mujer, junto a una niña que le besaba, y también otra niña que había muerto. ¿En qué lugar? No lo sabía. Nadie podía decir si era un niño abandonado o robado a su familia. Desde que fue recogido en Westfort, se le había cuidado, había andando de casa en casa. Las mujeres se apiadaban de su suerte. Se le conservó el nombre de Hormiguita. Algunas familias le tuvieron ocho, quince días.

Así pasaron tres meses; pero la parroquia no era rica, y bastantes desgraciados vivían a su costa. De poseer una casa de caridad, en ella hubiera habido sitio para el niño; pero no teniéndola, fue enviado a la Ragged-School de Galway, y hacía nueve meses que Hormiguita vegetaba en medio de aquellos vicios. Cuando saliera ¿qué llegaría a ser? Uno de esos desheredados para los que, desde sus más tiernos años, la existencia, con sus cotidianas exigencias, es una pregunta de vida o muerte, ¡pregunta que muy a menudo queda sin respuesta!

De forma que desde hacía nueve meses el niño estaba confiado a los cuidados de la vieja Kriss, medio embrutecida, de aquel pobre Grip, resignado con su suerte, y de míster O'Bodkins, aquella máquina para hacer balances de

entradas y salidas. Sin embargo, su

buena constitución le había permitido resistir a tantas causas de destrucción, y no figuraba aún en el gran libro del director, en la columna de los atacados del sarampión, escarlatina y otras enfermedades de la infancia, sin que su cuenta hubiera estado saldada en el fondo de la fosa común de Galway.

Pero si en lo que toca a la salud el niño soportaba impunemente tales pruebas, ¿qué se podía temer desde el punto de vista de su desarrollo intelectual? ¿Cómo resistiría al contacto de aquellos viciosos de cuerpo y espíritu, los unos nacidos no se sabía dónde ni de quién, los otros, la mayor parte, hijos de presidiarios, cuando no de ahorcados?

Había uno cuya madre estaba cumpliendo su condena en la isla de Norfolk, en el centro de los mares australianos, y cuyo padre, condenado a muerte por asesinato, acababa de morir a manos del famoso Berry en la prisión de Newgate. Este muchacho se llamaba Carker, y a los doce años parecía ya predestinado a seguir las huellas de sus padres. En la RaggedSchool gozaba de cierta consideración; estando pervertido, pervertía, tenía cómplices y discípulos, y era jefe de los más miserables, siempre prestos a un mal golpe, en espera de delitos, cuando la escuela los hubiera arrojado a la calle como una escoria.

Apresurémonos a decir que Hormiguita sólo sentía aversión por este Carker, bien que no cesase de mirarle con ojos llenos de asombro... juzgad... ¡El hijo de un ahorcado!

En general, estas escuelas en nada se parecen a los modernos establecimientos de educación, en los que el cubo de aire está distribuido de un modo matemático. El continente es apropiado al contenido. Siendo las almohadas y mantas paja, el lecho se hace pronto. ¿Refectorios? ¿Para qué? Cuando sólo hay por comida algunas cortezas y patatas, cualquier sitio basta. En cuanto a la instrucción, míster O'Bodkins es el encargado de ella, sabe enseñar a leer, a escribir, a contar, pero él a nadie obliga, y después de dos o tres años pasados bajo su férula, no se hubieran encontrado diez de aquellos niños en estado de descifrar un bando.

Aunque Hormiguita era el más joven de todos, contrastaba con sus camaradas mostrando cierto deseo de instruirse que le valía mil sarcasmos. ¡Qué miseria y qué responsabilidad social, cuando una inteligencia pide cultivo y

queda sin él!

¿Se sabe lo que pierde el porvenir con dejar esterilizar un cerebro en el que la naturaleza ha depositado tal vez los buenos gérmenes que no fructificarán?

Si el personal de la escuela trabajaba poco con la inteligencia, no quiere esto decir que trabajase honradamente con las manos. Reunir un poco de combustible para el invierno, mendigar los harapos entre las personas caritativas, recoger el estiércol de los caballos y demás animales para ir a venderlo a los cortijos por algunos coppers, a lo que míster O'Bodkins abría una cuenta especial; escudriñar en los montones de inmundicias, acumulados en los rincones de las calles, siempre que los perros dejaban, y si era menester, después de luchar con ellos; tales eran las ocupaciones cotidianas de los niños. De juegos, ninguno, a menos que sea una diversión arañarse, pellizcarse, morderse, golpearse con pies y manos, sin hablar de las malas pasadas que le jugaban a Grip. Verdad que éste no se inquietaba por tal cosa, lo que llevaba a Carker y a los otros a encarnizarse en él cruelmente.

La única habitación algo decente de la Ragged-School era la del director; y claro está que en ella jamás se dejaba entrar a nadie. Los libros hubieran sido hechos pedazos, sus hojas dispersas a todos los vientos. Así es que no le disgustaba que sus educandos se marchasen fuera, a errar a la aventura, y siempre le parecía temprano cuando, movidos por la necesidad de comer o de dormir, volvían a la escuela.

Por su espíritu serio y sus buenos instintos, Hormiguita se veía expuesto de ordinario no solamente a las burlas de Carker y de otros que no valían más, sino también a sus brutalidades.

Evitaba quejarse. ¡Ah, porque no tenía fuerzas!

Si no fuera así, se haría respetar, volviendo bofetada por bofetada, puntapié por puntapié...

¡qué cólera sentía al ver que era débil para defenderse! Era el que menos salía de la escuela, muy dichoso de disfrutar de un poco de calma cuando los otros vagaban por los alrededores.

Sin duda esto era un perjuicio para su bienestar, pues hubiera podido encontrar un desperdicio que roer, o comprar una torta pasada con dos o tres coppers que le dieran de limosna. Pero sentía repugnancia de tender la mano, de

correr con la esperanza de atrapar una pobre moneda, y sobre todo de robar alguna bagatela... ¡No! Prefería quedarse con Grip. —¿No sales? —le decía éste. —No, Grip.

—Carker te pegará si no traes nada esta tarde. —Lo prefiero.

Grip sentía por Hormiguita un afecto del que el otro participaba. No faltó de inteligencia, sabiendo leer y escribir, procuraba enseñar al niño algo de lo que había aprendido. Así es que desde que se encontraba en Galway comenzaba Hormiguita a hacer algunos progresos en la lectura, prometiendo honrar a su maestro.

Conviene añadir que Grip conocía una multitud de historias divertidas y que las contaba alegremente.

Con sus risotadas en aquel sombrío lugar parecía a Hormiguita que aquel mozo era un rayo de luz en la tenebrosa escuela.

Lo que irritaba particularmente a nuestro héroe era que los demás hicieron a Grip objeto de su malquerencia. Éste, lo repetimos, lo soportaba con filosófica resignación.

—Grip —le decía alguna vez Hormiguita. —¿Qué quieres?

—¡Carker es un miserable! —Cierto...

—¿Por qué no le das un golpe? —¿Golpearle?

—Y también a los otros. Grip se encogía de hombros. —¿Es que no eres fuerte, Grip? —No sé...

—¿No tienes buenos brazos y buenas piernas? Sí: era alto y delgado como un pararrayos, —

Pues bien, Grip, ¿por qué no das de golpes a esos bestias? —Bah. No vale la pena.

—¡Ah! ¡Si yo tuviera tus piernas y tus brazos!... —Mejor sería servirse de ellos para trabajar. —

¿Crees tú...?

—Estoy seguro.

—Pues bien: trabajaremos juntos... Probaremos... ¿quieres? Grip quería.

Algunas veces salían juntos. Hormiguita estaba miserablemente vestido, con un traje deshilachado, gorra sin fondo, pies con borceguíes de cuero cuya suela estaba hecha pedazos. Grip, poco más o menos lo mismo. Y menos mal cuando hacía buen tiempo, tan raro en los condados de Irlanda como una buena comida en la cabaña de Paddy. Y entonces, bajo la lluvia, bajo la nieve, medio desnudos, con la cara amoratada por el frío, los ojos irritados por el cierzo, los pies enterrados en la nieve, aquellos dos miserables daban compasión, el mayor llevando al pequeño de la mano y corriendo para calentarse.

Erraban así por las calles de Galway, que tiene el aspecto de un pueblo español, solos, entre una multitud indiferente. Hormiguita hubiera deseado saber lo que había en el interior de las casas. A través de sus estrechas ventanas, cerradas con persianas, era imposible distinguir nada. Pensaba él que allí abrían fuertes arcas llenas de sacos de plata. ¡Y qué placer cruzar las hermosas habitaciones de los hoteles a los que los huéspedes llegaban en carruaje, el Royal Hotel sobre todo! Pero los criados les hubiesen echado como a los perros, o lo que es peor, como a los mendigos, pues en rigor los perros pueden recibir alguna caricia...

Cuando se detenían ante las tiendas, no muy bien provistas en los pueblos de la alta Irlanda, las cosas les parecían un conjunto de riquezas incalculables. ¡Qué miradas lanzaban sobre un escaparate de ropas, ellos que estaban vestidos de andrajos, y a una tienda de calzado, ellos que andaban con los pies descalzos! ¿Conocerían alguna vez el placer de tener un traje nuevo y un par de buenos zapatos hechos a medida? No... ¡Sin duda, como otros miserables, estaban condenados a vestir ropa usada!

Había también carnicerías con grandes cuartos de vaca colgados, suficientes para alimentar durante un mes toda la Ragged-School. Cuando Grip y Hormiguita los contemplaban, abrían la boca desmesuradamente y sentían que su estómago se contraía con dolorosos espasmos.

—¡Bah! —decía Grip jovialmente—. Mueve tus mandíbulas y te parecerá que comes.

Ante los grandes panes de cálido olor, ante todo lo que excitaba el apetito de los que pasaban, quedaban estáticos, con los dientes largos, la lengua húmeda,

los labios convulsos, la cara famélica, y Hormiguita murmuraba:

—¡Qué bueno debe de ser eso! —Ya lo creo —respondió Grip. —¿Lo has comido tú?

—Una vez.

—¡Ah! —suspiraba el niño.

Él no lo había probado nunca, ni en casa de Thornpipe, ni en la Ragged-School. Un día, una señora, compadecida de su rostro pálido, le preguntó si quería torta.

—Preferiría un pan, señora —respondióle.—¿Y por qué, niño?

—Porque es más grande.

Una vez, sin embargo, habiendo recibido Grip algún dinerillo por un encargo, compró una torta, que bien tendría ya ocho días.

—¿Te gusta? —le preguntó a Hormiguita. —¡Oh! Diríase que está azucarada.

—Ya lo creo —respondió Grip—, y con verdadero azúcar.

Algunas veces Grip y su compañero llegaban en sus paseos al arrabal de Salthill. Veían desde allí la unión de la bahía, una de las más pintorescas de Irlanda, las tres islas de Aran, dispuestas como los tres conos de la bahía de Vigo, y atrás las salvajes montañas de Burren y de Clare, y los abruptos derrumbaderos de Moher. Volvían después hacia el puente, al muelle, a lo largo de los docks comenzados cuando se pensó hacer de Galway el punto de partida de una línea transatlántica que hubiese sido la más corta entre Europa y los Estados Unidos de América.

Cuando distinguían algunos buques en la bahía o atracados en la bocana del puerto, sentíanse como irresistiblemente atraídos, sospechando sin duda que la mar debe de ser menos cruel que la tierra para los pobres, y que les promete una existencia más segura; que la vida es mejor al aire libre de los mares, lejos de los cuchitriles de las ciudades; y que el oficio de marinero es por excelencia el que garantiza la salud del niño y el alimento del hombre.

—¡Muy bueno debe de ser, Grip, ir en esos barcos de grandes velas! —

decía Hormiguita.

—Si supieses lo que me atrae —respondía Grip. —¿Por qué no eres marino, entonces? —Tienes razón, ¿por qué no lo soy?

—Irías lejos... lejos...

—¡Tal vez llegará!... —respondió Grip. Pero, en fin; no lo era.

El puerto de Galway está formado por la desembocadura de un río que nace en Lough Corrib y se arroja al fondo de la bahía. En la otra orilla se alza la curiosa ciudad de Claddagh, con sus cuatro mil habitantes, todos pescadores que gozan desde largo tiempo de una autonomía comunal y cuyo alcalde es calificado de rey. Grip y el niño iban alguna vez a Claddagh. ¿Qué no hubiera dado Hormiguita por ser uno de aquellos mozos robustos, curtidos por la brisa, un hijo de una de aquellas madres vigorosas, algo salvajes en su aspecto? Sí. Él envidiaba a aquellos muchachos de buen porte, y más dichosos que los de otros puntos de Irlanda. ¡Mozos que gritaban y se divertían! ¡Hubiera querido ser de ellos! Sentía deseos de estrecharles la mano. Pero no se atrevía; tan andrajoso estaba, que al verle acercarse hubieran podido creer que iba a pedirles una limosna. Deteníase entonces, una gruesa lágrima brotaba en sus ojos y se contentaba con pasearse por el mercado admirando los arenques, únicos peces que buscan los pescadores de Claddagh. En cuanto a los cabrachos y langostas que abundan entre las rocas de la bahía, no podía creer que fueran comestibles, aunque Grip afirmara que era crema de pastel lo que tales bichos tenían bajo el cascarón. Tal vez no sería imposible que algún día pudieran experimentarlo prácticamente.

Terminado su paseo regresaban al barrio de la Ragged-School por calles estrechas y sucias. Pasaban por las ruinas que hacen de Galway un pueblo medio destruido por un terremoto. Y aun las ruinas que el tiempo ha hecho tienen algún encanto; pero aquí, las casas sin concluir por falta de dinero, los edificios bosquejados apenas y cuyos muros estaban llenos de grietas; en fin, todo lo que era obra del abandono y no de los siglos, no producía más que una impresión de tristeza. Pero más triste que los barrios pobres de Galway era la abominable y nauseabunda morada, el abrigo insuficiente y repugnante donde la miseria arrojaba a los compañeros de Hormiguita; y ni él ni Grip se apresuraban cuando llegaba la hora de regresar a la Ragged-School.

IV EL ENTIERRO DE UNA GAVIOTA

¿En el curso de su penosa existencia en la degradante atmósfera de los andrajosos, no volvía Hormiguita alguna vez la vista al pasado? Que un niño feliz con los cuidados que le rodean y las caricias que se le prodigan se entregue a la alegría de vivir, sin pensar en lo que ha sido ni en lo que será, abandonándose al esparcimiento de su edad, cosa es que se concibe, esto es lo que debe ser. Pero no sucede lo mismo cuando el pasado sólo ha sido de sufrimientos, y el porvenir aparece con sombrío aspecto. Se mira adelante después de haber mirado atrás.

¿Y qué veía Hormiguita al volver la vista uno o dos años atrás? Aquel Thornpipe brutal y despiadado, al que temía encontrar a la vuelta de alguna calle extendiendo sus manos para cogerle de nuevo. También le asaltaba un recuerdo vago y terrible; el de la cruel mujer que le maltrataba, y el de aquella jovencilla que le mecía en sus rodillas.

—Creo recordar que se llamaba Sissy —dijo un día a su compañero. —
¡Qué nombre más bonito!

—respondió Grip.

En realidad Grip estaba persuadido de que aquella Sissy no debía de existir más que en la imaginación del niño; pero cuando dudaba de su existencia Hormiguita se incomodaba. ¡Sí!

¡Él la veía en su pensamiento! ¿No la encontraría alguna vez? ¿Qué sería de ella? ¿Viviría aún con aquella furia lejos de él? ¿Millas y millas les separarían? Ella le quería y él también a ella. Era el primer afecto que había sentido antes de encontrar

a Grip. Ella era buena, dulce, le acariciaba, enjugaba sus lágrimas y partía con él sus patatas.

—Yo hubiera querido defenderla cuando la infame mujer le pegaba —decía.

—¡También yo creo que hubiera golpeado a esa arpía! —respondía Grip por dar gusto al niño. Porque si este bravo mozo no se defendía cuando se le atacaba, sabía defender a los otros, habiendo ya probado que era fuerte para meter en

cintura a aquellos malos bichos encarnizados contra su protegido.

Una vez, durante los primeros meses de su estancia en la Ragged-School, atraído por las campanas del domingo, Hormiguita había entrado en la catedral de Galway. Hay que confesar que sólo la casualidad le había llevado allí, pues a los mismos turistas les cuesta trabajo descubrirla, por estar perdida en un laberinto de calles fangosas y estrechas.

El niño estaba vergonzoso y temeroso. Ciertamente, de verle el terrible pertiguero, medio desnudo y lleno de harapos, no le hubiera permitido permanecer en la iglesia. Hormiguita quedó encantado de lo que oía: los cánticos de la misa, el acompañamiento del órgano, y de lo que veía: el sacerdote con sus ornamentos de oro, y los cirios encendidos en pleno día.

El niño no había olvidado que el cura de Westport le habló algunas veces de Dios; de Dios, padre de todos. Recordaba también que cuando Thornpipe pronunciaba este nombre era para mezclarlo con horribles juramentos, recuerdo que le turbaba en medio de las ceremonias religiosas. Bajo la bóveda de la catedral, oculto tras un pilar, sentía una especie de curiosidad, mirando a los sacerdotes como hubiese mirado a los soldados. Después, y mientras todos se inclinaban al levantar la Sagrada Forma entre el sonar de las campanillas, alejase antes de ser visto, arrastrándose sobre los escalones sin más ruido que un ratón que vuelve a su agujero.

Cuando regresó de la iglesia a nadie le dijo que había estado en ella, ni aun a Grip, que por otra parte no tenía más que una idea vaga de lo que significaban aquellas pompas de la misa y de las vísperas. Después de

una segunda visita, encontrándose a solas con Kriss apresurose a preguntarle quién era

Dios.

—¿Dios? —respondió la vieja revolviendo sus terribles ojos entre las bocanadas nauseabundas que se escapaban de su pipa negra.

—Sí; Dios.

—Es el hermano del diablo, a quien envía a los niños malos para quemarlos en el fuego del infierno.

Hormiguita palideció al oír tal respuesta, y aunque hubiera deseado saber

dónde estaba aquel infierno lleno de llamas y de niños, no osó preguntárselo a Kriss.

Pero no cesó de pensar en aquel Dios cuya única ocupación parecía ser la de castigar niños
¡y de qué horrible manera!, a creer a Kriss.

Sin embargo, un día quiso hablar de esto con su amigo Grip. —Grip —le preguntó—, ¿has oído alguna vez hablar del infierno? —Algunas veces.

—¿Dónde está? —No lo sé. —Dime: si se quema allí a los niños malos, ¿se quemará a Carker? —
Ya lo creo.

—Yo, Grip ¿no soy malo, verdad? —Tú, no... ¡Creo que no! —¿Entonces no seré quemado? —No.

—Ni tú Grip.

—Ni yo; estoy seguro.

Y Grip creyó conveniente añadir que siendo tan delgado no valía la pena quemarle.

He ahí todo lo que Hormiguita sabía de Dios; todo el catecismo que había aprendido. En su sencillez, en la inocencia de su edad, sentía confusamente lo que era el bien y el mal. Pero si no debía ser quemado, siguiendo los consejos de la mujer de la Ragged-School, arriesgaba serlo siguiendo los de míster O'Bodkins.

En efecto, misten O'Bodkins no estaba contento. Hormiguita figuraba en su libro en la columna de los gastos; pero no en la de los ingresos. Un galopín que costaba dinero y que nada producía. Al menos los otros, mendigando y robando, subvenían en parte a los gastos de alojamiento y comida, pero el niño no llevaba nada.

Un día míster O'Bodkins le dirigió vivos reproches lanzándole una mirada severa a través de sus anteojos. El niño tuvo fuerzas para no llorar al recibir esta amonestación que míster O'Bodkins le dirigía con el doble título de administrador y director.

—¿No quieres hacer nada? —le dijo.

—Sí —respondió el niño—. ¿Qué quiere usted que haga? —Algo que compense lo que cuestas.

—Bien querría, pero no sé.

—Se sigue a las gentes en la calle, se piden encargos. —Soy muy pequeño.

—Busca en los montones de basura. Siempre hay algo. —Los perros me muerden y soy débil. No puedo echarles. —¿Tienes manos?

—Sí.

—¿Tienes piernas? —Sí.

—Pues bien, corre por las calles tras los carruajes y atrapa algunos coppers, ya que no puedes hacer otra cosa.

—¡Pedir coppers!

Y Hormiguita enrojeció. Su orgullo se rebelaba a tender la mano. —No podré hacerlo míster

O'Bodkins —dijo.

—Ah, ¿no podrás? —No.

—¿Y podrás vivir sin comer? No. Te prevengo de que un día u otro te sujetaré a este régimen si no imaginas un medio de ganarte la vida. Y ahora vete. ¡Ganar su vida a los cuatro años y algunos meses! Verdad es que con Thornpipe la ganaba; ¡y de qué modo! El niño se alejó angustiado. El que

le hubiera visto en un rincón con los brazos cruzados y la cabeza baja hubiera sentido lástima. ¡Qué carga era la vida para el pobre ser!

Nadie sabe lo que sufren estos pequeños afligidos por la miseria en su más tierna edad; jamás nadie se apiadará bastante de su suerte. Después de las amonestaciones de misten O'Bodkins, venían las excitaciones de los pillos de la escuela.

Les irritaba ver al niño más honrado que ellos; y se complacían en impulsarle al mal, no escatimando ni los pérfidos consejos ni los golpes. Sobre todos, Carker mostraba un encarecimiento que se explica por su perversidad.

—¿Tú no quieres pedir limosna? —le dijo un día. —No —respondió Hormiguita con voz firme. —

Pues bien; bestia, no pidas... ¡toma! —¡Tomar!

—Sí, cuando se ve un señor bien puesto con un pañuelo que sale de su bolsillo, se aproxima uno, se tira del pañuelo y él viene solo.

—Déjame, Carker.

—Y alguna vez con el pañuelo viene un portamonedas. —Eso es robar

—Y no son coppers lo que se encuentran en los portamonedas de los ricos, sino chelines, coronas, y hasta piezas de oro, que se reparten con los amigos.

—Sí —dijo otro—, y se burla al policía.

—Y si se va a la cárcel —añadió Carker—¿qué importa? En ella se está tan bien o mejor que aquí; se tiene pan, sopa, patatas y se come a gusto.

—¡No quiero! ¡No quiero! —repetía una y otra vez el niño defendiéndose contra aquellos bribones que le enviaban de uno a otro como a una pelota.

Grip entró en la sala y se apresuró a arrancarlo de sus manos. —¡Vais a dejarle en paz! —

exclamó apretando los puños. Esta vez estaba verdaderamente colérico.

—Sabes —dijo a Carker —que no pego a menudo, ¿no es verdad? Pero si pego...

Cuando aquellos miserables abandonaron a su víctima, les arrojaron a los dos una mirada que significaba que prometían volver a empezar cuando Grip no estuviese.

—Seguramente tú serás quemado, Carker —dijo Hormiguita, no sin cierta conmiseración.

—¿Quemado?

—Sí, en el infierno, si continuas siendo malo.

Respuesta que excitó la risa de aquella banda. El que Carker fuese quemado era una idea fija en el cerebro del niño.

Era de temer que la intervención de Grip en su favor no produjera buenos resultados. Carker y los otros hallábanse decididos a vengarse del protector y del protegido. En los rincones, los peores de la Ragged-School celebraban conciliábulos que nada bueno presagiaban. Así es que Grip no cesaba de vigilarles, abandonando al niño lo menos posible. Por la noche hacía subir hasta el desván que él ocupaba junto al tejado. Allí estaba Hormiguita al menos al abrigo de los pérfidos consejos y de los malos tratos.

Un día, Grip y él habían ido a pasear por la arena de Salthill, donde algunas veces se bañaban. Grip, que sabía nadar, daba lecciones al niño. Sentíase éste muy dichoso al extenderse en aquel agua limpia sobre la que navegaban hermosos barcos cuyas blancas velas veía perderse en el horizonte. Ambos se agitaban en medio de las olas que llegaban a la arena. Grip, sujetando al niño por los hombros, le indicaba los primeros movimientos.

De repente, verdaderos gritos de chacal se oyeron en las rocas y vieron aparecer a los andrajosos de la Ragged-School. Eran una docena, los más viciosos y feroces, con Carker a la cabeza.

Si gritaban tanto era porque acababan de ver a una gaviota herida en el ala que trataba de huir; cosa que tal vez hubiera conseguido a no lanzarle Carker una piedra que la tocó. Hormiguita lanzó un grito como si él hubiera recibido el golpe.

—¡Pobre gaviota! ¡Pobre gaviota! —repetía.

Una gran rabia se apoderó de Grip, y probablemente se disponía a ir a castigar a Carker cuando vio al niño lanzarse sobre la arena, en medio de la banda, pidiendo perdón para el pájaro.

—Carker, yo te lo suplico —repetía—, pégame a mí, pero no a la gaviota, ¡no a la gaviota!

¡Qué burlas le dirigieron cuando se le vio arrastrarse sobre la arena, desnudo, con sus miembros delgaduchos, y los huesos marcándosele a través de

la piel! Él seguía gritando.

—Perdón, Carker, ¡perdón para la gaviota!

Nadie le escuchaba. Se reían de sus súplicas. La banda perseguía al ave que en vano intentaba volar, saltando de un lado a otro, y procurando esconderse entre las rocas.

¡Esfuerzos inútiles!

—¡Dejadla, dejadla! —gritaba uno.

Carker había cogido a la gaviota por un ala y la lanzó al aire. Otro la recogió arrojándola sobre los guijarros.

—¡Grip, Grip! —repetía Hormiguita—. ¡Defiéndela, defiéndela!

Grip se precipitó sobre los pilluelos para arrancarles el ave. Era tarde. Carker acababa de aplastar con su talón la cabeza de la gaviota. Todos rieron y lanzaron hurras. Hormiguita estaba transformado. Poseído de una cólera ciega, cogió un guijarro y lo arrojó con toda su fuerza sobre Carker; el golpe le dio a éste en mitad del pecho.

—¡Ah, me las vas a pagar! —exclamó Carker.

Y antes de que Grip pudiera impedirlo, se precipitó sobre el niño y le arrastró al borde de la arena, golpeándole. Después, y mientras los demás detenían a Grip por los brazos y por las piernas, hundió la cabeza de Hormiguita en las olas, a riesgo de asfixiarle.

Logrando desembarazarse a golpes de aquellos miserables, la mayor parte de los cuales rodaron por la arena, Grip corrió hacia Carker, que huyó con toda la banda.

Al retirarse las olas hubiesen arrastrado a Hormiguita si Grip no le hubiera cogido y apartado medio desvanecido. Después de frotarle vigorosamente, Grip no tardó en ponerle en pie, y vistiéndole le cogió por la mano y le dijo:

—Ven, ven.

Hormiguita subió por las rocas, y viendo al ave aplastada, se arrodilló, sus ojos se llenaron de lágrimas y haciendo un agujero en la arena enterró a la gaviota. Él mismo, ¿qué era más que un pájaro abandonado, una pobre gaviota humana?

V AÚN LA RAGGED-SCHOOL

Al volver a la escuela, Grip creyó deber suyo llamar la atención de míster O'Bodkins sobre la conducta de Carker y de los demás. No trataba de hablar de las malas jugadas que a él se le hacían, y que no notaba la mayor parte de las veces. ¡No! Se trataba de Hormiguita y de los malos tratos de que era objeto. Esta vez se había ido tan lejos, que sin la intervención de Grip, el niño sería ahora un cadáver, que las olas arrojarían sobre la arena de Salthill.

Por toda respuesta, Grip no obtuvo más que un movimiento desdeñoso de cabeza de míster O'Bodkins. Debía comprender que estas cosas no le interesaban desde el punto de vista de la contabilidad. ¡Qué diablo! ¡El gran libro no podía tener una columna para los pescozones y otra para los puntapiés! Sin duda míster O'Bodkins tenía, como director, el deber de preocuparse por los tratos de sus pensionistas; mas como administrador, se limitó a enviar a paseo al vigilante de la escuela.

Desde ese día, Grip resolvió no perder de vista a su protegido, no dejarle jamás solo en la sala, y cuando él salía tenía cuidado de encerrarle en el desván, donde al menos el niño se encontraba a salvo.

Transcurrieron los últimos días del verano. Llegó septiembre. Esto es ya el invierno para los distritos de los condados del norte; el invierno de la alta Irlanda es una sucesión ininterrumpida de nieves, brisas, huracanes y nieblas que vienen de las llanuras heladas de América septentrional, y que los vientos del Atlántico precipitan sobre Europa.

Un tiempo rudo para los ribereños de la bahía de Galway, encerrada entre las montañas como entre las paredes de una nevera. Días muy cortos y noches muy largas para los que carecen de lumbre en su hogar. No os asombréis si la temperatura es baja en el interior de la Ragged-School, salvo en la habitación de míster O'Bodkins. ¿Es que de no ser así, la tinta estaría líquida en el tintero? ¿Es que su obra no se helaría antes de que él pudiese acabar sus florituras?

Es el momento de ir a buscar en las calles y caminos todo lo que es susceptible de combinarse con el oxígeno para producir calor. Mediano recurso,

cuando se reduce a ramas caídas, a hulla mezclada con ceniza y abandonada a las puertas de las casas, y a restos de carbón que los pobres se disputan en los muelles de descarga del puerto. Los pensionistas de la escuela se ocupaban en esta recolección y ¡cuántos rebuscadores había!

Nuestro héroe tomaba parte en este penoso trabajo, y cada día traía un poco de combustible. Esto no era mendigar. Así, bien que mal, en el hogar brillaban unas mezquinas llamas con las que era preciso contentarse. Toda la escuela, helada bajo sus harapos, se apretaba en torno al fuego; los mayores en los sitios mejores, claro está, mientras la comida se cocía en la marmita. ¡Y qué comida! Cortezas de pan, patatas, desperdicios de carne, una abominable sopa con manchas de grasa que reemplazaban los ojos del buen caldo.

Ante el fuego jamás había sitio para Hormiguita, y rara vez una taza del líquido que la vieja reservaba para los mayores. Éstos se arrojaban sobre ella como perros hambrientos, enseñando los dientes para defender su mezquina porción.

Felizmente, Grip llevaba al niño a su agujero y le daba lo mejor de lo que a él le había tocado en la repartición cotidiana. Allí arriba no había fuego, pero acurrucándose en la paja, oprimiéndose uno contra otro, se defendían del frío y se dormían. ¿Les calentaba el sueño? Tal vez.

Un día Grip tuvo una verdadera fortuna. Paseándose por la calle principal de Galway, un viajero que entraba en el Royal Hotel le pidió que llevara una carta al correo. Grip se apresuró a hacerlo, recibiendo en pago un mimoso chelín. Ciertamente el capital no era tan grande que Grip tuviera que devanarse los sesos pensando si lo colocaría en renta del Estado o en valores industriales. No. La colocación sería en el estómago de Hormiguita y un poco en el suyo propio. Compró embutido fácil de conservar tres días y regaláronse con él ocultándose de Carker y de sus compañeros. No iba Grip a participar con éstos lo que ellos no participaban con él.

Además —y esto hizo más feliz el encuentro con el viajero del Royal Hotel —el digno gentleman, viendo a Grip tan mal vestido, se deshizo en su favor de un traje de lana en buen estado.

No se crea que Grip pensó guardarlo para sí. No. Sólo pensó en Hormiguita. «Estará como un carnero bajo su lana», pensó. Pero el carnero no quiso que Grip

se despojase del traje en beneficio suyo. Hubo discusión, y las cosas pudieron arreglarse a gusto de ambos. En efecto, el gentleman era grueso y su traje hubiese dado dos vueltas al cuerpo de Grip; el gentleman era alto y su traje podía envolver a Hormiguita de la cabeza a los pies. Así pues, no era imposible utilizar el traje para los dos amigos.

Pedir a la vieja borracha de Kriss que hiciera la obra, sería como pedirle que renunciara a su pipa. Así pues, encerrándose en el desván, Grip Puso manos a la obra, concentrando en ella toda su inteligencia. Después de tomar medida al niño, trabajó con tal acierto, que le confeccionó un buen traje de lana. En cuanto a él, se hizo un chaleco, sin mangas, cierto, Pero un chaleco ya es algo.

Claro es que recomendó a Hormiguita que ocultase el traje bajo sus harapos a fin de que los otros no lo vieran. Era mejor que dejárselo a éstos, que lo hubieran hecho pedazos. Si el niño apreció el excelente calor de aquel traje en los grandes fríos del invierno, por sabido se calla.

Después de un mes de octubre excesivamente lluvioso, noviembre echó sobre el condado un viento glacial que condensó en nieve toda la humedad de la atmósfera. La blanca cubierta llegó a tener un espesor de dos pies en las calles de Galway. La recolección cotidiana de hulla y de césped se resintió de esto. En la Ragged-School se helaban, y si en el hogar faltaba combustible, en el estómago, que es otro hogar, faltaba igualmente, pues no se encendía fuego todos los días.

Preciso era además que en medio de aquellas tempestades de nieves, a través de las corrientes heladas, a lo largo de las calles y en los caminos, los harapientos buscasen con qué proveer a las necesidades de la escuela. Ahora no se encontraba nada en las piedras. El único recurso era ir de puerta en puerta. La parroquia ciertamente hacía por los pobres lo que podía; pero además de la Ragged-School había numerosos establecimientos de caridad que le pedían en este tiempo de miseria. Los niños veíanse reducidos a ir de casa en casa y algunas veces se les recibía mal. Se les recibía a menudo con brutalidad, amenazándoles si volvían, y regresaban entonces con las manos vacías.

Hormiguita no había podido rehusar seguir el ejemplo de sus compañeros. Cuando se detenía ante una puerta después de haber golpeado con el llamador, parecíale que éste le golpeaba en el pecho. Entonces, en vez de tender la mano, preguntaba si había algún recado que hacer, evitándose al menos la vergüenza de mendigar. Un encargo a aquel chico de cinco años ya se sabía lo que

representaba, y alguna vez le arrojaban un pedazo de pan que él tomaba llorando. ¿Qué queréis? El hambre...

Con diciembre el frío fue muy riguroso y muy húmedo. La nieve no cesaba de caer en grandes copos. A las tres de la tarde era preciso encender el gas, y la luz azulada de los mecheros no llegaba a disipar las brumas, como si hubiera perdido todo su resplandor. Ni coches, ni carros circulaban. Raros transeúntes apresurándose a llegar a sus casas. Y Hormiguita, con los ojos quemados por el frío, las manos y la cara amoratada por el cierzo, corría, apretando a su cuerpo sus andrajos, blancos por la nieve.

Al fin se acabó el invierno. Los primeros meses del año de 1879 fueron menos duros. El verano hizo una aparición precoz. En el mes de junio hubo fuertes calores.

El 17 de agosto, Hormiguita, que contaba entonces cinco años y medio, tuvo un buen encuentro que debía producir consecuencias inesperadas.

A las siete de la tarde seguía una de las calles que desembocan en el puente de Claddagh y volvía a la Ragged-School seguro de ser mal recibido, pues su paseo había sido infructuoso. Si Grip no tenía alguna corteza de reserva, pasarían la noche sin comer. No sucedería esto por primera vez; pues comer todos los días a hora fija era una presunción. Que los ricos tengan esta costumbre, está bien, puesto que tienen medios para hacerlo; pero un pobre diablo come cuando puede, y cuando no, no come, según decía Grip, habituado a alimentarse con máximas filosóficas.

He aquí que a unos doscientos pasos de la escuela Hormiguita tropezó y cayó a lo largo sobre las piedras. Como no cayó de alto no se hizo daño. Pero en el momento en que se levantaba, un objeto lanzado por su pie rodó ante él. Era una botella grande de barro que no se había roto por fortuna, pues podría haberle herido gravemente.

Nuestro niño se levantó, y buscando en torno suyo, acabó por encontrar la botella, de unos diez o doce cuartillos de capacidad.

Un tapón de corcho la cerraba y bastaba levantarla para ver lo que contenía dicha botella. Hízolo así Hormiguita, y le pareció que estaba llena de ginebra. Hubiera bastado para satisfacer a todos los de la Ragged-School, y el niño podía tener la seguridad de ser bien recibido. La calle estaba desierta; nadie le había

visto, y doscientos pasos le separaban de la Ragged-School.

Pero acometióle una idea que a buen seguro no hubieran tenido ni Carker ni los otros. La botella no le pertenecía. No era un donativo, sino un objeto perdido. Sin duda que el encontrar a su propietario sería bastante difícil, pero no importaba: la conciencia le decía al niño que no tenía el derecho de disponer de lo que pertenecía a otro. Lo sabía por instinto, pues ni Thornpipe ni mister O'Bodkins le habían nunca enseñado lo que era la honradez. Felizmente hay corazones infantiles donde todo esto está escrito.

Hormiguita, contento con su hallazgo, tomó la resolución de consultar a Grip. Estaba seguro de que éste procuraría restituir la botella. Lo esencial era introducirla en el desván sin ser visto por los demás, que no se inquietarían por devolverla a su dueño. ¡Diez o doce cuartillos de ginebra! ¡Qué inesperada fortuna! Llegada la noche, no quedaría una gota. Por lo que concierne a Grip, el niño respondía de él como de sí mismo. No tocaría la botella; la ocultaría entre la paja y al día siguiente se informaría en el barrio de quién podía ser su dueño. Si era menester, los dos llamarían a todas las puertas, y esta vez no sería para mendigar.

Hormiguita se dirigió hacia la escuela, procurando, no sin trabajo, ocultar la botella que hacía un gran bulto bajo sus andrajos.

Por desgracia, cuando llegó ante la puerta, Carker salió bruscamente, y el otro no pudo evitar el choque. Habiéndole reconocido Carker y viéndole solo, encontró buena la ocasión para hacerle pagar la cuenta atrasada que le debía desde la intervención de Grip en la arena de Salthill. Arrojose, pues, sobre Hormiguita, y tocando la botella bajo los harapos, se la arrancó.

—¡Eh! ¿Qué es esto?—gritó. —Eso... ¡no es para ti! —¿Entonces es tuyo? —No. Tampoco.

Y Hormiguita quiso arrojarse sobre Carker, el que de un puntapié le hizo rodar a tres pasos. Apoderarse de la botella y entrar en la sala fue para Carker cuestión de un instante.

Hormiguita no pudo hacer más que seguirle, llorando de rabia.

Todavía quiso protestar; pero Grip no estaba allí para ayudarlo y recibió pescozones, puntapiés, mordiscos... hasta de la vieja Kriss, que se mezcló en el asunto desde que vio la botella.

—¡Ginebra! —exclamó—. Buena ginebra, y habrá para todos. Seguramente Hormiguita hubiera obrado más cuerdamente dejando la botella en la calle donde tal vez ahora la buscaba su dueño; pues diez o doce cuartillos de ginebra valían algunos chelines, y hasta más de media corona... Debiera haber comprendido lo imposible de subir al desván de,,Grip sin ser visto. Ahora ya era tarde.

.,... En cuanto a dirigirse a míster O'Bodkins y contarle lo sucedido... ¡bien recibido hubiera sido! Ir al gabinete del director, entreabrir la puerta, por poco que fuese, era arriesgarse, distraerle en lo más fuerte de sus cálculos ¿Y qué resultaría? míster O'Bodkins haría que le llevaran la botella, y lo que entraba en el cajón del director no salía nunca.

Hormiguita, pues, no podía hacer nada; y apresurose a reunirse con Grip en el desván a fin de contárselo todo.

—Grip —preguntóle—, ¿es de uno una botella que se encuentra? —No; creo que no —respondió

Grip—. ¿Pero es que tú has encontrado una botella?

—Sí... Tenía la intención de dártela y mañana hubiéramos podido enterarnos en el barrio...

—¿De quién era su dueño?... —Sí... Tal vez buscando... —¿Y te han cogido la botella?

—Sí, Carker. He pretendido impedirlo... y entonces los otros... ¡Si tú bajases, Grip!...

—Voy a bajar y veremos de quién es la botella...

Pero cuando Grip quiso salir, no pudo. La puerta estaba cerrada por fuera: y aunque la sacudió vigorosamente, resistió, con gran alegría de la banda que gritaba desde abajo:

—¡Eh... Grip!...

—¡Eh... Hormiguita!... —¡A vuestra salud!...

No pudiendo Grip forzar la puerta, se resignó, siguiendo su costumbre, y

procuró calmar a su encolerizado compañero.

—Bueno —dijo—; dejemos a esos bestias. —¡Ah...! ¡No ser más fuerte!...

—¿De qué serviría? Toma esas patatas que te he guardado; come.

—¡No tengo hambre, Grip!

—Come y después, a dormir en la paja.

Era lo mejor después de una comida tan mezquina.

Carker había cerrado la puerta para que Grip no les impidiera beber la botella de ginebra. Kriss no se opondría, siempre que se le reservase su parte.

El líquido circuló en las tazas. ¡Qué gritos! ¡Qué tumulto! No era necesario mucho para que aquellos bribones se embriagasen, sobre todo Carker, que tenía el vicio del beodo.

No tardó en suceder así. Apenas mediada la botella, la innoble banda estaba borracha. El tumulto no bastó para sacar a míster O'Bodkins de su acostumbrada indiferencia. ¿Qué le importaba lo que sucedía abajo estando él arriba ante sus libros? La trompeta del juicio final no hubiera podido distraerle. Sin embargo, pronto iba a ser sacado de su despacho, no sin menoscabo de su contabilidad.

Después de haber bebido unos siete cuartillos de ginebra de los doce que la botella contenía, la mayor parte de los bebedores estaba sobre la paja, por no decir sobre el estercolero. Hubiesen acabado por dormirse si no se le hubiera ocurrido a Carker la idea de hacer un brulote, especie de ponche en que la ginebra sustituye al ron. Accedieron con gusto la vieja Kriss y los demás que aún resistían la borrachera, y aunque faltaban algunos ingredientes para el brulote, los pensionistas eran poco exigentes.

Después de verter la ginebra en la marmita, único utensilio que la vieja Kriss tenía a su disposición, Carker tomó una cerilla y prendió fuego al brulote. Una vez que la llama iluminó la sala, los andrajosos que podían tenerse en pie comenzaron a bailar en torno a la marmita. El que en aquellos momentos hubiera pasado por la calle, habría creído que una legión de diablos había invadido la escuela. Pero en las primeras horas de la noche aquel barrio estaba desierto.

De repente, una vasta luz apareció en el interior de la casa. Habiéndose

vertido el recipiente, del que se desbordaban los inflamados vapores de la ginebra, el líquido se esparció por la paja llegando hasta últimos rincones de la sala. En un instante se extendió el fuego. Los e aún no estaban completamente borrachos, no tuvieron tiempo más que a abrir la puerta, arrastrar a la vieja Kriss y echarse a la calle.

En este momento Grip y Hormiguita, que acababan de despertarse, fintaron en vano huir del desván lleno de un sofocante humo.

El reflejo de las llamas había sido ya notado. Algunos vecinos provisos de cubos y de escala acudieron. Afortunadamente la Ragged-School estaba aislada y el viento contrario no amenazaba extender el incendio a leas casas de enfrente.

Pero si no había esperanza de salvar el viejo edificio, era preciso pensar en los que en él se encontraban, y a quienes las llamas cerraban toda salida.

Abriose una ventana del piso que daba a la calle: la del gabinete de míster O'Bodkins, donde el incendio amenazaba llegar muy pronto. El director apareció asustado y mesándose los cabellos. No se crea que se inquietaba por saber si sus pensionistas estaban a salvo, ni aun pensaba en el peligro que corría él mismo.

—¡Mis libros! ¡mis libros! —gritaba agitando desesperadamente los brazos. Y después de haber tratado de bajar por la escalera de su gabinete, cuyos escalones trepidaban por el incendio, decidiese a arrojar por la ventana sus registros, cartones, todos los objetos de su escritorio. Después tomó el partido de salvarse por una escala de cuerda sujeta a la muralla.

Pero Grip y el niño no podían hacer lo mismo. El desván no recibía luz más que por una estrecha ventanilla, y la escalera era pasto de las llamas que caían en lluvia sobre el techo y que pronto harían de la Ragged-School una inmensa hoguera.

Los gritos de Grip dominaron entonces el ruido del incendio.

—¿Hay gente en ese granero? —preguntó una señora que acababa de llegar al teatro de la catástrofe. Iba con ropa de viaje y había dejado su carruaje en la esquina, y acudido con su doncella. En realidad, el siniestro se había propagado tan rápidamente, que era imposible dominarlo.

Así es que desde que el director estuvo a salvo, se dejó que el fuego

devorase la casa en la que se creía no había nadie.

—¡Socorred a los que están ahí! —gritó de nuevo la viajera con ademanes dramáticos—.

¡Escalas, amigos míos, escalas y salvadores!

Pero ¿cómo apoyar escalas contra aquellos muros que amenazaban derrumbarse? ¿Cómo llegar al desván por un tejado envuelto en una espesa humareda?

—¿Quién está en el granero? —preguntó a míster O'Bodkins, ocupado en recoger sus registros.

—¿Quién?... No lo sé —respondió el director, sin conciencia más que de su propio desastre. Después, recordando, dijo:

—¡Ah!... sí. Son... Grip y Hormiguita.

—¡Desgraciados! —exclamó la dama—. ¡Mi dinero, mis alhajas, todo lo que poseo a quien los salve!

Ya era imposible penetrar en la escuela. Un resplandor intenso se proyectaba a través de los muros. Algunos instantes más y, a impulsos del huracán, la escuela no sería más que una caverna de fuego: un turbión de incandescentes vapores. De repente, el tejado de la casa reventó a la altura de la buhardilla. Grip había llegado a romperla en el momento en que el incendio hacía crujir el suelo del desván. Se izó entonces y atrajo al niño medio sofocado. Después, tras ganar la parte del muro delantero, se dejó deslizar por el borde, llevando siempre a Hormiguita en sus brazos. En este instante se produjo una violenta afluencia de llamas salidas del tejado, lanzando mil resplandores.

—¡Salvadle! —gritó Grip—¡Salvadle!

Y lanzó al niño a la calle, donde por fortuna un hombre le recibió en sus brazos antes de que chocase contra el suelo. Grip, arrojándose a su vez, rodó medio asfixiado al pie de la muralla. La viajera se aproximó al hombre que tenía a Hormiguita, y le preguntó con voz temblorosa por la emoción:

—¿De quién es esta inocente criatura?...

—De nadie. Es un niño abandonado —le respondió el hombre. —Pues bien, es mío... es mío —

exclamó ella cogiéndole y apretándole contra su pecho.

—Señora —observó la doncella.

—¡Calla, Elisa, calla! Es un ángel que ha caído del cielo.

Como el ángel no tenía padres ni familia, lo mejor era dejarle en manos de aquella bella señora, dotada de tan hermoso corazón, y fue saludada con hurras en el momento en que se hundían en medio de un torbellino de llamas los últimos restos de la Ragged-School.

VI LIMERICK

¿Quién era aquella caritativa mujer que acababa de entrar en escena de esta manera un poco melodramática? Se la hubiera visto precipitándose en medio de las llamas, sacrificando su vida para arrancar aquella víctima a la muerte, y nadie se hubiera asombrado de ello: tanta convicción escénica ciertamente tenía; de ser suyo el niño, no le hubiera estrechado más fuertemente en sus brazos, en tanto que le llevaba a su coche. En vano su doncella había querido librarla del precioso fardo. Jamás... jamás.

—No, Elisa, deja —repetía con voz vibrante—. Es mío. El cielo me ha permitido retirarlo de las ruinas de esta casa ardiendo. ¡Gracias, Dios mío, gracias!

El pobre niño estaba medio sofocado; la respiración anhelosa, los ojos cerrados. Hubiera necesitado aire; y después de haber sido casi asfixiado por la humareda del incendio, corría el riesgo de serlo por el torbellino de ternura en que su libertadora le envolvía.

—A la estación —dijo al cochero cuando llegó al carruaje—. ¡Una guinea si llegamos al tren de las 9 y 47!

El cochero no podía ser insensible a aquella promesa, toda vez que la propina en Irlanda es nada menos que una institución social. Puso, pues, al trote al caballo growler, nombre que se aplica a aquellos antiguos e incómodos vehículos.

Pero, en fin, ¿quién era aquella providencial viajera? ¿Por una suerte extraña había caído Hormiguita en manos que jamás le abandonarían? Miss Anna Waston era primera dama del teatro de Drury Lane, una especie de Sarah Bernhardt en viaje, que daba actualmente representación en el teatro de Limerick, condado de Limerick, provincia de Munster. Terminaba un viaje de recreo de algunos días por el condado de Galway, acompañada de su doncella, amiga podía llamarse, tan gruñona como adusta, la seca Elisa Corbett. Esta actriz era excelente mujer, muy agradable al público de los melodramas, siempre en escena, siempre con el corazón en la mano y la mano abierta como el corazón,

muy seria en lo que concernía al arte e intratable en el caso en que podía comprometerla una mala ventura.

Miss Anna Waston, ya muy conocida en todos los condados del Reino Unido, no esperaba más que la ocasión de ir a hacerse aplaudir a América, a — las Indias, a Australia; en todos los lugares donde se hablase la lengua inglesa, pues era demasiado orgullosa para sujetarse a no ser más que una muñeca de pantomima en los teatros donde no pudiera ser comprendida.

Desde hacía tres días, deseosa de descansar de las incesantes fatigas que le imponía el drama moderno, en el que no cesaba de morir en el cuarto acto, había ido a respirar el aire puro y fortificante de la bahía de Galway. Acabado su viaje, dirigíase aquella noche a la estación para tomar el tren de Limerick, donde debía trabajar al día siguiente, cuando gritos y un intenso resplandor habían atraído su atención. Era el incendio de la Ragged-School.

¿Un incendio? ¿Cómo resistir al deseo de ver uno de esos incendios naturales que se parecen tan poco a los incendios del teatro? Siguiendo sus órdenes, y a pesar de las observaciones de Elisa, el carruaje se había detenido al extremo de la calle, y miss Anna Waston había asistido a las diversas peripecias del espectáculo muy superior a los que los fingidos bomberos del teatro miran sonriendo. Esta vez los decorados se quemaban realmente, y además había interés. La situación estaba preparada como en una escena bien dirigida.

Dos criaturas humanas encerradas en el fondo de un desván, cuya escalera era pasto de las llamas, y completamente aisladas. Dos jóvenes, uno mayor y otro pequeño. ¿Hubiese sido mejor una jovencilla? Y entonces los gritos lanzados por miss Anna Waston. El tejado acaba de abrirse junto a la buhardilla. Los dos desgraciados aparecen en medio de los vapores; el mayor llevando al pequeño. ¡Ah, qué héroe y qué artista! ¡Qué ciencia del gesto, qué verdad de expresión! ¡Pobre Grip! ¡No sabe el efecto que ha producido! En cuanto al pequeño, el gentil, como dice miss Anna, es un ángel que atraviesa las llamas del infierno.

En verdad, Hormiguita, que es la primera vez que tú has sido comparado a un querubín o a otro modelo de la corte celestial.

Sí, miss Anna Waston había observado los menores detalles del espectáculo. Como en el teatro, había gritado: «¡Mi dinero, mis alhajas, todo lo

que poseo a quien les salve!» Pero nadie había podido lanzarse a aquellos muros que se derrumbaban, a aquel tejado que se hundía. Al fin, el querubín había sido recogido entre unos brazos abiertos para recibirle, y de estos brazos había pasado a los de miss Anna Waston, y al presente Hormigueta tenía una madre, y hasta la multitud aseguraba que debía de ser una gran señora que acababa de reconocer a su hijo en medio del incendio de la Ragged-School.

Después de haber saludado, inclinándose, al público que la aplaudía, miss Anna Waston había desaparecido, llevando su tesoro a pesar de las observaciones de su doncella. ¿Qué queréis? No se puede pedir a una actriz de veintinueve años, de cerebro ardiente, sangre cálida y miradas dramáticas, que se mantenga en la justa medida como Elisa Corbett, de treinta y siete años, rubia, fría, y desde algún tiempo al servicio de su fantástica señora. La nota característica de la actriz era la de creerse siempre en el teatro; para ella las circunstancias más ordinarias de la vida eran situaciones, y cuando la situación se presenta...

El carruaje llegó a tiempo a la estación, y el cochero recibió la guinea prometida. Y ahora miss Anna, sola con Elisa, en el fondo de un departamento de primera clase, podía abandonarse a todas las efusiones de que está lleno el corazón de una verdadera madre.

—¡Es mi hijo, mi sangre, mi vida! —repetía—. Nadie me lo arrancará. Entre paréntesis. ¿Quién pensaba en arrebatarme a aquel niño abandonado y sin familia?

Elisa decía:

—Veremos lo que dura esto.

El tren marchaba con poca velocidad hacia Artheury, atravesando el condado de Galway, que lo pone en comunicación con la capital de Irlanda. Durante esta primera parte del trayecto —unas doce millas Hormigueta no había recobrado el sentido, a pesar de los cuidados y de las frases tradicionales de la actriz.

Miss Anna Waston se había ocupado en primer lugar de desnudarle. Habiéndole desembarazado de sus harapos ahumados, a excepción del traje de lana, que estaba en bastante buen estado, le había hecho una camisa de una de sus camisolas sacada del saco de viaje, un vestido de un corpiño de paño, una

manta de su chal. Pero el niño no parecía notar que fuese envuelto en ropas cálidas, ni oprimido junto a un corazón aun más cálido que las ropas.

En fin, en la línea de trasbordo, una parte del tren fue separada del resto y dirigido a Kilkrée, que está en el límite del condado de Galway, donde hubo media hora de espera. Durante este tiempo, Hormiguita no había recobrado aún el sentido.

—Elisa, Elisa —exclamó miss Anna Weston—, es preciso ver si hay algún médico en el tren. Informose Elisa, aunque asegurase a su señora de que la cosa no merecía la pena.

No había ningún médico.

—¡Ah! ¡Esos monstruos —respondió miss Anna Weston —nunca están donde debieran!

—Vamos, señora, si no es nada. El niño acabará por volver en sí, si usted no le sofoca.

—¿Tú crees, Elisa? ¡Querido bebé! Qué quieres. Yo no sé. No he tenido hijos; ¡ah! si pudiese alimentarlo con mis pechos...

Esto era imposible, y además Hormiguita estaba en una edad en que se necesita una alimentación más sustanciosa.

El tren atravesó el condado de Clare, península arrojada entre la bahía de Galway al norte y la ancha desembocadura del Shannon al sur, un condado del que se haría una isla, abriendo un canal de unas treinta millas en la base de los montes Sliéve-Sughty. La noche era sombría. La atmósfera tumultuosa, barrida por los vendavales del oeste ¿No era éste el cielo propio para la situación?

—¡Este ángel no vuelve en sí! —no cesaba de exclamar miss Anna Weston.

—¿Quiere que le diga una cosa, señora? —Dila, Elisa, dila.

—Pues bien, yo creo que duerme. Y era verdad.

Se atravesó Dromor, Ennis, que es la capital del condado, y donde el tren llegó a media noche; después Clare, después New-Market, Six-Miles, la frontera, en fin, y a las cinco de la mañana, el tren entraba en la estación de Limerick. No

solamente Hormiguita había dormido durante todo el trayecto, sino que también miss Anna Waston había acabado por ceder al sueño; y cuando se despertó, vio que su protegido le miraba con los ojos muy abiertos.

Y entonces le abrazó repitiendo:

—¡Vive, vive! ¡Dios, que me lo ha dado, no hubiera tenido la crueldad de quitármelo!

Convino Elisa en que Dios no hubiera podido ser tan cruel, y he aquí cómo nuestro héroe pasó casi sin transición del desván de la Ragged-School al hermoso cuarto que miss Anna Waston ocupaba en el George Royal Hotel.

El condado de Limerick se ha señalado en la historia, pues en él se organizó la resistencia de los católicos contra la Inglaterra protestante. La capital, fiel a la dinastía jacobista, con Cromwell a la cabeza, sufrió un sitio memorable, y después, abatida por el hambre y las enfermedades, ahogada con la sangre de las ejecuciones, acabó por sucumbir. Allí fue firmado el tratado que lleva su nombre, el que aseguraba a los católicos irlandeses la igualdad de los derechos civiles y el libre ejercicio de su culto. Verdad que estas disposiciones fueron ultrajantemente violadas por Guillermo Orange. Preciso fue volver a tomar las armas, después de largas y cruel exacciones; pero a pesar de su valor, y aunque la Revolución francesa vió a Hoche en su socorro, los irlandeses, que se batían «con la cuerda al cuello» como ellos decían, fueron vencidos en Ballinamach.

En 1829, los derechos de los católicos fueron al fin reconocidos, gracias al gran O'Connell, que tomó en sus manos la bandera de la independencia, y obtuvo, o más bien impuso, el tratado de emancipación del gobierno de la Gran Bretaña. Y puesto que esta novela tiene Irlanda por teatro, seanos permitido recordar algunas de las inolvidables frases alzadas entonces a la faz de los políticos de Inglaterra. No se las considere extrañas a la obra; están grabadas en el corazón de los irlandeses y se sentirá su influencia en algunos episodios de esta historia.

—«¡Jamás ministerio alguno fue más indigno! —exclamó un día O'Connell—. Stanley es un wigh renegado; sir James Graham, algo todavía peor; sir Robert Peel, una bandera de quinientos colores, hoy amarilla mañana verde, y al otro de ninguno de estos colores; pero preciso es guardarse de que esta bandera se tiña de sangre.

En cuanto a ese pobre diablillo de Wellington, nada más absurdo que haberle admirado tanto en Inglaterra.

El historiador Alison, ¿no ha demostrado que había sido sorprendido en Waterloo? Felizmente para él, contaba con tropas decididas, con soldados irlandeses.

Los irlandeses han sido adictos a la casa de Brunswick, cuando ésta era enemiga de ellos. Fieles a Jorge III, que les hacía traición; fieles a Jorge IV, que daba gritos de rabia acordándose de la emancipación; fieles al viejo Guillermo, a quien el ministerio dictaba un, discurso intolerable y sanguinario contra Irlanda; fieles a la reina, en fin. Como a los ingleses Inglaterra y a los escoceses Escocia, a los irlandeses, Irlanda.» Nobles palabras. ¡Pronto se verá cómo está realizado el deseo de O'Connell, y si el suelo de Irlanda es de los irlandeses!

Limerick es todavía una de las principales ciudades de la isla Esmeaunque aunque haya bajado del tercero al cuarto rango, desde que Traléepa, se ha apoderado de una parte de su comercio.

Posee una población de sesenta mil habitantes. Sus calles son regulares, largas, derechas; trazadas americana; sus tiendas, sus fondas, sus edificios públicos, están situados en plazas espaciosas.

Pero cuando se ha franqueado el puente de mond, cuando se ha saludado la piedra en la que fue firmado el tratado de emancipación, se encuentra la parte de la ciudad que ha quedado netamente irlandesa con sus miserias, sus ruinas del sitio, sus muros, el sitio de aquella batería negra, que las intrépidas mujeres, o Joana Hachette, defendieron hasta la muerte contra los orangistas. nada más triste que tal contraste!

Evidentemente, Limerick está situada de forma que ha de llegar a ser un importante centro industrial y comercial. El Shannon, el río azul, le ofrece de esos caminos que marchan como Clyde, Tamise o Mersey. Desgraciadamente, si Londres, Glasgow y Liverpool utilizan su río, Limerick no hace lo mismo con el suyo. Sólo algunas barcas animan aquellas perezosas aguas que se contentan con bañar los hermosos barrios de la ciudad y sus campos. Los emigrantes irlandeses deberían llevar el Shannon a América, y seguramente los americanos sabrían aprovecharse bien de él.

Toda la industria de Limerick se reduce a la elaboración de jamones; es una agradable ciudad, en la que el elemento femenino es muy bello, cosa fácil de comprobar durante las representaciones de miss Anna Waston.

Confesemos que estas actrices no son de una personalidad tal que reclamen un muro para su vida privada: no, lo que ellas harán más bien es construir sus casas de cristal el día en que los arquitectos sepan construirlas así. Después de todo, miss Anna Waston no tenía por qué ocultar lo que había pasado en Galway. Desde el día siguiente a su llegada no se cesaba de hablar en los salones de Limerick de la Ragged-School. Extendiese el rumor de que la heroína de tantos dramas habíase arrojado en medio de las llamas para salvar a un niño, y ella no lo desmentía.

Tal vez llegósele a creer ella misma, como sucede con frecuencia a muchos habladores... Lo cierto era que ella había llevado un niño a George Royal Hotel, un niño que quería adoptar, un huérfano al que daría su nombre, puesto que él no lo tenía.

—Hormiguita —había respondido cuando la actriz le preguntó cómo se llamaba.

Pues bien: Hormiguita vale tanto como Eduard o Arthur, y por otra parte, ella le prodigaría los baby, los bebery, los babiskly y otros equivalentes maternales usados en Inglaterra.

Convengamos en que nuestro héroe no comprendía nada de todo esto Él dejaba hacer: no tenía costumbre de recibir abrazos, y se le abrazaba, ni besos, y se le besaba; ni a los buenos trajes, y estaba bien vestido; ni andar con zapatos, y le pusieron botinas nuevas; ni a peinarse, y sus cabellos fueron dispuestos en bucles; ni al buen alimento, y se le alimenta regiamente.

Amigos y amigas de la actriz acudieron a su departamento en George Royal Hotel. ¡Cuántas enhorabuenas recibió y con qué gracia las aceptaba! Repetíase la historia de la Ragged-School. Se exageraba el incendio, y después de veinte minutos de relato, se extrañaba que el fuego no hubiese devorado la ciudad de Galway entera; se podía comparar con él famoso que destruyó una gran parte de la capital del Reino Unido.

Se comprende que el niño no era olvidado en estas visitas. Un día preguntó el niño:

—¿Dónde está Grip?

—¿Quien es Grip, mi niño? —respondió miss Anna Waston.

Supo entonces quien era. Ciertamente Hormiguita hubiera perecido entre las llamas si Grip no hubiera arriesgado su vida para salvarle. Esto había estado muy bien por parte de Grip. Sin embargo, su heroísmo no podía empañar en nada la parte que en la salvación del niño correspondía a miss Anna Waston.

En el supuesto de que la actriz no se hubiera encontrado providencialmente en el teatro del incendio ¿donde estaría hoy Hormiguita? ¿Quién la habría recogido? ¿En qué cuchitril se le habría encerrado en compañía s otros andrajosos de la Ragged-School?

En verdad es que nadie se había informado de Grip. Nada se sabía de Hormiguita que acabaría por olvidarle, y no hablaría más de él. Se engañan; la imagen de aquel que le había alimentado y protegido no se borraría jamás de su corazón.

¡Qué distracciones encontraba el hijo adoptivo de la actriz en su nueva estancia! Acompañaba a miss Anna Waston en sus paseos, sentado con ella en el carruaje, por medio de los hermosos barrios de Limerick a la hora en que el mundo elegante podía verla pasar. Jamás niño fue más atildado, más lleno de cintas, más decorativo, si se nos permite esta expresión. ¡Y qué variedad en los trajes! ¡Tenía un guardarropa de actor! Tan pronto era un escocés con plaid, tan pronto un paje vestido gris y escarlata, o un grumete de fantasía con blusa y sombrerete.

En verdad, él había reemplazado al perro dogo de su ama, un animal soso y mordedor, y si hubiese sido más pequeño tal vez ella le hubiera llevado en su manguito, no dejando fuera más que la rizada cabeza. Y además de los paseos a través de la ciudad, hacían excursiones hasta las estancias balnearias de los alrededores de Kilkrée con sus magníficos acantilados sobre la costa de Clare, Miltow-Malbay, célebres por sus terribles arrecifes que destrozaron en otra época una parte de la Armada Invencible. Hormiguita era exhibido como un fenómeno, designándolo como... ángel salvado de las llamas!

Una o dos veces se le llevó al teatro. Era digno de ver con traje de etiqueta y guantes —¡guantes él!—en el primer puesto de un palco, bajo la fiera mirada de Elisa, no atreviéndose a moverse, y luchando contra el sueño hasta el fin de la representación. Si no comprendía gran cosa de la tragedia, creía, no obstante, que todo lo que veía era real, no imaginario. Así, cuando miss Anna Waston

aparecía en traje de reina con diadema manto real, después como mujer del pueblo, y hasta como mendiga, vestida de harapos y cubierta con el sombrero de flores de los mendigos ingleses, no podía él creer que fuese aquella la misma que volvía a encontrar en el George Royal Hotel.

De aquí la profunda turbación de su mente infantil. No sabía qué pensar. Y por la noche, como si el sombrío drama continuase, tenía sueños espantosos en los que se mezclaban Thornpipe, el miserable Carker y los demás pillos de la escuela. Despertábase bañado en sudor, y no se atrevía llamar.

Conocida es la pasión que los irlandeses sienten por los ejercicios deportivos y en particular por las carreras de caballos. En tales días hay una verdadera invasión en Limerick por la gente de los alrededores, por los labradores que abandonan sus haciendas y por los miserables de toda especie que han logrado economizar un chelín o medio para apostar a caballo.

Quince días después de su llegada Hormiguita tuvo ocasión de exhibirse en mitad de un concurso de este género. ¡Qué tocado el suyo parecía, más que un niño, un ramo; tan florido iba de los pies a la cabeza, un ramo que miss Anna Waston hacía admirar, mejor diríamos, respirar sus amigos y conocidos.

En fin, no había más remedio que tomar a aquella criatura tal como era; un poco extravagante, pero buena y compasiva cuando encontraba medio de serlo con algún aparato. Si las atenciones de que colmaba niño eran visiblemente teatrales, si aquellos besos se asemejaban a las convencionales de la escena, que sólo de los labios salen, no era Hormiguita capaz de apreciar la diferencia. Y sin embargo, no se sentía amado como hubiera querido serlo, y tal vez se decía, sin conciencia de ello, que Elisa no cesaba de repetir.

—Veremos lo que esto dura, admitiendo que dure algo.

VII SITUACIÓN COMPROMETIDA

Algunas semanas pasaron de este modo, y no hay que asombrarse de que Hormiguita se acostumbrase a aquella agradable vida: puesto que se acostumbra uno a la miseria, no debe ser muy difícil acostumbrarse a la abundancia. ¿Pero miss Anna Waston, que siempre se dejaba llevar del primer impulso, no se cansaría por la exageración y el abuso de su ternura? Los cimientos, como el cuerpo, están sometidos a la ley de la inercia: cuando cesa la fuerza adquirida, el movimiento se detiene. ¿Si el corazón Anna tiene un resorte, no se olvidará algún día de darle cuerda, ella de diez veces olvidaba nueve dar cuerda a su reloj? ¿Había sido el para ella un pasatiempo, un juguete... un reclamo? No: miss Anna indudablemente era una buena mujer. Sin embargo, si sus cuidados no debían faltar al niño, sus caricias no eran ya tan continuas, ni sus atenciones tan frecuentes.

Además, una actriz no tiene momento libre; papeles que estudiar, ensayos, representaciones que no dejan una noche. ¡Y luego las fatigas del oficio! En los primeros días hacía que le llevaran el niño al lecho; jugaba con él, haciendo de madre joven. Después, esto interrumpía su sueño, que tenía la costumbre de prolongar hasta muy tarde, y no lo pedía hasta la hora del almuerzo. ¡Ah, qué alegría al verle sentado en una silla alta que se había comprado expresamente, y verle comer con tan en apetito!

—¿Eh, está bueno eso? —le decía.

—¡Oh sí, señora! —respondió un día—. Tan bueno como lo que se come en el hospital cuando se está enfermo.

Una observación: aunque Hormiguita no hubiese jamás recibido lecciones de buenos modales —no eran Thornpipe ni tampoco míster O'Bodkins quienes se las hubieran podido dar—, poseía una naturaleza tan discreta y reservada, un carácter tan dulce y afectuoso, que siempre había contrastado con las turbulencias y pillerías de los pensionados de la Ragged-School.

Mostrábase el niño superior a su condición, como lo era a su edad, por los modales y sentimientos. Por aturdida que miss Anna Waston fuera, no podía dejar de notarlo. De su historia no conocía más que lo que él había podido contarle desde la época en que fue recogido por Thornpipe. Era, pues, indudable

que se trataba de un niño abandonado.

Sin embargo, dado lo que ella llamaba su distinción natural, miss Anna Waston vio en él al hijo de una gran señora, como en el drama corriente, un hijo al que, por razones desconocidas o por su posición social, su madre se había obligado a abandonar. Y de aquí forjó una novela que no brillaba por su novedad.

Imaginaba situaciones que se podrían adaptar a la escena. Un drama de gran efecto. Ella lo representaría y sería el triunfo mayor de su carrera artística. Se mostraría enloquecedora, sublime, etc., etc. Cuando estaba en tal diapason, cogía a su ángel, le estrechaba como si estuviera en escena, y le parecía oír los bravos de toda la sala.

Un día, Hormiguita, turbado por estas demostraciones, le dijo: —Señora...

—¿Qué quieres, querido? —Quería preguntarle una cosa. —Pregunta, corazón mío. —¿No me reñirá?

—¿Reñirte?

—Todos han tenido una mamá, ¿no es cierto? —Sí, ángel mío; todos...

—Entonces, ¿por qué yo no conozco a la mía?

—¿Por qué?... Porque... —respondió miss Anna Waston confusa—, porque hay razones... Pero un día... Tú la verás... sí... Tengo la idea de que la verás...

—La he oído decir que debía de ser una hermosa señora... —Sí, ciertamente... una hermosísima señora.

—¿Y por qué?

—Porque... tu aire... tu cara... Después, la situación, la situación del drama exige que sea hermosa... una gran señora... Tú no puedes comprender...

—No... nada comprendo... —respondió tristemente el niño—. Algunas veces pienso que mi mamá ha muerto...

—¡Muerto!... No... No pienses en esas cosas... Si estuviera muerta no habría drama...

—¿Qué drama?

Miss Anna le abrazó, lo que era el mejor modo de responder.

—Pues si no ha muerto —replicó Hormiguita con la lógica tenacidad de sus pocos años—, si es una hermosa señora, ¿por qué me ha abandonado?

—Se habrá visto obligada a ello... ¡Oh! Y a su pesar... pero en el desenlace...

—Señora... —¿Qué quieres? —¿Mi mamá? —¿Qué?

—¿No es usted?

—¡Quién... yo!... ¡Tú mamá! —¡Como me llama hijo!...

—Esto se dice, ángel mío, esto se dice siempre a los niños de tu edad... ¡Pobre pequeño!...

¡Has podido creer!... No... ¡yo no soy tu mamá! ¡De serlo no te hubiera abandonado, no te hubiera entregado a la miseria! ¡Oh!... ¡No!...

Y miss Anna Waston, infinitamente conmovida, terminó la conversación abrazando de nuevo al niño, que se alejó disgustado.

¡Pobre niño! ¡Que perteneciese a una familia rica o a una pobre, era de temer que jamás llegase a saberlo como otros tantos encontrados en la calle!...

Al llevarle consigo, miss Anna Waston no había reflexionado en la carga que su buena acción le imponía para el porvenir. No había pensado que el niño crecería y que sería preciso educarlo.

Si está bien colmar a un niño de caricias, mejor es darle la enseñanza que su espíritu reclama. La actriz entreveía vagamente este deber. Verdad es que Hormiguita apenas tenía cinco años y medio; pero a esta edad la inteligencia comienza a desarrollarse... ¿Qué sería? No podría seguir a la actriz de ciudad en ciudad, de teatro en teatro, sobre todo cuando ella fuese al extranjero. Se vería obligada a llevarle a un colegio... ¡Oh, en un buen colegio! Lo cierto era que jamás le abandonaría. Y un día dijo a Elisa:

—Él se muestra cada día más gracioso, ¿no lo notas? ¡Qué natural más

afectuoso! ¡Ah! ¡Su cariño me pagará lo que he hecho por él! Y después... ¡qué precoz! ¡Qué afanoso por saberlo todo! ¡Encuentro que es más reflexivo de lo que debe ser un niño!... ¡Y pensó que era hijo mío! ¡El pobre!... ¡Yo no debo parecerme a su madre! ¡Ésta debe de ser una mujer seria, grave! Dime, Elisa, será preciso pensar...

—¿En qué, señora? —En lo que haremos... —¿En lo que haremos... ahora?

—No... ¡Ahora hay que dejarle crecer como un arbolillo! No... más tarde... más tarde... cuando tenga siete u ocho años. ¿No es ésa la edad en que se lleva al colegio a los niños?

Elisa iba a responder que el pequeño debía estar ya acostumbrado al régimen de los colegios —y se sabe a qué régimen había estado sometido—, ¡al de la Ragged-School! Según ella, lo mejor sería enviarle a un establecimiento —más conveniente, se entiende—. Miss Anna Waston no le dejó tiempo para responder...

—Dime, Elisa... —Señora.

¿Crees tú que a nuestro querubín le gustará el teatro? —A él...

—Sí. mírale bien... Tendrá una bella cara; unos ojos magníficos, una presencia soberbia. Se ve ya esto, y estoy segura de que haría un adorable primer galán.

—¡Vamos, vamos!... señora.

—Yo le enseñaré. ¡El discípulo de miss Anna Waston! ¿Ves tú el efecto? —En quince años...

—En quince años, Elisa, ¡sea! Pero te lo repito, en quince años será el más encantador galán que soñarse puede. Todas las mujeres estarán... —Celosas —respondió Elisa—¿Quiere que le diga lo que pienso? —Dilo, hija mía.

—Pues bien, me figuro que este niño no consentirá nunca en ser actor. —¿Y por qué?

—Porque es demasiado serio...

—Quizás es cierto... Sin embargo... veremos. —Tenemos tiempo, señora.

Nada más justo: había tiempo, y si Hormiguita mostraba disposiciones para el teatro todo iría a maravilla.

Entretanto, miss Anna Waston tuvo una atrevida idea, una de esas ideas wastonianas de las que parecía guardar el secreto, la de hacer debutar al niño en el teatro de Limerick.

¿Hacerle debutar? —se dirá—. ¿Pero aquella estrella del drama moderno estaba loca? ¿Loca? En el sentido propio, no. Además, esta idea, y sólo por una vez, no era mala.

Miss Anna Waston representaba entonces una de esas obras de larga permanencia en cartel que no son raras en el repertorio inglés. El drama, o melodrama, más bien, titulado Los remordimientos de una madre había ya hecho brotar de los ojos de toda una generación lágrimas bastantes para alimentar los ríos del Reino Unido.

En esta obra de Furpill había un papel de niño, niño que la madre no había podido conservar, abandonándole un año después de su nacimiento y que se encontraba pobre, etc., etc.

El niño no hablaba: reducíase su papel a dejarse acariciar, abrazar, oprimir sobre el seno materno, ir por un lado y por otro sin pronunciar una sola palabra.

¿No era nuestro héroe el más indicado para desempeñar este papel? Tenía la edad, la estatura conveniente, pálido el semblante y ojos que parecían haber llorado mucho. ¡Qué efecto cuando se le viera en el escenario y junto a su madre adoptiva, precisamente! ¡Con qué entusiasmo y fuego representaría ésta la escena quinta del acto tercero, la gran escena, cuando defiende a su hijo en el momento en que quieren arrancarle de sus brazos!... ¿Es que aquella escena no sería real? ¿No serían verdaderos los gritos de madre que se escaparían de la garganta de la artista? ¿No serían verdaderas lágrimas las que correrían por sus ojos?

Se puso al trabajo, y Hormiguita fue llevado a los últimos ensayos. La primera vez quedó asombrado de cuanto veía y oía: miss Anna le llamaba hijo mío, recitando su papel, pero a él le parecía que no le oprimía con verdad entre sus brazos, que no lloraba al atraerle a su corazón. En efecto: ¿llorar en los ensayos no hubiera sido inútil? ¿Por qué abusar de los ojos? Bastante era verter lágrimas en presencia del público.

Nuestro héroe se sentía, además, muy impresionado. Los sombríos decorados, aquel aire húmedo, aquella sala espaciosa y desierta, cuyas ventanas del anfiteatro, que no dejaban pasar más que una luz gris, tenían el aspecto lúgubre de una casa en la que hubiera un muerto. Sin embargo, Sib —así se llamaba en la obra —hizo lo que se le pidió, y miss Anna Waston no dudó en profetizar que obtendría un gran triunfo, y ella también.

¿Se justificaba esta confianza? La actriz tenía cierto número de envidiosos, y sobre todo de envidiosas entre sus buenas amistades. Habíalas herido a menudo por su personalidad encumbrada, con sus caprichos de artista, sin notarlo, ¿cómo había de notarlo?, y sin saberlo, ¿cómo había de saberlo? Y ahora, gracias a la exageración habitual de su temperamento, ella repetía a quien quería oírlo que bajo su dirección aquel pequeño oscurecería la fama de Keant, de Macreat y cualquier otro gran actor del teatro moderno. En verdad, esto era demasiado.

Al fin llegó el día de la primera representación.

Era el 19 de octubre, un jueves. Claro es que miss Anna Waston debía de encontrarse en un estado de enervamiento muy excusable. Unas veces cogía a Sib, le abrazaba y le sacudía con una impaciencia nerviosa, y otras su presencia la excitaba, y él no comprendía nada de todo aquello.

No hay que asombrarse de que aquella noche la afluencia de público al teatro fuera extraordinaria.

Además, el anuncio había producido un gran efecto.

Para las representaciones de
MISS ANNA WASTON
LOS REMORDIMIENTOS DE UNA MADRE
MAGNÍFICO DRAMA DEL
CÉLEBRE FURPILL
ETC. ETC.

Miss Anna Waston representará el papel de
Duquesa de Kendalle.
El papel de Sib estará a cargo de Hormiguita,

niño de cinco años y nueve meses, etc. etc.

Orgullosa habría quedado el niño si se hubiera detenido ante este anuncio. Sabía leer y su nombre estaba escrito con gruesas letras sobre fondo blanco. Desgraciadamente, muy pronto su orgullo sufrió: un gran disgusto le esperaba en el camerino de miss Anna Waston.

Hasta aquella tarde no se había ensayado con vestuario, por no ser preciso. Había llegado al teatro con sus vestidos de siempre. En aquel camerino donde se preparaba el rico tocado de la duquesa de Kendalle,

Elisa le da los harapos y se dispone a ponérselos. Sórdidos andrajos llenos de remiendos y deshilachados. En efecto, en este drama conmovedor Sib es un niño abandonado al que su madre encuentra con su ropa de pobre, su madre, una duquesa vestida de seda, de encajes y de terciopelo.

Cuando vio aquellos harapos, la primera idea de Hormigueta fue que iba a volver a la Ragged-School.

—Señora... señora —exclamó.

—¿Qué tienes? —respondió miss Anna. —No me lleve usted.

—Llévate. ¿Por qué? —Esos trapos. —¡Cómo! Imaginas... —Eh, pequeño. Espera un poco —dijo

Elisa cogiéndole con mano ruda. —¡Ah! ¡El querubín! —exclamó miss Anna llena de ternura. Y se pintaba las cejas con un pincel.

—¡El pobre ángel! ¡Si esto se supiese en la sala!... Y se ponía colorete en las mejillas.

—Pero se sabrá, Elisa. Mañana se dirá en los periódicos... ¡Ha podido creer!... Y pasaba la borla blanca por sus hombros. —Es cosa que da risa.

—¿Risa, señora?

—Sí, es preciso no llorar.

Y con gusto hubiera vertido lágrimas, a no ser por el temor de malograr su maquillaje. Elisa le repitió, sacudiendo la cabeza.

—¡Vea, señora, cómo no podremos nunca hacer de él un actor! Entretanto,

Hormiguita, cada vez más turbado, con el corazón oprimido y los ojos húmedos, dejase vestir con los harapos de Sib. Miss Anna tuvo entonces la idea de darle una guinea; esto sería su marca de artista, y el niño, prontamente consolado, tomó la moneda de oro con satisfacción y la metió en su bolsillo, no sin haberla mirado mucho. Después miss Anna, le hizo una última caricia y salió a escena, recomendando a Elisa que lo cuidara en el camerino, puesto que él no aparecía hasta el acto tercero.

Aquella noche el gran mundo y la clase baja llenaban el teatro desde los últimos asientos de la orquesta hasta las últimas gradas de la galería, aunque aquel melodrama no tuviese el atractivo de la novedad, por haberse ya representado muchas veces en los teatros del Reino Unido, como sucede con esta clase de obras, aun no siendo más que mediocres.

El primer acto transcurrió con normalidad; miss Anna Waston fue calurosamente aplaudida, y lo merecía en verdad por la pasión, por el brillo de su talento, que emocionaban al auditorio.

Después del primer acto, la duquesa de Kendalle fue a su camerino, y con gran sorpresa de Sib, he aquí que cambia su vestido de seda y terciopelo por el de una simple criada, cambio exigido por las combinaciones del dramaturgo, tan complicadas como poco originales y sobre las que es inútil insistir.

Hormiguita observaba todo aquello, y se sentía cada vez más inquieto, más absorto, como si la fantástica transformación se operase por arte de magia.

Después, la voz del avisador, una voz fuerte que le hizo temblar, llegó hasta el camerino, y la criada le hizo un signo con la mano, diciéndole: —¡Cuidado, niño! Pronto llegará tu turno.

Y salió a escena.

Segundo acto: en él la criada obtuvo un éxito igual al que la duquesa había obtenido en el primero, y el telón se volvió a levantar en medio de una triple salva de aplausos. Miss Anna volvió a su camerino y se dejó caer sobre el sofá, algo fatigada, aunque hubiera reservado para el acto siguiente su más grande esfuerzo dramático.

Todavía hubo un nuevo cambio de vestuario. Ya no es una madre, sino una señora con ropas de luto, menos joven, pues han pasado cinco años entre el

segundo y el tercer acto.

Hormiguita abría los ojos, inmóvil en su rincón, sin atreverse a moverse ni a hablar. Miss

Anna Waston, muy nerviosa, no le prestaba ninguna atención.

Sin embargo, cuando se volvió, le dijo: —Pequeño. Te va a tocar a ti.

—¿A mí, señora?

—Y recuerda que te llamas Sib. —¿Sib? Sí.

—Elisa, repítele bien que se llama Sib, hasta que vayas con él a escena para conducirlo cerca de la puerta.

—Sí, señora.

—Y sobre todo, que no falte en su entrada. ¡No! Él no faltaría. Sib... Sib... Sib...

—Ya sabes —añadió miss Anna, mostrando el dedo al niño—, o te quitaré la guinea, ¡ojo a la multa!

—¡Y a la prisión! —añadió Elisa abriendo los ojos que él conocía tan bien. Sib se aseguró de que la guinea estaba en su bolsillo, decidido a no perderla.

Llegó el momento. Elisa cogió a Sib de la mano, y lo llevó a la escena. Sib sintióse aturdido por el movimiento del escenario y de las bambalinas. Veíase perdido en medio de aquel vaivén de figurantes y artistas que le miraban riendo. ¡Estaba avergonzado de los harapos que le cubrían!

Al fin sonaron los tres golpes. Sib tembló como si los hubiera recibido en la espalda.

Alzose el telón.

La duquesa de Kendalle estaba sola en escena; recitaba un monólogo. La decoración representaba una choza. Después la puerta del foro se abriría, entraría un niño que avanzaría hacia ella, tendiéndole la mano, y este niño sería el suyo.

Preciso es advertir que Hormiguita se había disgustado mucho en los

ensayos al verse obligado a pedir limosna. Se recordará su orgullo nativo, su repugnancia cuando se le quería obligar a mendigar en provecho de la Ragged-School; y aunque miss Anna le había dicho que esto era otra cosa, en su inocencia lo tomaba en serio, y acabó por creer que era verdaderamente el infortunado Sib.

Esperando el momento de la entrada, y mientras el director le tenía de la mano, miraba por las rendijas de la puerta. ¡Con qué desvanecimiento recorrieron sus ojos aquella inmensa sala, llena de gente y de luz, y con la enorme araña como un globo de fuego suspendido en el aire! ¡Era aquello muy diferente a lo que él había visto cuando asistía a las funciones desde el palco!

En aquel momento el director le dijo: —¡Atención, Sib!

—Sí, señor.

—Sabes; vas derecho hasta tu mamá y cuidado con caer. —Sí, señor.

—Y le tiendes la mano. —Sí señor... ¿así? Y mostraba su mano cerrada.

—No... Eso es el puño... Tiendes la mano abierta, puesto que pides limosna.

—Sí, señor.

—Y sobre todo, no pronuncies una palabra... ¡ni una sola! —Sí, señor. La puerta de la choza se abrió y el director le empujó.

Hormiguita acababa de dar el primer paso en la carrera dramática. ¡Cómo le latía el corazón!

Un murmullo llegó de todos los lados de la sala; un murmullo de simpatía, mientras Sib, con la mano temblorosa, los ojos bajos y el paso incierto, avanzaba hacia la señora enlutada.

Se comprendía que tenía costumbre de vestir harapos; se le aplaudió, lo que le turbó más.

De repente, la duquesa se levanta, le mira, retrocede, y después le abre los brazos. ¡Qué grito se escapó de sus labios!... Uno de esos gritos conformes a las tradiciones que desgarran el pecho.

—¡Es él!... ¡Es él!... ¡Le conozco! ¡Es Sib!... ¡Mi hijo!

Y le atrae a sí, le oprime contra su corazón, le cubre de besos. Llorando verdaderas lágrimas esta vez, y exclama:

—¡Mi hijo... mi hijo! ¡Este desdichado que me pide una limosna!... Esto conmueve al pobre

Sib, y aunque le han recomendado que no hable, dice:

—¿Su hijo, señora?...

—Cállate —murmuró en voz baja miss Anna Waston. Y continúa.

—El cielo me lo quitó para castigarme y hoy me lo devuelve.

Y entre estas frases, entrecortadas por los sollozos, devora a Sib a besos, le inunda de lágrimas. Nunca, nunca ha sido Hormiguita tan acariciado, tan oprimido contra un corazón palpitante. ¡Nunca se ha sentido tan maternalmente amado!

La duquesa se levanta como si le sorprendiera algún ruido. —Sib —exclamó—, ¿no me abandonarás?

—No... señora Anna.

—Pero cállate —repitió ella a riesgo de ser oída en la sala.

La puerta de la choza se abre bruscamente. Dos hombres aparecen en el umbral. El uno es el marido; el otro, el magistrado que le acompaña para la información judicial.

—Coged a ese niño. Me pertenece.

—No. No es hijo suyo —responde la duquesa, estrechando a Sib. —¡No es mi papá! —exclamó Hormiguita.

Los dedos de miss Anna Waston le han oprimido tan vivamente el brazo que él no ha podido contener un grito. Después de todo, este grito no compromete la situación. Ahora es una madre la que le estrecha contra sí. No se lo arrancarán. La leona defiende a su cachorro.

Y, de hecho, el cachorro, que toma la escena en serio, sabrá resistir. El duque ha llegado a apoderarse de él. Sib se escapa corriendo hacia la duquesa. —¡Ah, señora Anna! —exclama—.

¿Por qué me ha dicho que no era mi mamá?

¡Callarás, desgraciado! Quiero que calles —murmuró la actriz, mientras el duque y el juez quedan desconcertados ante estas réplicas no previstas.

—Sí, sí —responde Sib—, es mi mamá, ya se lo había dicho, señora Anna... mi verdadera mamá.

El público comienza a comprender que aquello no es de la obra. Se murmura, se ríe. Algunos espectadores aplauden por broma. Y debían llorar, pues era conmovedor ver a aquel pobre niño que creía haber encontrado a su madre en la duquesa de Kendalle.

Pero la situación era comprometida, pues por una u otra razón estallaban las risas en la escena en que debían correr las lágrimas.

Miss Anna comprendió el ridículo de aquella situación. Algunas palabras irónicas lanzadas por sus amistades llegaron a ella de entre bastidores. Perdida, aturrida, sintió un movimiento de rabia. Hubiera fulminado a aquel niño tonto, causa de todo el mal. Entonces las fuerzas la abandonaron y cayó desmayada en el escenario. El telón fue bajado mientras el público se entregaba a una risa desenfadada.

Aquella misma noche, miss Anna Waston, que había sido trasladada al George Royal Hotel, abandonó la ciudad en compañía de Elisa Corbett. Renunciaba a dar las funciones anunciadas para la semana. Rescindía su contrato y pagaría la indemnización. jamás volvería a aparecer en el teatro de Limerick.

No se inquietaba por Hormigueta. Se desembarazaría de él como de un objeto que ya no gusta y cuya sola vista le hubiera sido odiosa. No hay cariño que valga ante el amor propio.

Hormigueta quedó solo, sin adivinar nada, pero comprendiendo que había debido de causar una gran desgracia. Erró toda la noche por las calles de Limerick a la aventura, y acabó por refugiarse en el fondo de una especie de vasto jardín, con construcciones esparcidas aquí y allá y losas sobre las que se veían cruces.

En medio se alzaba una enorme construcción, muy sombría por la parte que no estaba iluminada por la luz de la luna. Este jardín era el cementerio de Limerick, uno de esos cementerios ingleses llenos de árboles verdes, paseos enarenados y estanques, que son muy frecuentados. Las losas eran las tumbas; las construcciones, monumentos funerarios, y en medio, la catedral gótica de Santa María.

Allí encontró el niño un asilo y pasó la noche acostado en un escalón a la sombra de la iglesia, temblando al menor ruido, preguntándose si aquel hombre villano, el duque de Kendalle, no iría a buscarle. ¡Y la señora Anna que no estaría allí para defenderle!... ¡Oh! Le llevaría lejos... muy lejos... No volvería a ver a su mamá... y gruesas lágrimas nublaban sus ojos. Al llegar el día, le pareció a Hormiguita que alguien le llamaba. Un hombre y una mujer estaban junto a él. Un labrador y una labradora. Al cruzar el camino le habían visto. Iban a la administración de la diligencia que partiría para el sur del condado.

—¿Qué haces aquí, pequeño? —dijo el labrador.

El niño sollozaba, hasta el punto de no poder hablar.

—Veamos, ¿qué haces aquí? —repitió la mujer con voz más dulce. Hormiguita permanecía en silencio.

—¿Tu papá? —preguntó ella entonces. —No tengo papá —respondió al fin el niño. —¿Y mamá?

—Tampoco.

Y tendió sus brazos hacia la labradora.

Si el niño hubiera llevado buenas ropas, el labrador hubiera pensado que se trataba de un niño perdido y practicado las diligencias necesarias para devolvérselo a la familia; pero a juzgar por los harapos de Sib, no debía de ser más que uno de esos miserables que a nadie pertenecen. —Ven, pues —concluyó el labrador.

Y levantándole, le puso en brazos de su mujer, diciendo con voz segura: —Un colminillo más en la granja no pesará mucho, ¿no es verdad, Martina?

—No, Martin.

Y Martina enjugó con un beso las gruesas lágrimas de Hormiguita.

VIII LA GRANJA DE KERWAN I

Que Hormiguita no hubiera vivido dichoso en la provincia del Ulster parecía verdad, aunque nadie supo cómo había pasado sus primeros años en algún pueblo del condado de Donegal.

La ciudad de Connaught no había sido más clemente con él, ni cuando recorría las calles del condado de Mayo bajo el látigo de Thornpipe, ni en el condado de Galway durante los dos años que permaneció en la Ragged-School.

En la provincia de Munster, gracias al capricho de una cómica, tal vez hubiera podido esperar que su miseria había concluido. ¡No! Acababa de ser abandonado, y ahora los azares de su existencia le iban a arrojar al fondo del Kerry, al extremo sudoeste de Irlanda. Esta vez unas personas habían tenido piedad de él... ¡Quizás jamás le abandonasen!

En uno de los distritos del norte del condado de Kerry, cerca del río Cashen, está situada la granja Kerwan. A unas doce millas se encuentra Tralée, la capital, de donde, a creer las tradiciones, San Bradán partió el siglo VI para ir a descubrir América antes que Colón. De aquí nacen las diversas vías férreas de Irlanda meridional.

Este territorio, muy accidentado, tiene las montañas más altas de la isla, tales como los montes Clanaraderry y los Stacks.

Numerosos ríos forman los afluentes del Cashen y hacen irregular el trazado de los caminos. A unas treinta millas hacia el oeste se desarrolla el litoral, profundamente cortado donde se encuentran la ensenada del Shannon y la larga bahía de Kerry, cuyas caprichosas rocas se desgastan con el ácido carbónico de las aguas marinas.

No se habrán olvidado estas palabras de O'Connell que hemos citado; —«Irlanda para los irlandeses». He aquí cómo esto es verdad. Existen trescientas mil granjas que pertenecen a propietarios extranjeros. En este número cincuenta mil comprenden más de veinticuatro acres, o sea unas doce hectáreas, y ocho mil no tienen más que de ocho a doce. El resto, menos. De forma que la propiedad

no está bien repartida. Al contrario. Tres de estas propiedades pasan de cien mil acres, entre otras la de míster Richard Barridge, que tiene unas ciento sesenta millas de extensión.

¿Pero qué valen estos propietarios al lado de los landlords de Escocia, un conde de Breadalbane, propietario de cuatrocientos treinta y cinco mil acres; míster J. Matheson, de cuatrocientos seis mil; el duque de Sutherland, de un millón doscientos mil acres, la superficie de un condado entero?

Lo cierto es que después de la conquista de los anglonormandos en 1100, la isla Hermana ha sido tratada feudalmente y su suelo ha quedado feudal.

El duque de Rockingham era en esta época uno de los grandes landlords del condado de Kerry. Sus dominios, de una superficie de ciento cincuenta mil acres, comprendían tierras de cultivo, prados, bosques y balsas, servidos por mil quinientas granjas. Era extranjero, uno de esos a los que los irlandeses acusan con razón de absentismo, y la consecuencia de esto es que el dinero producido por el trabajo irlandés es enviado fuera y no aprovecha a Irlanda.

No hay que olvidar que la Verde Erin no forma parte de Gran Bretaña, denominación únicamente aplicable a Escocia e Inglaterra. El duque de Rockingham era un lord escocés. Jamás había ido a visitar sus tierras, al ejemplo de otros que poseen las nueve décimas partes de la isla y a quienes no conocen sus colonos. Bajo condición de una suma anual, él abandonaba la explotación de sus dominios a esos tratantes que, beneficiándose con ello, las arriendan por parcelas a los cultivadores. La granja de Kerwan dependía, con algunas otras, de un tal John Eldon, agente del duque de Rockingham.

Era esta granja de mediana importancia, puesto que no contaba más que un centenar de acres. Se trataba de una tierra muy difícil de cultivar, solamente a costa de un trabajo excesivo el campesino llegaba a arrancar de ella con que pagar el arriendo, sobre todo cuando el acre se alquila al precio excesivo de una libra por año.

Tal era el caso de la granja de Kerwan, dirigida por el labrador MacCarthy.

En Irlanda hay buenos propietarios, cierto; pero los midlemen o arrendatarios son duros y despiadados.

Conviene advertir que la aristocracia, que es bastante liberal en Inglaterra y

Escocia, se muestra más bien opresora en Irlanda; es de temer que suceda una catástrofe; quien siembra odio recoge rebelión.

Martin MacCarthy, hombre todavía en pleno vigor de su edad —tenía cincuenta y dos años—, era uno de los mejores labradores de los contornos. Laborioso, inteligente, entendido en materia de cultivo, bien secundado por sus hijos severamente educados, había conseguido ganar algún dinero, a pesar de los impuestos y censos que pesaban sobre el campesino irlandés.

Su mujer se llamaba Martina y poseía todas las buenas cualidades de un ama de casa. A los cincuenta años trabajaba como si tuviera veinte. En invierno, cuando no se trabajaba en el campo, la rueca cubierta, el huso lleno de cáñamo, se oía el ruido de su rueda ante el hogar cuando las exigencias del arreglo de la casa no reclamaban sus cuidados.

La familia MacCarthy, viviendo al aire libre, acostumbrada a las fatigas del campo, gozaba de una excelente salud, sin necesitar ni de medicinas ni de médicos. Venía de esa raza vigorosa de cultivadores irlandeses que se aclimatan tan bien a las praderas del Far-West americano, como a los territorios de Australia y de Nueva Zelanda. Esperamos que jamás se verán en la necesidad de emigrar al otro lado de los mares. ¡Haga el cielo que su isla no les arroje lejos de ella como a muchos de sus hijos! Como cabeza de familia, querida y respetada, estaba la madre de Martin, una anciana de setenta y cinco años, cuyo marido había dirigido la granja. La abuela, deseosa de ser la menor carga posible para sus hijos, no tenía otra ocupación que la de hilar en compañía de su nuera.

El mayor de los hijos, Murdock, de veintisiete años, más instruido que su padre, se interesaba ardientemente por las cuestiones que tienen siempre apasionada a Irlanda, y se temía sin cesar que se comprometiese en algún mal asunto. Era de esos que sólo sueñan con la reivindicación del hombre-rule, es decir, con la conquista de la autonomía; y sin duda el hombre-rule tiende a las reformas políticas más que sociales. Y sin embargo son estas últimas de las que más necesidad tiene Irlanda, puesto que aún está sometida a las duras exacciones del régimen feudal.

Murdock, vigoroso, algo taciturno, poco comunicativo, se había casado recientemente con la hija de un labrador de la vecindad. Esta excelente joven, querida de toda la familia MacCarthy, poseía la belleza altiva y tranquila, la actitud noble y distinguida que se encuentra frecuentemente entre los irlandeses

de las clases inferiores. Animaban su rostro grandes ojos azules, y su rubia cabellera formaba rizos bajo las cintas de su tocado. Kitty amaba mucho a su esposo, y Murdock, serio por naturaleza, dejaba asomar a sus labios una sonrisa cuando la miraba, pues sentía por ella profundo cariño. Ella empleaba su influjo en moderar sus ímpetus y contenerle cuando algún emisario de los nacionalistas venía a hacer propaganda por el país y a proclamar que no era posible conciliación alguna entre los arrendatarios y los landlords.

Huelga decir que los MacCarthy eran buenos católicos, y no hay que asombrarse, por lo tanto, de que considerasen a los protestantes como a verdaderos enemigos¹.

Murdock acudía a los mítines, ¡y cómo se le oprimía el corazón a Kitty cuando le veía marchar para Tralée, u otra ciudad cualquiera del contorno! En las juntas, él hablaba con la elocuencia natural de los irlandeses, y a su regreso, cuando Kitty leía en su rostro las pasiones que le agitaban, cuando le veía golpear el suelo con el pie, murmurando una llamada a la revolución agraria, a una señal de Martina procuraba calmarle.

—Querido Murdock —le decía—, es preciso tener paciencia y resignación.

—¡Paciencia! —respondía él—. ¡Cuando los años pasan y nada se consigue!... ¡Resignación, cuando se ven animosas criaturas como la abuela quedar miserables, después de una larga existencia de trabajo! A fuerza de ser pacientes y resignados, mi pobre Kitti, se llega a aceptarlo todo, a perder el sentimiento de los derechos, a encorvarse bajo el yugo, y esto no lo haré jamás, ¡jamás! —repetía, levantando orgullosamente la cabeza.

Martin MacCarthy tenía otros dos hijos. Pat, o Patrick, y Sim, o Simeon, de veinticinco y diecinueve años, respectivamente.

Pat navegaba actualmente como marinero en uno de los buques de la acreditada casa

Marcuat de Liverpool.

En cuanto a Sim, lo mismo que Murdock, no había abandonado la granja, y su padre encontraba en ellos dos preciosos auxiliares para los trabajos del campo y el cuidado de los animales. Sim obedecía sin celos a su hermano mayor, cuya superioridad reconocía. Le daba testimonio de respeto como si fuera el jefe de la familia. Era jovial, lo que forma el fondo del carácter irlandés. Gustaba de

divertirse y de reír, alegrando con su presencia y sus bromas el interior algo severo de aquella casa patriarcal. Muy atrevido, contrastaba con el temperamento más reposado y el espíritu más serio de su hermano Murdock.

Tal era aquella familia en la que Hormiguita fue admitido. ¡Qué diferencia entre la atmósfera degradante de la Ragged-School y la fortificante de una granja irlandesa! ¿No sería por esto herida su precoz imaginación? Sin duda, a decir verdad, nuestro héroe acababa de pasar algunas semanas de cierto bienestar en casa de la caprichosa miss Anna Weston; pero no había encontrado en ella esas ternuras verdaderas que la vida teatral hace tan poco seguras, tan efímeras, tan fugaces.

La casa de los MacCarthy no tenía más que lo estrictamente necesario. Muchos de los establecimientos de los ricos condados del Reino Unido están instalados en condiciones lujosas. Después de todo, el labrador es el que hace la granja, y poco importa que ésta sea poco considerable si está dirigida con inteligencia. Sin embargo, Martin no pertenecía a la categoría más favorecida de los yeomen, que son pequeños propietarios de tierras: no era más que un colono del duque de Rockingham; se podía decir que era una de las cien máquinas agrícolas puestas en movimiento en el vasto dominio del landlord.

La casa principal, mitad de piedra, mitad de paja, sólo tenía un piso bajo donde la abuela, Martin y Martina, Murdock y su mujer ocupaban cuartos separados de una sala común con ancha chimenea, en la que se reunía la familia para comer. Encima, contigua a los graneros, una especie de desván servía de alojamiento a Sim y también a Pat en los intervalos de sus viajes.

Alrededor, a un lado estaban las eras, los hornos, los cobertizos bajo los que se guardaban el material de cultivo y los instrumentos de labranza, y al otro la vaquería, el aprisco, el corral y la pocilga para los puercos.

Estos sitios, faltos de las reparaciones convenientes, presentaban un aspecto poco confortable; aquí y allá plantas de diversas procedencias, hojas de puerta, placas de zinc, etc. tapaban las grietas de los muros, y los tejados de paja estaban cargados de gruesos guijarros para resistir la fuerza de los huracanes.

Entre los tres cuerpos de edificio se extendía un patio con puerta cochera, fijada en dos montantes. Un seto vivo formaba una cerca adornada con esas brillantes fucsias, tan abundantes en el campo irlandés. En el interior del patio, el

césped, donde vienen a picotear los pajarillos. En el centro una balsa de agua clarísima rodeada de ramos de azaleas, de margaritas de un amarillo de oro y de asfodelos silvestres.

La caña de los tejados alrededor de largas piedras no estaba menos florida que el césped y las hayas del patio. Había allí toda clase de plantas que encantaban los ojos, y particularmente innumerables fucsias mecidas sin cesar por las brisas.

En cuanto a los muros, estaban hechos de pedazos y semejaban los remiendos de las ropas de un pobre.

No estaban sujetos por la hiedra que sostenía el edificio cuando hasta faltaban los cimientos.

Entre las tierras cultivables y la granja se extiende una huerta en la que m^íster Martin cultiva las legumbres precisas para su alimento, sobre todo nabos, coles y patatas. Estaba rodeada por una cortina de árboles y arbustos abandonados a los caprichos de una vegetación tan fantástica como es la de Irlanda.

Aquí están los robustos acebos con sus hojas de un verde rabioso que semejan conchas de forma original.

Allí se levantan los tejos, que crecen libremente, sin que un cincel inhábil los convierta en utensilios de ninguna clase.

Hacia la izquierda, un bosque de fresnos, uno de los árboles más hermosos de aquellos campos.

Después, entremezclándose con hayas verdes, árboles de gran altura, serbales que desde lejos semejan viñedos cuyas cepas estuvieran cargadas de uvas de coral. Y no es preciso ir tres millas más lejos para sentir que se hincha el suelo con las primeras ramificaciones de las cadenas de los Clanaraderry, donde se desarrollan bosques de abetos, cuyas frutas parecen estar suspendidas en la red de las madreselvas.

La explotación de la granja de Kerwan comprende un cultivo muy variado, pero de un rendimiento mediano.

El escaso cereal del que ordinariamente se hace la harina de avena, y que los MacCarthy recolectan, no es recomendable.

Las avenas son mezquinas, circunstancia tanto más desagradable cuanto que la harina de avena es de un empleo constante, pues el trigo no es en aquellas tierras de buena calidad.

Preferible es sembrar cebada y sobre todo centeno, que contribuye en una

proporción notable a la fabricación del pan.

Y tal es la rudeza del clima, que aun esta cosecha solo puede ser recolectada en octubre y noviembre.

Entre los cultivos más extendidos, la patata ocupa el primer puesto.

Es la base de la alimentación en Irlanda, principalmente en los distritos desheredados de la naturaleza. Podríase preguntar de qué vivían aquellos pueblos antes de que Parmentier hubiera hecho conocer y adoptar su precioso tubérculo. Tal vez el cultivador es imprevisor al contar con este producto; pero, en fin, puede salvarle de la pobreza cuando el invierno no hace de las suyas.

Si la tierra alimenta a los animales, éstos contribuyen a alimentar a la tierra. Ninguna explotación es posible sin ellos. Los unos sirven para trabajar el campo, los otros dan productos naturales, huevos, carne, leche. De todo sale el abono necesario para el cultivo. Así, en la granja de Kerwan se contaban seis caballos, y apenas bastaban cuando, unidos de dos en dos o de tres en tres cavaban con el arado las tierras rocosas.

Bestias animosas y pacientes como sus amos, y que no por no estar inscritos en el Stud-book, libro de oro de la raza equina, dejan de prestar servicios reales, contentándose con unas berzas cuando el forraje falta. Un asno les hacía compañía, y no era cardo lo que le faltaba, pues todas las vallas no podrían destruir aquella invasión parásita en las tierras irlandesas.

Entre los animales de establo, debemos mencionar una docena de vacas y un centenar de carneros, de cabeza negra y lana blanca, cuya alimentación constituye un problema en invierno, cuando el suelo se cubre de nieve. No hay tantos motivos de inquietud para alimentar las cabras, de las que Martin MacCarthy poseía unas veinte, puesto que ellas se buscan su sustento. Si falta hierba se contentan con hojas que resisten a los más intensos fríos.

Respecto a los puercos, conviene advertir que una docena de estos animales tenían su pocilga en los anejos de la derecha, y sólo se les engordaba para comerlos.

En los cálculos del labrador no entraba el dedicarse a la venta de ellos, aunque en Limerick existe un importante comercio de jamones, que valen tanto como los de York, y se venden regularmente como tales.

Pollos, patos, ánades, hay en número suficiente para llenar de huevos el mercado de Tralée. Pero pocos pavos y pichones. Estas aves casi no se

encuentran en los corrales de las granjas de Irlanda.

Conviene citar un perro de Escocia para guardar los rebaños de carneros.

Nada de perros de caza, aunque ésta abunda en aquellas tierras, ellos silvestres, chochas y cabras salvajes.

¿Para qué? La caza es un placer de los landlords. La licencia es cara y sólo aprovecha al fisco británico, y además, para tener el derecho de poseer un perro de caza, se debe justificar que se posee una propiedad de mil libras por lo menos.

Tal era la granja de Kerwan, casi aislada en el fondo de un ángulo que forma el Cashen, a cinco millas de la parroquia de Siltan. Ciertamente existen tierras peores en el condado, de esas ligeras y silíceas que no conservan el abono, y cuyo arriendo no sube más de una corona el acre.

Pero, a pesar de todo, el cultivo de Martin MacCarthy era de mediana calidad.

Delante de la parcela explotada se extendían áridas planicies, cubiertas de inevitable matorral. Por encima, grandes bandadas de cuervos ávidos del grano sembrado, y de esos pájaros que destrozan el grano formado. A lo lejos, espesos bosques de abedules y de alerces, fuertemente sacudidos en la estación de los huracanes. En suma, un curioso paisaje, digno de atraer a los turistas, con perspectivas magníficas envueltas en bruma; aunque país duro para los que lo habitan, tierra que a menudo se convierte en madrastra para los que la cultivan.

¡Quiera el cielo que la recolección de la patata, verdadero pan de la isla, no falte ni en Kerry ni en los demás sitios! Cuando falta, aparece el hambre en todo su horror².

Así, después de haber cantado el God save the Queen, plegaria de los irlandeses, completadla diciendo:

—God save the potatoes.

IX LA GRANJA DE KERWAN II

Al día siguiente, 20 de octubre, hacia las tres de la tarde, alegres gritos se oyeron en el camino a la entrada de la granja de Kerwan:

—¡Mira, padre! —¡Mira, madre!

Eran Kitty y Sim que saludaban desde lejos a Martin y Martina MacCarthy.

—Buenos días, hijos. —Buenos días, hijos míos. Y en su boca este míos, estaba lleno de maternal orgullo.

El labrador y la labradora habían salido por la mañana de Limerick. Un viaje de unas treinta millas, cuando las brisas del otoño son ya frescas, y se dispone de un jaunting car, o sea, un carro en el que los viajeros se colocan de dos en dos, es penoso. Imaginad uno de esos dobles bancos que se ven en los bulevares de las ciudades, añadidle un par de ruedas, y completadlo con una plancha en la que descansan los pies de los viajeros, y tendréis el carruaje ordinariamente empleado en Irlanda. Si no es muy cómodo, pues no permite ver más que un lado del paisaje, ni el más confortable, porque va descubierto, es al menos el más rápido.

No se extrañará, pues, que Martin y Martina MacCarthy, que salieron a eso de las siete de Limerick, llegaran a las tres de la tarde a la granja.

No iban solos en el carro, que podía llevar hasta diez viajeros. Después de haber dejado en su casa a los dos labradores, el rápido vehículo continuó su camino hacia la capital del condado de Kerry.

Murdock salió en seguida de su alojamiento, situado en un ángulo del patio, a la derecha.

—¿Habéis hecho buen viaje, padre? —preguntó la joven a quien Martina acababa de abrazar.

—Muy bueno, Kitty.

—¿Habéis encontrado las plantas de coles en el mercado de Limerick? —dijo Murdock.

—Sí; y mañana llegarán. —¿Y nabos?

—También; muy buenos. —Bien, padre.

—Y también una especie de grano... —¿Cuál?

—Grano de bebé, Murdock; que me parece de excelente calidad.

Y como Murdock y su hermano parecieran asombrados mirando al niño que Martina tenía en sus brazos, dijo ésta:

—Aquí hay un niño hasta que Kitty nos dé otro parecido. —¡Pero está helado! —respondió la joven.

—Pues le he traído bien envuelto en mi tartán durante el viaje —replicó la labradora.

—Pronto, pronto —dijo Martin—. Vamos a calentarle al fuego del hogar, y comencemos por abrazar a la abuela, que debe de tener deseos de ello.

Kitty recibió al niño de manos de Martina, y muy pronto toda la familia estuvo reunida en la sala donde la abuela ocupaba un viejo sillón. Se le presentó al niño. Ella le tomó en sus brazos y sentole sobre sus rodillas.

Él se dejó hacer. Sus ojos iban de unos a otros. No comprendía nada de lo que pasaba. El día de hoy no se parecía al de ayer, ¿era un sueño?

Veía caras agradables en torno suyo, jóvenes y viejas. Sólo afectuosas palabras había oído.

El viaje fue para él una distracción en aquel carruaje que cruzaba los campos con tanta rapidez.

El aire sano de la mañana, con aromas de árboles y flores, le llenaba el pecho.

Una sopa bien caliente le había confortado antes de la partida, y durante el camino, comiendo algo de lo que contenía el saco de Martina, había contado lo que sabía de su historia; su vida en la Ragged-School, incendiada, los solícitos cuidados de Grip, cuyo nombre repetía varias veces; después, lo referente a la

señora Anna que le había llamado su hijo, y que no era su madre; después la cólera de un caballero que se llamaba el duque, un duque del que había olvidado el nombre, y que quería apoderarse de él; en fin, su abandono, y cómo se había encontrado solo en el cementerio de Limerick. Martin y Martina no habían comprendido gran cosa de su historia, si no es que no tenía padres ni familia, y que era un ser abandonado a quien la Providencia confiaba a ellos.

La abuela, muy conmovida, le abrazó, y los otros, no menos emocionados, hicieron lo mismo.

—¿Y cómo se llama? —preguntó la abuela.

—No ha podido decirnos otro nombre que Hormiguita —respondió Martina.

—No tiene necesidad de otro —dijo Martin—, y así le llamaremos nosotros.

—Bien, ¿y cuando sea mayor? —observó Sim.

—Será Hormiguita también —respondió la vieja, que bautizó al niño con un beso.

He aquí la acogida que a nuestro héroe se dio en la granja. Quitáronle los andrajos que él se puso para el papel de Sib, y fueron reemplazados por otras ropas que Sim usó cuando tenía la edad del niño, no muy nuevas, pero cálidas y limpias. Él conservó su traje de lana, que comenzaba a estarle estrecho, pero al que parecía querer mucho.

Comió con la familia sentado en una silla alta, preguntándose si toda aquella felicidad no desaparecería. ¡No! No desapareció la buena sopa de avena, de la que se le sirvió un buen plato; no desapareció el pedazo de grasa y de coles, del que se le dio bastante, ni la torta con huevos y harina, que fue distribuida por partes iguales entre todos, comida y remojada en un vaso de ese excelente potheen que el labrador destilaba de la cebada recolectada en las tierras de Kerwan.

Fue una buena comida, sin contar que nuestro héroe no veía más que caras sonrientes, excepto tal vez la del hermano mayor, siempre seria y hasta algo triste... Los ojos del niño se humedecieron y las lágrimas corrían por sus

mejillas.

—¿Qué tienes? —le preguntó Kitty.

—Vamos, no hay por qué llorar —añadió la abuela—. Aquí te queremos mucho.

—Y yo te haré juguetes —le dijo Sim.

—No lloro —respondió el niño—. No son lágrimas.

¡No, en verdad! Más bien era el corazón de la pobre criatura que se desbordaba.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo Martin—. Por una vez pase, pero te advierto que aquí está prohibido llorar.

—No lloraré más, señor —respondió el niño, yendo a los brazos que la abuela le tendía.

Martin y Martina tenían necesidad de descanso. Además, en la granja se acostaban temprano, pues tenían la costumbre de levantarse al alba. —¿Dónde se va a colocar al niño? —preguntó el labrador.

—En mi cuarto —respondió Sim—; le cederé la mitad de mi cama como si fuera un hermano pequeño.

—No, hijos míos —respondió la abuela—. Dejad que se acueste junto a mí: no me incomodará; le miraré dormir, y esto me proporcionará placer.

Cualquier deseo de la abuela jamás había encontrado sombra de resistencia.

Instalose un lecho cerca del suyo, como había pedido, y Hormiguita fue inmediatamente conducido a él.

Blancas sábanas, una buena colcha: esto lo había él conocido durante algunas semanas en el George Royal Hotel de Limerick, en la habitación de miss Anna. Pero las caricias de la actriz no valían lo que las de aquella honrada familia. Tal vez apreció la diferencia, sobre todo cuando la abuela le dio un fuerte beso.

—¡Ah!... Gracias... Gracias... —murmuró. Ésta fue toda su oración aquella noche, y sin duda no sabía otra.

Era el principio del invierno. La cosecha estaba terminada. Poco o nada había que hacer fuera de la granja. En aquellos rudos terrenos la siembra del trigo, de la cebada y de la avena no se pueden efectuar al principio del invierno, cuya extensión y rigor podrían comprometerla. Así es que Martin MacCarthy tenía la costumbre de esperar a los meses de marzo y abril para sembrar sus cereales, buscando las especies convenientes. Abrir el surco en un suelo que se hiela a varios pies de profundidad hubiera sido un trabajo tan duro como inútil.

Tanto hubiera valido arrojar la simiente a la arena o a las rocas del litoral.

Sin embargo, en la granja no faltaba que hacer. En primer lugar, limpiar la cebada y la avena. Y después, en los meses del invierno no escaseaba el trabajo. Hormiguita pudo notarlo desde el primer día, pues no quería ser inútil. Levantado al alba, se fue hacia los establos. Tenía el presentimiento de que allí podría hacer algo provechoso.

¡Qué diablo! Él cumpliría seis años a fin del año, y a esa edad ya se es capaz para guardar los gansos, las vacas, hasta los carneros, cuando se tiene la ayuda de un buen perro.

Así pues, al desayunar, ante su taza de leche caliente, él hizo la proposición.

—Bien —respondió Martin—. Quieres trabajar y tienes razón. Es preciso saberse ganar la vida.

—Y la ganaré, señor Martin —respondió él. —¡Es tan pequeño! —observó la anciana. —No importa, señora.

—Llámame abuela.

Pues bien; no importa nada, abuela... ¡Me gustaría tanto trabajar! —Y trabajarás —dijo Murdock, bastante sorprendido de aquel carácter firme y resuelto en un niño que no había conocido hasta entonces más que las miserias de la vida.

—Gracias, señor.

—Te enseñaré a cuidar de los caballos —dijo Murdock —y a montar, si no tienes miedo...

—Sí que quiero —respondió.

—Y yo te acostumbraré a cuidar de las vacas —dijo Martina —y a llevarlas, sino tienes una cornada.

—Sí que quiero, señora Martina.

—Y yo —exclamó Sim —te diré cómo se guardan los carneros en el campo.

—También...

—¿Sabes leer? —preguntó el labrador. —Un poco, y escribir en letras grandes. —¿Y contar?

—Oh, sí, hasta cien, señor.

—Bien —dijo Kitty sonriendo—, yo te enseñaré a contar hasta mil y a escribir en letras pequeñas.

—También yo lo deseo, señora.

Y realmente aquel niño quería cuanto se le proponía. Estaba decidido a mostrar su agradecimiento por lo que aquella familia iba a hacer en su favor. Ser el criado de la granja; a esto se limitaba su ambición. Pero lo que atestiguaba la seriedad de su espíritu, fue la respuesta que dio al labrador cuando éste le dijo riendo:

—¡Eh! Hormiguita, tú llegarás a ser un mozo sin precio entre nosotros. Los caballos, las vacas, los carneros. Si te ocupas de todo, no quedará trabajo para nosotros. ¿Y cuánto me llevarás de salario?

—¿De salario?

—Sí. Supongo que no trabajarás de balde.

—¡Oh! No, señor Martin.

EL —¡Cómo! —exclamó Martina con sorpresa—. Fuera de su alimento, de su habitación, de su traje, tiene la pretensión de ser pagado...

—Sí, señora.

Murdock, que le observaba, se contentó con añadir: —Dejadle que se explique.

—Sí —dijo la abuela—. Dinos lo que quieres ganar. ¿Es dinero? Hormiguita sacudió la cabeza.

—Veamos... una corona por día? —dijo Kitty. —¡Oh, señora!...

—¿Por mes? —dijo la labradora. —Señora Martina...

—¿Por año tal vez? —preguntó Sim riendo—. Una corona por año. —En fin, ¿qué quieres? —dijo Murdock—. Comprendo que tengas la idea de ganar tu vida como la tenemos todos. Por poco que sea lo que se recibe se aprende a contar... ¿Qué quieres... un penique, un copper por día? —No, señor Murdock.

—Explícate, pues.

—Pues bien, cada noche, el señor Martin me dará un guijarro.

—¡Un guijarro! —exclamó Sim—. ¿Es con guijarros como harás una fortuna?

—No; pero me proporcionará gran placer, y más tarde, dentro de algunos años, cuando sea mayor si están contentos de mí... —Comprendido —respondió Martin—; cambiaremos tus guijarros por peniques o chelines.

Todos elogiaron a Hormiguita por su excelente idea, y desde aquella misma noche, Martin MacCarthy le entregó un guijarro que cogía en el lecho del Cashen, todavía había muchos millones de ellos. El niño lo guardó en un viejo puchero que la abuela le dio.

—Niño singular —dijo Murdock a su padre.

Sí, y su buen natural no había podido ser alterado; ni por los malos tratos de

Thornpipe, ni por los malos consejos de la Ragged-School.

A medida que pasaba el tiempo, la familia, observándole de cerca, conocía sus cualidades naturales.

No faltaba aquella alegría que constituye el fondo del carácter nacional y que se encuentra hasta entre los más pobres de la pobre Irlanda.

Además, no era Hormiguita uno de esos niños que sólo piensan en jugar de la mañana a la noche, cuyas miradas van de un lado a otro distraídas por el vuelo de una mosca o de una mariposa. Se le veía atento a todo, interrogando al uno y al otro, deseoso de instrucción.

No dejaba de recoger cualquier objeto, como si se tratase de un chelín.

Cuidaba sus ropas y trataba con esmero sus utensilios de aseo. El orden era innato en él.

Respondía cortésmente cuando se le hablaba, insistiendo en el sentido de las respuestas que se le daban cuando no las comprendía. Al mismo tiempo hacía rápidos progresos en la escritura.

El cálculo, sobre todo, parecía serle fácil, sin que en él hubiese nada de esos Mondeux y de esos Inaudi que, después de haber sido niños prodigios, no han servido para nada en la mayoría edad; combinaba algunas operaciones que otros niños no hubieran sabido hacer sin el auxilio de la pluma. Lo que Murdock notó, con una gran sorpresa, fue que la razón parecía dirigir todos sus actos.

Conviene advertir también que, gracias a las lecciones de la abuela, mostraba el niño gran celo en las oraciones a Dios, tales como las ha formulado la religión católica, tan profundamente arraigada en el corazón de los irlandeses. Todos los días hacía con fervor su plegaria de la mañana y de la noche.

Corría el invierno; un invierno muy frío, con fuertes vientos, lleno de impetuosos huracanes que se desencadenaban como trombas por los valles de Cashen. ¡Cuántas veces se tembló en la granja por los tejados que amenazaban ser arrancados y por cierta porción de los muros que amenazaban ruina!

Pedir reparaciones al middleman John Eldon hubiera sido inútil. Martin y sus hijos se encargaban de la tarea por sí mismos; esto constituía su principal ocupación fuera de la trilla de los granos; aquí una caña que sustituir, allá una brecha que tapar, allí una cerca que consolidar.

Durante este tiempo, las mujeres trabajaban en diversas ocupaciones. La abuela hilaba en un rincón del hogar; Martina y Kitty vigilaban los establos y el corral. Hormiguita las ayudaba sin cesar lo mejor que podía. Él estaba en cuanto atañía al arreglo de la casa. Demasiado niño para cuidar de los caballos, había

entrado en relaciones directas con el pollino, un animal terco para el trabajo que le pagaba su amistad. El niño quería que el asno fuese tan limpio como él, lo que le valía los plácemes de Martina. Para los puercos esto hubiera sido trabajo perdido; renunció a él. En cuanto a los carneros, después de haberlos contado y recontado, había inscrito su número —ciento tres—, en un viejo cuaderno regalo de Kitty. Su afición a esta contabilidad se desarrollaba gradualmente y se podía creer que había recibido las lecciones de míster O'Bodkin en la Ragged-School.

Esta vocación se vio clara el día en que Martina fue a buscar huevos conservados para el invierno. La labradora acababa de tomar una docena cuando Hormiguita exclamó

—Éstos no, señora Martina. —¿Por qué?

—Porque no están en el orden.

—¿Qué orden? ¿Es que los huevos no son todos iguales?

—No, señora Martina. Acaba de coger el cuarenta y ocho, y es preciso comenzar por el treinta y siete. Mire bien.

Martina miró, y vio que cada huevo llevaba en la cáscara un número que Hormiguita había escrito con tinta.

Puesto que la labradora tenía necesidad de una docena, preciso era que los tomase siguiendo la numeración de treinta y siete a cuarenta y ocho y no a cincuenta y nueve. Esto fue lo que hizo después de felicitar al niño por su idea.

Felicitaciones que se redoblaron cuando contó el caso en el almuerzo. Murdock se apresuró a decir:

—Hormiguita, ¿has contado cuántos pollos y polluelos tiene el corral? —Ciertamente. Y sacando su cuaderno:

—Hay cuarenta y tres pollos y sesenta y nueve polluelos. Sim añadió:

—Deberías también contar los granos de avena que contiene cada saco. —No os burléis, hijos míos —replicó Martin MacCarthy—. Esto prueba que tiene orden, y el orden en las cosas pequeñas es la regularidad en las grandes y en la existencia.

Después, dirigiéndose al niño:

—¿Y tus guijarros? —le preguntó—. Los guijarros que te doy todas las noches.

—Están en la olla, señor Martin —respondió Hormiguita —y tengo ya cincuenta y siete.

En efecto, hacía cincuenta y siete días que había llegado a la granja. —Y —dijo la abuela —esto hará cincuenta y siete peniques, a un penique el guijarro.

—¡Cuántas tortas podrás comprar con ese dinero! —dijo Sim. —¿Tortas? No. Hermosos cuadernos para escribir. Esto me agrada más.

Aproximábase el fin del año. A las borrascas del mes de noviembre habían sucedido intensos fríos. Una extensa sábana de nieve cubría el suelo. Al niño le entusiasmaba el espectáculo de los grandes árboles blancos y con colgantes de hielo, y el de los vidrios de las ventanas donde la humedad condensada se cristalizaba caprichosamente, formando tan lindos dibujos, ¡y el río cubierto de hielo!

Ciertamente estos fenómenos del invierno no eran nuevos para él y a menudo los había observado cuando corría por las calles de Galway hasta Claddagh. Pero en esta miserable época de su vida apenas iba vestido, y andaba por la nieve con los pies descalzos. El frío penetraba a través de sus harapos. Sus ojos lloraban, sus manos estaban amoratadas, y cuando regresaba a la Ragged-School no había sitio para él junto al hogar.

¡Qué dichoso se sentía al presente! ¡Qué contento vivía entre personas que le amaban! Parecíale que el cariño le calentaba más aún que los vestidos, el sano alimento servido en la mesa y las llamas de la chimenea. Y lo que le parecía mejor todavía, ahora que comenzaba a comprender que era útil, era sentir buenos corazones en torno a él. Se le trataba como de la casa.

Tenía una abuela, una madre, hermanos, parientes... Y permanecería entre ellos sin abandonarles nunca, según pensaba; allí él se ganaría la vida. Ganarse la vida, como Murdock le había dicho un día; siempre pensaba en esto.

¡Qué alegría sintió cuando por vez primera pudo tomar parte en una de las fiestas, que es tal vez la más santificada del año entre los irlandeses! Era el 25 de diciembre, la Pascua. Hormiguita sabía a qué acontecimiento histórico responde

la solemnidad que los cristianos celebran en ese día; pero ignoraba que fuese también una fiesta íntima de familia en el Reino Unido.

Esto debía de ser una sorpresa para él. Comprendió, sin embargo, que desde la mañana se hacían algunos preparativos; pero como la abuela, Martina y Kitty parecían obrar con completa discreción, guardose bien de preguntarles nada.

Lo que es positivo, es que fue invitado para que se vistiera sus mejores ropas, que Martina MacCarthy y sus hijos, la abuela, su hijo y Kitty se pusieron las suyas desde la mañana para ir en calesa a la iglesia de Silton y que las conservaron puestas todo el día. Lo cierto es que la comida se retrasó dos horas y casi era ya de noche cuando la mesa fue puesta en medio de la sala con un lujo de alumbrado extraordinario.

Lo cierto fue que en aquella comida suntuosa se sirvieron muy buenos manjares, tres o cuatro platos más que de costumbre, acompañados de una excelente cerveza y de una torta monstruo que Martina y Kitty habían confeccionado, según receta cuyo secreto venía de una bisabuela muy entendida en asuntos culinarios.

Dejamos imaginar si se comió y bebió alegremente. Murdock mismo estuvo más contento que de ordinario. Cuando los demás reían a carcajadas, él sonreía, y una sonrisa era en él como un rayo de luz en medio de la escarcha.

Lo que particularmente encantó a Hormiguita fue un árbol de Navidad, plantado en el centro de la mesa, un árbol lleno de cintas, con estrellas de luz resplandeciente entre las ramas.

La abuela le dijo;

—Mira bien entre las hojas, hijo mío. Creo que debe de haber alguna cosa para ti.

El niño no se hizo rogar; ¡y qué alegría sintió, qué rubor de placer le subió al rostro cuando encontró un lindo cuchillo irlandés con su vaina unida a un cinto de cuero!

Era el primer regalo de Año Nuevo que recibía, y ¡qué orgulloso se sintió cuando Sim le hubo ayudado a ponérselo!

—¡Gracias... abuela; gracias a todos! —exclamó yendo de uno a otro.

X LO QUE HABÍA PASADO EN DONEGAL

Es llegado el momento de mencionar que el labrador MacCarthy había tenido la idea de hacer algunas averiguaciones relativas al estado civil de su hijo adoptivo. Se conocía su historia desde el día en que los caritativos habitantes de Wesport le habían arrancado a los malos tratos de Thornpipe.

¿Pero cuál había sido antes la existencia de aquel pobre ser? Se sabe que Hormiguita conservaba una vaga idea de haber vivido en casa de una miserable mujer con una y aun dos jóvenes en el fondo de una aldea de Donegal. Así, por este lado hizo Martin algunas investigaciones, que no dieron más resultado que el de saber que en la casa de caridad de Donegal se encontraba el rastro de un niño de dieciocho meses, recogido bajo el nombre de Hormiguita y enviado después a una cabaña del condado a casa de una de esas mujeres que se dedican al oficio de educar niños. Séanos permitido completar la historia, cosa que hemos conseguido con una información más completa.

No será más que la historia común de esos niños miserables que se abandonan a la asistencia pública. Donegal, con su población de doscientas mil almas, es tal vez el más indigente de los condados de la provincia del Ulster, hasta de toda Irlanda.

Hace algunos años apenas se encontraban dos colchones y ocho jergones para cuatro mil habitantes.

En estos áridos territorios del norte no son brazos lo que faltan para el cultivo, pero el suelo es ingrato.

En el interior no se ven más que quebradas vertientes, gargantas áridas, piedra dura, dunas arenosas, hornagueras³ abiertas como desolladuras malsanas, eriales pantanosos, montañas, los Glendowar, los Derryveagh; en una palabra, «un país roto», como dicen los ingleses. En el litoral, bahías, ensenadas y caletas dibujan cavernosos embudos donde soplan los vientos, gigantesca barrera granítica que el océano llena con sus tempestades. Donegal ocupa el primer puesto entre las regiones ofrecidas al asalto de las tormentas llegadas de

América.

Sería precisa una barrera de hierro para resistir a esas formidables galernas del noroeste.

Y precisamente la bahía de Donegal sobre la que se abre el puerto de este nombre, cortada en forma de mandíbula de tiburón, debe aspirar esas corrientes atmosféricas saturadas del rocío del mar.

La pequeña ciudad está situada en el fondo, sometida a los vientos en toda época. La pantalla de sus montañas no puede detener los huracanes. Éstos no han perdido su violencia cuando atacan la aldea de Rindok, a siete millas de Donegal.

¿Una aldea? No. Nueve o diez barracas esparcidas al borde de una estrecha garganta, cruzada por un río, simple arroyuelo en verano, impetuoso torrente en invierno. De Donegal a Rindok no hay camino trazado.

Sólo se encuentran algunos senderos apenas practicables para las carretas del país, arrastradas por esos caballos irlandeses de andadura prudente, y alguna vez para los jauting-cars. Si diversas líneas cruzan ya Irlanda, está muy lejos el día en que los trenes recorran regularmente los condados del Ulster. ¿Además, para qué? Las poblaciones y pueblos son raros. Las etapas del viajero acaban más bien en las granjas que en las parroquias.

Sin embargo, aquí y allá aparecen algunos castillos rodeados de vegetación, que encantan la vista por su fantástica ornamentación de arquitectura anglosajona. Entre otros, más al noroeste del lado de Milfor, se abre la mansión señorial de Carrihart, en un vasto dominio de 800.000 acres, propiedad del conde de Leitrim.

Las cabañas de la aldea de Rindok tienen tejado de paja, insuficiente contra las lluvias del invierno. No se imaginaría que allí habitasen criaturas humanas a no ser por el hilo de humo que se escapa de estas cabañas.

No es la leña ni la hulla la que producen ese humo; es el césped extraído del pantano vecino, el bog, de tintes rosáceos, junto al agua sombría, y que les sirve de combustible.

Si en el fondo de estos condados no se corre el riesgo de morir de frío, se corre en cambio el de morir de hambre. Apenas el suelo da la limosna de algunas

legumbres y de algunas frutas. Todo languidece allí a excepción de la patata.

¿A este tubérculo, qué puede añadir el campesino de Donegal? Alguna vez el pato o el ánade, más bien silvestres que domésticos. La caza sólo pertenece al landlord. Hay también algunas cabras que dan algo de leche y algunos cerdos que engordan con detritus. El puerco es el verdadero amigo de la casa, como el perro en otros países menos miserables. Es «el gentleman que paga la renta», siguiendo la justa expresión copiada por mademoiselle de Bovet.

He aquí lo que era el interior de una de las más lamentables chozas de la aldea de Rindok; una habitación sola, cerrada por una mala puerta, dos agujeros a derecha e izquierda, que dejan filtrar la luz a través de un tabique de paja seca y también el aire; el suelo, lleno de lodo, y en los rincones, telas de araña; en el fondo, el hogar con chimenea hasta el tejado; en un rincón, una mezquina cama y otra de paja en el otro.

A falta de muebles, un banco, una mesa desvencijada y un huso. Como utensilios, una marmita, algunos platos, jamás lavados, sin contar dos o tres botellas que se llenaban en el arroyo, después de haber sido vaciadas del whisky o de la ginebra que contenían. Aquí y allá pingajos sin forma de vestido, lienzos sórdidos en el banco o secándose en una percha fuera. Sobre la mesa constantemente un haz de varas usadas.

Era la miseria en toda su abominación; la miseria tal como se encuentra en los barrios pobres de Dublín o de Londres, de Clerkenwell, de Saint Giles, de Marylebone, de Whitechapel; la miseria irlandesa, la más espantosa de todas.

La pequeña ciudad está situada en el fondo y venteada en toda época.

Verdad es que el aire no es pestífero en las gargantas de Donegal; allí se respira la vivificante atmósfera exhalada de las montañas; los pulmones no se envenenan con las miasmas deletéreas, sudor mórbido de las grandes ciudades.

Claro es que en aquella choza la cama estaba destinada a la Hard, y el lecho de paja a los niños... y las varas también.

¡La Hard! Sí, se la llamaba la dura, y merecía el nombre. Era lo más odioso que imaginarse puede, de cuarenta a cincuenta años de edad, alta, delgada, cabeza de arpía, ojos pequeños, dientes grandes, manos descarnadas y huesosas, más bien patas que manos, dedos torcidos, aliento saturado de alcohol, vestida

con una camisa remendada, y pies descalzos y de piel tan dura, que era insensible a los guijarros.

Su oficio era el de hilar el lino, como de ordinario en los pueblos de Irlanda, y más especialmente entre los campesinos del Ulster. Este cultivo del lino es bastante fructífero, aunque no compensa lo que un suelo mejor debería producir en cereales.

Pero a este trabajo que le producía algunos peniques por día, la Hard añadía otras funciones para las que era inepta. Desempeñaba el oficio de educar a los niños de poca edad que le confiaba el baby-farming.

Cuando la casa de caridad está llena, o cuando la salud de los niños exige el aire del campo, se les envía a estas matronas que venden cuidados maternos como cualquier otra mercancía, por el precio anual de dos o tres libras. Cuando el niño llega a los cinco o seis años, vuelve a la casa de caridad. Poco es lo que la matrona puede ganar con él, pues el precio es ínfimo, de donde resulta que al caer el niño en manos de una criatura sin entrañas, no es difícil que sucumba a los malos tratos o a la falta de alimentos. ¡Cuántos no vuelven a la casa de caridad!

Así sucedía, al menos, antes de la ley de 1889, ley de protección a la infancia, y que gracias a sus severas inspecciones con relación a las explotadoras del baby-farming, ha hecho disminuir la mortalidad de los niños educados fuera de las ciudades.

Observemos que en la época a que nos referimos, la vigilancia se ejercía poco o nada. En la aldea de Rindok, la Hard no tenía que temer la visita de un inspector, ni la queja de sus vecinos, endurecidos en su propia miseria.

Tres niños le habían sido confiados por la casa de caridad de Donegal, dos niñas de cuatro y seis años y medio, y un niño de dos años y nueve meses. Niños abandonados, claro está, huérfanos recogidos en la vía pública. No se conocía a sus padres, y, sin duda, no se les encontraría jamás. Si volvían a Donegal, les esperaba el trabajo cuando tuvieran edad para ello.

¿Cuál era el nombre de estos niños, o más bien el que en la casa de caridad se les había puesto? El primero encontrado al azar, de la más pequeña de las niñas poco importa el nombre, pues muy pronto iba a morir.

La mayor se llamaba Sissy, abreviación de Cecilia. Era muy linda, con cabellos rubios, que un poco de cuidado hubiera hecho sedosos, grandes ojos azules, inteligentes cuya limpidez estaba ya alterada por las lágrimas, pero el color de su tez, lo delgado de sus miembros, lo hundido de su pecho, los huesos pronunciados bajo sus harapos, atestiguaban los malos tratamientos recibidos.

Y sin embargo, dotada de una naturaleza paciente y resignada, aceptaba su vida sin imaginar que pudiera haber otra más feliz.

¿Cómo había de sospechar que existían niños mimados por su madre, rodeados de atenciones, acariciados de continuo, a los que no faltan ni besos, ni buenas ropas, ni sanos alimentos? No había de aprenderlo en la casa de caridad, donde sus iguales no eran mejor tratados que animalitos.

Si se pregunta el nombre del niño, la respuesta será que no lo tenía. Había sido encontrado en un rincón de una calle de Donegal, a la edad de seis meses, envuelto en un pedazo de grosera tela, con la cara amoratada, y no más que con un soplo de vida. Trasladado al hospital, habíasele puesto con los otros niños y nadie se ocupó de su nombre. ¡Qué queréis! Un olvido. Por costumbre se le llamó Little Boy, después Hormiguita, y éste fue el calificativo que, como sabemos, le quedó.

Era muy probable, además, aunque Grip, por una parte, y miss Anna Waston, por otra, lo dudasen, que no perteneciera a una familia rica, a la que hubiera sido robado. ¡Esto solo ocurre en las novelas!

De los tres productos de esta camada —¿no es ésta la palabra? Hormiguita era el más joven —dos años y nueve meses solamente—; moreno, con ojos brillantes que prometían ser enérgicos andando el tiempo, si la muerte no los cerraba prematuramente; de una constitución que llegaría a ser robusta, si el aire mefítico de aquella zahúrda, y lo insuficiente del alimento, no impedían su desarrollo, haciéndole víctima de un precoz raquitismo.

Conviene observar que aquel niño, que tenía una gran fuerza de resistencia vital, debía oponer una dureza poco común a tantas causas de empobrecimiento físico. Siempre hambriento, no pesaba más que la mitad de lo que hubiera debido pesar a su edad; siempre tiritando durante los fríos del invierno, no llevaba sobre su camisa más que un viejo pedazo de paño, al que habían hecho dos agujeros para sacar los brazos; pero sus pies descalzos se apoyaban firmemente en el suelo, y sus piernas eran sólidas. Los cuidados más elementales hubiesen dado pronto su valor a aquella delicada máquina humana, dotándole

después de inteligencia para el trabajo. Pero a no ser por alguna circunstancia imprevisible,

¿dónde los había de encontrar y de qué mano podía esperarlos?

Una sola palabra sobre la menor de las niñas. Una fiebre lenta la consumía. La vida se retiraba de ella como el agua de un vaso cascado. Hubiera tenido necesidad de medicinas, y las medicinas son costosas; necesitaba un médico, y un médico no vendría de Donegal para una pobre niña, nacida no se sabe dónde. La Hard no pensaba en ello. Una vez muerta aquella niña, la casa de caridad le enviaría otra, y no perdería los chelines que trataba de ganar con sus niños.

Cierto que como la ginebra y el whisky no corren en el lecho de guijarros de Rindok, la satisfacción de sus instintos de borracha absorbía el sueldo; y en aquel momento, de los cincuenta chelines recibidos en enero por cada niño, para todo el año, no quedaban más que diez o doce. ¿Qué haría la Hard para subvenir a las necesidades de sus pensionistas? Si no se arriesgaba a morir de sed, teniendo en cuenta cierto número de botellas ocultas, los pequeños morirían de inanición.

Tal era la situación sobre la que reflexionaba la Hard cuando se lo permitía su cerebro alcoholizado. ¿Pedir un suplemento a la casa de caridad? Había otros niños numerosos y sin familia, a los que la asistencia pública bastaba a penas.

¿Se vería obligada ella a devolver a los suyos? Perdía entonces su pan, o mejor dicho, su ginebra. Esto era lo que le oprimía el corazón, y no el pensamiento de que aquella pobrecilla no había comido desde la víspera.

Resultado de estas reflexiones: la Hard se ponía a beber, y como las dos niñas y el niño no contenían sus gemidos, les golpeaba. A una petición de pan, respondía con un regaño violento; a una súplica, más golpes. Esto no podía durar; los pocos chelines que sus bolsillos contenían, sería menester guardarlos para comprar un poco de alimento, pues en ninguna parte se lo darían fiado.

—¡No... no...! —repetía—. ¡Que revienten!

Era el mes de octubre. En el interior de aquella casa, apenas cerrada, y donde caía la lluvia a través del techo de paja, el frío era intenso. Soplaban el huracán; el mezquino fuego de césped no bastaba para mantener una temperatura soportable.

Sissy y Hormiguita se apretaban el uno contra el otro sin conseguir entrar

en calor. Mientras la enfermita pasaba la fiebre en la cama de paja, la Hard iba de un lado a otro, con paso mal seguro, rozando las paredes, dejando al niño en algún rincón. Sissy se arrodillaba junto a la enferma, humedeciéndole los labios con agua fría.

De vez en cuando miraba al hogar, en el que el fuego amenazaba apagarse. La marmita no estaba allí, y además, nada hubiera habido que meter en ella.

La Hard gruñía en voz baja:

—¡Cincuenta chelines! ¡Alimentar a un niño con cincuenta chelines! ¡Y si pido un suplemento a esos sin corazón de la casa de caridad, me enviarán al demonio!

Era probable, casi cierto, y aunque se le concediera el tal suplemento, los tres pobres seres no hubieran obtenido un pedazo más.

La víspera se había acabado lo que quedaba del stirabout, unas groseras gachas de harina de avena, y después nadie había vuelto a probar bocado en la choza.

La Hard se sostenía con la ginebra y no gastaría un solo penique de lo que tenía en reserva. Veríase, pues, reducida a comer en un rincón del camino algunas mondaduras de patatas.

En este momento algunos gruñidos sonaron fuera. Abriose la puerta, y un cerdo que erraba por las calles penetró en la choza. El animal, hambriento, se puso a hozar por los rincones. Después de haber cerrado la puerta, La Hard miró al animal con esa mirada vaga de los borrachos que no se fija en ninguna parte. Sissy y Hormiguita se levantaron para huir del cerdo. El instinto de éste le hizo descubrir, tras el fuego apagado sobre el cieno gris, una gruesa patata que había rodado a aquel sitio. Después de un nuevo gruñido la cogió.

Hormiguita lo vio. Aquella patata la necesitaba. Se lanzó hacia el cerdo y se la arrancó a riesgo de ser mordido. Llamó a Sissy y la devoraron con gran gusto.

El animal había quedado inmóvil; después, lleno de rabia, se lanzó contra el niño.

Éste pretendió huir con el pedazo de patata que tenía en la mano, pero el animal le tiró al suelo, y sin la intervención de la Hard no hubiera podido escapar a los crueles mordiscos, aunque Sissy acudió en su socorro.

La borracha, que miraba, pareció comprender al fin. Cogiendo un palo golpeó al cerdo, que parecía decidido a no soltar su presa. Los golpes, no muy seguros, amenazaban herir la cabeza de Hormiguita y no se sabe cómo hubiera concluido la escena a no sonar un ligero ruido en la puerta.

XI PRIMA QUE GANAR

La Hard quedó asombrada. Jamás se pretendía entrar en la choza. Además; ¿por qué llamar? No había más que levantar el pestillo. Los niños se habían refugiado en un rincón, donde acababan de devorar la patata con glotonería, y con las mejillas hinchadas por los enormes bocados.

Llamaron de nuevo un poco más fuerte; pero este golpe no indicaba un visitante imperioso o impaciente. ¿Era un miserable, un mendigo del camino que venía a pedir una limosna?

¡Una limosna allí! Y sin embargo, aquel golpe parecía de un pobre.

La Hard se irguió, y afirmándose sobre sus piernas, hizo un gesto de amenaza a los niños. Podía ser un inspector de Donegal y no era preciso que Hormiguita y su compañera manifestasen su hambre.

Abriose la puerta y el cerdo huyó, lanzando un feroz gruñido.

En el umbral había un hombre. En vez de incomodarse, parecía más bien dispuesto a pedir excusas por su inoportunidad. Su saludo parecía dirigirse tanto al inmundo animal, como a la no menos inmunda dueña de la choza. ¿Por qué había de asombrarse de ver salir un cerdo de aquella porquera?

—¿Qué queréis? ¿Quién es usted? —preguntó bruscamente la Hard, impidiéndole la entrada.

—Soy un agente, buena señora —respondió el hombre.

¿Un agente?

Esta palabra la hizo retroceder. ¿Perteneecía este agente al *Baby-farming*, aunque las visitas fueron tan raras que jamás un inspector había ido a la aldea de Rindok?

¿Venía de la casa de caridad de Donegal, para inspeccionar a los niños enviados al campo?

Quienquiera que fuese, desde que penetró en la choza, la Hard procuró aturdirle con su volubilidad. —Perdón, caballero, perdón. ¡Llega en el momento

en que me disponía a hacer la limpieza! ¡Vea cómo se portan estos niños! Acaban de devorar un gran plato de sopa de avena. La niña y el niño, se comprende, porque la otra está enferma, sí. Una fiebre que con nada se puede cortar Iba a partir para Donegal en busca de un médico. ¡Pobrecillos! ¡Les quiero tanto!...

Y con su fisonomía salvaje y su feroz mirada, la Hard parecía una tigresa, que se esforzaba por ser gata.

—Señor inspector —siguió—; si la casa de caridad decidiese que se me entregara algún dinero para comprar medicinas... Sólo tenemos lo preciso para alimentarnos.

—Yo no soy un inspector, señora —respondió el hombre dulcemente. — ¿Quién es, pues? —preguntó ella con dureza.

—Un agente de seguros.

Era uno de esos corredores que crecen a través de los campos como los cardos en las tierras malas.

Recorren las ciudades buscando asegurar la vida de los niños, en tales condiciones, que vale tanto como asegurar su muerte.

Por algunos peniques al mes, el padre o la madre, ¡esto es horrible!, los parientes o tutores, las abominables criaturas como la Hard, tienen la seguridad de cobrar una prima de tres o cuatro libras a la muerte de aquellos seres.

De aquí la tendencia al crimen, y un móvil tan poderoso que, por el aumento en una enorme proporción de la mortalidad infantil, ha podido llegar a ser un peligro nacional.

A las abominables oficinas de esta clase, míster Day, presidente del Tribunal de Wiltshire, las ha tratado con justicia de escuelas de ignominia y de asesinato. Después el sistema se ha mejorado por la ley de 1889, y no se extrañará que la creación de la «Sociedad nacional para la represión de los actos de crueldad con los niños» dé actualmente algunos buenos resultados.

¿Quién no se sorprenderá, quién no se afligirá, quién no se sonrojará de que a fines del siglo XIX haya sido preciso dictar semejante ley en una nación civilizada, una ley que obligue a los padres a alimentar a sus hijos, y que obligue a los tutores a cumplir las obligaciones que tienen con los menores que viven bajo su techo, y esto con penas cuyo máximo puede llegar hasta dos años de

trabajos forzados?

Sí. Una ley para aquellos a los que los solos instintos naturales deberían bastar. Pero en la época en que esta historia comienza, la protección no se ejercía en provecho de los niños confiados por las casas de caridad a las matronas del campo.

El agente que acababa de presentarse en casa de la Hard era un hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años, de cara hipócrita, modales persuasivos y palabra insinuante. Tipo de corredor que sólo busca el corretaje, para lograr el cual todos los medios son buenos. Afectar no ver nada del vergonzoso estado de las víctimas de la matrona, felicitarla, por el contrario, del cariño que ella testimoniaba: este procedimiento era el que usaba para hacer su negocio.

—Buena señora —repitió—. Si esto no la incomoda, ¿querría salir un instante?

—¿Tiene que hablarme? —preguntó la Hard recelosa siempre.

—Sí, buena señora; tengo que hablarle de esos niños y me reprocharía tratar delante de ellos de un asunto que podría causarles pena.

Los dos salieron, alejándose algunos pasos después de haber cerrado la puerta.

—Señora —dijo el agente—, tiene tres niños...

—Sí.

—¿Son suyos? —No.

—¿Es pariente de ellos? —No.

—¿Entonces, le han sido enviados por la casa de caridad de Donegal? —Sí.

—Perfectamente, señora, y no han podido ser puestos en mejores manos. Sin embargo, a pesar de los cuidados más asiduos, sucede alguna vez que esos pequeños caen malos. ¡Es tan frágil la vida de un niño! Me ha parecido ver que una de las niñas...

—Hago lo que puedo, caballero —respondió la Hard, que consiguió que asomara una lágrima a sus ojos de loba—. Velo noche y día por esos niños. Me privo a menudo de alimento por que nada les falte. ¡Lo que la casa de caridad nos da es tan poca cosa...! Apenas tres libras, señor, tres libras por año.

—En efecto, es insuficiente, y preciso es un verdadero sacrificio de su parte para subvenir a las necesidades de esas criaturas. Decíamos que tiene actualmente dos niñas y un niño.

—Sí.

—¿Huérfanos sin duda? —Es probable.

—La costumbre que tengo de visitar niños me permite calcular en cuatro y seis años la edad de las niñas, y en dos años y medio la del niño. —¿Por qué todas esas preguntas?

—¿Por qué? Señora, va a saberlo. La Hard le lanzó una torva mirada.

—Ciertamente —continuó él—, el aire es puro en este condado de Donegal. Las condiciones higiénicas son excelentes. Y sin embargo, esos niños son tan débiles que, a pesar de sus cuidados podría suceder... permítame si destrozó su corazón; podría suceder que perdiese a uno u otro de esos pequeños. Usted debe asegurarlos...

—¡Asegurarlos!

—Sí, en provecho de usted.

—¡En provecho mío! —exclamó la Hard, cuya mirada se animó. —Sin gran trabajo lo comprenderá. En pagando a mi Compañía algunos peniques por mes, cobrará una prima de dos o tres libras si ellos mueren...

—¡Dos o tres libras!—repitió la Hard.

El agente explicó cómo su proposición podría ser admitida.

—Eso se hace generalmente, señora —dijo con tono melifluido—. Tenemos ya varios centenares de niños asegurados en las granjas de Donegal, y si nada puede consolar de la muerte de uno de esos pequeños seres a los que se ha

rodeado de atenciones, al menos hay la compensación... bien pequeña, lo confieso, de cobrar algunas guineas en buen oro inglés, que nuestra Compañía es dichosa en ofrecer.

La Hard cogió la mano del agente.

—¿Y se cobra sin dificultad? —preguntó con voz bronca mirando en torno.

—Sin dificultades, señora. Desde que el médico ha certificado la muerte del niño, no hay más que ir a casa del representante de la Compañía en Donegal.

Después sacando un papel dijo:

—Tengo pólizas preparadas, y si consiente en poner su firma aquí abajo, estará menos inquieta por el porvenir. Y añadido que en caso de que uno de sus niños muriese, lo que se ve a menudo, la prima podrá ayudarle a las necesidades de los otros. Lo que da la casa de caridad realmente es bien poco...

—¿Y qué me costará esto? —preguntó la Hard.

—Tres peniques por mes y por niño. O sea, nueve peniques. —¿Asegurará también a la pequeña?

—Ciertamente, señora; ¡aunque me ha parecido muy enferma! Si sus cuidados no consiguen salvarla se le entregarán dos libras... ¿entiende?... ¡Dos libras! Y fíjese en que la obra de nuestra Compañía es moral, y tiende al bien de los niños... Tenemos interés en que vivan, puesto que su vida nos beneficia. ¡Quedamos desolados cuando sucumbe uno de ellos!...

¡No! No quedaban desolados aquellos aseguradores cuando la mortalidad no pasaba de cierto límite. Y ofreciendo asegurar a la moribunda, el agente tenía la certeza de hacer un buen negocio, como lo demuestra la siguiente respuesta de un director:

«Al día siguiente del entierro de un niño asegurado, hacemos más seguros que nunca».

Ésta era la verdad, como también lo era que algunos miserables no retrocedían ante el crimen para cobrar la prima; aunque los menos, apresurémonos a afirmarlo.

La conclusión es que estas Compañías y sus clientes deben ser vigilados muy de cerca. Pero en el fondo de una aldea semejante se estaba lejos de toda inspección. Así, el agente no temía entrar en relaciones con aquella odiosa Hard, aunque no dudase de qué actos era ella capaz.

—Vamos, señora —repitió con un tono aún más insinuante—, ¿no comprende su interés?

Ella dudaba en dar los nueve peniques, hasta con la perspectiva de cobrar muy pronto la prima de la niña muerta.

—¿Y esto costará? —volvió a preguntar como si hubiera esperado una baja.

—Tres peniques por mes y por niño; os lo repito. Total: nueve peniques. — ¡Nueve peniques! Quiso regatear.

—Es inútil —replicó el agente—. Piense, señora, que, a pesar de sus cuidados, esa niña puede morir mañana... hoy, y que la Compañía tendrá que pagarle dos libras... Vamos... Firme... Créame... Firme.

Llevaba pluma y tinta. Una firma al final de la póliza y todo estaba concluido. Esta firma fue puesta, y de los diez chelines de su bolsillo, la Hard sacó nueve peniques que entregó al agente.

Después, al retirarse, añadió hipócritamente:

—Ahora, señora, aunque no tengo necesidad de recomendarle a esos queridos niños, lo hago sin embargo en nombre de nuestra Compañía que es su Providencia. Somos los representantes de Dios sobre la tierra, de Dios que devuelve centuplicada la limosna hecha a los desgraciados.

Buenos días, señora, buenos días.

El mes próximo vendré a recoger la pequeña suma, y espero encontrar a sus pensionistas en perfecta salud, hasta a esa niña a quien sus sacrificios acabarán por curar. No olvide que en nuestra vieja Inglaterra la vida humana tiene un gran valor, y que cada muerte es una pérdida para el capital social... ¡Hasta la vista, señora, hasta la vista!...

En efecto, en el Reino Unido se sabe exactamente lo que vale una existencia inglesa; ciento cincuenta y cinco libras, que es en lo que se estima el

tipo en el que se mezcla la sangre de los sajones, de los normandos, de los cambrianos y de los pictos.

La Hard, inmóvil, dejó que el agente se alejara de la choza, de la que los niños no se habían atrevido a salir.

Hasta ahora sólo había pensado en las guineas que cada año le valía su existencia, y he aquí que su muerte le iba a producir otro tanto. ¿No dependía de ella no volver a pagar los nueve peniques que había entregado al agente?

Al entrar, ¡qué mirada lanzó la Hard sobre aquellos desventurados! La mirada del gavilán al pájaro acurrucado bajo la hierba. Parecía como si Hormiguita y Sissy lo hubiesen comprendido. Por instinto, retrocedieron como si las manos de aquel monstruo estuviesen dispuestas a estrangularles.

Convenía obrar con prudencia. Tres niños muertos, hubieran despertado sospechas. La Hard emplearía una pequeña parte de los ocho o nueve chelines que le quedaban en alimentarlos durante algún tiempo... Tres o cuatro semanas aún. ¡Oh, no más! Cuando volviera el agente recibiría los nueve peniques y la prima del seguro pagaría diez veces estos desembolsos indispensables. Ahora no pensaba en devolver los niños a la casa de caridad.

Cinco días después de la visita del agente, la niña murió sin que se hubiese llamado a un médico. Fue en la mañana del 5 de octubre. Habiendo ido la Hard a beber fuera abandonó a los niños, después de cerrar la puerta.

La respiración de la niña era estertórea. No se le podía dar más que un poco de agua para humedecer sus labios. Para suministrarle alguna medicina, preciso hubiera sido ir a Donegal y pagarla. La víctima no tenía ni fuerza para moverse. La abrasaba la fiebre. Sus ojos estaban como abiertos para ver por última vez y parecía decir:

—¿Por qué he nacido? ¿Por qué?

Sissy le humedecía dulcemente las sienes. Hormiguita, en un rincón, miraba como si mirase una caja que se va a abrir para dejar escapar un pájaro. A un gemido más doloroso que contrajo la boca de la niña:

—¿Es que va a morir? —preguntó tal vez sin darse cuenta de esta palabra.
—Sí —respondió

Sissy...—e irá al cielo.

—¿No se puede ir al cielo sin morir? —No... no se puede.

Algunos instantes después, un movimiento convulsivo agitó a aquella débil criatura cuya vida no conservaba más que un soplo. Sus ojos se volvieron y su alma infantil se exhaló en un último suspiro.

Sissy cayó de rodillas. Hormiguita, imitando a su compañera, se arrodilló ante aquel cuerpo que no se movía.

Cuando la Hard volvió una hora más tarde se puso a lanzar gritos. Después, volviendo a salir:

—¡Muerta! ¡Muerta! —gritaba, recorriendo la aldea a la que quería tomar por testigo de su dolor.

Apenas si algunos vecinos le hicieron caso. ¿Qué les importaba a aquellos míseros que hubiese un desdichado menos? ¿No había ya bastantes sobre la tierra? ¡Éste es grano que no faltará jamás!

Representando aquella comedia, la Hard sólo pensaba en sus intereses, y en no comprometer su fortuna.

Primeramente era preciso correr a Donegal y reclamar la presencia del médico de la
Compañía.

Si no se le había llamado para curar a la niña, se le llamaría para que certificase su muerte. Formalidad indispensable para el pago del seguro. La Hard partió aquel mismo día, confiando la muerte a los dos niños. Abandonó Rindok hacia las dos de la tarde y como había que andar seis millas de ida y seis de vuelta, no estaría de regreso antes de las ocho o las nueve de la noche.

Sissy y Hormiguita quedaron encerrados en la choza. El niño, inmóvil cerca del hogar, apenas osaba moverse. Sissy prestaba a la niña cuidados que quizás nunca había recibido. Lavole la cara, peinole los cabellos, le quitó su androjosa camisa reemplazándola por una servilleta que se secaba en un clavo. Aquel cadáver no tendría otro sudario, como no tendría por tumba más que el agujero en que se lo arroja.

Acabada su tarea, Sissy besó a la niña en las mejillas. Hormiguita quiso hacer lo mismo, pero se espantó. —Ven... ven —dijo a Sissy.

—Ven... ven... —dijo por última vez.

—¿Dónde? —Fuera... ven, ven.

Sissy rehusó. No quería abandonar a la muerta; además la puerta estaba cerrada.

—Ven... ven... —repetía el niño. —¡No! ¡Es preciso quedarse!

—¡Está fría!... Y yo también tengo frío... tengo frío. Ven, Sissy, ven o nos llevará con ella, allá abajo donde está.

El niño era presa del terror. Tenía el presentimiento de que moriría así. La noche llegaba. Sissy encendió la luz y la colocó cerca del lecho.

Hormiguita sintió aún más espanto cuando la luz hizo temblar los objetos en torno a él. Él quería a Sissy, la quería como a una hermana mayor. Las únicas caricias que había recibido eran las de ella... pero ya no podía permanecer allí. No podía.

Y valiéndose de sus manos, llegó a cavar la tierra de un lado de la puerta, a quitar las piedras que soportaban el montante, y a hacer un agujero bastante ancho para poder salir.

—Ven... ven... —dijo por última vez.

—No —respondió Sissy—. No quiero. Ella quedaría sola. No quiero. Hormiguita se arrojó a su cuello, y la abrazó. Después, pasando por el agujero, desapareció dejando a Sissy junto a la muerta.

Algunos días después, encontrado en el campo, cayó en manos de Thornpipe y ya se sabe lo demás.

XII EL REGRESO

En la actualidad Hormiguita era dichoso, y no imaginaba que fuese posible serlo más. Dedicado al presente, para nada pensaba en el porvenir. ¿Acaso el porvenir es otra cosa que un presente que se renueva todos los días?

La memoria, es cierto, le recordaba algunas veces las imágenes del pasado. Pensaba a menudo en aquella niña que vivía con él en casa de la miserable mujer. Sissy tendría entonces cerca de once años. ¿Qué sería de ella? ¿La había librado la muerte de sus tormentos como a la otra niña? Hormiguita pensaba que algún día la encontraría. ¡Le debía tanto reconocimiento por sus afectuosos cuidados! Era una hermana que deseaba volver a ver.

Después, existía Grip, el valiente Grip, al que confundía con Sissy en el mismo sentimiento de gratitud. Seis meses habían transcurrido desde el incendio de la Ragged-School de Galway, seis meses durante los cuales Hormiguita había sido el juguete de azares tan diversos. ¿Qué sería de Grip? Él no podía estar muerto.

Así razonaba Hormiguita hablando del asunto con los de la granja que se interesaban por la suerte de los amigos del niño. Martin MacCarthy había procurado informarse, pero no se olvide que respecto a Sissy no había resultado nada, puesto que la niña había desaparecido de la aldea de Rindok.

Por lo que se refiere a Grip, se había recibido una respuesta de Galway. El pobre mozo apenas curado de su herida, no teniendo empleo, había abandonado la ciudad, y sin duda vagaba de pueblo en pueblo, a fin de procurarse trabajo. ¡Gran disgusto causaba a Hormiguita sentirse tan dichoso mientras probablemente Grip no lo era! Martin lo hubiera empleado en su granja y Grip trabajaría con ardor. Pero se ignoraba su paradero.

¿Volverían a verse los dos pensionistas de la escuela? ¿Por qué no conservar la esperanza?

En Kerwan, la familia MacCarthy llevaba una existencia laboriosa y metódica. Las granjas más cercanas estaban a una distancia de dos o tres millas. Entre los arrendatarios de aquellos distritos poco frecuentados de la baja Irlanda

no hay relaciones de vecindad. Tralée, la capital del condado, se encontraba a unas doce millas, y Martin y Murdock sólo iban a ella cuando los negocios les obligaban, los días de mercado.

La granja dependía de la parroquia de Silton, situado a cinco millas, un pueblo de unas cuarenta casas, con cien habitantes.

El domingo se enganchaba la calesa para llevar a misa a las mujeres, y los hombres iban a pie. Casi siempre la abuela quedaba en la casa con permiso del cura, atendiendo a su edad, a menos que se tratase de las fiestas de Navidad, la Pascua o la Asunción.

¿Y con qué ropa se presentaba Hormiguita en la iglesia de Silton? No era ya el niño andrajoso que se arrastraba por la catedral de Galway y se ocultaba tras los pilares. No temía ser echado, y no temblaba ante el le vitón severo, el largo chaleco y el palo que constituyen el atrezo del pertiguero de la parroquia. No. Tenía su sitio en el banco, cerca de Martina y de Kitty; escuchaba los cantos sagrados, respondía con dulce voz y seguía el oficio en un libro con estampas que la abuela le había regalado. Era un mozo que se podía mostrar con orgullo, vestido decorosamente y siempre limpio, en lo que ponía gran cuidado.

Acabada la misa, subían al coche y regresaban a Kerwan.

Aquel invierno nevaba copiosamente. Todos tenían los ojos rojos por el frío y el semblante desencajado. De la barba de Martin y de sus hijos pendían cristales de hielo, lo que las hacía parecer de plata.

Verdad es que un buen fuego de raíces y césped, que la abuela había preparado, llameaba en el fondo del hogar. Calentábanse, se sentaban a la mesa, en la que humeaba algún pedazo de manteca con coles, de intenso olor, entre un plato de patatas con su piel rojiza, y una tortilla para la que los huevos habían sido cuidadosamente buscados según su número de orden.

Después pasábase el día leyendo o hablando, cuando el tiempo no permitía salir. Hormiguita, serio y atento, aprovechaba cuanto oía.

La estación avanzaba. Febrero fue muy frío, y marzo muy lluvioso. Se aproximaba la época en que debían comenzar las labores del campo. El invierno no había sido muy riguroso y no parecía que se prolongase. Las siembras se harían en buenas condiciones. Los colonos podrían responder a las exigencias de los propietarios para las próximas Pascuas sin exponerse a esas funestas

evicciones de las que tantos distritos son teatro cuando la cosecha falta, y que despueblan parroquias enteras⁴.

Sin embargo, había un punto negro en el horizonte de la granja. Dos años antes el hijo segundo, Pat, había partido a bordo del buque mercante Guardián, perteneciente a la casa Marcuard de Liverpool. Habían llegado dos cartas de él, después de su paso a través de los mares del Sur. La última había llegado hacía nueve o diez meses, y desde entonces las noticias faltaban en absoluto. Claro es que Martin había escrito a Liverpool; pero la respuesta no fue satisfactoria. Nada se sabía ni por los correos ni por los corresponsales marítimos, y la casa Marcuard no ocultaba su inquietud sobre la suerte del Guardián.

Síguese de aquí que Pat era el objeto principal de las conversaciones en la granja, y Hormiguita comprendía el disgusto que la falta de noticias debía causar a la familia. Así pues, no es de extrañar la impaciencia con la que se aguardaba la llegada del correo. Nuestro héroe le esperaba en el camino que pone esta parte del condado en comunicación con la capital.

Desde muy lejos reconocía el color de sangre de toro del carruaje, y corría a todo correr, no como esos chicuelos en busca de algunos coppers, sino a fin de saber si había alguna carta dirigida a Martin MacCarthy.

El servicio de correos está bien establecido hasta en los más apartados sitios de los condados de Irlanda. El coche se detenía en todas las puertas para entregar o recibir las cartas. En los muros se encuentran buzones señalados por una placa roja, y hasta sacos suspendidos de las ramas de los árboles que el correo cogía al pasar.

Por desgracia, a la granja no llegaba ninguna carta ni de Pat ni de la casa Marcuard. Desde la última vez en que el Guardián había sido visto a lo largo de Australia, no se tenían noticias de él.

La abuela estaba muy afligida. Pat había sido siempre su nieto predilecto. Hablaba de él sin cesar. Ya muy vieja ¿le vería antes de morir? Hormiguita procuraba consolarla.

—Él volverá —decía—. Yo no le conozco y es preciso que le conozca puesto que es de la familia.

—Y te querrá como nosotros te queremos —respondía ella.

—¡Qué hermoso es el oficio de marino, abuela! ¡Qué lástima que sea preciso alejarse por tanto tiempo! ¿No podría embarcarse con toda la familia?

—No, hijo mío, y la marcha de Pat me ha causado inmenso dolor. ¡Qué felices son los que jamás tienen que separarse! ¡Nuestro hijo hubiera podido permanecer en la granja, y trabajar en ella, y no estaríamos devorados por la inquietud! ¡No ha querido!... ¡Dios nos lo devuelva! ¡No te olvides de rogar por él!

—No, abuela, no lo olvido... por él y por todos vosotros.

Las labores empezaron desde los primeros días de abril. Gran trabajo, pues la tierra está aún dura y hay que ararla, apisonarla para igualarla y pasarle el rastrillo. Fue preciso hacer venir algunos trabajadores de fuera, pues Martin y sus hijos hubieran sido insuficientes para este trabajo. En efecto: los momentos son preciosos cuando se ha tenido que esperar a la primavera para sembrar.

Y además que también había legumbres y en lo que concierne a las patatas hay que buscar aquellas cuyos ojos pueden asegurar una buena recolección. Al mismo tiempo los animales iban a salir del establo. A los cerdos se les dejaba vagar por el patio y por el camino. Las vacas que se llevaban a las praderas no exigían una gran vigilancia.

Se las llevaba por la mañana y se las volvía por la noche. Esto estaba al cuidado de las mujeres. Pero había que guardar carneros, que se alimentaban con paja, con berzas y nabos durante el invierno, y conducirlos al prado, tan pronto a uno como a otro; y parecía que Hormiguita era el indicado para ser el pastor de este ganado.

Ya se sabe que Martin MacCarthy sólo poseía un centenar de carneros, de esa magnífica raza escocesa de larga lana más bien gris que blanca, con el hocico negro y las patas del mismo color. Así, la primera vez que Hormiguita los dirigió hacia el prado, a una media milla de la granja, sintió cierto orgullo de ejercer sus nuevas funciones. Aquella tropa que desfilaba a sus órdenes, su perro Birk que hacía avanzar a los rezagados, algunos moruecos que marchaban en cabeza, los corderos que se apretaban contra sus madres, ¡qué responsabilidad si se perdiese alguno! ¡Si los lobos andaban por los alrededores! No. Con Birk y su cuchillo al cinto, nuestro héroe no temía a los lobos.

Partía de mañana con un huevo duro, una libreta y un pedazo de manteca en

el fondo del zurrón para comer al medio día, esperando la cena. Al salir del establo contaba los carneros, y al volver hacía la misma operación, como con las cabras, que vigilaba también, y que los perros de los pastores dejaban en libertad de ir y venir.

Durante los primeros días, apenas amanecía, ya Hormiguita subía el camino tras su rebaño. Algunas estrellas brillaban aún.

Las veía ocultarse como si el viento las echase. Después los rayos del sol temblaban, haciendo resplandecer los guijarros y las gavillas. Miraba a través de la campiña. Generalmente, en el campo vecino Martin y Murdock dirigían el arado, que dejaba un surco derecho y negruzco tras ellos. En otro, Sim arrojaba con metódico movimiento la semilla, que el rastrillo cubría pronto de una ligera capa de tierra.

Hormiguita, aunque muy niño, mostraba más predilección por el lado práctico que por el lado curioso de las cosas. No se preguntaba cómo de un simple grano podía salir una espiga; pero sí cuántas espigas darían los granos de trigo, de centeno, cebada o de avena. Y se prometía contarlos cuando viniese la recolección, como contaba los huevos del corral, y a anotar el resultado de sus cálculos. Tal era su naturaleza. Más bien que admirarlas, contaba las estrellas.

Por ejemplo, acogía con alegría la aparición del sol, menos por la luz que por el calor que esparce. Se dice que los elefantes de la India saludan al astro del día cuando se eleva en el horizonte, y Hormiguita los imitaba, asombrándose de que sus carneros no dejasen oír un largo balido en señal de reconocimiento. ¿No es él el que disipa las nubes? ¿Por qué, pues, al mediodía, en vez de mirarlo frente a frente, aquellos animales se apretaban los unos contra los otros, con la cabeza baja, de tal modo que no se les veía más que el tronco?

¡Decididamente, los carneros son ingratos!

Era raro que Hormiguita no estuviese solo en los prados durante la mayor parte del día. Algunas veces, sin embargo, Murdock o Sim se detenían en el camino, no para vigilar al pastor, pues podían confiar en él, sino por el gusto de cambiar algunas palabras.

—¿Eh? —le decían—. ¿Está bien el rebaño? ¿Es espesa la hierba? —Muy espesa, señor Murdock.

—¿Y tus carneros, son buenos?

—Muy buenos, Sim. Pregunte a Birk. Jamás tiene que morderlos. Birk, un perro, si no hermoso, inteligente y muy animoso, había llegado a ser el fiel compañero de Hormiguita. Es cierto que hablaban durante muchas horas, diciéndose cosas que les interesaban. Cuando el niño le miraba a los ojos y le hablaba, Birk, cuyo largo hocico temblaba, parecía aspirar estas palabras, y movía la cola.

Eran dos buenos amigos, aproximadamente de la misma edad, y que se entendían a maravilla.

Con el mes de mayo el campo se cubrió de verde. Los forrajes formaban ya una cabellera en los prados. Los campos sembrados no tenían aún mas que muchas hierbas, pálidas como los primeros cabellos que aparecen en la cabeza de un niño. Hormiguita sentía deseos de tirar de ellas para que crecieran. Y un día que Martin fue a buscarle le comunicó su famosa idea.

—Eh, niño —respondió el labrador—, es que si se tira de los cabellos ¿crees tú que crecen más pronto? ¡No! Eso estaría mal.

—Entonces, ¿no es preciso?

—No, no es preciso hacer mal a nadie, ni a las plantas; deja que llegue el verano, deja obrar a la naturaleza, y todas esas hierbecillas formarán grandes espigas y se las cortará para tener grano y paja.

—¿Cree que la cosecha será buena este año?

—Sí, todo lo anuncia así. El invierno no ha sido muy crudo, y en la primavera hemos tenido más días de sol que de lluvia. Quiera Dios que esto continúe durante tres meses y la cosecha pagará con largueza los tributos y el arriendo.

Sin embargo, había enemigos con los que era preciso contar. Eran los pájaros voraces que pululan en el campo irlandés.

Pase por lo que se refiere a esas golondrinas que sólo se alimentan de insectos durante su estancia de algunos meses; pero los gorriones, atrevidos y golosos, verdaderos ratones del aire, que atacan los granos, y sobre todo los cuervos, son intolerables, ¡qué males causan a las cosechas!

¡Ah, cómo hacían rabiar a Hormiguita aquellos abominables pájaros!

¡Cómo parecían burlarse de él! Cuando conducía los carneros a través de los prados hacía levantar las bandadas negruzcas, que lanzaban gritos agudos y volaban con las patas pendientes. El niño las perseguía azuzando al perro, que ladraba. ¿Qué hacer contra ellos? Ellos esperan hasta a diez pasos... Después... ¡Krrroa!... ¡Krrroa!, y la nube deja aquel sitio.

Lo que más incomodaba a Hormiguita era que los espantapájaros colocados en mitad del trigo o de la avena no servían de nada.

Sim había construido maniqués de terrible aspecto, con los brazos extendidos y los cuerpos vestidos de andrajos que se agitaban al viento. Los niños hubieran tenido miedo ciertamente; los cuervos, no. Tal vez convenía inventar una máquina más espantosa y menos taciturna. Fue una idea que tuvo nuestro héroe después de largas meditaciones.

El maniquí mueve los brazos cuando el viento es muy fuerte, pero no grita: era preciso hacerle gritar.

La idea era excelente, y Sim no tuvo más que colocar en la cabeza del aparato una carraca, a la que el viento hacía girar con ruido.

¡Bah! Si los señores cuervos se mostraron, si no inquietos, asombrados al menos, en los dos primeros días, al tercero no se inquietaron, y Hormiguita, fastidiado, los vio posarse tranquilamente sobre el maniquí, cuya carraca no podía luchar con sus graznidos.

—Decididamente —pensó—, todo no es perfecto en este mundo. Aparte de esto, las cosas marchaban bien en la granja. Hormiguita era todo lo dichoso que es posible ser.

Durante las largas veladas de invierno, había hecho progresos en la escritura y en el cálculo. Y ahora, al final del día, ponía en orden su contabilidad. Ésta comprendía los huevos de las gallinas, los polluelos del corral inscritos con la fecha de su nacimiento, y clasificados según su especie.

Llevaba cuenta hasta de los lechones y conejos que forman numerosas familias en Irlanda.

No era éste pequeño trabajo para el niño, y testimoniaba el espíritu ordenado que le animaba. Todas las noches Martin le entregaba el guijarro consabido, que él guardaba en su olla, guijarros que tenían a sus ojos tanto valor como chelines. Después de todo, la moneda es convencional.

Además, la olla contenía también la hermosa guinea de oro que le había valido su salida al teatro de Limerick, y de la que no se sabía por qué no había hablado en la granja. Pero sin tener en qué emplearla, puesto que nada le faltaba, él le atribuía un precio menor que a sus piedras, las cuales atestiguaban su celo y su perfecta conducta.

Habiendo sido favorable la estación, se hicieron los preparativos para los trabajos de la siega del heno en la última semana de julio. Buena apariencia de cosecha. Todo el personal de la granja se puso a la obra. Cincuenta acres que segar; tal fue la faena de Murdock y Sim, y de dos trabajadores forasteros. Las mujeres les ayudaban, extendiendo el forraje fresco para que se secara antes de guardarlo en el interior de la granja. En un clima tan lluvioso, se comprende que no hay día que perder, y si el tiempo es bueno, hay que aprovecharlo. Quizás Hormiguita descuidó algo su rebaño durante una semana deseoso de ayudar a Martina y a Kitty. Trabajó con gran ardor.

Así transcurrió aquel año, uno de los más felices de Martin en la granja de Kerwan. Si se hubiesen tenido noticias de Pat, la satisfacción hubiera sido completa. Parecía que Hormiguita había traído la dicha. Cuando el recaudador de tributos y el de arriendo se presentaron, fueron pagados íntegramente. Al invierno sin grandes fríos y muy lluvioso, sucedió una precoz primavera que justificó las esperanzas que los labradores habían concebido.

Volvióse a la vida de los campos. Volvió Hormiguita a sus largas jornadas con Birk y sus carneros. Vio reverdecer la huerta, y oyó el ligero ruido que hacen el trigo, el centeno y la avena cuando la espiga comienza a formarse... Y después se hablaba de otra cosecha esperada con impaciencia, y que hacía sonreír a la abuela. ¡Sí! No pasarían tres meses sin que la familia MacCarthy hubiese aumentado con un nuevo miembro, del que Kitty se preparaba a hacerle regalo.

Durante la siega de agosto, y en lo más fuerte del trabajo, uno de los trabajadores cayó enfermo de fiebre y no pudo continuar su faena. Para reemplazarle, era menester dirigirse a algún trabajador en paro si se encontraba aún. Lo malo era que Martin tenía que perder medio día en ir a la parroquia de Siltan. Así pues, cuando Hormiguita se ofreció a ir, aceptó el ofrecimiento con gusto.

Podía fiarse de él para llevar un recado y ponerlo en conocimiento del destinatario. Cinco millas por un camino que conocía, puesto que todos los

domingos lo andaba, no era cosa para preocuparle. Y hasta se proponía ir a pie, pues los caballos y el asno estaban ocupados en el acarreo del forraje. Saliendo de la granja al amanecer, se prometía estar de vuelta antes del mediodía.

Hormiguita partió al alba con paso decidido, llevando en el bolsillo la carta del labrador que debía entregar al posadero de Silton, y en su zurrón algo que comer en el camino.

El tiempo era hermoso, refrescado por una ligera brisa del este, y el niño anduvo alegremente las tres primeras millas.

No había nadie ni en el camino, ni el interior de las casas abandonadas. Todo el mundo estaba trabajando en el campo, A lo lejos, la campiña se mostraba cubierta de haces que no tardarían en ser llevados a las granjas.

En cierto sitio, el camino se encuentra con un bosque espeso que aquél rodea, alargándose en una milla por lo menos.

Hormiguita pensó que lo mejor, a fin de ganar tiempo, era atajar atravesando el bosque, y penetró en él no sin experimentar ese miedo natural que el bosque inspira a los niños, el bosque donde hay ladrones, lobos y donde pasan todas las historias que se cuentan durante las veladas. Verdad que en lo que se refiere al lobo, Paddy ruega a los santos para que le conserven su buena salud, y le llama su padrino.

Apenas había andado el niño unos cien pasos por un estrecho sendero cuando se detuvo al ver a un hombre tendido al pie de un árbol.

¿Era un viajero que había caído en aquel lugar, o sencillamente un transeúnte que descansaba antes de volver a ponerse en camino? Hormiguita le miraba inmóvil, y como el hombre no se movía, avanzó. El hombre dormía con un sueño profundo, los brazos cruzados y el sombrero sobre los ojos. Parecía joven; veinticinco años lo más. En sus botas llenas de tierra, en sus polvorientas ropas, se notaban las huellas de una larga jornada, en la que había subido el camino de Tralée.

Pero lo que sobre todo atrajo la atención de Hormiguita fue que el viajero debía de ser marino... ¡Sí! A juzgar por su traje y por su equipaje, contenido en un saco de tela alquitranada. Sobre este saco tenía unas señas que nuestro héroe pudo leer cuando se aproximó:

—¡Pat! —exclamó—. ¡Es Pat!

¡Sí, Pat! Le hubiera reconocido solo por su parecido con sus hermanos. Pat, del que no se tenían noticias desde hacía tanto tiempo. Pat, cuyo regreso él esperaba con tanta impaciencia.

Hormiguita estuvo a punto de llamarle, de despertarle. Se detuvo. La reflexión le hizo comprender que si Pat reapareciera en la granja sin que la familia estuviera preparada para recibirle, la emoción podía perjudicar a su madre y a la abuela.

No. Mejor era prevenir a Martin. Él arreglaría las cosas con dulzura. Prepararía a las mujeres para la llegada de su hijo y nieto.

En cuanto al recado para el posadero de Silton... y bien, se haría al día siguiente. Y además, ¿no valdría Pat tanto como otro para el trabajo?

El joven marino estaba fatigado; había, en efecto, abandonado Tralée a medianoche, después de haber ido hasta allí en ferrocarril. De aquí que al ponerse en pie tuviera prisa por llegar a la granja. Lo esencial era precederle, a fin de que su padre y sus hermanos, advertidos a tiempo, pudieran llegar antes que él.

Era, en verdad, inútil dejarle su equipaje durante las tres últimas millas de camino. ¿Por qué Hormiguita no se encargaba de él? ¿No era fuerte para soportarlo en sus hombros? Además, ¡tendría tanto gusto en cargar con el saco de un marino!... ¡Un saco que había navegado!

Lo cogió por la cuerda, y tras sujetarlo sobre los hombros, se lanzó en dirección a la granja.

Una vez fuera del bosque, sólo tenía que seguir el camino que iba derecho durante una media milla.

No había dado quinientos pasos en esta dirección cuando oyó gritos detrás. No quiso ni parar, ni contener su marcha; al contrario, la apresuró.

Pero el que gritaba también corría. Era Pat.

Al despertar no había encontrado su saco. Furioso, había salido del bosque y había visto al niño al volver el camino.

—¡Eh, ladrón! ¿Te pararás?

Se comprende que Hormiguita no escuchaba. Corría más. Pero con el peso del saco no era dudoso que sería alcanzado por el marino que debía tener piernas de gaviero.

—¡Ah, ladrón! ¡No te escaparás!

Entonces, sintiendo que Pat no distaba de él más que doscientos pasos, Hormiguita dejó caer el saco y se puso a correr con más libertad.

Pat cogió el saco y siguió persiguiendo al niño.

La granja apareció en el momento en que Pat, logrando alcanzar al niño, le tenía cogido por la ropa.

Martin y sus hijos estaban en el patio ocupados en descargar el forraje ¡Qué grito se escapó de su garganta!

—¡Pat! ¡Hijo mío! —¡Hermano! ¡Hermano!

Y he aquí a Martina y Kitty, he aquí a la abuela, que corren para estrechar a Pat entre sus brazos.

Hormiguita estaba allí con los ojos resplandecientes de alegría, preguntándose si no habría una caricia para él.

—¡Ah, mi ladrón! —exclamó Pat.

Todo se explicó en algunas palabras, y Hormiguita, lanzándose hacia Pat, se colgó de su cuello, como si se lanzase al árbol de un navío.

XIII DOBLE BAUTISMO

¡Qué alegría en casa de los MacCarthy! ¡Pat de vuelta; el joven marino en la granja de Kerwan; la familia completa; los tres hermanos reunidos a la misma mesa; la abuela con su nieto, Martin y Martina con todos sus hijos!

Además, el año se anunciaba bien. La recolección de forraje era abundante; la cosecha no lo sería menos. Y las patatas, las santas patatas, hinchaban el surco con sus tubérculos amarillentos o rojizos. Esto era el pan. No hay más que asarlas en la ceniza caliente y esto bastará en los hogares modestos.

Martina preguntó a Pat primeramente. —¿Y vienes por todo un año, hijo mío?

—No, madre; por seis semanas solamente. No pienso abandonar mi oficio, que es muy bueno. Dentro de seis semanas es preciso que vuelva a Liverpool, donde de nuevo me embarcaré en el Guardián.

—¡Seis semanas! —murmuró la abuela.

—Sí; pero en calidad de contramaestre esta vez; y ser contramaestre a bordo de un gran navío, ya es ser algo.

—Bien, Pat, bien —dijo Murdock, estrechando afectuosamente la mano del marino.

—Hasta el día de mi marcha —dijo éste—, si tenéis necesidad de dos brazos fuertes en la granja, los míos están a vuestro servicio.

—Lo aceptamos —respondió Martin.

Pat conocía entonces a su cuñada, porque el matrimonio de su hermano había sido posterior a su embarque. Estaba encantado de encontrar en ella una tan excelente mujer, digna de Murdock, y creyó deber suyo darle las gracias por el sobrino que iba a darle, a menos que fuese una sobrina, antes de que él volviese a bordo. El ser tío le producía una gran alegría y abrazaba a Kitty como a una hermana que encontraba al volver de su viaje.

No se dudará de que Hormiguita no era insensible a aquellos esparcimientos, y con todo su corazón se asociaba a ellos permaneciendo en un rincón de la sala. Llegó su turno.

Además ¿acaso no era de la familia? Contaron a Pat su historia: el valiente joven pareció muy conmovido. Desde ese instante los dos fueron grandes amigos.

—Y yo —decía el marino— ¡yo que le había tomado por un ladrón al verle con mi saco! Verdaderamente se ha librado de algunos pescozones. —No, sus pescozones no me hubieran hecho daño, porque nada le había robado.

Y hablando así miraba a este vigoroso joven, bien plantado, con su aire resuelto, sus francas maneras y su cara tostada por el sol y la brisa. Un marino; esto le parecía un personaje de importancia, un ser distinto de los demás, un caballero que iba sobre el agua. Como se comprende, Pat fue el preferido de la abuela, que le tenía cogido por la mano como para impedir que les abandonase demasiado pronto.

Durante la primera hora no hay que decir que Pat había contado su historia, y explicado la razón por la que había estado tanto tiempo sin dar noticias suyas; tanto tiempo que llegaron a creerle perdido. Poco había faltado para que no volviese más al país. El Guardián había naufragado en uno de los islotes del mar de las Indias, en los parajes del Sur.

Allí, durante trece meses, sólo tuvieron por refugio una isla desierta, situada lejos de toda ruta marítima, sin ninguna comunicación con el resto del mundo. En fin a fuerza de trabajo se pudo poner a flote el Guardián. Todo se salvó: navío y cargamento. Y Pat se había distinguido tanto por su celo y su ánimo, que, propuesto por el capitán, la casa Marcuard de Liverpool acababa de reengancharle en calidad de contramaestre para una próxima navegación por el Pacífico. Las cosas estaban, pues, en buen camino.

Desde el siguiente día, el personal de Kerwan volvió al trabajo, y se demostró que el trabajador enfermo iba a ser bien reemplazado.

Llegó septiembre. La cosecha estaba a punto. Si, como de costumbre, el rendimiento del trigo fue bastante mediano, al menos el centeno, la cebada y la avena produjeron una abundante recolección. El cobrador podía presentarse antes de diciembre, si tenía prisa. Se le pagaría en buen dinero y quedarían

reservas para el invierno. Verdad es que Martin no ahorra: vivía de su trabajo, que aseguraba el presente, pero no el porvenir. ¡Ah, el porvenir de los labradores de Irlanda siempre a merced de los caprichos del clima! Ésta era la preocupación constante de Murdock. Así, su odio no cesaba de acrecentarse contra tal estado social, que acabaría con la abolición del landlordismo, y la entrega del suelo a los labradores.

—Es preciso tener confianza —le repetía Kitty. Y Murdock la miraba sin responder.

En aquel mes, el día 9, sucedió el acontecimiento tan impacientemente esperado y que puso en fiesta la granja de Kerwan. Kitty dio a luz una niña. ¡Qué alegría para todos! Recibióse la recién nacida como a un ángel que hubiera entrado por la ventana batiendo las alas. La abuela y Martina se la arrebatában una a otra. Murdock corrió a besarla. Sus dos hermanos quedaron inmóviles ante el bebé con adoración. ¿No era el primer fruto que daba aquella rama del árbol de la familia, la rama Kitty/Murdock? La joven madre fue felicitada, rodeada de cuidados. Tiernas lágrimas corrieron. Hubiérase dicho que la casa estaba vacía antes del nacimiento de aquel pequeño ser.

En cuanto a Hormiguita, jamás tuvo emoción igual a la que sintió cuando se le permitió dar un beso al recién nacido.

No hay duda de que aquel suceso debía dar ocasión a una fiesta tan pronto como el estado de Kitty lo permitiera. Y esto no tardaría. Por lo demás, el programa era muy sencillo. Después de la ceremonia del bautismo en la iglesia de Siltan, el cura y algunos amigos de Martin, una media docena de labradores del contorno que no dudarían en andar dos o tres millas, se reunirían en la granja.

Un abundante y succulento almuerzo les esperaba. Aquella gente estaría muy gustosa de asociarse a las alegrías de aquella honrada familia en un cordial banquete. La dicha mayor era que Pat sería de la fiesta, puesto que su partida a Liverpool no debía efectuarse hasta últimos de septiembre.

Decididamente, la diosa Lucina, patrona de los nacimientos, había arreglado bien las cosas, y se hubiera quemado un hermoso ciervo en holocausto a la misma a no ser de origen pagano.

Había que decidir una cuestión primero: ¿qué nombre se le pondría a la niña? La abuela propuso el de Jenny y no hubo ninguna dificultad, como

tampoco para decidir quién había de ser la madrina.

Se eligió a la abuela. Se tenía la seguridad de que sería proporcionarle un gran placer, y todos estuvieron conformes con la elección.

Es verdad que cuatro generaciones separaban a la bisabuela de la biznieta, y es preferible sin duda que la niña pueda contar con su madrina, al menos durante su infancia. Pero en este caso había una cuestión de sentimiento que debía tenerse en cuenta antes que nada: era como dar a aquella anciana una nueva maternidad, y por sus ojos corrieron lágrimas de ternura cuando se le hizo la proposición con cierta solemnidad.

¿Y el padrino? ¡Ah! Aquello no se decidió tan pronto. ¿Un extraño?

No había que pensar en ello, puesto que había en la casa dos hermanos; es decir dos tíos, Pat y Sim, que reclamaban tal honor. Sin embargo, designar al uno sería desairar al otro. Sin duda Pat, mayor que Sim, podía valerse de esto, pero era un marino destinado a pasar en el mar la mayor parte de su existencia. ¿Cómo había de serle posible velar por su ahijada?

Comprendiolo él así y se quedó solo Sim. Pero la abuela tuvo una idea que en el primer momento no dejó de causar sorpresa. Ella tenía el derecho de indicar un compadrino de su gusto... Y... designó a Hormiguita.

¿Cómo? ¿Aquel niño encontrado, cuya familia nunca se había conocido?... ¿Era esto admisible? Sin duda se sabía que era inteligente, laborioso, devoto a aquella familia; querido, estimado por todos en la granja... Pero... ¡Hormiguita!... Y además no contaba aún más que siete años y medio, corta edad para un padrino.

—¿Qué importa? —dijo la abuela—. Tiene de menos lo que yo demás. Así se compensarán los años.

En efecto, si el padrino no tenía ocho años, la madrina contaba setenta y seis, o sea ochenta y cuatro años entre los dos. Y la abuela afirmó que esto hacía cuarenta y dos años por cada uno.

—La fuerza de la edad —añadió.

Como se supone, aunque todos tenían deseos de complacerla, su proposición debía pensarse. Consultada la joven madre, no vio ningún inconveniente, pues profesaba a Hormiguita un cariño casi maternal. Pero Martin y Martina se mostraron bastante indecisos, pues nada sabían del estado civil del

niño encontrado en el cementerio de Limerick y que no había conocido a sus padres nunca.

Murdock intervino y resolvió la cuestión. La inteligencia de Hormiguita, muy superior a su edad, su espíritu serio, su aplicación en todo aquello que se leía en su frente; es decir, que él se haría lugar algún día, decidieron al hijo mayor de Martin.

—¿Tú quieres? —le preguntó. —Sí, señor Murdock —dijo.

Y respondió con tan firme tono, que causó asombro. Sin duda, tenía el sentido de la responsabilidad que contraía para el porvenir con su ahijada.

El 26 de septiembre, al alba, todos estaban prontos para la ceremonia. Vistiendo el traje de los días de fiesta, las mujeres en el carro y los hombres a pie, dirigiéndose alegremente a la parroquia de Silton.

Pero cuando entraron en la iglesia, el cura hizo surgir una complicación, una dificultad en la que nadie había pensado.

Cuando preguntó quién era el padrino, Murdock respondió:

—Hormiguita.

—¿Y qué edad tiene? —Siete años y medio.

—¿Siete años y medio? Algo joven es... Por tanto no tendrá ningún impedimento... Decidme:

¿supongo que tendrá otro nombre además de Hormiguita?

—Señor cura, no le conocemos otro —respondió la abuela. —¿No?... —dijo el cura. Y dirigiéndose al niño le preguntó:

—¿Tú debes tener un nombre de bautismo? —No lo tengo... señor cura.

—¡Ah! Hijo mío, ¿acaso no estás bautizado?

Hormiguita estaba en la imposibilidad de decirlo. La memoria no le recordaba nada de aquella ceremonia del bautismo. Asombro causará que la familia de MacCarthy, tan religiosa, tan devota, no se hubiera preocupado aún de esto. Lo cierto es que nadie había pensado en el asunto.

Hormiguita, imaginando que había un obstáculo insuperable para ser el padrino de Jenny, quedó inmóvil y confuso.

Pero entonces Murdock gritó:

—¿Eh? Señor cura, si no está bautizado, que se le bautice. —¡Pero si lo está...! —observó la abuela.

—Pues bien; será dos veces cristiano —dijo Sim—. Bautizadle antes que a la niña.

—¿Por qué no? —respondió el cura. —¿Entonces, podrá ser padrino? —Perfectamente.

—¿Y nada se opone a que se hagan los dos bautismos uno tras otro? —preguntó Kitty.

—No veo ninguna dificultad en ello —respondió el cura—, si Hormiguita encuentra un padrino y una madrina para él.

—Yo lo seré —dijo Martin.

—Y yo —repitió Martina.

¡Ah! ¡Qué dichoso fue Hormiguita al pensar que se iba a ligar más estrechamente con su familia adoptiva!

—¡Gracias! ¡Gracias! —repetía besando las manos de la abuela, Kitty y de Martina.

Como hacía falta un nombre de bautismo se tomó el de Edit que era el del día. Edit, ¡sea! pero lo más verosímil era que continuase llamándose Hormiguita. ¡Le era tan propio este nombre! ¡Se tenía tal costumbre de llamarle así!

El joven padrino fue, pues, bautizado primero. Terminada esta ceremonia la abuela y él tuvieron en la pila bautismal a la niña, que fue cristianamente bautizada con el nombre de Jenny, según el deseo de la madrina.

En seguida la campana lanzó sus más alegres notas, disparáronse cohetes al

salir de la iglesia, y sobre los pobres del lugar cayó una lluvia de coppers. ¡Cuántos de aquellos había en el pórtico! ¡Parecía que todos los pobres del condado se habían dado cita en la plaza de Silton!

Querido Hormiguita, ¿hubieras jamás podido prever que llegaría un día en el que figurarías en primera fila en una circunstancia tan solemne? El regreso a la granja se efectuó alegremente, con el cura a la cabeza de los invitados, unos quince vecinos y vecinas que se sentaron a la mesa dispuesta en la sala bajo la dirección de una excelente cocinera que Martin había mandado venir de Tralée.

Los manjares eran de las reservas de la granja.

Nada vino de fuera; ni el guiso de carnero, ni los pollos en salsa a las finas hierbas, ni los jamones cuya sabrosa grasa se desbordaba de los platos, ni los conejos en pepitoria, ni aun los salmones y sollos, puesto que habían sido pescados en las aguas de Cashen.

Inútil es añadir que en el libro de Hormiguita se apuntaban todas estas cosas, en la columna de salida, y que la cuenta estaba en regla. Podía, pues, comer y beber tranquilo. Además, tenía allí el ejemplo de robustos mozos, que poseían esos estómagos vigorosos a los que la procedencia de los manjares no inquieta nada, con tal de que sean abundantes. Nada quedó de aquel almuerzo ni de los postres, aunque el plum-pudding de arroz fue enorme, y hubo una torta de grosella por persona.

Había ginebra, stout, soda, usquebaugh que es una especie de whisky, brandy, grocg preparado conforme a la famosa fórmula: hot, strong and plenty «caliente, fuerte y en abundancia». En fin, lo bastante para hacer rodar bajo la mesa a los mejores bebedores de la provincia. Así es que al final del almuerzo, que duró tres horas, los ojos estaban encendidos como brasas, y las mejillas rojas como carbones ardientes. La familia MacCarthy era sobria; no frecuentaba las tabernas de eter, reservadas a los católicos por desdén hacia las tabernas de alcoholes reservadas a los protestantes. Pero ¿no había de haber indulgencias un día de bautizo, y no estaba el cura para absolver a los pecadores?

Sin embargo, Martin no dejaba de vigilar a sus convidados, y encontró un auxiliar inesperado en su hijo segundo, Pat, que era moderado, al revés de su hermano SIm.

Y como un grueso labrador de los alrededores se asombrase de que un marinero fuese tan parco, respondió el joven:

—¡Es que conozco la historia de John Playne! —¡La historia de John Playne!

—La historia o la balada, como queráis.

—Pues bien, cantádnosla, Pat-dijo el cura, a quien le agradó esta diversión.

—Es que es triste y larga.

—No importa. Tenemos tiempo para escucharla hasta el fin. Entonces Pat la cantó con una voz tan vibrante, que Hormiguita creía oír al océano cantar por su boca.

CANCIÓN DE JOHN PLAYNE⁵

*I
John Playne on peut m'en croire,
Estgris complètement.
Il n'a cessé de boire
Jusqu'au dernier moment.*

*Eh! deux heures de stage
Au fond d'un cabaret,
En faut-il davantage
Pour dépenser son prêt?*

*Bah! dans une marée,
Il le rattrapera,
Et, brute invétérée,
Il recommencera!...*

*D'ailleurs, test l'habitude
Des pêcheurs de Kromer.
Ils font un métier rude...
Allons, John Playne, en mer!*

John Playne, puede creérseme,

*está completamente borracho.
No ha cesado de beber
hasta el último momento.*

*Dos horas de estancia
en el fondo de una taberna.
¿Es preciso más para gastar
el dinero que le han prestado?*

*¡Bah! En una marea
lo volverá a ganar,
y, bruto inveterado,
comenzará de nuevo.*

*Además, ésta es la costumbre
de los pescadores de Kromer.
Tienen un oficio rudo.
¡Vamos, John Playne, a la mar!*

—Bien, helé ya fuera de la taberna —exclamó Sim.
—Lo que es duro para un bebedor —añadió el grueso labrador.
—¡Bastante ha bebido! —hizo observar Martin.
—¡Demasiado! —dijo el cura.
Pat continuó:

*II
Le bateau de John Playne,
Trés pointu de l'avant,
Porte foc et misaine:
Il a nom le Cavan.*

*Mais que John se dépêche
De retourner á bord.
Les chaloupes de pêche
Sont déjà loin du port.*

C'est que la mer est prompte

*Á descendre à présent.
Á peine si Pon compte
Deux heures de jusant.*

*Donc, si John ne se hâte
De partir au plus tôt,
Et si le temps se gâte
C'est fait de son bateau.*

*El barco de John Playne,
muy picudo por la proa,
lleva foque y mesana,
y se llama el Cavan.*

*Mas que John se apresure
a volver a bordo.
Las chalupas de pesca
están ya lejos del puerto.*

*La mar está
próxima a bajar,
apenas si se cuenta
con dos horas de marea.*

*¡Ah! ¡Si John no se apresura
a partir pronto
y si el tiempo
se estropea!...*

—Ciertamente le va a suceder alguna desgracia por su falta —dijo la abuela.

—Tanto peor para él —replicó el cura. Pat continuó:

*III
Ciel mauvais et nuit sombre!
Déjà le vent s'abat*

*Comme un vautour dans l'ombre...
John, de ses yeux de chat,*

*Regarde et puis s'approche...
Qu'est-ce donc qu'il entend?
Un choc contre la roche...
Et gare, s'il attend!*

*C'est son bateau qui roule
Au risque de remplir,
Et qu'un gros coup de houle
Pourrait bien démolir.*

*Aussi John Playne grogne
Et jure entre ses dents.
Q'est toute une besogne
Que d'embarquer dedans.*

*Cependant il s'équipe,
Non sans quelque hoquet;
Il allume sa pipe
Au feu de son briquet.*

*Puis ensuite il se grée,
Car le temps sera froid,
Sa capote cirée,
Ses bottes, son suroît.*

*Cela fait, il redresse
Le mât, no sans e ffort.
Mais John a de l'adresse,
Et John Playne est très fort.*

*Puis, il pése la drisse
Pour installer son foc,
Et d'un bon coup il hisse
La lourde voile á bloc.*

Enfin, larguant l'amarre

*Qu'il ramène a l'avant,
Son poignet sur la barre,
Il s'abandonne au vent.*

*Mais, devant le Calvaire,
Quand il passe, je crois
Que l'ivrogne a dû faire
Le signe de la Croix.*

*Mal cielo y noche sombría.
Ya el viento se abate
como un buitre en la sombra.
John, con sus ojos de gato mira*

*y se aproxima después.
¿Qué es lo que oye?
Un choque contra la roca,
amarra.*

*Es su barco que rueda
a riesgo de anegarse
y que un golpe de ola
podría destrozar.*

*John Playne gruñe
y jura entre dientes.
Es un gran trabajo embarcarse.*

*Sin embargo, él se prepara convenientemente,
no sin algún tropiezo.
Enciende su pipa
al fuego de su eslabón,*

*y en seguida se pone,
pues el tiempo será frío,
su capote de hule,
sus botas, y hecho esto,*

*endereza el mástil
no sin esfuerzo.
Pero John Playne tiene destreza
y es muy fuerte.*

*Después examina la driza
para instalar su foque,
y de un buen golpe
iza la pesada vela.*

*En fin, largando la amarra
que lleva a proa,
con su puño sobre el timón,
se abandona al viento.*

*Pero cuando pasa delante del Calvario,
me parece que el borracho
ha debido de hacer
la señal de la cruz.*

—Un irlandés siempre debe santiguarse —hizo observar gravemente Murdock.

—Hasta cuando ha bebido —respondió Martina. —¡Dios le proteja! —añadió el cura. Pat continuó su canción.

*IV
La baie a deux bous milles
Jusque au pied des bancs,
Des passes difficiles,
De sinueux rubans.*

*C'est comme un labyrinthe
Ou, même en plein midi,
On ne va pas sans crainte,
Eût-on le cœur hardi.*

John est a son affaire.

*Bras vigoureux, oeil sûr,
Il sait ce qu'il faut faire
Et se dirige sur*

*Le cap que l'on voit poindre
Au has da vieux fanal.
La le courant est moindre
Qu'à travers le chenal*

*John largue sa voilure
Qu'il desserre d'un cran,
Et puis, sous cette allure,
Laisse porter en grand.*

*Bon! Le feu de marée
Vient de s'effacer... C'est
Que John est à l'entrée
Des passes du Nord-Est.*

*Endroit reconnaissable,
Car il est au tournant
De la pointe de sable,
A gauche. —Et, maintenant,*

*Assurant son écoute
Sur le taquet de fer,
John est en bonne route...
John Playne en pleine mer.*

*La bahía tiene dos millas largas,
hasta el pie de los bancos;
pasos difíciles,
sinuosos caminos.*

*Parece un laberinto
por donde hasta en pleno día
no se pasa sin temor,*

aun teniendo el ánimo atrevido.

*John está a su trabajo; el brazo vigoroso,
la vista segura y sabiendo lo que tiene que hacer
se dirige hacia el cabo que se dibuja bajo el viejo faro.
Allí la corriente es menor
que a través del canal.*

*Larga su velamen,
que baja un punto,
y se deja llevar.*

*¡Bien! El fuego de marea
se acaba de apagar.
John está a la entrada
de los pasos del sureste.*

*Sitio que es fácil de reconocer:
pues está a la izquierda
de la extremidad de la playa.*

*Y ahora asegurando la escota
sobre el piquete de hierro,
John está en buen camino.
En plena mar.*

—¡Plena mar! —pensó Hormigueta—. ¡Qué hermoso debe de ser eso!...

*V
En avant, c'est le vide,
Vide farouche et noir!
Et sans l'éclair livide,
On n'y pourrait rien voir.*

*Le vent lá haut fait rage,
Il no tardera pas,
Sous le poids de Porage,*

À retomber plus bas.

*En ef fet, la rafale
Se déchaîne dans l'air,
Se rabaisse et s'affale
Presque au ras de la mer.*

*Delante sólo está
el vacío feroz y negro.
Y sin el resplandor lívido
nada se podría ver.*

*El viento ruge en lo alto
y no tardará,
bajo el peso de la tormenta,
en caer.*

*En efecto, el huracán
se desencadena en el espacio,
y baja casi
a ras del mar.*

Pat suspendió su canción. Esta vez no se hizo observación alguna. Todos prestaban oído, como si la tormenta del cuento se desatase en la granja de Kerwan.

VI

*Mais John a son idée,
C'est de gagner au vent,
Rien que d'une bordée
Comme il Pa fait souvent.*

*Il a toute sa toile,
Bien qu'il souffle grand frais
Il a bordé sa voile
Et s'élève au plus près.*

*Et, bien que la tempête
Soit redoutable alors,
Au travail il s'entête...
Son chalut est dehors.*

*Maintenant que sa chaîne
Est raidie, et qu'il a
Son filet à la traîne,
Tout marin sait cela.*

*Un bateau qui travaille
Va seul, sans embarder,
Et même sans qu'il faille
De la barre l'aider...*

*Aussi, la tête lourde,
L'ceil à demi louchant,
John saisit —il sa gourde,
Et puis, la débouchant,*

*Il la porte à sa bouche,
Il la presse, il la tord,
Et, sur le banc, se couche
À l'arrière et s'endort.*

*Il dort, la panse pleine
De gin et de brandvin...
Ce n'est plus le John Playne...
Hélas! —c'est le John plein!*

*Pero John tiene su idea.
Consiste en ganar al viento,
de una sola bordada,
como hace a menudo.*

Tiene toda su vela extendida,

*y aunque la tempestad
sea entonces terrible, se dedica a la faena.*

*Su red está fuera.
Ahora que sus mallas están tirantes,
todo marino lo sabe,
un barco que trabaja*

*va solo sin necesidad
de que el timón le ayude.*

*Así pues, con la cabeza pesada
y la mirada bizca,
John coge su calabaza
y destapándola*

*se la lleva a los labios,
la oprime con fuerza,
y echándose sobre el banco
se queda dormido.*

*Duerme con la panza llena
de ginebra y de aguardiente...
Ya no es John Playne...
¡es John lleno!*

—¡Imprudente! —exclamó Martin.

—Se dice que hay un Dios para los borrachos —dijo Sim con naturalidad.

—¡Qué ocupado debe de estar! —dijo Martina. —Veremos —dijo el cura
—. Continúa Pat.

VII
*Á peine quelques nues
Dans le ciel du matin,
Fuyantes et ténues!...
Le soleil a bon teint.*

*Et comme l'on oublie
Le danger qui n'est plus,
Chacun gaiment rallie
La baie avec le flux.*

*Chaque bateau se hâte.
Les voilà bord a bord.
C'est comme une régata
À l'arrivée au port.*

*En el cielo de la mañana
apenas se ven algunas
nubes tenues y fugitivas.
El sol brilla,*

*y como el peligro pasado
se olvida,
todos se reúnen alegremente
y se apresuran.*

*Vedlos.
Es como una regata
a la llegada al puerto.*

—¿Y John Playne? —preguntó Hormiguita, muy inquieto por el borracho que va dormido arrastrando su red.

—Paciencia —respondió Martin. —¡Tiemblo por él! —añadió la abuela.

*VIII
Tiens! Qu'est-ce qui se passe?
Le bateau de l'avant
Soudain fait volte-face
Pour revenir au vent.*

Les autres en arrière

*Manceuvrent a leur tour
De la même manière
Sans songer au retour.*

*Est-ce que dans l'orage
Quelque bateau surpris
La nuit a fait naufrage?...
Oui!... voilà des débris?...*

*On se presse, on arrive...
Un bateau sur la mer
Est là, seul, en dérive,
Chaviré, quille en l'air!*

*¡Calla! ¿Qué sucede?
El primer barco
se vuelve de repente.*

*Los de atrás
maniobran a su vez
de la misma manera
sin pensar en regresar.*

*¿Es que la tormenta
ha sorprendido a algún barco
y lo ha hecho naufragar en la noche?...
¡Sí!... He allí sus restos...*

*Se acercan...
Un barco en la mar,
solo... naufragado;
con la quilla al viento.*

—¡Naufragado! —exclamó Hormiguita. —¡Naufragado! —repitió la abuela.

*Vite! que l'on travaille!
Il faut hisser d'abord
Le chalut maille á maille
Et le rentrer á bord.*

*On le hisse, on le troche
Á l'aide de palans,
Il remonte, il approche...
Un cadavre est dedans!*

*Et cette épave humain
Arrachée á la mer,
C'est bien lui, c'est John Playne
Le pêcheur de Kromer.*

*¡A trabajar de prisa!
Primero es preciso izar la red
malla a malla
y ponerla a bordo.*

*Se la iza, se la engancha,
con ayuda del aparejo.
Sube... se aproxima...
¡Dentro hay un cadáver!*

*Y aquel náufrago,
arrancado al mar,
es John Playne,
el pescador de Kromer.*

*X
Son bateau, sans nul doute,
Á lui-même livré,
Pris de travers en route,
Sous voile a chaviré.*

*Ce qui fera comprendre
Comment, le fou qu'il est,
L'ivrogne s'est fait prendre*

Dans son propre filet!

*Ah! quelle horrible vue,
Lorsqu'il est mis á bord!
Oui! malgré tant d'eau bue,
Il semble être ivre encor!*

*Abandonado a sí mismo,
su barco fue cogido
de través
y zozobró.*

*Esto hará comprender
lo loco de su empresa.
El borracho fue cogido
en su propia red.*

*¡Qué espectáculo más horrible
cuando se le sube a bordo!...
Sí, a pesar de haber tragado tanta agua,
parece estar borracho todavía.*

—¡Desgraciado!—dijo Martina.

—Nosotros rogaremos por él —dijo la abuela.

*XI
Achevons la besogne!
Pêcheurs, il faut rentrer
Ce misérable ivrogne,
A fin de l'enterrer.*

*Si vous voulez m'en croire,
Tachez de le mettre où
Il ne puisse plus boire,
Et creusez bien le trou.*

*Ainsi finit John Playne,
John Playne de Kromer.
Mais la marée est pleine...
Allons, pêcheurs, en mer!...*

*¡Acabemos el trabajo!
Pescadores, es preciso
enterrar a este
miserable borracho:*

*y si queréis creerme,
procurad meterle donde
no pueda beber más,
y tapad bien el agujero.*

*Así acabó John Playne
de Kromer...
Pero la marea está alta...
¡Vamos, pescadores, a la mar!...*

La voz de Pat sonaba como un clarín al decir los últimos versos de la triste canción. La impresión que produjo en los invitados fue tal, que se contentaron con beber un solo trago a la salud de cada uno de sus huéspedes, que fue un suplemento de diez buenos vasos. Y se separaron, prometiéndose no imitar jamás a John Playne, ni aun en tierra.

XIV Y AÚN NO TENÍA NUEVE AÑOS

Pasado aquel gran día, la granja volvió a los trabajos del campo. Seguramente Pat no notó que había venido en busca de descanso. Con tal ardor ayudaba a su padre y hermanos. Estos marinos son verdaderamente rudos trabajando hasta fuera de su oficio.

Pat llegó en lo más fuerte de la siega, que fue seguida de la recolección de legumbres. Él trabajaba como un gaviero de mesana, expresión de la que se servía y que fue preciso explicar a Hormiguita. Siempre había que explicarle el por qué de las cosas. No se alejaba de Pat que había hecho amistad con él, una amistad de marinero por su aprendiz. Cuando la jornada se había acabado, cuando todo el mundo estaba a la mesa para comer, ¡qué alegría sentía Hormiguita al oír referir al marinero sus viajes, los incidentes en que había tomado parte, las tempestades que había pasado a bordo del Guardián, las hermosas y rápidas travesías de los navíos!... ¡Lo que sobre todo le interesaba era los ricos cargamentos transportados por cuenta de la casa Marcuard y el embarque de las mercancías cargadas con destino a Europa! Sin duda alguna la parte comercial de estas cosas era la que más conmovía su espíritu práctico. En su pensamiento, el armador era antes que el capitán.

—Entonces —preguntaba a Pat—¿esto es lo qué se llama el comercio? — Sí; se embarcan los productos que se fabrican en un país y se venden en otro donde no se fabrican.

—¿Más caros que se han comprado?

—Naturalmente... para ganar. Después se importan los productos de otras comarcas para revenderlos.

—¿Siempre a más precio, Pat? —Siempre... ¡Cuando es posible!...

Pat fue preguntado cien veces sobre este asunto durante su estancia en la granja de Kerwan. Por desgracia, y con gran disgusto de todos, llegó el momento de abandonar la granja y volver a Liverpool.

El 30 de septiembre fue el día de la despedida. Pat iba a separarse de todos

los que amaba.

¿Cuánto tiempo pasaría sin que le volviesen a ver?... No se sabía. Pero prometió escribir con frecuencia. ¡Con qué emoción le abrazaron todos!... La abuela lloraba. ¿La encontraría al regreso ante el hogar hilando en medio de sus hijos?...

Aunque era muy anciana, al menos la dejaba en buen estado de salud, como a toda la familia. Además, el año había sido favorable para los labradores del condado. No había nada que temer para el invierno que ya se dejaba sentir. Pat dijo a su hermano mayor:

—Te querría ver menos inquieto, Murdock. Con energía y voluntad todo se consigue.

—Sí... Pat... Pero ya ves... trabajar en una tierra que no es de uno, que jamás lo será... y estar a merced de una mala cosecha... ¡para esto, ni la energía ni la voluntad sirven de nada!

Pat no supo qué responderle, y sin embargo, en el momento en que le dio el último apretón de manos.

—Ten confianza —murmuró.

El marinero fue llevado en coche hasta Tralée. Iba acompañado de su padre, de sus hermanos y de Hormiguita. El tren le llevó hacia Dublín, desde donde el paquebote debía llevarle a Liverpool.

En la granja hubo gran trabajo durante las semanas que siguieron. Recogida la cosecha, después, llegado el momento oportuno, Martin recorrió los mercados a fin de venderla, no conservando sólo el grano necesario para la siembra.

Estas ventas interesaban en el más alto grado a Hormiguita. Por lo que el labrador le llevaba consigo.

Que no se acuse a este niño de ocho años de mostrarse apegado al interés... No... él era así y su instinto le llevaba al comercio. Por otra parte, se contentaba con el guijarro que Martin MacCarthy le entregaba todas las noches, conforme a lo convenido, y se felicitaba de ver aumentar su tesoro.

Conviene observar además que el deseo del lucro es innato en la raza

irlandesa. Gustan de ganar dinero, con tal que sea honradamente. Y cuando el labrador terminaba un buen negocio en el mercado de Tralée o en los pueblos vecinos, Hormiguita mostrábase tan contento como si redundara en provecho suyo.

Transcurrieron octubre, noviembre y diciembre en buenas condiciones. Hacía ya tiempo que los trabajos habían concluido cuando el cobrador de las granjas llegó, la víspera de Nochebuena. El dinero estaba presto, y una vez cambiado por un recibo en regla, aquél sobraba en la granja.

No queriendo ver marchar este dinero tan penosamente arrancado del suelo, Murdock se apresuró a salir cuando vio llegar al cobrador. Sentía siempre inquietud por el porvenir. Felizmente el invierno estaba seguro, y las reservas permitirían comenzar las labores sin gastos suplementarios.

Con el nuevo año siguieron los fríos rigurosos. No se salía de la granja. Verdad es que en el interior no faltaba trabajo ¿No era preciso dedicarse a la alimentación y al cuidado del ganado? Hormiguita estaba encargado especialmente del corral. Los pollos y polluelos estaban tan bien tratados como registrados. En sus ocios no olvidaba que tenía una ahijada ¡Qué alegría experimentaba al tener a Jenny en sus brazos, en provocar su sonrisa sonriéndole, en cantarle canciones, en mecerla para dormirla cuando su madre estaba ocupada!

Un padrino casi es un padre, y miraba a la niña como a una hija. Con este motivo formaba proyectos ambiciosos para el porvenir. Ella no tendría más maestro que él. La enseñaría primero a hablar, después a leer y a escribir, a ser «ama de su casa» más tarde.

Hormiguita había aprovechado las lecciones de Martin y de sus hijos, sobre todo las que le daba Murdock. Había, pues, adelantado mucho desde que dejó a Grip, aquel pobre Grip que seguía ocupando su pensamiento, y cuyo recuerdo jamás debía borrarse.

Sin gran retraso reapareció la primavera, después de un invierno bastante crudo. El joven pastor, acompañado de su amigo Birk, volvió a su trabajo habitual. Bajo su guarda, los carneros y cabras volvieron a los prados, a una milla en torno a la granja. Deseaba que su edad le permitiese tomar parte en los trabajos del campo, que exigían un vigor que, a despecho suyo, le faltaba aún. Algunas veces hablaba de esto con la abuela, que le respondía sacudiendo la cabeza:

—Paciencia. Ya llegará.

—¿Pero entretanto, no podría sembrar un poco? —¿Te daría eso placer?

—Sí, abuela. Cuando veo a Murdock y a Sim arrojar el grano, balanceando sus brazos, y andando a paso regular, tengo grandes deseos de imitarles. ¡Es un trabajo tan hermoso y tan interesante! ¡Pensar que ese grano va a germinar en la tierra, convirtiéndose en espiga larga... larga! ¿Cómo sucede eso?

—Yo no sé nada, hijo mío, pero Dios lo sabe y es suficiente.

De esta conversación resultó que algunos días después se vio a Hormiguita arrojar la avena en una parcela preparada por el arado, con una precisión perfecta, lo que le valió los plácemes de Martin MacCarthy.

Así, cuando las hierbecillas empezaron a brotar, ¡qué obstinación puso en defender su futura cosecha contra los cuervos, levantándose al alba para perseguirlos a pedradas! No olvidemos decir que al nacer Jenny, él había plantado un pequeño abeto en el patio con la idea de que crecieran a la par el arbusto y la niña.

Y no dejaba de costarle trabajo librar a este arbolillo de los malditos pájaros. Decididamente, Hormiguita y los representantes de esa gente devastadora jamás serían buenos amigos.

Aquel verano de 1880 se trabajó duramente en los campos del oeste de Irlanda. Por desgracia las circunstancias climatológicas se mostraron poco favorables para el rendimiento del suelo. Sin embargo, el hambre no era de temer, porque la cosecha de patatas prometía ser abundante, aunque tardía; trigo apenas hubo; y en cuanto al centeno, la cebada y la avena, se tenía que reconocer que iban a ser insuficientes para las necesidades del país Sin duda subiría el precio de estos cereales. ¿Mas en qué aprovecharía el alza a los labradores, si nada podían vender teniendo que conservar lo poco que recolectaran para la próxima siembra? Así es que los que tenía ahorros se verían en la necesidad de sacrificarlos para pagar los impuestos y para el pago de las granjas hasta el último chelín desaparecería.

La consecuencia de todo esto fue que el movimiento nacional tendió acentuarse en los condados. Cosa que llega siempre que una nube de miseria se

eleva en el horizonte de la campiña irlandesa. Sonaron las recriminaciones mezcladas a los desesperados gritos de los partidarios de la liga agraria. Fueron proferidas terribles amenazas contra los propietarios del suelo, fuesen o no extranjeros, y no se olvide que los landlords escoceses o ingleses eran considerados como tales. Aquel año, en junio, en Westport las gentes amenazadas por el hambre acababan de gritar: «Hundid de un puñetazo las granjas» y la frase general que se repetía en los campos era «¡La tierra para los campesinos!»

Algunas escenas de desorden estallaron en los territorios de Donegal, de Sligo, de Galway. Kerry no estuvo exento de lo mismo. Con gran temor veían la abuela, Martina y Kitty que a menudo Murdock abandonaba la granja, ya de noche, y que no reaparecía hasta el día siguiente, fatigado por largas jornadas, y más sombrío que nunca. Volvía de esos mítines organizados por los principales colonos, donde se predicaba la rebelión, el levantamiento contra los lores, la huelga universal que obligaría a los propietarios a dejar sus tierras en baldío.

Y lo que aumentaba los temores de la familia con motivo de Murdock era que el lord lugarteniente por Irlanda, decidido a las medidas más enérgicas, hacía vigilar muy de cerca a los nacionales por sus brigadas de policía.

Martin y Sim, experimentando los mismos sentimientos que Murdock, no decían nada cuando éste volvía después de una prolongada ausencia pero las mujeres le suplicaban que obrase con prudencia, y que midiese sus palabras y actos. Querían arrancarle la promesa de no asociarse a las rebeliones en favor del *home-rule*, que no podían producir más que una catástrofe. Murdock se enfurecía entonces y hablaba y se expresaba como si estuviera en un mitin.

—¡La miseria después de una vida de trabajo! ¡La miseria sin fin! — repetía.

Y mientras Martina y Kitty temblaban ante la idea de que pudieran oírle desde fuera, en el caso de que algún agente rondase la granja, Martin y Sim inclinaban la cabeza.

Hormiguita asistía a estas tristes escenas muy conmovido.

Después de haber pasado por tantas pruebas, ¿no había, pues, llegado al término de sus miserias el día en que fue recogido en Kerwan? ¿El porvenir le reservaba otras más duras aún? Tenía entonces ocho años y medio. Bien

constituido para su edad, habiendo tenido la fortuna de escapar a las enfermedades de la infancia, ni los sufrimientos, ni los malos tratos, ni la falta de cuidados habían podido debilitar su organismo.

Se dice de las calderas de vapor que están probadas a tantas atmósferas, cuando se las ha sometido a las presiones correspondientes. Pues bien, Hormiguita había estado probado —ésta es la palabra— al máximo de resistencia. Se veía en sus anchos hombros, en su pecho ya alto, en sus miembros delgados, pero nerviosos y de fuertes músculos. Su cabello se oscurecía y lo llevaba cortado en vez de aquellos bucles que miss Anna Waston hacía caer sobre su frente. Sus ojos, de un azul oscuro, de pupila resplandeciente, atestiguaban una extraordinaria viveza. Su boca ligeramente apretada, su barbilla fuerte, indicaban la decisión y la energía de su carácter. Esto era lo que más particularmente había atraído la atención de su nueva familia. Los labradores serios y reflexivos son buenos observadores, y no se les había escapado que aquel jovencillo se hacía notar por sus instintos de orden y de aplicación, y ciertamente se educaría contraba ocasión de ejercitar sus aptitudes naturales.

Los períodos destinados para los trabajos de recolección presentaron condiciones peores que el año anterior. Hubo un déficit bastante considerable, como se había previsto, en lo que concernía a los granos. El personal de la granja bastó para el trabajo. Sin embargo, la cosecha de patatas fue buena. Era el alimento asegurado en parte para la mala estación ¿Pero esta vez, de dónde se sacaría el dinero necesario para los pagar arriendo y de impuestos?

Volvió el invierno, muy precoz. Desde las primeras semanas de septiembre empezaron los grandes fríos. Después cayó la nieve en abundancia. Fue preciso volver el ganado al establo. La costra blanca era tan espesa, tan resistente, que ni los carneros ni las cabras hubieran podido pastar. De aquí el temor muy fundado de que los forrajes fueran insuficientes hasta la vuelta de la primavera. Los más prudentes, o al menos los que tenían medios para ello, y Martin fue de este número, tomaron precauciones, comprándolos; pero lo hicieron a precios elevados, por lo de la mercancía, y tal vez hubiera valido más deshacerse de aquellos animales cuyo sostenimiento sería difícil en un largo invierno.

Es una circunstancia muy enfadosa esos fríos que hielan la tierra a muchos pies de profundidad, sobre todo cuando es ligera y silíceo como en Irlanda y retiene mal el poco abono que se le ha podido echar. Cuando el invierno se prolonga con una tenacidad que desarma al cultivador, es de temer que la

congelación se prolongue más allá de los límites corrientes. ¿Qué puede el arado contra la dureza del terreno? ¡Y si la siembra no ha hecho a tiempo, la miseria está en perspectiva! Mas no es dado al hombre modificar los azares climatológicos de una estación. Queda reducido a cruzarse de brazos, muchas de las reservas se consumen de día en, y los brazos cruzados no son los que trabajan.

A fin de noviembre empeoró la situación. A las nieves sucedió una temperatura de las más rigurosas. El termómetro llegó a veinte grados bajo cero.

La granja, cubierta de una caperuza dura, recordaba a esas cabañas groenlandesas perdidas en la inmensidad de los países polares. En verdad, aquella inmensa costra de nieve conservaba en el interior el calor de los hogares, y no se sufría mucho por el exceso de frío. Pero fuera, en medio de aquella atmósfera en calma cuyas moléculas parecían estar heladas, era posible aventurarse sin tomar ciertas precauciones. En esta época, Martin y Murdock se vieron obligados a vender algunos animales para pagar el arriendo de la finca: vendieron un gran número de carneros. Era preciso no retrasarse para encontrar dinero entre los mercaderes de Tralée.

Era el 15 de diciembre. Como el carruaje no hubiera podido rodar más que muy difícilmente por aquel terreno helado, el labrador y su hijo tomaron la resolución de hacer el viaje a pie. No dejaba de ser tarea muy penosa recorrer veinticuatro millas con una temperatura de 20 grados bajo cero. Probablemente su ausencia duraría dos o tres días.

Al alba partieron, no sin que en la granja quedaran inquietos. Aunque el tiempo era muy seco, espesas nubes que se esparcían hacia oeste amenazaban modificarlo próximamente.

Habiendo Martin y Murdock partido el 15, no se debía esperarles hasta el 17.

Hasta la tarde, el estado atmosférico no cambió de una manera visible. El termómetro bajó aún uno o dos grados.

La brisa se levantó al mediodía, y esto fue otro motivo de ansiedad, pues el valle del Cashen se conmueve con extraordinaria violencia con los vientos del mar.

Durante la noche del 16 al 17, la tempestad se desencadenó furiosamente, acompañada de espesos turbiones de nieve. A diez pasos de la granja nada se hubiera visto bajo el espeso manto. ¿Se habrían puesto Martin y Murdock ya en camino después de terminar sus negocios en Tralée? Se ignoraba. Lo cierto fue que el 18 por la noche aún no habían regresado.

La noche fue huracanada. Se comprenderá cuál sería la angustia de la abuela, de Martina de Kitty, de Sim y de Hormiguita. ¿Tal vez el labrador y su hijo andarían perdidos entre remolinos de nieve?

¿Tal vez ha caído a algunas millas de la granja, moribundos de hambre y de frío? Al día siguiente, hacia las diez de la mañana, el horizonte se aclaró algo y disminuyó la borrasca.

Como consecuencia de un salto del viento hacia el norte, las nieves acumuladas se solidificaron en un instante. Sim declaró que iba a ir en busca de su padre y de su hermano, acompañado, de Birk. Su resolución fue aprobada con la condición de que permitiera le acompañasen Martina y Kitty.

A pesar de su deseo, Hormiguita tuvo que permanecer en casa con la abuela y la niña.

Convínose además en que la exploración se limitaría a unas dos o tres millas, y que en el caso de que Sim juzgara conveniente ir más lejos, Martina y Kitty regresarían antes de la noche.

Un cuarto de hora después, la abuela y Hormiguita estaban solos, Jenny dormía en la alcoba de Murdock y Kitty, contigua a la sala. Una especie de cesta suspendida por dos cordones a una de las vigas del techo según la costumbre irlandesa, servía a la niña de cuna.

El sillón de la abuela estaba ante el hogar, de cuyo fuego de césped y leña cuidaba Hormiguita. De vez en cuando, éste se levantaba e iba a ver si su ahijada se despertaba, inquietándose al menor movimiento que hacía, presto a darle un poco de leche templada, o a volverla a dormir, meciendo dulcemente su cuna.

La abuela, atormentada por la inquietud, prestaba oído a todos los ruidos de afuera, que eran crujidos de la nieve que se endurecía sobre tejado, y de las maderas oprimidas por el peso.

—¿No oyes nada, Hormiguita? —decía. —No, abuela.

Y después de haber frotado los vidrios escarchados, procuraba echar una mirada por la ventana que daba al patio; todo estaba blanco. Hacia las doce y media la niña lanzó un grito. Hormiguita se acercó ella, y como no había abierto los ojos, se limitó a mecerla durante un instante, con lo que fue suficiente para que la niña volviera a dormir.

Se disponía a volver junto a la abuela, a quien no quería dejar sola, cuando se oyó ruido fuera. Escuchó con más atención. Era como si arañasen el establo contiguo al cuarto de Murdock. Pero estando separado por un grueso muro, no se preocupó del ruido. Algunas ratas sin duda que corrían bajo la cama. Además, la ventana estaba cerrada y no había nada que temer.

Hormiguita, después de haber cerrado la puerta que separaba los dos cuartos, se apresuró a volver.

—¿Y Jenny? —preguntó la abuela,
—Ha vuelto a dormirse.
—Entonces quédate a mi lado, hijo mío.
—Sí, abuela.

Los dos, inclinados ante el hogar, bien encendido, volvieron a hablar de Martín y de Murdock, después de Martina, de Kitty y de Sim, que habían ido en busca de los primeros.

¡Con tal de que no les hubiera ocurrido ninguna desgracia!... Se producían a veces tan terribles catástrofes en esas tempestades de nieve! ¡Bah! ¡Los hombres enérgicos y vigorosos saben defenderse! Cuando regresaran, encontrarían un buen fuego en el hogar y un groc caliente en la mesa. Hormiguita no tendría que hacer más que arrojar una buena brazada de leña en el hogar.

Hacía dos horas que Martina y los demás habían partido, y nada anunciaba su próxima vuelta.

—¿Quiere que vaya a la puerta del patio y desde allí avance algo para ver a más distancia del camino? —dijo el niño.

—No, no, No es preciso que la casa quede sola; y sola estaría no quedando más que yo para guardarla.

Volvieron a hablar, pero bien pronto la fatiga y la inquietud se reunieron, y

la anciana empezó a adormecerse.

Hormiguita, siguiendo su costumbre, le colocó una almohada tras la cabeza, procurando evitar todo ruido que pudiera despertarla, y se acercó a la ventana.

Después de haber quitado el hielo de uno de los cristales, miró. Fuera, todo estaba blanco, silencioso, como en un cementerio. Toda vez que la abuela dormía, y puesto que Jenny reposaba en el cuarto de al lado, ¿qué inconveniente había en llegar hasta el camino. Esta curiosidad, o más bien este deseo de ver si alguien venía, era muy excusable.

Hormiguita abrió, pues, la puerta de la sala y la volvió a cerrar cuidadosamente. Hundiéndose hasta la rodilla en la nieve llegó al patio. En el camino, blanco, nadie vio. Ningún ruido en la dirección del camino, Martina, Kitty y Sim no estaban cerca, pues los ladridos de Birk se hubiesen oído desde lejos por esos fríos intensos que llevan la voz a grandes distancias.

El niño avanzó hasta el medio del piso bajo de la casa.

En ese momento, un nuevo crujido llamó su atención; no venía del camino, sino del patio, junto a los establos. Parecía venir acompañado de un aullido sofocado. Hormiguita, inmóvil, escuchaba. El corazón le latía fuertemente. Pero se acercó con valor a la pared de los establos después de rodear el ángulo de este lado, se adelantó a pasos sordos y con precaución.

El ruido venía siempre del interior, tras el ángulo ocupado por la habitación de Murdock y de Kitty.

Hormiguita, presintiendo una desgracia, se arrastró a lo largo muro. Apenas pasó el ángulo, dejó escapar un grito.

En aquel hogar, la paja había sido separada. En mitad de la pared descubría un ancho agujero, abierto sobre el cuarto en que Jenny dormía ¿Quién había abierto esta brecha? ¿Era un animal? Sin vacilar Hormiguita penetró en el cuarto.

En aquel momento, un animal de grandes proporciones escapaba, al huir, derribó al joven.

Era un lobo, uno de esos vigorosos lobos que rondan en manadas los campos irlandeses durante los largos inviernos. Después de haber abierto la brecha, había introducido en el cuarto arrancado la cuna de Jenny, cuyos

cordones estaban rotos, y se alejaba arrastrándola sobre la nieve.

La niña lanzaba agudos gritos... Hormiguita se puso en persecución lobo, con su cuchillo en la mano y pidiendo socorro con voz desesperada. ¿Mas quién podía oírle, quién iba a venir en su ayuda?

¿Y si el feroz animal se volvía contra él? ¿Pero pensaba él en esto? ¿Se decía que arriesgaba vida? No... Él no veía más que a la niñita llevada por aquella fiera. El lobo corría poco, le pesaba la cuna, de una de cuyas cuerdas tiraba Hormiguita corrió unos cien pasos antes de alcanzarlo. Después de haber rodeado los muros de la granja, el lobo se había lanzado al camino y subía hacia Tralée cuando Hormiguita le alcanzó.

Parose el animal, y abandonando la cuna se precipitó sobre el niño. Éste le esperó a pie firme, con la mano extendida, y en el momento en que el animal saltaba a su cuello, le hundió el cuchillo en el vientre, mas no sin que el lobo le hubiese mordido en un brazo, mordisco tan doloroso, que el niño cayó sin sentido sobre la nieve.

Por fortuna, antes de que hubiese perdido el conocimiento, se oyeron ladridos... Era Birk. Corrió... Arrojo sobre el lobo, que huyó...

Casi enseguida aparecieron Martin MacCarthy y Murdock, a los que Sim, Martina y Kitty acababan de encontrar sanos y salvos a dos millas de allí.

Jenny estaba salvada. La madre la estrechaba entre sus brazos. Murdock vendó la herida de Hormiguita. Éste fue después llevado a la granja y colocado en su lecho en el cuarto de la abuela.

Cuando recobró el sentido: —¿Y Jenny? —preguntó. —Está aquí —respondió Kitty—, viva... y gracias a ti... bravo niño. —Querría besarla.

Y después que vio la sonrisa con que ella respondió al beso cerró los ojos.

XV MAL AÑO

La herida de Hormiguita no era grave, aunque su sangre hubiese corrido en abundancia. Pero de llegar un momento más tarde, Murdock hubiera encontrado un cadáver y Kitty no habría vuelto a ver a su niña.

Decir que Hormiguita fue rodeado de cuidados y atenciones en los que necesitó para su restablecimiento sería superfluo. El pobre huérfano comprendió más que nunca que tenía una familia. ¡Con qué efusión abría su pecho a aquellas ternezas, pensando en tantos días dichosos pasados en la granja de Kerwan! Para saber el número de estos días, le bastaba contar los guijarros que Martin le entregaba todas las noches. ¡El qué le dio después de lo del lobo, qué alegría le produjo al meterlo en su olla!

Acabó el año. Los rigores del invierno se acentuaron. Preciso fue tomar ciertas precauciones. Terribles manadas de lobos habían sido vistos en los contornos de la granja, y las paredes no hubieran podido resistir los dientes de estos carnívoros. Martin y su hijo dispararon varias veces sus fusiles contra estas peligrosas fieras. Lo mismo ocurrió en todo el contorno, en cuyas planicies durante aquellas interminables noches resonaron lúgubres aullidos.

¡Sí! Fue aquél uno de esos lamentables inviernos en que parecen soplar sobre Europa septentrional todas las penetrantes corrientes de aire de las comarcas del Polo. Predominaban los vientos del norte, y sabido es que fríos les acompañan. Por desgracia, era de temer que este período continuase, como se prolonga el período álgido en los enfermos devorados por la fiebre.

Y la tierra es como la enfermedad que se petrifica bajo la acción de la escarcha, que se agrieta como los labios de un moribundo, pudiendo creer que sus facultades productivas van a extinguirse para siempre, o sucede como en esos astros muertos que gravitan en el espacio.

La inquietud del labrador y de su familia fue, pues, muy justificada por los rigores anormales de aquella estación. Sin embargo, gracias al producto de la venta de los carneros, Martin pudo hacer frente al pago de los impuestos y del arriendo; y cuando el agente del *middleman* se presentó en navidad, recibió el precio íntegro, cosa que pareció sorprenderle, pues, menos afortunado en la

mayor parte de las granjas, había tenido que proceder por la vía judicial a la cobranza de los colonos. ¿Pero cómo Martin haría frente a las exigencias del año siguiente, si la excesiva duración del invierno impedía las próximas siembras?

Además, sobrevinieron otras desdichas. Como consecuencia de la baja temperatura, que llegó a treinta grados bajo cero, cuatro de los caballos y cinco vacas murieron de frío en la cuadra y en el establo. Había sido imposible cerrar estos cuerpos de edificio ya en mal estado y que cedieron en parte a lo impetuoso de las borrascas. El corral, a pesar de lo que se podía imaginar, experimentó sensibles pérdidas de día en día; la columna del déficit se hacía mayor en la cartera de Hormiguita, y además, existía el temor de que la casa habitación no pudiese resistir a tantas causas destructivas, lo que reduciría a la familia a la más crítica situación. Martin y Sim trabajaban sin cesar en la recomposición; pero aquellos muros no muy fuertes, aquellas pajas que el viento destrozaba, ¿no serían asolados por el turbión de huracanes?

Hubo días en que nadie pudo salir. El camino estaba impracticable, y la nieve pasaba de la altura de un hombre. En el patio, el abeto, plantado el día en que Jenny nació, no dejaba ver más que su copa blanca. Para llegar a los establos fue preciso abrir un camino que había que despejar dos veces al día. El transporte del forraje se hacía a costa de excesivas dificultades.

Lo que parecía más inverosímil es que el frío no perdía nada de su tensidad, aunque la nieve no cesaba de caer en abundancia.

Es verdad que no caía en pequeños copos, sino que era en verdad chaparrón de hielo, protegido por los remolinos de la borrasca. De aquí una completa poda de los arbustos y de los árboles de hojas perennes.

En las riberas del Cashen se formaron montones de hielo, que alcanzaron proporciones enormes, y podía preguntarse si las avenidas no producirían nuevos siniestros cuando aquella masa se fundiese con los primeros calores de la primavera. En ese caso ¿cómo podrían Martin y sus hijos preservar los edificios si el río se desbordaba hasta la granja?

Fuese lo que fuese, ellos tenían al presente otros cuidados; precauciones para el sostenimiento del ganado. En efecto, el huracán arrancó los techos de los establos, y hubo que repararlos con urgencia. El resto los carneros, vacas y caballos quedó sin abrigo, expuestos a los rigores tiempo durante varios días, y

algunos de aquellos animales perecieron frío. Se tuvo que trabajar para rehacer los tejados, bien o mal, y en lo fuerte de la tormenta. Preciso era sacrificar la parte anterior de los establos, del lado del camino, y despojarlos de sus techos a fin de cubrir otra porción.

No fue más afortunada la casa que la familia MacCarthy habitaba. Una noche se hundió el piso alto, y Sim, que lo ocupaba, tuvo que abandonar el granero para instalarse en la sala del piso bajo. Y entonces el cielo raso amenazaba hundirse a su vez, y fue preciso colocar tablones a fin de sostenerlo. Hasta tal punto que el peso de la nieve fatigaba las vigas. El invierno avanzaba sin perder nada de su rigor. Febrero fue tan duro como enero. La temperatura media se mantuvo a veinte grados bajo cero. En la granja estaban como náufragos abandonados en el Polo, que pueden prever el fin del invierno. Y además, las nieves amontonadas amenazaban provocar catástrofes más terribles por el desbordamiento del Cashen.

Repitamos que desde el punto de vista del sustento no había motivo para inquietarse; carne y legumbres no parecía que fueran a faltar; además, los animales, abatidos por el frío, vacas y carneros fáciles de conservar en hielo, constituían una abundante reserva; y si el corral estaba diezmado, los cerdos soportaban sin gran sufrimiento aquella temperara, y únicamente con ellos la alimentación estaba asegurada por un largo período. En cuanto al fuego, bastaba con ir a buscar todos los días bajo la nieve las ramas arrancadas por el huracán a fin de economizar el césped que comenzaba a faltar.

Por otra parte, robustos y sanos, el padre y los hijos estaban hechos a aquellos climas rudos. Nuestro héroe también mostraba un extraordinario vigor. Hasta ahora, las mujeres, Martina y Kitty, tomando parte en el trabajo común habían resistido. La pequeña Jenny, siempre en un cuarto herméticamente cerrado, estaba como una planta en su estufa. Sólo la abuela sentía la influencia de aquel tiempo, no obstante los cuidados de que se la rodeaba. Los sufrimientos físicos se unían a los morales al ver tan comprometido el porvenir de los suyos. Era más de lo que ella podía soportar. Había, pues, allí, un grave motivo de inquietud para toda la familia.

En abril, la temperatura normal tomó poco a poco su curso, subiendo por encima de cero. Sin embargo, hasta mayo no brilló el sol con fuerza. Ya era tarde, muy tarde para la siembra. ¿Tal vez resultarían los forrajes? En cuanto a los granos, ciertamente no llegarían a madurar. Por lo tanto, no valía la pena

arriesgar inútilmente las semillas, y valía más esforzarse en el cultivo de las legumbres, cuya recolección podría efectuarse a fin de octubre, y más especialmente en el de la patata, que salvaría los campos de los horrores del hambre.

Pero después del deshielo de las nieves, ¿en qué estado se encontraría el suelo? Helado, sin duda, a cinco o seis pies de profundidad. Sería una tierra fría, dura como el granito y difícil de arar.

En los últimos días de mayo se comenzaron las labores. Parecía que el sol estaba desprovisto de calor; tan lentamente se efectuaba el deshielo de las nieves que aquéllas se retrasaron hasta junio en la parte montañosa del condado.

La determinación de limitarse al cultivo de las patatas, renunciando de los granos, fue general entre los labradores. Lo que iba a hacerse en granja de Kerwan se haría también en las otras granjas pertenecientes al dominio de Rockingham. Esta medida se extendió no solamente al condado de Kerry, sino a los del oeste de Irlanda, tanto al de Munster como al de Connaught y al de Ulster. Únicamente en la provincia de Leinst donde el suelo se desembarazaba más pronto de los hielos, pudo ser tentada la siembra con alguna esperanza de resultado.

De aquí que los labradores, tan penosamente probados, tuvieron que resignarse a prodigiosos esfuerzos para preparar los campos en condiciones favorables a la producción de las legumbres. En la granja de Kerw Martin y sus hijos se dedicaron a esta tarea, más ruda aún por la falta animales. Un solo caballo y el asno, aparejados, era de todo lo que dían disponer para el arado y demás instrumentos. En fin, a fuerza de trabajar doce horas al día, consiguieron plantar unos treinta acres de patatas, temiendo que este trabajo fuese comprometido por la precocidad próximo invierno.

Entonces apareció otro desastre común a todas las comarcas montañosas de Irlanda. A fines de junio el sol adquirió un ardor excesivo, y el deshielo de las nieves se produjo en grandes masas. Tal vez la provincia de Munster, a causa de las múltiples ramificaciones de sus cursos de agua fue más atacada que las demás. En lo que se refiere al condado de Kerwan el caso tomó las proporciones de un cataclismo. Los numerosos ríos experimentaron avenidas anormales que provocaron inmensos estragos. El país quedó inundado. Gran número de casas, arrastradas por los torrentes, dejaron sin abrigo a sus habitantes.

Sorprendidas por lo repentino las avenidas, aquellas pobres gentes esperaron socorros en vano.

Casi todo el ganado pereció, y al mismo tiempo las cosechas, preparadas con tanto trabajo, se perdieron irremisiblemente. En el condado de Kerry, una parte del dominio del Rockingham desapareció bajo las aguas del Cashen. Durante quince días, en un radio de dos o tres millas, los alrededores de la granja se transformaron en una especie de lago, lago atravesado de corrientes furiosas, que arrastraban los árboles arrancados, los restos de cabañas, los techos de las casas vecinas, todas las ruinas de una vasta demolición, y también los cadáveres de los animales, de los que los infelices campesinos perdieron muchos centenares.

La crecida se extendió hasta los establos de la granja, destruyéndolos casi en su totalidad. A pesar de los esfuerzos más enérgicos, fue imposible salvar el resto de los animales, a excepción de algunos cerdos.

Si la casa no fue destruida, poco faltó, pues la crecida no paró hasta el nivel del piso bajo, que durante una noche se vio amenazado por las aguas tumultuosas.

El último, el más terrible golpe para el país, consistió en que la cosecha de la patata se perdió en medio de aquellos campos inundados. Jamás la familia MacCarthy vio aparecer a sus puertas un cortejo tan terrible de miserias. Jamás se había presentado el porvenir bajo un aspecto tan lúgubre al labrador irlandés. Hacer frente a la situación era imposible. La existencia de aquellos desdichados iba a verse comprometida. ¿Qué iba a hacer Martín con el Estado, con los propietarios del suelo? En efecto, estas cargas del arrendatario son pesadas. La mayor parte de sus beneficios pasa a manos del recaudador de impuestos y del agente del landlord. Si los propietarios tienen que pagar trescientas mil libras por la propiedad y seiscientas mil por impuestos, los campesinos están en peores condiciones por los impuestos que les incumben personalmente, a saber: por los caminos, la policía, la justicia, los trabajos públicos. Total que se eleva a la suma enorme de un millón de libras esterlinas, solamente en Irlanda.

Satisfacer estas exigencias del fisco, cuando la cosecha ha sido buena y el año ha dejado algunas economías, en una palabra, cuando las circunstancias han sido favorables, es ya oneroso al labrador, puesto que aún le queda por pagar el arrendamiento. Pero cuando el suelo ha sido estéril, y la rudeza del invierno y las inundaciones han acabado de arruinar un país, cuando los fantasmas de la

evicción y del hambre se levantan en el horizonte, ¿qué hacer? Esto no impide que el agente se presente a su tiempo y lo poco que antes quedaba ha desaparecido. Así le sucedió Martin MacCarthy.

¿Dónde estaban las horas de alegría y de fiesta que Hormiguita había conocido al principio de su estancia en la granja? No se trabajaba, y durante aquellos largos días, la familia desesperada, holgaba en torno de la abuela, que se desmejoraba a ojos vistas.

Además, aquella avalancha de desastres había golpeado a la mayor parte de los distritos del condado. Así, desde principios del invierno 1881, las amenazas habían salido de todos los sitios, es decir, la violencia puesta al servicio de las ligas agrarias para impedir el arrendamiento de las tierras, y el ser puestas en cultivo, procedimiento que arruina al labrador y al propietario. No es con estos medios como Irlanda puede capar a las exacciones del régimen feudal ni traer la retrocesión del suelo a los arrendatarios en una justa medida, ni abolir las funestas prácticas del landlordismo.

Sin embargo, la agitación aumentó en las parroquias aniquiladas con tantas miserias. En primer lugar, el condado de Kerry se distinguió por medio de sus mítines y la audacia de los agentes de la autonomía, que lo recorrieron desplegando la bandera de la land-league. El año precedente mister Parnell había sido elegido por tres circunscripciones.

Aunque con disgusto de su mujer y de su madre, Murdock no dudó en lanzarse a este movimiento. Desafiando el frío y el hambre, nada pudo detenerle. Corrió de pueblo en pueblo, a fin de provocar un levantamiento general con motivo de la entrega del alquiler y para impedir el arrendamiento de las tierras después de la victoria de los labradores. Martin y Sim en vano procuraron detenerle.

¿Además, no lo aprobaban ellos mismos, puesto que sus esfuerzos nada habían alcanzado y se veían en visperas de ser arrojados de la granja de Kerwan donde tanto tiempo habían vivido?

Sin embargo, la administración había tomado sus precauciones. El lord lugarteniente se había apresurado a dar órdenes en previsión de un rebelión de los nacionalistas. Ya las escuadras de la *mounted constabulary* recorrían los campos con orden de cargar la mano, y de disolver si era preciso los mítines por

la fuerza, arrestando a los más ardientes de los fanáticos señalados a la policía irlandesa. Evidentemente, Murdock sería bien pronto de éstos, si no lo era ya. ¿Qué podían hacer los irlandeses contra un sistema que reposa sobre treinta mil soldados —acampados, ésta es la palabra—, en Irlanda?

Es fácil suponer en qué angustia viviría la familia MacCarthy. Cuando sonaban pasos en el camino, Martina y Kitty palidecían. La abuela levantaba la cabeza, y un instante después la dejaba caer de nuevo sobre el pecho. ¿Serían agentes de policía que se dirigían a la granja para prender a Murdock, y tal vez también a su padre y a su hermano?

Más de una vez había Martina suplicado a su hijo mayor que se sustrajera a las medidas de que estaban amenazados los principales miembros de la liga agraria. Habíanse practicado algunas detenciones en las ciudades, y se practicarían también en los campos. ¿Pero dónde hubiera podido ocultarse Murdock? Pedir auxilio a las cavernas del litoral, buscar refugio bajo los bosques en los inviernos de Irlanda, no había que pensar en ello. Además, Murdock no quería separarse ni de su mujer ni de su hija, y admitiendo que pudiera encontrar alguna seguridad en los condados del norte, menos vigilados por la policía, le hubieran faltado recursos para llevar a Kitty y para subvenir a las necesidades de la existencia. Aunque la causa nacionalista contase con dos millones de adictos, no bastaban para un levantamiento contra el landlordismo.

Murdock quedó, pues, en la granja presto a huir si los constables llegaban para prenderle. Así es que se vigilaba el camino. Hormiguita y Birk rondaban por los alrededores. Nadie hubiera podido aproximarse media milla sin ser visto.

Lo que además inquietaba a Murdock era la próxima visita del regidor encargado de cobrar el arriendo en Navidad.

Hasta entonces Martin MacCarthy había estado en condiciones de poder pagar con los productos de la granja y algunas economías realizadas en los años anteriores. Una o dos veces solamente había pedido y obtenido, no sin trabajo, un breve aplazamiento. Pero hoy, ¿cómo procuraSE dinero?

¿Qué hubiera vendido, puesto que nada le quedaba, ni los animales que habían perecido, ni sus ahorros que los impuestos habían devorado?

No se habrá olvidado que el propietario del dominio de Rockingh era un lord inglés que no había ido nunca a Irlanda. Y admitiendo que este lord

estuviera animado de buenas intenciones para con sus colonos ni los conocía, ni podía interesarse por ellos, ni ellos recurrir a él. El *midleman* John Eldon, que había tomado a su cargo la explotación del dominio, vivía en Dublín. Sus relaciones con los labradores eran escasas, dejaba a su agente el cuidado de hacer los cobros en las épocas acostumbradas.

Este agente que se presentaba una vez al año en casa del labrad MacCarthy se llamaba Harbert. Muy duro, y acostumbrado al espectáculo de las miserias del campesino sin conmovirse, era una especie de alguacil al que ninguna súplica había emocionado. Se sabía que era despiadado en su oficio. Recorriendo las granjas del condado había ya dado pruebas de lo que era capaz; familias arrojadas sin piedad de sus frías moradas; aplazamientos negados a los que hubiera podido despejar la situación. Portador de órdenes formales, parecía que aquel hombre sentía placer al aplicarlas en todo su rigor. En Irlanda se ha osado proclamar e otro tiempo esta abominable declaración. «No es violar la ley matar un irlandés». La inquietud era, pues, extrema en Kerwan. La visita de Harbert no debía tardar, pues aquella última semana de diciembre la empleaba en recorrer el dominio de Rockingham.

La mañana del 29 de diciembre, Hormigueta, que fue el primero qu le vio, corrió apresuradamente a prevenir a la familia reunida en la sala del piso bajo.

Todos estaban allí; el padre, la madre, los hijos, la bisabuela y su biznieta, que Kitty tenía en su regazo.

El agente atravesó el patio con paso decidido —el paso del dueño—, abrió la puerta de la sala y sin quitarse el sombrero, sin dar los buenos días, como hombre que está en su casa, se sentó en una silla ante la mesa y sacando algunos papeles de su saco de cuero, dijo rudamente:

—Son cien libras las que me tiene que dar por el año, MacCarthy; ¿no es eso?

—Sí, señor Harbert-respondió el labrador, cuya voz temblaba ligeramente—. Son cien libras. Pero yo le pido un plazo; alguna vez me lo ha concedido. — ¡Un plazo!... ¡Plazos!... —exclamó Harbert—. ¿Qué significa esto? ¡Oigo esto en todas las granjas! ¿Es con plazos como mister Eldon podrá pagar a lord Rockingham?

—El año ha sido malo para todos, señor Harbert, y puede creer que en

nuestra granja nada se ha ahorrado.

—Esto no me interesa, MacCarthy, y no puedo concederle el plazo. Hormiguita, oculto en un rincón sombrío, con los brazos cruzados y los ojos muy abiertos, escuchaba.

—Vamos, señor Harbet —dijo el labrador—. Tenga piedad de los pobres. No se trata más que de darnos un poco de tiempo. La mitad del invierno ha pasado y no ha sido muy riguroso. Nos indemnizaremos en la próxima estación.

—¿Quiere pagar, sí o no, MacCarthy?

—Queríamos, señor Harbert, pero le aseguro que nos es imposible. —
¡Imposible! Procúrese dinero vendiendo.

—Lo hemos hecho, y lo que nos quedaba ha sido destruido por la inundación. De los muebles no sacaríamos con seguridad cien chelines. —Y ahora que no está en situación de comenzar sus labores —exclamó el agente—, ¿cuenta para pagar con la próxima cosecha? ¿Es que se burla de mí?

—No, señor Harbert, Dios me libre; pero, por piedad, ¡no nos quite esa última esperanza!

Murdock y su hermano, mudos e inmóviles, contenían, no sin trabajo, su indignación al ver a su padre humillarse ante aquel hombre.

En aquel momento la abuela, irguiéndose a medias en su sillón, dijo con voz grave:

—Señor Harbert, tengo setenta y siete años y toda mi vida la he pasa en esta granja que mi padre dirigía con mi marido y mi hijo.

Hasta hora siempre hemos pagado nuestro alquiler, y por la primera vez que le pedimos un año de espera, no creeré que lord Rockingham vaya a echarnos. —No se trata de lord Rockingham —respondió brutalmente Harbert—. Yo no conozco a su lord Rockingham. Pero mister John Eldond lo conoce. Me ha dado órdenes formales, y si no me pagáis, abandonaréis Kerwan.

—¡Abandonar Kerwan! —exclamó Martina, transida de dolor y pálida como una muerta.

—¡En el término de ocho días!

—¡Y dónde encontraremos un asilo! —¡Donde quieran!

Hormiguita había visto ya muchas cosas tristes, y sentido él mismo terribles miserias, y sin embargo, parecíale que no había asistido jamás a nada parecido. Sin lágrimas ni gritos, la escena era terrible.

Sin embargo, Harbert se había levantado. Antes de volver los papeles al saco, preguntó —Por última vez, ¿quiere pagar?

—¿Y con qué?

Era Murdock el que acababa de intervenir formulando la pregunta con voz terrible.

—Sí, ¿con qué? —repitió avanzando lentamente hacia el

Harbert conocía a Murdock de antiguo. No ignoraba que era uno de los más activos partidarios de la liga contra el landlordismo, y sin duda creyó llegada la ocasión de expulsarle del país. Así respondió alzando los hombros.

—¿Con qué, pregunta? No será acudiendo a los mítines, mezclándose con los rebeldes, contra los propietarios del suelo. Es trabajando. —¡Trabajando! —dijo Murdock, que tendió las manos endurecidas por las labores—. ¿Es que no han trabajado estas manos? ¿Es que mi padre, mis hermanos, mi madre están de brazos cruzados desde tantos años en esta granja?

¡Señor Harbert, no diga esas cosas, pues me siento incapaz de oírlas! Murdock acabó su frase con un gesto que hizo retroceder al agente.

Y entonces, dejando salir de su corazón toda la cólera amasada por la injusticia social, habló con la energía que lleva la lengua irlandesa, esa lengua de la que se puede decir: «¡Cuándo aboguéis por vuestra vida, hacedlo en irlandés!»

Y era por su vida, por la vida de todos los suyos, por lo que se dejaba arrastrar a tan terribles recriminaciones.

Desahogado su corazón, se sentó.

Sim sentía excitada su indignación como el fuego. Martina, con la cabeza baja, no osaba interrumpir el silencio que había seguido a las violentas palabras

de Murdock.

Martina se levantó, y dirigiéndose al agente, le dijo:

—Señor, soy yo la que os implora... Concédanos una prórroga. Esto nos permitirá pagarle. Algunos meses solamente, y a fuerza de trabajo... Señor... Se lo pido de rodillas, ¡por compasión!

Y la desdichada mujer se inclinaba ante aquel hombre despiadado, cuya sola actitud era un insulto.

—¡Basta, madre! ¡Ya es mucha humillación! —dijo Murdock, obligando a Martina a levantarse—

. No es con súplicas como se responde a tales miserables.

—No —dijo Harbert—. Y las palabras para nada sirven. El dinero, el dinero al instante, o antes de ocho días serán arrojados.

—¡Antes de ocho días, sea! —exclamó Murdock—. Pero primero voy a arrojarle yo de esta casa,
¡de la que aún somos los dueños!

Y precipitándose sobre el agente, le cogió por un brazo y lo puso en el patio.

—¿Qué has hecho, hijo mío? —dijo Martina mientras los demás inclinaban la cabeza.

—Lo que todo irlandés debería hacer —respondió Murdock—. ¡Arrojar los lores de Irlanda como yo he arrojado a ese agente de esta granja!

XVI EVICCIÓN

Tal era la situación de la familia MacCarthy al principio del año 1882, Hormiguita acababa de cumplir sus diez años. Vida corta, sin duda, si no se gradúa más que por los años, pero ya larga por las pruebas sufridas., No contaba aún más que tres años de dicha; los que siguieron a su llegada a la granja.

La miseria que otras veces había conocido caía ahora sobre los seres más queridos por él en el mundo; sobre aquella familia que había llegado a ser la suya. La desgracia iba a romper brutalmente los lazos que unía al hermano, a la madre, a los hijos. Se verían obligados a separarse, a dispersarse, tal vez a abandonar Irlanda, puesto que no podían vivir en la isla natal. Durante estos últimos años, se ha procedido a la evicción de tres millones y medio de labradores, y lo que a tantos llegaba, ¿no les alcanzaría a ellos?

¡Dios tenga compasión de este país! El hambre le asedia como una epidemia, como una guerra. Se recuerda siempre el invierno 1740 —41, en el que tantos sucumbieron al hambre, y el de aquel año 1847, más terrible aún, «el año negro», como le llamaron los habitantes de quinientas millas a la redonda.

Cuando las cosechas faltan, las ciudades enteras se despueblan. Se puede entrar en las granjas, pues la puerta queda abierta. No hay nadie. Los labradores han sido arrojados de ellas sin piedad. La industria agrícola está herida en el corazón. Si esto proviene de que el trigo, el centeno o la avena no han dado frutos, posible será esperar un año mejor; pero Cuando un invierno riguroso y prolongado ha matado la patata, los habitantes del campo tienen que huir a la ciudad, refugiándose en los *Workhouses*, a menos que prefieran emigrar del país. Aquel año muchos se habían ya resuelto a esto: a continuación de tales desastres, en ciertos condados la población ha sido reducida en una proporción considerable. Parece que en otro tiempo Irlanda ha contado doce millones de habitantes, y ahora hay, sólo en los Estados Unidos de América, seis o siete millones de colonos de origen irlandés. ¡Emigrar! ¿No era ésta la suerte a que se vería condenada la familia de Martin MacCarthy? Sí.

Y muy pronto. Ni las recriminaciones de la liga agraria, ni los mítines en que Murdock tomaba parte, parecían modificar aquel estado de cosas. Los

recursos del *poor-board* serían insuficientes para socorrer tantas víctimas. La caja, alimentada por la asociación de los *honre-rulers*, no tardaría en quedar vacía.

En cuanto a un levantamiento contra los propietarios del suelo, el lord lugarteniente estaba decidido a impedirlo por la fuerza. Se veían muchos agentes esparcidos por los condados sospechosos, es decir, por los más miserables.

Hubiera sido, pues, prudente, que Murdock tomase serias precauciones, pero él se negaba a hacerlo. Abrasado de rabia, loco de desesperación, no era dueño de sí y amenazaba, empujando a los campesinos a la rebelión. Su padre y su hermano, arrastrados por su ejemplo, se comprometían con él. Nada era capaz de contenerlos. Hormiguita, temiendo ver aparecer la policía, pasaba los días vigilando los alrededores de la granja.

Entretanto, se vivía de los últimos recursos. Con objeto de procurarse algo de dinero, se habían vendido algunos muebles. ¡Y el invierno debía durar aún varios meses! ¿Cómo subsistir hasta la buena estación, y qué esperar de un año que parecía estar comprometido irremisiblemente?

A estas inquietudes por el presente y por el porvenir, uníanse las que causaba el estado de la abuela. La pobre anciana se debilitaba de día en día, y no tardaría en morir. Al presente no abandonaba jamás su cuarto ni su lecho. Hormiguita era el que más la acompañaba.

Ella quería que fuese allí, llevando en sus brazos a Jenny, que contaba dos años y medio y que le sonreía. Algunas veces la abuela cogía a la niña, respondiendo su sonrisa.

¡Y qué desoladora idea le venía a la mente, pensando en el porvenir de su nieta! Entonces decía a Hormiguita:

—La quieres mucho, ¿verdad? —Sí, abuela.

—¿No la abandonarás nunca? —Nunca... Nunca...

—¡Quiera Dios que sea más dichosa que nosotros! ¡Es tu ahijada, no lo olvides! Tú serás mozo cuando ella todavía será una niña. Un padrino es como un padre. ¡Si sus padres le faltaran!...

—No, abuela —respondía Hormiguita—. No tenga esos temores. La desdicha no durará siempre. Pasados algunos meses será otra cosa. Recobrará la salud y la volveremos a su butaca, mientras Jenny juega a su lado.

Y mientras Hormiguita hablaba de este modo, sentía el corazón oprimido, las lágrimas asomando a sus ojos, pues sabía que la abuela estaba enferma, muy enferma. Sin embargo, tenía fuerza para contenerse, ante ella al menos. Si lloraba, era fuera, cuando nadie podía verle. Además, tenía siempre miedo de hallarse en presencia de Harbert, llegando con los agentes para arrojar a la familia de su único abrigo.

La anciana empeoró en la primera semana de enero. Acometiéronle síncope, y uno de ellos fue tan prolongado, que se creyó que su fin había llegado.

El día 6 fue un médico; un doctor de Tralée, uno de esos prácticos caritativos, que no rehúsan prestar sus servicios a los pobres, aunque esto no les proporcione utilidad alguna.

Entonces hacía un viaje a caballo por aquellas desoladas campiñas. Al pasar por allí, Hormiguita, que le conocía por haberle encontrado en la capital del condado, le hizo entrar en la granja. Y el médico aseguró que las privaciones, la edad y el disgusto que aniquilaba a la moribunda, traerían una catástrofe inminente.

No era posible ocultar a la familia la situación de la anciana. La abuela no viviría ni algunos meses, ni algunas semanas: le quedaban algunos días solamente. Poseía su juicio cabal y lo conservaría hasta el fin; y era tan dura al mal, tan resistente, que la lucha con la muerte sería acompañada, sin duda, de una cruel agonía. En fin, llegaría el aniquilamiento, la respiración se detendría y el corazón cesaría de latir.

Antes de abandonar la granja, el médico recetó una poción que podía endulzar los últimos instantes de la abuela. Después se marchó, dejando la desesperación en aquella casa donde la caridad le había llevado.

Ir a Tralée, hacer preparar la medicina, traerla a la granja, era cosa de unas veinticuatro horas. ¿Pero cómo pagar su importe? Pagados los impuestos, la familia no vivía más que de algunas legumbres de la granja, sin comprar nada. En los cajones no quedaba un chelín, ni tampoco nada que vender... Era la miseria en sus límites extremos.

Hormiguita recordó entonces. Quedaba la guinea que miss Anna Waston le

había dado en el teatro de Limerick. Pura broma de la actriz, pero él, que había tomado en serio su papel de Sib, miraba este dinero como bien ganado. Así es que había guardado cuidadosamente aquella guinea en la olla de los guijarros que por entonces no podía esperar que fuesen transformados en peniques o en chelines.

Nadie sabía en la granja que Hormiguita poseyese aquella moneda de oro, y pensó emplearla en comprar la medicina recetada a la abuela. Esto contribuiría a endulzar sus sufrimientos, tal vez a prolongar su vida... ¿y quién sabe?... a una mejoría en su estado. Hormiguita quería siempre esperar, aunque toda esperanza fuera ilusoria. Decidido a ejecutar su proyecto, se abstuvo de decir nada de él. Tenía el derecho incontestable de emplear ese dinero como quisiera. No había tiempo que perder. A fin de no ser visto, contaba partir de noche.

Doce millas de ida y doce de vuelta... No dejaba de ser un largo trayecto para un niño, pero no pensó en ello.

En cuanto a su ausencia, que duraría un día por lo menos, nadie la notaría, pues tenía la costumbre de estar fuera todo el tiempo que no consagraba a la abuela, vigilando los alrededores, observando el camino en una o dos millas, espiando la llegada del agente para expulsar a la f milla, o la del constable y los suyos para llevarse preso a Murdock. Al día siguiente, 7 de enero, a las dos de la madrugada, Hormiguita abandonó la casa, no sin haber besado a la anciana que dormía y a la que no despertó el beso.

Saliendo después de la sala, atravesó la puerta sin ruido, y acarició a Birk, que venía a su encuentro y parecía decirle: —¿No me llevas?

¡No! Quería dejarle en la granja. Durante su ausencia, el fiel can podría prevenir de toda aproximación sospechosa. Atravesado el patio abierta la valla, el niño se encontró solo en el camino de Tralée. La oscuridad era profunda todavía. En los primeros días de enero, tres semanas antes del solsticio, en aquella latitud comprendida entre los paralelos cincuenta y dos y cincuenta y tres, el sol se eleva muy tarde en el horizonte del suroeste. A las siete de la mañana apenas si las montañas se colorean con la naciente luz del alba. Hormiguita tenía, pues, que hacer la mitad del trayecto en plena noche. Esto no le atemorizó.

El tiempo era muy frío, aunque el termómetro no marcase más qu doce grados bajo cero. Millares de astros estrellaban el firmamento. El camino, todo blanco, seguía hasta perderse de vista, aclarado por el reflejo de la nieve. Los pasos resonaban con un ruido seco.

Habiendo Hormiguita partido a las dos de la mañana, esperaba regresar antes de la noche. Según sus cálculos, estaría en Tralée a las ocho. Hacer trece millas en seis horas no era cosa para inquietar a un mozo acostumbrado a la fatiga y que poseía buenas piernas. En Tralée descansaría un par de horas comiendo un pedazo de pan y queso, y bebiendo un vaso de cerveza en alguna taberna por dos o tres peniques. Después, con la medicina, se pondría en camino a eso de las diez, para estar de vuelta por la tarde.

Este programa bien combinado sería seguido rigurosamente, si no sobrevenía algún accidente imprevisto. El camino era fácil y el tiempo a propósito para andar de prisa. Y era una fortuna que el frío hubiera traído el apaciguamiento de los trastornos atmosféricos.

En efecto, con los huracanes del oeste no hubiera podido ir contra el viento. Las circunstancias, pues, le favorecían, por lo que dio gracias a la providencia.

Es cierto que podía temer algún mal encuentro, entre otros una manada de lobos. Aunque el invierno no había sido riguroso en extremo, estos animales llenaban con sus lúgubres aullidos los bosques y las llanuras del condado. Hormiguita lo sabía; así es que su corazón palpitó fuertemente cuando se encontró solo, en campo raso, en aquel interminable carnino.

A buen paso, y sin descansar, nuestro joven hizo en dos horas las seis primeras millas de su camino. Eran las cuatro de la mañana. Hacia el oeste, la profunda oscuridad se aclaraba ya con ligeras coloraciones y las estrellas comenzaban a palidecer. Pero aún faltaban tres horas para que el sol iluminase el horizonte.

Hormiguita sintió necesidad de hacer un alto de unos diez minutos. Sentose sobre la raíz de un árbol, y sacando de su bolsillo una patata asada en el rescoldo, la comió con avidez. Esto le permitiría esperar la hora de su llegada a Tralée; a las cuatro y cuarto siguió su camino.

Inútil es decir que el niño no temía perderse. Conocía el camino que va desde Kerwan a la capital del condado por haberlo recorrido a menudo en el coche cuando Martin MacCarthy le llevaba al mercado. Aquél era el buen tiempo; el tiempo en que era feliz, ¡tan lejano ahora!...

El camino continuaba estando desierto. Ni un viandante, ni una carreta con

dirección a Tralée, en la que no se le hubiera negado un sitio, y con lo que se ahorraría fatiga. No debía, pues, contar más que con sus pequeñas piernas... pequeñas... sí, pero sólidas.

En fin, anduvo otras cuatro millas, tal vez más despacio que las seis primeras, y no quedaban más que dos.

Eran las siete y media. Las últimas estrellas acababan de apagarse en el horizonte, hacia el oeste. El alba melancólica de aquellas altas latitudes aclaraba vagamente el espacio, hasta que el sol hubiera disuelto las brumas de las zonas bajas...

En este momento un grupo de hombres apareció en lo alto del camino procedente de Tralée. La primera idea del niño fue ocultarse, e instintivamente, sin reflexionar que no le convenía, corrió a esconderse tras un zarzal para observar a los que venían.

Eran éstos unos doce agentes de policía acompañados de un constable. Desde que el país era vigilado, no era raro encontrar estas brigadas organizadas por orden del lord lugarteniente.

Hormiguita no tenía motivo para sorprenderse del encuentro. Pero dejó escapar un grito cuando en medio del grupo reconoció a Harbert, seguido de dos o tres de esos agentes que se emplean para las expulsiones.

¡Qué presentimiento le oprimió el corazón! ¿Se dirigía Harbert a granja? ¿Esta brigada de agentes iba a arrestar a Murdock? Hormiguita no quiso quedar con esta idea. Cuando el grupo desapareció, saltó al camino, corrió tanto como le fue posible y hacia las ocho media estaba junto a las primeras casas de Tralée.

Su primer cuidado fue ir a casa de un farmacéutico, donde esperó que le despacharan la medicina. Después, para pagar, presentó la moneda oro, toda su fortuna. Cambióle el boticario la guinea, y como la medicina era muy cara, no le devolvió más que unos quince chelines.

No era ocasión de regatear, ¿verdad? Pero si el niño no pensó en este supuesto porque se trataba de la abuela, prometióse economizar en su almuerzo. En lugar del queso y la cerveza, contentóse con un gran pedazo de pan que devoró con ansia. A las diez había abandonado Tralée y vuelta a tomar el camino de Kerwan.

En otras circunstancias, y a aquella hora, el campo hubiera presentad alguna animación. En los caminos se hubieran visto carretas o jautings cars transportando gentes o mercaderes a los diversos pueblos del condado. Se hubiera sentido palpar la vida comercial o agrícola. Pero después de los desastres del año, el hambre y la miseria habían despoblado la provincia. ¡Cuántos campesinos se habían decidido a abandonar el país donde no podían vivir! Hasta en los tiempos normales, ¿no se calcula en mil por año los irlandeses que van al Nuevo Mando, a Australia o asia meridional, en busca de un rincón donde puedan tenerla espeuua de no morir de hambre? ¿Y no existen compañías de emigración Rue por dos libras esterlinas transportan a los emigrantes hasta las comarcas del sur de América?

Aquel año las comarcas de Irlanda occidental habían sido abandonadas en una proporción más considerable, y parecía que aquellos caminos, pan animados en otras ocasiones, no eran más que un desierto, o lo que es más triste aún, un país abandonado.

Hormiguita seguía caminando con rapidez. No quería notar su fatiga y desplegaba una extraordinaria energía. Claro es que le había sido imposible alcanzar a la brigada que lo adelantaba en dos o tres horas. Las huellas dejadas sobre la nieve indicaban que el constable y sus hombres, Harbert y los suyos, seguían el camino de la granja. Razón de más para que nuestro héroe se apresurase, aunque sus piernas se resintiesen en tan larga jornada. No hizo el descanso que se tomó al ir. Caminaba, caminaba sin detenerse. A eso de las dos de la tarde, no le faltaban más que dos millas para llegar a Kerwan. Una media hora después se encontraba junto a los edificios en medio de la vasta llanura, donde todo se confundía en una blancura inmensa.

Lo primero que sorprendió a Hormiguita, fue no distinguir ningún humo en el aire, y sin embargo, en el hogar de la sala no debía faltar combustible. Además, un inexplicable sentimiento de soledad y de abandono parecía salir de aquel lugar.

El niño apresuró el paso, hizo un último esfuerzo y corrió; cayendo y levantándose, llegó ante la valla que cerraba el patio...

¡Qué espectáculo! La valla estaba rota. De los edificios de los establos, no restaban más que cuatro paredes sin tejado. La paja había sido arrancada. No

había ni una puerta, ni un marco en las ventanas, ¿se había querido dejar la casa inhabitable, a fin de impedir que la familia pudiera conservar allí un abrigo? ¿Era una ruina voluntaria hecha por la mano del hombre?

Hormiguita se quedó inmóvil. Lo que sentía era espantoso.

No osaba franquear la valla del patio. No se atrevía a aproximarse a la casa. Decidióse, sin embargo. Preciso era saber si el labrador o alguno de sus hijos estaban allí aún.

Avanzó hasta la puerta... llamó... Nadie le respondió. Sentose entonces en el umbral y rompió a llorar.

He aquí lo que había ocurrido durante su ausencia.

No son raras en los condados de Irlanda esas abominables escenas de evicción que traen como consecuencia, no solamente el abandono de las granjas, sino de pueblos enteros. Pero esas pobres gentes arrojadas del lugar donde han nacido y vivido, donde esperarían morir, ¿no querrían tal vez volver, forzar la puerta y buscar un refugio que no encontrarían en otra parte? Pues bien: el medio de impedirlo es muy sencillo. Es preciso dejar la casa inhabitable, y así se hace por medio un battering-ram. Es éste una viga que se balancea a la punta de un árbol entre tres montantes. Este ariete lo derriba todo. La casa queda desprovista de su tejado; la chimenea se echa abajo, se destruye el hogar, se rompen las puertas y ventanas. No quedan más que las paredes. Y desde el momento en que esta ruina está a merced de los huracanes, inundada por la lluvia y por la nieve, el landlord o sus agentes pueden estar seguros: la familia no volverá a albergarse allí.

Después de tales actos, que llegan a la ferocidad, ¿cómo asombrarse del odio que llena el corazón del campesino irlandés?

En Kerwan, la evicción había sido acompañada de escenas aún más espantosas. En efecto, la venganza había tenido su parte en esta obra de inhumanidad. Queriendo Harbert hacer pagar a Murdock su violencia, no se había contentado con ir con sus agentes por cuenta del middleman; había denunciado al labrador, y los constables tenían orden de arrestarle.

Primero Martin, su mujer y sus hijos fueron arrojados fuera mientras los agentes de Harbert destrozaban el interior de la casa. No se había respetado ni a

la abuela. Arrancada de su lecho, llevada en medio del patio, ella había podido levantarse una vez aún para maldecir de sus asesinos y de los de Irlanda, y había caído muerta.

En ese momento, Murdork, que hubiera tenido tiempo para huir, se había arrojado sobre aquellos miserables. Loco de cólera, blandía un hacha.

Su padre y su hermano habían querido, como él, defender a su familia; los agentes y constables eran numerosos, y a la fuerza se cumplió la ley si se puede cubrir con este nombre semejante atentado contra todo lo justo y humano.

La rebelión contra los agentes de la policía era un hecho, y no solamente Murdock, sino también Martin y Sim fueron arrestados. Así, aunque desde 1870 ninguna evicción podía efectuarse sin una indemnización para los labradores expulsados, habían perdido el beneficio de esta ley.

En la granja no se podía dar a la abuela cristiana sepultura.

Era preciso llevarla al cementerio. Sus dos nietos la llevaron seguidos de Martin, de Martina y de Kitty, que llevaba a su hija en brazos, y en medio de los constables y agentes.

El cortejo fúnebre tomó el camino de Limerick.

¡Imaginad cosa más triste, más lamentable que este cortejo de toda una familia prisionera, acompañando el cadáver de una pobre anciana! Hormiguita, que había conseguido dominar su espanto, recorría las habitaciones devastadas donde estaban los restos de los muebles, llamando siempre... y nadie... nadie...

¡He aquí en qué estado se encontraba aquella casa, donde habían transcurrido los únicos años dichosos de su vida, aquella casa a la que se sentía unido por tantos lazos, que una suprema catástrofe acababa de derribar!

Pensó entonces en su tesoro; en los guijarros que marcaban el número de los días transcurridos desde su llegada a Kerwan... Buscó la olla... La encontró intacta en un rincón.

¡Ah, aquellos guijarros! Hormiguita sentado en el marco de la puerta, quiso contarlos... Había mil quinientos cuarenta.

Esto representaba los cuatro años y ochenta días, desde el 20 de octubre de

1877 al 7 de enero de 1882, pasados en la granja.

Y al presente era preciso abandonarla, era preciso tratar de reunirse con la familia que había sido la suya.

Pero antes de partir, Hormiguita formó un paquete con su ropa, que encontró en un cajón medio roto. Después, en medio del patio, hizo un agujero al pie del abeto plantado el día del nacimiento de su ahijada, y enterró la olla que contenía los guijarros.

Tras dar un último adiós a la casa en ruinas, se lanzó al camino, negro ya por las sombras del crepúsculo.

SEGUNDA PARTE:

ÚLTIMAS ETAPAS

I SUS SEÑORÍAS

Lord Piborne, sin perder nada de la corrección de sus modales, levantó los diversos papeles depositados sobre la mesa de su gabinete; barajó los periódicos esparcidos aquí y allá; acarició los bolsillos de su bata de terciopelo amarillo, y, volviéndose, acentuó su gestecillo de malhumor.

De esta aristocrática manera, sin otra contracción en los músculos de su rostro, era como su señoría manifestaba ordinariamente sus más vivas contrariedades.

Inclinóse sobre la mesa, cubierta de un tapete con ancha cenefa. Alzándose después, se dignó oprimir el botón de un timbre en el ángulo de la chimenea.

Casi enseguida, John, el ayuda de cámara, apareció en la puerta y se detuvo en ella.

—Mire si mi cartera se ha caído bajo la mesa —dijo lord Piborne. John se inclinó, y levantando el tapete volvió a alzarse con las manos vacías.

La cartera de su señoría no se encontraba allí. Segundo fruncimiento de cejas de lord Piborne. —¿Dónde está lady Piborne? —preguntó.

—En sus habitaciones —respondió el ayuda de cámara. —¿Y el conde Ashton?

—Pasea en el parque.

Presente mis cumplimientos a su señoría lady Piborne, diciéndole que desearía tener el honor de hablarle lo más pronto posible.

John volvióse derecho —un criado bien educado no se puede inclinar en el servicio —y salió del gabinete con paso mecánico para cumplir las órdenes de su amo.

Su señoría lord Piborne tiene cincuenta años (cincuenta años más que unir a algunos siglos que cuenta su egregia familia, virgen de todo lo que pudiera

desmentir su nobleza). Miembro respetable de la Cámara Alta, echa de menos los antiguos privilegios feudales, los tiempos de las rentas y dominios, las prácticas de los altos justicias, sus antecesores, los homenajes que les rendían sin distinción. Es marqués; su hijo, conde. Los barones, caballeros y otros de orden inferior, apenas si, en su opinión, tienen derecho a figurar en la verdadera nobleza. Alto, delgado, con mirada desdeñosa y palabra escasa, lord Piborne representa el tipo de esos gentilhombres envueltos en sus viejos pergaminos, y que, afortunadamente, tienden a desaparecer hasta en ese aristocrático reino de Gran Bretaña e Irlanda.

Conviene observar que el marqués es de origen inglés, y la marquesa, de origen escocés. Sus señorías están hechos el uno para el otro, bien resueltos a no descender de su rango, y destinados a dejar una sucesión de especie superior. ¿Qué queréis? Se figuran, sin duda, que Dios se pone guantes para recibirlos en su santo paraíso.

Abrióse la puerta, y como si se tratara de la entrada de una alta dama en los salones de recepción, el ayuda de cámara anunció;

—Su señoría lady Piborne.

La marquesa —cuarenta años confesados—, alta, delgada, angulosa, con el cabello peinado en bandas, la nariz aristocrática, el cuerpo liso, los hombros delgados, jamás debió ser hermosa; pero en lo que toca a la corrección de modales y al respeto a las tradiciones y privilegios, no la pudo escoger mejor lord Piborne.

John avanzó un sillón, en el que se sentó la marquesa, retirándose el primero.

El noble esposo se expresó en estos términos:

—Me excusará, marquesa, si le he suplicado que abandonase sus habitaciones para venir a mi gabinete.

No hay que asombrarse de que sus señorías hablasen tan ceremoniosamente hasta en sus conversaciones privadas. Esto es de buen tono jamás se rebajarían hasta el punto de hablar de esa manera familiar que Dickens ha llamado el *perrucobalivernage*.

—Estoy a sus órdenes, marqués —respondió lady Piborne—. ¿Qué pregunta desea dirigirme?

—Ésta, marquesa, solicitando que llame su recuerdo. —Le escucho.

—Marquesa, ¿no partimos del castillo ayer, hacia las tres de la tarde, para volver a Newmarket, a casa de míster Laird, nuestro abogado? —En efecto... ayer... por la tarde —respondió lady Piborne.

—Si no recuerdo mal, el conde Ashton, nuestro hijo, nos acompañaba en la carretela.

—Sí, marqués, ocupaba un sitio delante. —Los dos ayudas de cámara, ¿no iban detrás? —Sí, como es justo.

—Esto dicho, marquesa —continuó lord Piborne, aprobando con un ligero movimiento de cabeza—, ¿recuerda, sin duda, que yo llevaba una cartera que contenía papeles relativos al proceso con que se nos amenaza por la parroquia?

—Proceso injusto que tiene la insolencia de intentar la parroquia —añadió lady Piborne, acentuando esta frase con entonación muy significativa. —Esta cartera no sólo contenía papeles importantes, sino una suma de cien libras, destinada a nuestro abogado.

—Sus recuerdos son exactos, marqués.

—Usted sabe, marquesa, cómo han ocurrido las cosas. Hemos llegado a Newmarket sin haber abandonado el coche. Míster Laird nos ha recibido en el umbral de su casa. Le he mostrado los papeles y he ofrecido depositar el dinero en sus manos. Nos ha respondido que por el instante no tenía necesidad de unos ni de otros, añadiendo que se propone venir al castillo cuando llegue el tiempo de oponerse a las pretensiones de la parroquia...

—Pretensiones odiosas, que, en otro tiempo, serían consideradas como atentatorias a los derechos señoriales...

Y empleando estos términos tan precisos, la marquesa no hacía más que repetir una frase de la que lord Piborne se había varias veces servido en su presencia.

—Síguese de aquí —continuó el marqués —que yo he conservado mi cartera, que hemos vuelto al carruaje, que hemos vuelto al castillo hacia las siete, cuando empezaba a anochecer.

La noche era oscura; estábase entonces en la última semana de abril. —Pues —continuó el marqués —esa cartera que he traído, lo puedo asegurar, en el bolsillo izquierdo de mi abrigo, me es imposible encontrarla.

—Tal vez la habrá puesto al entrar sobre la mesa de su gabinete. —Lo creía así, marquesa, pero he buscado en vano entre mis papeles. —¿No ha entrado nadie aquí desde ayer?

—Sí, John, el ayuda de cámara, del que no hay que sospechar. —Siempre es prudente sospechar de todos —respondió lady Piborne. —¿Sería posible que esa cartera hubiera quedado en el coche?

—El lacayo lo hubiera notado, y a menos que no creyera poder aprovecharse de esa suma de cien libras...

—Yo haría, en rigor, el sacrificio de las cien libras-dijo lord Piborne—, pero esos papeles que constituían mi derecho frente a la parroquia... —¡La parroquia! —replicó lady Piborne.

Y se comprendía que el castillo hablaba por su boca, relegando a la parroquia al grado ínfimo de un vasallo cuyas reivindicaciones eran tan deplorables como irrespetuosas.

—De modo —dijo —que si perdemos ese pleito contra toda justicia... —Y lo perderemos, sin duda —afirmó lord Piborne—, a falta de poder reproducir esas actas.

—¿La parroquia entraría en posesión de esos miles de acres de bosque que confinan con el parque y forman parte de los dominios de los Piborne desde los Plantagenet?

—Sí, marquesa.

—¡Eso sería abominable!

—¡Abominable como todo lo que amenaza a la propiedad feudal en Irlanda,

como esa reivindicación de los home-rulers, esa retrocesión de las tierras a los campesinos, esa rebelión contra el landlordismo! ¡Ah, vivimos en una época singular, y si el lord lugarteniente no pone orden, haciendo prender a los principales jefes de la liga agraria, no sé cómo acabarán estas cosas!

En este momento se abrió la puerta del gabinete, y un joven apareció en el umbral.

—¡Ah! ¿Es usted, conde Ashton? —dijo lord Piborne.

El marqués y la marquesa no se olvidaban de dar el título a su hijo, el cual hubiera creído faltar a todos los deberes que su nacimiento le imponía si no hubiera respondido:

—Les deseo felices días, milord, padre mío.

Después avanzó hacia su madre, a la que besó ceremoniosamente la mano. Este joven gentleman, de catorce años de edad, tenía un aspecto regular de una extraña insignificancia, y una fisonomía que ni con los años debía de ganar ni en vivacidad ni en inteligencia.

Era el natural producto de un marqués y una marquesa atrasados dos siglos, refractarios a todos los progresos de la vida moderna, verdaderos *torys* de la época anterior a Cromwell, dos tipos irreductibles. El instinto de la raza hacía de este joven un conde hasta la punta de las uñas, y que los servidores del castillo estuvieran enseñados a satisfacer sus menores caprichos. En realidad, no poseía ninguna de las cualidades de su edad, ni la viveza de corazón, ni el entusiasmo de la juventud.

Era un señorito acostumbrado a no ver más que inferiores entre los que le rodeaban; poco caritativo con los pobres, y muy instruido ya en asuntos de deportes, equitación, caza, carreras, juegos; pero de una ignorancia casi completa, no obstante la media docena de maestros que habían aceptado el inútil cargo de instruirle.

El número de esos jóvenes gentlemen de elevado nacimiento, destinados a ser un día perfectos imbéciles, de una perfecta distinción, tiende a disminuir. Sin embargo, existen todavía, y el conde Ashton Piborne era uno de ellos.

Se le expuso la cuestión de la cartera. Él recordaba que milord, su padre,

tenía dicha cartera en la mano en el instante en que abandonaba la casa del abogado, y que la había colocado no en el bolsillo de su abrigo, sino en uno de los almohadones de detrás de él, al partir de Newmarket. —¿Está seguro de ello? —preguntó la marquesa.

—Sí, milady; y no creo que la cartera haya podido caer del coche. —De eso resulta —dijo lord Piborne —que allí se encontraba todavía cuando llegamos al castillo.

—De donde será preciso deducir que ha sido sustraída por alguno de los criados —añadió lady Piborne.

Ésta fue la opinión del conde Ashton. No tenía la menor confianza en aquellos criados que son espías cuando no ladrones —las dos cosas frecuentemente—, y a los que se debía tener el derecho de castigar como en otra época a los siervos de Gran Bretaña. ¿De dónde sacaba que Gran Bretaña había tenido alguna vez esclavos? Su gran disgusto era que el marqués y la marquesa no hubiesen puesto un ayuda de cámara a su servicio particular, o al menos un *groom*.

Esto era hablar, y para hablar de tal modo, reconozcamos que era preciso tener verdadera sangre de los Piborne en las venas.

La conclusión de todo fue que la cartera había sido robada, y que el ladrón no era otro que uno de los criados, que convenía informarse del caso, y que aquellos sobre los que pesare la menor sospecha, serían entregados al constable, toda vez que lord Piborne no tenía el derecho de alta y baja justicia.

El conde Ashton pulsó el botón del timbre, y algunos instantes después el intendente se presentaba ante sus señorías.

Un verdadero tipo de mojigato, míster Scarlett, el intendente de lord Piborne, era uno de esos individuos aduladores y astutos, que se hacía santo, y era cordialmente detestado por toda la servidumbre del castillo. De maneras almibaradas y cara hipócrita, almibarada e hipócritamente trataba a sus inferiores, sin cólera, sin arrogancia, acariciándoles con las garras.

En presencia de los marqueses y del conde Ashton tenía el aire modesto de un bedel parroquial.

Se le puso al tanto del asunto. La cartera, sin duda, había sido depositada en los almohadones del carruaje, y se hubiera debido encontrar allí. Ésta fue la opinión de míster Scarlett, puesto que era la de lord y lady Piborne. A la llegada del coche, cuando él esperaba respetuosamente junto a la portezuela, la oscuridad le había impedido ver si la cartera estaba colocada en el lugar indicado por el marqués.

Tal vez míster Scarlett iba a indicar la posibilidad de que dicha cartera hubiera caído en el camino. Pero se abstuvo de ello. Hubiera sido una falta de cuidado de lord Piborne. Guardándose, pues, de formular su sospecha, contentose con hacer observar que la cartera debía contener papeles de gran valor. ¿No era esto claro... si pertenecía... si tenía el honor de pertenecer a tan alto personaje?

—Es evidente que ha sido sustraída —afirmó este último. —Un robo, si su señoría me lo permite —añadió el intendente.

—Sí, un robo, mister Scarlett, y no solamente de una cantidad bastante considerable, sino de los papeles en que se prueban los derechos de nuestra familia en el asunto de la parroquia.

Y quien no ha visto la fisonomía del intendente, ante la idea de que la parroquia osaba disputar esos derechos a la noble casa de los Piborne —abominación que no hubiera sido posible en los tiempos en que los privilegios del nacimiento eran universalmente respetados—; quien no ha observado la actitud indignada de mister Scarlett, el temblor de sus manos medio alzadas al cielo, sus ojos bajos, no es posible que imagine a qué grado de perfección puede llegar un gazmoño en el arte de los gestos.

—Mas si el robo ha sido cometido... —dijo al fin.

—¿Cómo si ha sido cometido? —replicó la marquesa secamente. —Escúseme su señoría —se apresuró a añadir el intendente—. Quiero decir... puesto que ha sido cometido, no ha podido ser...

—Más que por alguno de nuestros criados —dijo el conde Ashton blandiendo el látigo que tenía en la mano, de un modo feudal. —¡Mister Scarlett —dijo el conde Piborne —convendrá comenzar una información a fin de descubrir los culpables, y bajo la fe de un *affidavit*⁶, requerir la intervención de

la justicia, puesto que no nos es permitido ejercerla en nuestro propio dominio.

—Y si con la información nada se consigue, ¿qué partido tomará su señoría?

—¡Todos los criados del castillo serán despedidos, míster Scarlett! ¡Todos!

Y el intendente se retiró al mismo tiempo que la marquesa regresaba a sus habitaciones y el conde Ashton iba a reunirse con sus perros al parque.

Míster Scarlett se ocupó del asunto. No tenía duda para él que la cartera había caído del coche en el trayecto de Newmarket al castillo. Esto era evidente, aunque indicase el abandono del noble lord. Mas puesto que sus dueños exigían que él hiciese constar un robo, que descubriese un ladrón, lo descubriría aunque tuviese que meter en un sombrero los nombres de todos los criados y hacer responsable del crimen al primero que saliese.

Lacayos, ayudas de cámara, mujeres del servicio, cocineros, cocheros y mozos de cuadra comparecieron ante el intendente. Claro es que ellos protestaron de su inocencia, y aunque míster Scarlett tuviese ya su opinión formada en el asunto, les hizo malévolas insinuaciones, amenazándoles con entregarlos a los constables si la cartera no parecía. No solamente había sido robada una suma de cien libras, sino que los ladrones habían igualmente sustraído un acta auténtica que establecía los derechos de lord Piborne en el proceso pendiente. ¿Y por qué algún criado no hubiera podido hacer traición a su amo en provecho de la parroquia? Pues bien; como se le echase la mano encima, podía considerarse muy dicho de ser llevado a las penitenciarías de la isla de Norfolk... Lord Piborne era poderoso, y robar a un señor como él era tanto como robar a un miembro de la familia real.

Míster Scarlett habló de esta suerte a todos los que sufrieron su interrogatorio. Desgraciadamente, ninguno se confesó autor del crimen, después de haber acabado su minuciosa información, el intendente se apresuró a manifestar a lord Piborne que no había producido resultado alguno.

—Esas gentes se entienden —declaró el marqués —y ¡quién sabe si no se han repartido el producto del robo!

—Creo que su señoría tiene razón —respondió míster Scarlett—. A todas las preguntas que les he hecho han respondido de idéntica manera. Esto

demuestra de un modo suficiente que hay una unión entre ellos.

—¿Ha visitado sus cuartos, sus armarios, sus baúles, Scarlett? —Aún no. Su señoría comprenderá que yo no podría hacerlo eficazmente sin la presencia del constable.

—Es justo —respondió lord Piborne—. Envíe, pues, un hombre Kanturk, o mejor, vaya usted mismo. Espero que nadie podrá abandonar el castillo antes del fin de la información.

—Las órdenes de su señoría serán cumplidas.

—El constable no descuidará traer algunos agentes con él. —Le transmitiré el deseo de su señoría, y lo satisfará.

—Iré también a prevenir a mi abogado, míster Laird, a Newmarket, que quiero hablar con él de este asunto, y que le espero aquí.

—Será prevenido hoy mismo. —¿Parte?

—Al instante. Antes de esta noche estaré de vuelta. —¡Bien!

Esto acaecía en la mañana del 29 de abril. Sin decir a nadie lo que iba hacer en Kanturk, míster Scarlett ordenó que le ensillaran uno de los mejores caballos, y se preparaba a montar en él cuando el sonido de una campana se dejó oír en la puerta de servicio junto a la habitación del conserje.

Abriose la puerta, y un niño como de unos diez años apareció en el umbral. Era Hormiguita.

II DURANTE CUATRO MESES

La provincia de Munster comprende el condado de Cork, que está limítrofe con los condados de Limerick y de Kerry. Ocupa la parte meridional entre la bahía de Dantry y Youghal-Haven. Tiene por capital a Cork, y por principal puerto sobre la bahía de este nombre, el de Queenstone uno de los más frecuentados de Irlanda.

Este condado tiene diversas líneas férreas; una de ellas, por Mallow y Killarney, sube hasta Tralée. Un poco encima en la porción de vía que extiende por el lecho del río de Blackwater, a seis kilómetros al sur de Newmarket, se encuentra el pueblo de Kanturk, y más lejos, a dos kilómetros, el castillo de Trelingar.

Este magnífico dominio pertenece a la antigua familia de los Piborne. Comprende cien mil acres; las mejores tierras de Irlanda; forman de quinientas a seiscientas granjas, cuya importante explotación vale al landlord, los alquileres más elevados de la región. El marqués de Piborne, es, pues muy rico con esto, sin contar otras rentas que proceden de las propiedades de la marquesa en Escocia. Se coloca su fortuna entre las más considerables del país.

Si lord Rockingham no había ido jamás a visitar sus tierras del condado de Kerry, no podía lord Piborne ser acusado de ausencia. Después de una residencia de tres o cuatro meses, ya en Edimburgo, ya en Londres, venía; regularmente a instalarse desde abril hasta noviembre a Trelingar-Castle.

Un dominio de esta extensión comprende necesariamente un gran número de colonos. La población agrícola que vivía en las tierras del marqués era suficiente para llenar toda una ciudad.

De que los campesinos de Trelingar-Castle no estuviesen regidos por un John Eldon, por cuenta de un duque de Rockingham, y oprimidos por un Harbert, por cuenta de un John Eldon, no hay que deducir que fuesen tratados de mejor manera; tan sólo que las cosas se hacían más dulcemente. Sin duda el intendente Scarlett les perseguía con rigor por causa de la falta de pago de alquileres, y les arrojaba de sus casas; pero lo hacía a su modo, mostrando pena,

entristeciéndose al pensamiento de que iban a quedar desprovistos de todo abrigo, privados de pan, asegurándoles que aquellas evicciones destruían el corazón de su dueño. Los pobres no eran menos echados fuera, y no era probable que sintiesen ningún consuelo al pensar en que esto causaba tanta pena a sus señorías.

El castillo databa de unos tres siglos, habiendo sido edificado en tiempo de los Estuardos; su construcción se remontaba, pues, a la época de los Plantagenet, tan queridos por los Piborne.

Su propietario actual había hecho algunas reparaciones en el exterior, a fin de darle un aspecto feudal, estableciendo almenas, buardas, atalayas y, sobre un foso lateral, un puente levadizo, que no se levantaba, y un rastrillo, que jamás se bajaba.

En el interior había espaciosas habitaciones más confortables que las del tiempo de Eduardo IV o de Juan sin Tierra. Era una nota de modernismo que debían tolerar los personajes, en el fondo muy cuidadosos de sus comodidades.

A los lados del castillo se elevaban los anejos, cuadras y edificios del servicio. Delante, un vasto patio, plantado de soberbias hayas, y flanqueado por dos pabellones, que separaba una verja monumental, uno de los cuales, el de la derecha, servía de habitación al conserje, o mejor dicho, al portero.

A la puerta de este pabellón era a la que acababa de llamar nuestro héroe, en el momento en que la verja se abría para dar paso al intendente Scarlett.

Unos cuatro meses han transcurrido desde el inolvidable día en que el hijo adoptivo de la familia MacCarthy había abandonado la granja de Kerwan. Algunas líneas bastarán para decir lo que había sido de él en este período de su existencia.

Cuando Hormiguita abandonó la casa en ruinas, hacia las cinco de la tarde, la noche caía ya. No habiendo encontrado ni a Martin ni a los suyos en el camino que conducía a Tralée, tuvo primero la idea de dirigirse a Limerick, donde sin duda los constables tenían orden de conducir a sus prisioneros. Volver a encontrar a la familia MacCarthy, y unirse a ella a fin de participar de su suerte, parecía lo más indicado. ¿Que no tenía edad ni fuerza para ganar dinero con su trabajo? Alquilaría sus brazos sin pena... A los diez años ¡qué podía esperar! Pero más tarde, cuando ganara buen jornal, éste sería para sus padres adoptivos;

y más tarde aún, hecha su fortuna —él sabría hacerla—, les ayudaría y les volvería el bienestar de que había disfrutado en la granja de Kerwan.

Entretanto, en aquel camino desierto, en plena región devastada por la miseria, abandonado de aquellos a quienes él no podía alimentar, perdido en medio de una oscuridad glacial, jamás se había sentido tan solo. A su edad es raro que los niños no tengan un lazo que les una a algo, si no a una familia, al menos a un establecimiento de caridad que les recoge y educa. Pero él no era más que una hoja arrancada y que rodaba por el camino. Hoja que va donde el viento la lleva, hasta que no es más que polvo. No. Nadie hay que tenga compasión de él. Si no encuentra a los MacCarthy no sabe qué hacer. ¿Dónde va a buscarles? ¿A quién preguntar por ellos? ¿Y si se deciden a abandonar el país, admitiendo que no estén presos, y si emigran, como tantos otros de sus compatriotas, al Nuevo Mundo?...

Nuestro héroe decidió, pues, marchar en dirección a Limerick, a través de la llanura, blanca por la nieve. La temperatura glacial no hubiera sido soportable de soplar algo de viento; pero la atmósfera estaba en calma, y el menor ruido se hubiera oído desde muy lejos. Anduvo así durante dos millas, sin encontrar alma viviente, a la ventura, pues jamás se había arriesgado en esta parte del condado, donde nacían las primeras estribaciones de las montañas. Adelante los macizos de abetos hacían el horizonte más oscuro.

En este sitio, Hormiguita, ya muy fatigado de su viaje a Tralée, sintió que las fuerzas iban a faltarle: sus piernas flaqueaban. Y sin embargo, no quería, no... no quería detenerse, y arrastrándose trabajosamente, llegó a andar otra media milla. Hecho este último esfuerzo, cayó a lo largo de un escarpe, plantado de altos árboles, de cuyas ramas pendían festones de hielo.

Había allí un cruce de dos caminos, de forma que si hubiera sido capaz de levantarse, Hormiguita no habría sabido qué dirección tomar. Tendido sobre la nieve, con los miembros helados, todo lo que pudo hacer en el momento en que sus ojos se cerraban y el sentido de las cosas se extinguía en él, fue gritar:

—¡Socorro! ¡A mí!

Casi en seguida, lejanos ladridos atravesaban el aire seco y frío de la noche. Después se acercaron, y un perro apareció en la vuelta del camino, olfateando, la lengua colgante y los ojos brillantes como los de un gato.

En cinco o seis saltos llegó al niño. No era para devorarlo sino para calentarle, echándose a su lado.

No tardó Hormiguita en recobrar sus sentidos. Alzó los ojos y sintió que una lengua cálida y acariciadora lamía sus heladas manos.

—¡Birk! —murmuró.

Era Birk, su único amigo, su fiel compañero en la granja de Kerwan. Le devolvió sus caricias buscando calor entre las patas del animal. Esto le reanimó. Se dijo que no estaba solo en el mundo. Los dos se pondrían en busca de la familia MacCarthy. Indudablemente, Birk la había querido acompañar después de su evicción; ¿pero por qué había vuelto? ¿Sin duda los agentes le habían arrojado a pedradas o a bastonazos? En efecto, eso había sucedido, y Birk, brutalmente repelido, había vuelto a la granja. Ahora él sabría encontrar las huellas de los constables. Hormiguita no tendría más que fiarse del instinto del perro para reunirse con mister MacCarthy.

Se puso a hablar con Birk como lo hacía durante largas horas en los prados de Kerwan. Birk respondió a su modo, dando pequeños ladridos, que no era difícil comprender.

—Vamos, mi buen perro —dijo el niño—, vamos.

Y Birk se lanzó sobre uno de los caminos, precediendo a su joven amo. Mas sucedió que Birk, recordando haber sido maltratado por los de la escolta, no quiso tomar el camino de Limerick, y siguió el que limita el condado de Kerry y conduce a Newmarket, uno de los pueblos del condado de Cork. Sin saberlo, Hormiguita se alejaba de la familia MacCarthy, y cuando llegó el día, extenuado de fatiga y de necesidad, se detuvo para pedir asilo y alimento en una posada, a unas doce millas al sureste de la granja.

Hormiguita tenía en su bolsillo lo que quedaba de la guinea cambiada en casa del boticario de Tralée; una gran suma, quince chelines.

No se va muy lejos con esto cuando son dos los que tienen que alimentarse; incluso economizando lo más posible, no gastando más que algún penique por día. Esto es lo que hizo nuestro héroe; y después de parar veinticuatro horas en la posada, no habiendo tenido por habitación más que un granero, y por alimento

más que patatas, volvióse a poner en camino con Birk.

A las preguntas relativas a los MacCarthy, el posadero había respondido negativamente, pues no había oído hablar de tal familia. Y en verdad, las evicciones habían sido demasiado frecuentes aquel invierno para que la atención pública fuese atraída por las tristes escenas de la granja de Kerwan. Hormiguita continuó caminando tras Birk en dirección a Newmarket.

Se adivina su existencia durante cinco semanas hasta la llegada a este pueblo. ¡Jamás pidió limosna, jamás! Su orgullo natural, el sentimiento de su dignidad, no habían decaído en estas nuevas pruebas. No era mendigar el recibir el pan o las legumbres que algunos le daban para aumentar las raciones compradas por él en las posadas, como tampoco que pagase un penique por lo que valía dos; y así caminaba, compartiendo con Birk su almuerzo, acostándose los dos en las granjas, sufriendo el hambre y el frío, economizando lo más posible el resto de la guinea.

En algunas ocasiones pudo trabajar. Durante quince días estuvo en una granja, al cuidado del ganado por ausencia del pastor. No se le pagaba, pero su perro y él tenían alojamiento y comida. Acabada su tarea, partió. Algunos recados que llevó de un pueblo a otro le valieron algunos chelines. La desgracia era que no contaba con un trabajo constante. Estaba en la mala época, esa en que los brazos no encuentran ocupación, ¡y la miseria era tan grande aquel invierno!...

Además, Hormiguita no había renunciado a reunirse con la familia MacCarthy, aunque nada supiera de ella. Marchando al azar, no sabía si se aproximaba o se alejaba de ella. ¿A quién podría dirigirse que le diera noticias? En una ciudad, en una verdadera ciudad, se informaría.

Su único temor residía en que al verle solo, abandonado, sin protector a su edad, se le tomase por un vagabundo y se le encerrase en alguna Ragged-School. No. ¡Todas las asperezas de la vida errante mejor que entrar en uno de esos vergonzosos antros! ¡Y además, esto hubiera sido separarle de Birk! ¡Nunca!

—¿No es verdad, Birk —decía, atrayendo la gruesa cabeza de su perro sobre sus rodillas—, que no podríamos vivir el uno sin el otro?

Y, efectivamente, el noble animal le respondía que esto era imposible. Después de Birk, su pensamiento iba hacia su antiguo compañero de Galway, y

se preguntaba si Grip estaría como él, sin fuego y sin lecho. ¡Ah! Si se encontrasen, le parecía a él que habrían hecho su negocio. También recordaba a aquella buena Sissy, de la que ninguna noticia había tenido desde que abandonó la choza de la Hard. Sissy debía de ser una joven de catorce a quince años. A esta edad se está en condiciones de ganarse la vida, muy rudamente, cierto, pero se gana. Cuando él tuviera esta edad encontraría ocupación... Fuese como fuese, Sissy no había podido olvidarle. Todos estos recuerdos de su primera infancia volvían a él con una sorprendente intensidad; los malos tratos de la Hard, las crueldades de Thornpipe... Y entonces, comparando unos tiempos con otros, y viéndose ahora solo y libre, se sentía menos inclinado a quejarse que en aquella época maldita. Sin embargo, recorriendo los caminos del condado, pasábanse los días y la situación no mejoraba. Por fortuna, el mes de febrero no fue riguroso aquel año, y los indigentes no sufrieron un frío excesivo. El invierno avanzaba. Había motivo para esperar que la época de las labores y de las siembras de la primavera no se retrasaría. Los trabajos del campo podrían efectuarse en buena época. Las vacas y carneros serían enviados a los prados.

¿Obtendría Hormiguita trabajo en alguna granja?

Verdad es que durante cinco o seis semanas era preciso vivir, y de algunos chelines ganados aquí y allá, como el resto de la guinea que constituía todo el haber de nuestro mozo, a mediados de febrero no quedaban más que una media docena de peniques. Había economizado el alimento cotidiano, y decimos cotidiano, aunque ni comió una vez lo que deseaba, ni aun todos los días. Estaba muy delgado, el rostro pálido por las privaciones, el cuerpo débil por la fatiga.

Birk, enflaquecido, con la piel adherida a sus costillas salientes, no estaba mejor. Pronto se verían reducidos a los desperdicios arrojados a la calle. Sin embargo, Hormiguita no desesperaba. Esto era la nota constitutiva de su carácter. Conservaba tal energía, que rehusaba siempre mendigar. ¿Qué haría, pues, cuando su último penique hubiera sido entregado para comprar el último pedazo de pan?

Hormiguita no poseía más que seis o siete peniques cuando el 13 de marzo Birk y él llegaron a Newmarket.

Hacía dos meses y medio que ambos seguían los caminos del condado sin haberse podido fijar en ninguna parte.

Newmarket, situado a unas veinte millas de Kerwan, no es ni muy

importante, ni de mucha población. Uno de esos pueblos de los que la indolencia irlandesa no llega a hacer jamás una ciudad, y que vegetan más que progresan.

Era tal vez un disgusto que el azar no hubiera conducido a Hormiguita hacia Tralée. Se sabe que la idea del mar siempre había entusiasmado al niño. El mar, ese inagotable sustento de los que tienen el valor para vivir de él. Cuando en la ciudad falta el trabajo, no faltan en el océano millares de barcos que lo surcan sin cesar. El marino debe temer menos la pobreza que el obrero o el labrador. Como prueba, ¿no bastaba comparar la situación de Pat, el segundo hijo de Martin MacCarthy, con la familia arrojada de Kerwan? Y aunque Hormiguita se sentía más seducido por el atractivo del comercio que por el gusto de la navegación, se decía que él tenía la edad en que se puede uno embarcar en calidad de grumete. Iría más allá de Newmarket, llegaría hasta el litoral, a la parte de Cork, centro de un importante movimiento marítimo, y trataría de enrolarse. Entretanto, era preciso vivir, era preciso ganar los chelines necesarios para continuar el viaje, y cinco semanas después de haber llegado a Newmarket con Birk, se encontraba aún allí.

Se recordará que su mayor inquietud provenía del temor de ser detenido como vagabundo y encerrado en algún asilo. Por fortuna, sus ropas estaban en buen estado, y no tenía la apariencia de un pobre. La ropa blanca que tenía era suficiente, y sus zapatos habían resistido las fatigas del viaje. No tendría que ruborizarse de su traje cuando se presentase en cualquier parte.

Durante su estancia en Newmarket vivió de esos humildes oficios de los niños; recados de uno y otro, ligeros bultos que llevar, venta de cajas de cerillas que pudo comprar con media corona ganada cierto día, y de lo que gracias a su precoz instinto comercial sacó un regular beneficio.

Su fisonomía seria le hacía interesante, y los transeúntes mostrábanse dispuestos a comprarle su mercancía cuando gritaba con voz clara: *Some light sir... Some light.*

En suma, Birk y él pasaron menos en este pueblo que en su penoso viaje por el condado. Parecía hasta que Hormiguita, que había sabido proporcionarse algunos recursos por su inteligencia, hubiera podido permanecer en Newmarket cuando en los últimos días de abril, el 29, tomó bruscamente el camino que conducía a Cork.

Claro es que Birk le acompañaba, y en aquel momento el niño llevaba tres chelines y seis peniques en su bolsillo.

Quien le hubiera observado desde la víspera, habría notado el cambio operado en su fisonomía. Presa de cierta ansiedad, miraba alrededor como si sintiera el temor de ser espiado. Su paso era rápido, y poco faltó para que echase a correr con toda la velocidad de sus piernas.

Daban las nueve de la mañana cuando pasó las últimas casas de Newmarket. El sol brillaba con fuego vivo. Con el fin de abril empieza la primavera en aquellos lugares. En el campo había alguna animación. Pero nuestro joven parecía tan preocupado, que ni el arado trabajando el suelo, ni los sembradores lanzando el grano, ni los animales esparcidos por los prados, nada despertaba en él los recuerdos de Kerwan... No... caminaba derecho, llevando a su lado a Birk, pues esta vez no era el perro el que guiaba a su joven amo.

En dos horas anduvo seis o siete millas de Newmarket a Kanturk. Hormiguita atravesó este pueblo sin tomar descanso alguno. Había almorzado en el camino un pedazo de pan, del que dio la mitad a su fiel Birk, y cuando se detuvo, el reloj marcaba el mediodía en el torreón de Trelingar-Castle.

III EN TRELINGAR-CASTLE

En el momento en que se abría la puerta del pabellón, el intendente Scarlett se preparaba a franquear la verja del patio de honor para ir a Kanturk, siguiendo las instrucciones de lord Piborne. Los perros del conde Ashton, sintiendo a Birk, se pusieron a ladrar con furia.

Temiendo Hormiguita que de aquí resultase una lucha en la que Birk tendría la desventaja del número, le hizo seña para que se alejase, y el obediente animal fue a apostarse tras un zarzal para no ser visto.

Al ver a este joven que se presentaba a la puerta del castillo, míster Scarlett le gritó que se aproximara.

—¿Qué quieres? —le dijo duramente.

Pues si el intendente se mostraba dulce con los grandes personajes, era brutal con los niños; una amable naturaleza, ¿no es cierto?

Las palabras fuertes no intimidaban al niño. Las había oído en casa de la Hard, con Thornpipe, en la Ragged-School.

Pero como era conveniente, se quitó su gorra y avanzó hacia míster Scarlett, a quien no tomó por su señoría lord Piborne, dueño del dominio de Trelingar.

—¿Dirás lo que vienes a hacer aquí? —volvió a preguntar míster Scarlett—. Si quieres una limosna puedes marcharte. No doy a los andrajosillos de tu especie, no, ni un copper.

¡Qué de palabras inútiles, en medio de las que Hormiguita no lograba encontrar respuesta, apartándose para evitar las huidas del caballo! Al mismo tiempo, los perros por el patio continuaban su concierto de gruñidos. De aquí tal alboroto, que apenas si allí se podía oír nada. Míster Scarlett alzando la voz, añadió:

—Te advierto que si no te vas y te encuentro en los alrededores del castillo, te llevaré por las orejas a Kanturk, donde se te meterá en el *workhouse*.

Hormiguita no se turbó por las amenazas que le dirigían, ni por el tono con que eran formuladas. Aprovechando un momento de calma pudo al fin responder:

—No pido limosna, señor; no la he pedido nunca.

—¿Y no la aceptarías? —dijo irónicamente el intendente. —No, de nadie.

—Entonces, ¿qué vienes a hacer aquí? —Deseo hablar con lord Piborne. —
¿Con su señoría?

—Con su señoría.

—¿E imaginas que te va a recibir?

—Sí, pues se trata de una cosa muy importante. —¿Muy importante?

—Sí, señor. —¿De qué? —Deseo no hablar de ello más que a lord Piborne.

—Pues bien, fuera de aquí. El marqués no está en el castillo. —Le esperaré.

—No, al menos aquí. —Volveré.

A otro que no fuera el duro Scarlett le hubiera llamado la atención la singular tenacidad de aquel niño y el tono resuelto de sus respuestas. Se hubiera dicho que si él venía a Trelingar —Castle era un motivo serio el que allí le había conducido, prestándole una atención complaciente. Pero él, irritándose, gruñó:

—No se habla así a su señoría, lord Piborne. Yo soy el intendente del castillo. A mí es a quien debes dirigirte, y si no quieres decirme lo que te trae...

—No puedo decírselo más que a lord Piborne, y le suplico que le avise. —
Chicuelo —respondió Scarlett levantando el látigo—, largo de aquí o los perros te morderán las piernas... Ten cuidado.

Y sobreexcitados por la voz del intendente, los perros empezaron a acercarse. Todo el temor de Hormiguita era que Birk, lanzándose fuera de su escondite, viniera en su ayuda, lo que hubiera complicado las cosas.

En este momento, a los furiosos ladridos de los perros, que ladraban con furor creciente, el conde Ashton apareció en el fondo del patio y avanzó hacia la

verja.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Un mozo que viene a mendigar.

—Yo no soy un mendigo —repitió Hormiguita. —Un galopín de los caminos.

—¡Huye, villano, o no respondo de mis perros! —exclamó el conde. En efecto, estos animales que el joven Piborne trataba de contener, se mostraban muy amenazadores.

Pero he aquí que en el umbral de la puerta central lord Piborne apareció en toda su majestad, y advirtiéndole entonces que mister Scarlett no había partido aún para Kanturk, bajó con mesurado paso las escaleras, atravesó el patio y se informó de la causa del retardo y del ruido.

—Excúseme su señoría... Es este mendigo que se empeña...

—Por tercera vez, señor —insistió con firmeza Hormiguita—, le digo que no soy un mendigo.

—¿Qué quiere este mozo? —preguntó el marqués. —Hablar con su señoría. Lord Piborne dio un paso, tomó una actitud feudal y, enderezándose, dijo:

—¿Ha venido a hablarme?

No le tuteó, aunque era un niño. Suma distinción; el marqués no había jamás tuteado a nadie, ni a la marquesa, ni al conde Ashton, ni hasta a su nodriza cincuenta años antes.

—Hable —añadió.

—¿El señor marqués estuvo ayer en Newmarket? —Sí.

—¿Ayer por la tarde? —Sí.

Mister Scarlertt estaba asombrado. ¡Aquel chicuelo interrogaba a su señoría y éste se dignaba responderle!

—Señor marqués —añadió el niño—, ¿ha perdido una cartera? —En efecto... y esa cartera...

—La he encontrado en Newmarket, y se la traigo.

Y tendió a lord Piborne la cartera cuya desaparición había causado tantas confusiones, autorizado tantas sospechas y comprometido tantos inocentes en Trelingar-Castle. Aunque fuese duro para su amor propio, la falta era de su señoría, y la acusación contra los criados caía por sí sola, y el viaje del intendente se hacía innecesario.

Lord Piborne recibió la cartera, en el interior de la cual estaban escritos su nombre y dirección, y vio que contenía los papeles y el cheque contra el Banco.

—¿Es usted quien la ha encontrado? —preguntó. —Sí, señor marqués.

—¿Y sin duda la ha abierto?

—La he abierto para saber a quién pertenecía.

—Ha visto que había un cheque. ¿Pero tal vez no conocía su valor? —Un cheque de cien libras

—respondió Hormiguita sin dudar. —Cien libras, ¿qué valen?

—Dos mil chelines...

—¡Ah! ¿Sabe esto, y no ha tenido el pensamiento de apropiárselo?... —Yo no soy un ladrón, señor marqués —dijo orgullosamente Hormiguita—, como tampoco soy un mendigo.

Lord Piborne había cerrado la cartera, después de sacar de ella el cheque, que guardó en su bolsillo. En cuanto al joven, después de saludar, daba algunos pasos atrás cuando su señoría le dijo, sin dejar ver, por otra parte, que aquel acto de honradez le hubiera conmovido:

—¿Qué recompensa quiere por haber traído la cartera?... —¡Bah! Algunos chelines —dijo el conde Asthon.

—0 algunos peniques, es todo lo que vale —se apresuró a añadir mister

Scarlett.

Hormiguita se sintió molesto al ver que se le regateaba cuando nada había reclamado, y dijo:

—Nada se me debe; ni peniques ni chelines. Y se dirigió hacia el camino.

—Espere —dijo lord Piborne—. ¿Qué edad tiene? —Muy pronto diez años y medio.

—¿Y su padre... su madre?... —No tengo ni padre ni madre. —¿Vuestra familia?

—No tengo familia. —¿De dónde viene?

—De la granja de Kerwan, en la que he vivido cuatro años, y la que he abandonado hace cuatro meses.

—¿Por qué?

—Porque el labrador que me había recogido ha sido arrojado por los agentes.

—¡Kerwan! —repitió lord Piborne—. Creo que pertenece a los dominios de Ruckingham.

—Su señoría no se equivoca —respondió el intendente.

—Y ahora, ¿qué va a hacer? —preguntó el marqués a Hormiguita. —Voy a volver a Newmarket, donde hasta ahora he encontrado medios de ganarme la vida.

—Si quiere quedarse en el castillo, se le podrá ocupar de un modo o de otro.

Ciertamente la oferta era obsequiosa, pero no se imagine que fuese inspirada por el corazón de aquel altivo e insensible lord Piborne, ni que fuese acompañada de una sonrisa o una caricia. Comprendiólo Hormiguita, y en lugar de responder apresuradamente, reflexionó. Lo que había visto del castillo de Trelingar le daba que pensar.

Sentíase poco atraído hacia su señoría y hacia su hijo Ashton, y nada hacia el intendente Scarlett, cuya brutal acogida le había indignado. Además, tenía a Birk; si a él se le quería, seguro que a Birk no, y jamás se hubiera resuelto a separarse de su compañero de los buenos y malos días.

Sin embargo, aquella proposición, en aquellas circunstancias, era un golpe de fortuna. Así, su razón le decía que debía aceptar, que quizá se arrepentiría de haber vuelto a Newmarket. El perro era un obstáculo, es verdad, pero ya encontraría ocasión de hablar de esto. ¿Se consentiría en admitirle aunque fuese en calidad de perro de guarda? Además, él sería empleado con algún sueldo en el castillo, y economizando...

—Y bien, ¿te decides? —gruñó el intendente que hubiera deseado verle irse al diablo.

—¿Cuánto ganaré? —preguntó resueltamente Hormigueta, poseído de su espíritu práctico.

—Dos libras al mes —respondió lord Piborne.

¡Dos libras al mes! Eso le pareció fabuloso, y en realidad era una fortuna inesperada para un niño de su edad.

—Doy las gracias a su señoría y acepto su ofrecimiento. Haré lo posible por agradarle.

Y he aquí cómo Hormigueta, admitido el mismo día en el castillo con beneplácito de la marquesa, se vio elevado ocho días después a las eminentes funciones de *groom* del heredero de los Piborne.

Durante esta semana, ¿qué había sido de Birk? ¿Había osado su dueño presentarlo en el patio? No, pues hubiera recibido mala acogida.

El conde Ashton tenía tres perros, a los que quería casi tanto como a sí mismo. Vivir en su compañía satisfacía sus gustos y el empleo de su inteligencia. Eran animales de raza, cuya línea se remontaba a la conquista normanda, o por lo menos tres soberbios pointers de Escocia de mal genio. Cuando un perro pasaba por delante de la verja, preciso era que huyese pronto si no quería ser devorado por aquellas bestias, a las que el picador enseñaba este género de

canibalismo. Así, Birk se había contentado con andar por los anejos, esperando a que llegase la noche y el nuevo groom le trajese algo de lo que le había reservado de su propia comida. Síguese de aquí que ambos adelgazaban... ¡Bah! ¡Ya vendrían días más felices en que engordarían!

Entonces comenzó para el niño una vida muy diferente a la que había llevado. Sin hablar de los años pasados en casa de la Hard, en la Ragged-School, y para no establecer más comparación que su existencia en la granja de Kerwan; ¡qué cambio en su situación! Entre la familia MacCarthy él era de la casa, y el yugo de la servidumbre no pesaba sobre sus hombros. Pero en el castillo no inspiraba más que una completa indiferencia. El marqués le miraba como uno de esos cepillos de pobres en el que ponía dos libras al mes; la marquesa, como un animalito de antecámara, y el conde como un juguete que se le regalaba, omitiéndose hasta la recomendación de que no lo rompiera. En lo que concernía a mister Scarlett, atestiguaba su antipatía por molestias constantes, y no le faltaban ocasiones para proporcionárselas. Los criados se creían muy por encima de aquel niño abandonado que lord Piborne había creído deber admitir en Trelingar-Castle. ¡Qué diablo! Los criados de buenas casas tienen su orgullo; el orgullo de una posición adquirida desde largo tiempo, y no les gusta rozarse con vagabundos. Así se lo hacían sentir en los múltiples detalles del servicio y en las comidas en la sala común. Hormiguita no dejaba escapar una queja, y desempeñaba las obligaciones lo mejor que podía. Pero, ¡con qué satisfacción iba al cuartito que ocupaba aparte, después de haber ejecutado las últimas órdenes de su amo!

Sin embargo, encontró una mujer que se interesó por él. Era la encargada de lavar la ropa blanca en el castillo. Se llamaba Kat. Tenía cincuenta años y siempre había vivido en el dominio, donde acabaría probablemente sus días, a menos que mister Scarlett la despidiese, lo que ya había intentado, pues la pobre Kat no tenía la fortuna de agradarle. Un colono de lord Piborne, sir Edward Kinney, gentleman muy apreciado, afirmaba que ella había lavado en tiempos de Guillermo el Conquistador. La poca caridad de los que la rodeaban no la había contagiado. Tenía un excelente corazón, y Hormiguita sintiose muy feliz de encontrar algún consuelo junto a ella.

Así pues, cuando el conde salía sin llevar al *groom*, éste y Kat conversaban. Y cuando el niño había sido maltratado por el intendente o por algún criado, le decía:

—¡Paciencia!... No hagas caso de lo que dicen. El mejor de ellos no vale nada y no conozco uno solo que hubiera devuelto la cartera.

¡Tal vez Kat tenía razón, y hasta es creíble que aquellas gentes poco escrupulosas mirasen a Hormiguita como un bobalicón, por haber sido tan honrado!

Se ha dicho que un *groom* era una especie de juguete que el marqués y la marquesa habían regalado al conde Ashton. Un juguete: la palabra es justa. Con él se divertía aquel niño caprichoso. Le daba órdenes irracionales, la mayor parte, para darle contraórdenes sin motivo. Le llamaba diez veces por hora. Le obligaba a vestirse su gran o pequeña librea, de múltiples colores, donde había centenares de botones, como los de un rosal en primavera. Nuestro joven parecía un guacamayo de los trópicos. Hacerle marchar tras él, a veinte pasos, con los brazos caídos sobre el pantalón, no solamente por las calles, sino por el parque, era para el vanidoso joven el colmo de la satisfacción. Hormiguita se sometía a esto con una puntualidad irreprochable. Obedecía como una máquina. ¡Si le hubierais visto con los riñones encorvados, los brazos cruzados sobre el pecho, de pie ante el caballo del cabriolé, esperando a que montase su amo, y después, cuando el vehículo estaba en marcha, lanzarse para subir a riesgo de romperse la cabeza sujetándose a la capota! Y el cabriolé dirigido por una mano inhábil rodaba sin cuidarse del sitio por donde pasaba ni de los transeúntes! ¡Era bien conocido en Kanturk!

En fin, a condición de prestarse, sin hablar palabra, a todos los caprichos de su amo, Hormiguita no era desgraciado. Esto duraría lo que el juguete gustara. Verdad es que con aquel joven gentleman tan mal criado, tan caprichoso, convenía esperar cambios súbitos.

Los niños acaban por fastidiarse de sus juguetes y los tiran, si no los rompen. Pero Hormiguita estaba bien resuelto a no dejarse hacer pedazos. Además, esta situación en Trelingar-Castle no la consideraba más que como una espera. A falta de cosa mejor, la había aceptado hasta que se le presentara otra ocasión para ganarse la vida. Su ambición infantil iba más allá de las funciones de *groom*. Su orgullo sufría con esto. Aquella abstracción de sí mismo ante el heredero de los Piborne, al que se sentía superior, le humillaba. ¡Sí! Superior, aunque el conde Asthon recibía aún lecciones de latín, historia, etc., pues tenía maestros que trataban de llenarle de ciencia como se llena de agua un cántaro. De hecho, su latín no era más que latín de perro, expresión equivalente en

Inglaterra a la de latín macarrónico, y su ciencia histórica se limitaba a lo que leía en el Libro de Oro, de la raza equina.

Si Hormiguita ignoraba cosas tan bellas, sabía reflexionar a los diez años. Apreciaba a este hijo de familia en su justo valor, y se ruborizaba algunas veces de las funciones que desempeñaba cerca de él. ¡Ah! ¡Cuánto echaba de menos el trabajo vivificante y sano de la granja, y también su existencia en medio de los MacCarthy, de los que no había tenido noticias! Con la lavandera era con la única con quien podía abandonarse a sus impulsos. Además, muy pronto se presentó la ocasión de probar la amistad de la buena mujer.

Lugar es éste de decir que el pleito con la parroquia de Kanturk había sido fallado a favor de la familia Piborne, gracias al acta llevada por Hormiguita. Mas lo que éste había hecho parecía olvidado.

Junio y julio habían pasado. Birk, mal que bien, pudo ser alimentado. Parecía comprender la necesidad de mostrar una extrema prudencia cuando rondaba por los alrededores del parque. Por otra parte, Hormiguita había cobrado tres veces sus dos libras mensuales, lo que formaba la gruesa suma de seis libras, inscrita en su agenda, en la que la columna de gastos estaba intacta.

Durante aquellos tres meses, la ocupación de lord y lady Piborne había consistido únicamente en recibir y devolver visitas a los personajes de la vecindad; y claro es que en estas recepciones los lanlords no hablaban más que de la situación de los propietarios irlandeses. ¡Y cómo trataban de las reivindicaciones de los colonos, de las pretensiones de la liga agraria de mister Gladstone, entonces de edad de setenta y tres años; de mister Gladstone, que se confesaba partidario de la libertad de Irlanda, y de mister Parnell, al que consideraban caritativamente la más alta potencia de la isla Esmeralda! Una parte del verano transcurrió así. Generalmente lord Piborne, lady Piborne y su hijo abandonaban el castillo para un viaje de algunas semanas, casi siempre a Escocia, a las tierras patrimoniales de la marquesa. Por excepción, aquel año el viaje debía consistir en una excursión que las tradiciones del gran mundo imponían a los señores de Trelingar y que todavía no habían cumplido. Se trataba de admirar la región de los lagos de Killarney, y habiendo recibido el proyecto la aprobación de la marquesa, lord Piborne fijó la partida para el 3 de agosto.

Se equivocaba Hormiguita si pensó que tal excursión le dejaría algunas

semanas de libertad en el castillo. Puesto que lady Piborne se hacía acompañar de su doncella Marion, y lord Piborne sería seguido de su ayuda de cámara, el conde no podía privarse de los servicios de su *groom*. Y sobrevino una dificultad. ¿Qué haría de Birk? ¿Quien se ocuparía de él? ¿Quién le alimentaría?

Hormiguita se decidió a poner a Kat al corriente de la situación, y Kat se encargó de Birk.

—No tengas cuidado, hijo mío —respondióle—. Quiero a tu perro como te quiero a ti y no sufrirá nada durante tu ausencia.

Hormiguita besó a Kat en ambas mejillas y después de haberle presentado a Birk en la tarde anterior a la marcha se despidió del fiel animal.

IV LOS LAGOS DE KILLARNEY

Como se había decidido, la partida se efectuó la mañana del 3 de agosto. Los dos criados, la doncella de la marquesa y el ayuda de cámara del marqués, tomaron asiento en el interior del ómnibus, que transportaba el equipaje a la estación, distante tres millas.

Hormiguita les acompañaba a fin de vigilar más especialmente el de su joven amo, conforme a las órdenes que había recibido.

Marion y John estaban de acuerdo para dejar que se las compusiere como pudiese aquel hijo de nadie y de nada, como se le llamaba en la antecámara. El hijo de nadie se comportó inteligentemente, y el equipaje del conde Asthon fue dispuesto con sumo cuidado.

Hacia el medio día llegó el carruaje, después de haber sorteado el río Allo. Lord y lady Piborne se apearon. Como algunas personas salían de la estación para mirar a los augustos viajeros —claro es que muy respetuosamente—, el conde Asthon aprovechó la ocasión para jugar con su *groom*. Le llamó *boy*, siguiendo la costumbre, puesto que no se le conocía otro nombre. El *boy* avanzó hacia el coche, y recibió en pleno pecho la manta de viaje, lo que causó mucha risa a los curiosos.

El marqués, la marquesa y su hijo entraron en el departamento que se les había reservado en un vagón de primera clase. John y Marion se instalaron en uno de segunda, sin invitar al *groom* a que fuese con ellos. Éste ocupó otro que estaba vacío, sin sentir disgusto alguno por hacer solo el principio del viaje. El tren partió en seguida. Hubiérase dicho que no esperaba más que la llegada de los nobles señores de Trelingar.

Una vez ya había viajado Hormiguita en ferrocarril en los brazos de miss Anna Waston; pero como fue dormido todo el tiempo, apenas si lo recordaba. Él había visto el tren en Galway y Limerick. Hoy iba verdaderamente a realizar su deseo de ser arrastrado por una locomotora, ese poderoso caballo de acero y de cobre, que lanzaba silbidos y torbellinos de vapor.

Lo que más excitaba su admiración no eran los coches de viajeros, sino los furgones de mercancías que la industria y el comercio expedían de una comarca a otra.

Hormiguita miraba por la ventanilla, cuyo cristal estaba bajado. Aunque el tren no iba a gran velocidad, parecíanle una cosa extraordinaria aquellas casas y aquellos árboles que corrían en sentido contrario a lo largo de la vía, aquellos hilos telegráficos tendidos de un poste a otro, y por los cuales los despachos corren más rápidamente aún que los objetos, aquellos convoyes que el tren arrastraba y de los que no entreveía más que la masa confusa y mugidora. ¡Qué impresiones para su sensible imaginación!

Durante cierto número de millas el tren siguió la ribera izquierda del río Blackwater a través de lugares pintorescos. Hacia las dos, después de haberse detenido en algunas estaciones intermedias, hizo un alto de veinticinco minutos en la estación de Millstreet.

La noble familia no se apeó del coche-salón, al que Marion fue llamada para el servicio de su señora. John se puso junto a la portezuela a disposición de su amo. El *groom* recibió la orden del conde Asthon de comprarle algún libro interesante que se pudiera leer durante una o dos horas. Se dirigió, pues, al puesto de libros de la estación, y se comprende lo perplejo que estaría. En fin, es de presumir que consultó más bien su propio gusto que el del joven Piborne. Así ¡qué mala acogida tuvo cuando llegó llevando la Guía del viajero en los lagos de Sillarney! El heredero de Trelingar-Castle no se preocupaba de estudiar su itinerario. Iba a aquel lugar porque se le llevaba. Y la Guía tuvo que ser sustituida por un periódico de caricaturas insípidas con pies sin ingenio, que parecieron hacer sus delicias.

A las dos y media salieron de Millstreet. Hormiguita volvió a instalarse junto a la ventanilla del vagón. El tren iba entonces por una comarca montañosa, de accidentado paisaje. El tiempo era bastante claro, con un sol algo ardiente, cosa rara en Irlanda. Lord Piborne podía felicitar-se de tener un período seco para su excursión. La sombrilla de la marquesa sería más útil que su *waterproof*. Sin embargo, la atmósfera no estaba desprovista de cierta ligera bruma fresca, que da más encanto a las cimas, dulcificando sus contornos. Hormiguita pudo contemplar hacia el sur del ferrocarril los altos picos de aquella parte del condado, el Caherbarnagh y el Pass, cuya altura llega a dos mil pies. En los alrededores de Killarney es, en efecto, donde se dan las mayores alturas de

Irlanda. El tren no tardó en franquear el monte entre los condados de Cork y de Kerry. Hormiguita, que había guardado la Guía rehusada por su amo, seguía con interés el trazado del ferrocarril. ¡Qué recuerdos traía a su memoria el nombre de Kerry! A unas veinte millas hacia el norte habían transcurrido los más caros años de su infancia, en aquella granja de Kerwan ahora abandonada, de la que el despiadado middleman había arrojado a la familia MacCarthy. Sus ojos se apartaron del paisaje. Era en sí mismo donde miraba, y esta dolorosa impresión duraba aún cuando el tren se detuvo en la estación de Killarney.

Era una fortuna para aquel pueblecillo —fortuna de la que participan algunas ciudades de Europa—, estar situado al borde de un magnífico lago. Tal vez a esto debe Killarney su vida fácil y dichosa. Y no es por su palacio donde reside el obispo católico del condado, ni por su catedral, ni por su casa de salud, ni por sus conventos de religiosas, ni por el de franciscanos, ni por su *workhouse*, por lo que afluyen los turistas en la buena estación. No. Si este pueblo es el punto de los excursionistas, es porque éstos son atraídos por los esplendores naturales del lago.

Que una conmoción geológica lo suprima, que vayan sus aguas a perderse en las entrañas del suelo, y Killarney se olvidará, lo que sería lamentable, sobre todo para la familia Kenmare, pues dicha ciudad forma parte de un inmenso dominio de noventa mil hectáreas.

No faltan fondas, sin contar las que se levantan en Lough-Leane, a menos de un cuarto de milla.

Lord Piborne había buscado una de las mejores. Por desgracia, este hotel estaba entonces *boycotté*. Este neologismo irlandés viene del nombre de un capitán, Boycott, que, habiendo reclamado la existencia de la policía para guardar su cosecha, los obreros del país se negaron a trabajar en sus dominios. Estar puesto en cuarentena es lo que significa la palabra *boycotté*. Y si el mencionado hotel la sufría entonces, era porque su propietario había procedido por evicción contra algunos de sus colonos. No había, pues, ni criados, ni cocineros, y los abastecedores no hubieran osado vender nada allí.

El marqués y la marquesa Piborne decidieron quedarse en el hotel, dejando para al día siguiente su partida para los lagos. Después de haberse ocupado del equipaje de su amo, el *groom* recibió orden de estar a su disposición durante toda la noche; de aquí la prohibición formal de abandonar la antecámara mientras el

joven Piborne se las echaba de gentleman en medio de los turistas que leían, hablaban o jugaban en el salón.

Al día siguiente un carruaje esperaba al pie de la escalera del establecimiento. Era un ancho y cómodo landó descapotable, con asientos detrás para John y Marion, y asiento delante en el que se acomodaría el *groom*, junto al cochero. En los cofres se metió ropa blanca y vestidos, provisiones en cantidad suficiente para proveer a la eventualidad, posibles retrasos, y falta de víveres, pues convenía que la comida de sus señorías estuviese siempre asegurada. Pero ellos no tenían la intención de subir al coche hasta la salida de Killarney.

En efecto, con ese buen sentido práctico del que lord Piborne se vanagloriaba siempre hasta en las discusiones de la Cámara Alta, había dividido su itinerario en dos partes; la primera comprendía la exploración de los lagos y se efectuaría por el agua; la segunda, la exploración del condado hasta el litoral y se haría por tierra. Síguese de aquí que el landó no llevaría a los nobles excursionistas más que durante esta última parte del viaje. Así se puso en camino desde por la mañana para esperarla en Brandons-cottage, al extremo de los lagos de Killarney. Como en su sabiduría lord Piborne había fijado en tres días la duración de la travesía de los lagos, la doncella, el ayuda de cámara y el *groom* no podían abandonar a sus amos durante este tiempo. Júzguese lo que agradó a nuestro joven la idea de que iba a navegar por aquellas aguas resplandecientes.

Esto no era el mar, cierto, el mar inmenso, infinito, que va de un continente a otro. Sólo había lagos que no ofrecían provecho al comercio y por cuya superficie no pasan más que las embarcaciones de los turistas. Pero, en fin, hasta en esas condiciones, el viaje era un motivo de regocijo para Hormiguita. El día antes, por segunda vez, había viajado en ferrocarril; hoy por primera iba a subir a un barco.

Mientras John y Marion, seguidos del joven, hacían a pie la milla que separa Killarney de la ribera septentrional de los lagos, un coche conducía a la marquesa, al marqués y a su hijo. En el ángulo de una plaza, Hormiguita entrevió la catedral, que no había tenido tiempo de visitar. En las calles, poca gente, más bien holgazanes que trabajadores.

En efecto, la animación de Killarney está limitada a algunos meses durante los que diez mil o doce mil excursionistas afluyen a ella de todos los puntos del Reino Unido. Parece entonces que la población está únicamente compuesta de

cocheros y barqueros, los cuales se disputan y explotan la clientela del pasaje.

En el embarcadero, una embarcación con cinco hombres, cuatro a los remos y uno al timón, esperaba a sus señorías. Cubrirla un toldo para el caso de que el sol fuese demasiado vivo, o la lluvia muy incesante, asegurando la comodidad de los viajeros. Lord y lady Piborne se instalaron en los bancos; a su lado, el conde. Los criados y el *groom* sentáronse en la parte delantera. Largose la amarra, cayeron los remos simultáneamente y la embarcación se alejó de la orilla.

Los lagos de Killarney cubren veintiún kilómetros cuadrados de esta región.

Son tres: el superior, que recibe las aguas recogidas por los ríos Grenshorn y Doogary; el lago Muckross o Tore, donde van las aguas del Owengariff, después de haber seguido el estrecho canal de Lough-Range, y el lago inferior, el Lough-Leane, que se drena por el Lewne y otros tributarios, llevados hacia la bahía Dingle, en el litoral del Atlántico. Es preciso observar que la corriente de los lagos es de sur a norte, lo que explica por qué el lago inferior ocupa una posición septentrional con relación a los otros.

Vista en un plano, la unión de estos tres lagos representa con bastante exactitud un grueso palmípedo, pelícano u otro, que tiene por pata el canal Lough-Range, por garra el lago superior y por cuerpo el Muckross y el Lough-Leane. Como la embarcación había partido de la ribera norte del Lough-Leane, la exploración se seguiría al lago inferior primero, al lago Muckross después y, subiendo por el canal Lough-Range, al lago superior. Según el programa de lord Piborne, debía consagrarse un día a la visita de cada lago.

Al sur y al oeste de esta región, los más altos sistemas orográficos de la Verde Erin se cruzan hasta la admirable bahía de Bantry, en la costa del condado de Cork. Allí está el puertecillo de pesca Glengariff, en el que Hoche y sus catorce mil hombres desembarcaron en 1796, cuando la República francesa les envió en socorro a sus hermanos de Irlanda.

Lough-Leane, el más vasto de los tres lagos, mide cinco millas y media de ancho y tres de largo. Sus orillas del este, dominadas por las cadenas del Carn-Tual, tienen como marco verdes bosques, que en su mayoría pertenecen al dominio de Muckross.

En su superficie se destacan algunas islas, Brown, Lamb, Heron, Mouse, entre las que la isla Rosas es la más importante, e Innisfallen la más bella.

Hacia ésta se dirigió primero la embarcación. El tiempo era soberbio; el sol derrochaba sus rayos, de los que tan avaro se muestra a menudo con estas provincias. Una ligera brisa rizaba la superficie de las aguas. Hormiguita aspiraba aquellos salutíferos efluvios, al mismo tiempo que admiraba los encantadores lugares que se veían desde el barco. Se guardó bien de expresar estos sentimientos con interjecciones intempestivas. Se le hubiera mandado callar.

Y en verdad, lord y lady Piborne hubieran podido asombrarse de que un ser sin educación y sin nacimiento fuese sensible a aquellas bellezas naturales, creadas para regocijo de ojos aristocráticos. Además, no hay que olvidar que sus señorías hacían aquella excursión porque convenía que gentes de su rango la hubiesen hecho, y probablemente nada de lo que veían quedaría en su memoria. En cuanto al conde Asthon, aquello no le interesaba.

Había llevado algunos sedales, y tenía el pensamiento de pescar, mientras sus augustos padres iban por deber a visitar las ruinas de los alrededores.

Esto fue lo que disgustó a Hormiguita. En efecto, cuando la embarcación llegó a Innisfallen, el marqués y la marquesa desembarcaron, y a la propuesta que hicieron a su hijo para que les acompañase, éste respondió: —Gracias. Prefiero pescar durante vuestro paseo.

—Sin embargo —replicó lord Piborne—, allí hay vestigios de una célebre abadía, y mi amigo lord Kenmare, a quien pertenece esta isla, no me perdonaría...

—Si el conde lo prefiere... —dijo negligentemente la marquesa. —Cierto... Lo prefiero... —respondió el conde Asthon—, y mi *groom* se quedará aquí para preparar mis anzuelos.

El marqués y la marquesa partieron, pues, seguidos de Marion y de John, y he aquí por qué, a pesar suyo, obligado a obedecer los caprichos de su amo, Hormiguita no vio nada de las curiosidades arqueológicas de Innisfallen. El marqués y la marquesa no trajeron de ellas ninguna impresión, ni seria ni duradera. ¿Qué podían decir a su espíritu indiferente las bellezas de aquel monasterio, cuya fundación se remonta al siglo VI, la disposición de los cuatro edificios que lo componen, la capilla románica con sus finas cinceladuras; todo aquel conjunto perdido bajo una exuberante vegetación, en medio de grupos de

acebos, tejos, fresnos, madroñeras, y cuyas más hermosas muestras parecen pertenecer a esta isla, la isla de los Santos, a la que mademoiselle Bovet ha llamado justamente la joya de Killarney?

Pero si el conde Asthon había rehusado acompañar a sus señorías durante el tiempo que consagrarán a explorar Innisfallen, no se crea que perdió el tiempo. Una hermosa trucha había escapado, y su despecho se había traducido en una interminable serie de reproches groseros a su *groom*. Verdad es que dos o tres anguilas cogidas con su anzuelo le parecían preferibles a aquellas ruinas imbéciles que nada le importaban.

Y creyó esto tan digno de ocuparle, que no quiso recorrer la isla Ross, donde la embarcación se detuvo una hora más tarde.

Echó de nuevo el sedal en las límpidas aguas, y Hormiguita tuvo que estar allí, a su disposición, mientras lord y lady Piborne paseaban su majestuosa indiferencia bajo los hermosos paseos de lord Kenmare.

La isla Ross forma parte del magnífico dominio de aquel nombre: tiene una superficie de ochenta hectáreas, y su propietario la ha unido por una calzada a la orilla oriental del lago, no lejos de su castillo, vieja fortaleza feudal del siglo XIV. Lo que tal vez extrañó al marqués y a la marquesa, es que la isla Ross y el parque están liberalmente abiertos a los habitantes del país, a los excursionistas, y cualquiera gusta de los verdes tapices esmaltados de mentas, asfodelos, entre las espesuras arborescentes de las azaleas, bajo las ramas de árboles seculares.

Después de una exploración de dos horas con frecuentes paradas, sus señorías volvieron al puertecillo, donde la embarcación les esperaba. El conde Asthon estaba regañando a su *groom*, a quien el marqués y la marquesa no dudaron en reprender, sin dignarse escucharle. El regaño de Hormiguita provenía de que la pesca había sido poco provechosa, pues los peces no habían mordido los anzuelos del gentleman. De aquí el mal humor de éste, que debía durar hasta la noche.

Volvieron a embarcarse, y los barqueros se dirigieron al medio del lago, con el objeto de visitar la cascada de O'Sullivan, en la costa occidental, antes de ganar la desembocadura del Lough-Range, cerca de la que se encontraba Dinish-cottage, donde lord Piborne contaba pasar la noche.

Hormiguita había ocupado de nuevo su sitio en la parte de delante, con el

corazón oprimido por las injusticias de que era objeto.

Pero olvidolas pronto, dejando vagar su imaginación por aquellas aguas durmientes. Había leído en la *Guía* esta curiosa leyenda relativa a los lagos de Killarney. Allí, en tiempos pasados, se desarrollaba un valle feliz, que una compuerta protegía contra las avenidas del agua. Un día, la joven que guardaba esta compuerta la bajó imprudentemente, y las aguas se precipitaron en torrente. Pueblos y habitantes fueron devorados con su jefe, el «Thanist». Desde esta época viven en el fondo del lago, y aplicando el oído se les puede oír celebrar sus fiestas en ese reino de las anguilas y de las truchas, bajo la sábana inmóvil del Lough-Leane.

Eran las cuatro cuando sus señorías desembarcaron en Dinish-cottage, cerca de la boca de Lough-Range, en la orilla izquierda al fondo de la bahía de Glena. Dispusiéronse a acostarse. Mas cuando a las nueve Hormigueta fue despedido, recibió orden formal de volver a su habitación y no tuvo más que algunas horas de libertad.

El día siguiente fue consagrado a la exploración del lago Muckross. Este lago, de dos millas y media de ancho y menos de la mitad de largo, no es más que un vasto estanque de forma regular, en medio de un dominio que sus propietarios no habitan y en el que sus magníficos bosques no pierden nada de su encanto por haber vuelto al estado de la naturaleza.

Esta vez el conde Asthon se dignó acompañar al marqués y a la marquesa. Y si el *groom* fue de la partida se debió a que su amo le había cargado con su fusil y su morral. En otra época estos bosques alimentaban numerosos jabalíes. Al presente estos animales han desaparecido casi todos, dejando el sitio a esos grandes gamos rojos cuya raza no tardará en faltar en los bosques del Reino Unido.

Así pues, el conde Asthon hubiese hecho alguna proeza innegable si esos gamos hubiesen querido ir. Gran decepción, a pesar de que dos barqueros habían hecho el oficio de ojeadores y Hormigueta el de perro de caza; razón por la que éste no vio la pintoresca cascada de Tore, ni una vieja abadía de franciscanos del siglo xiii con su iglesia y ruinoso claustro, que sus señorías hubiesen hecho mejor en no visitar.

En efecto, este claustro posee un tejo de un tamaño extraordinario, puesto

que tiene quince pies de circunferencia. Obedeciendo a no se sabe qué fantasía, tal vez para conservar un recuerdo de su paso por la abadía de Muckross, la marquesa tuvo la idea de arrancar una hoja de este tejo; Ya tendía la mano hacia el árbol cuando un grito del guía la detuvo.

—Tenga cuidado su señoría. —¿Cuidado? —repitió lord Piborne.

—Sin duda, milord. Si la señora marquesa hubiera cogido una de esas hojas...

—¿Es que está prohibido por el propietario de Muckross-Castle? —preguntó el marqués en tono altivo.

—No, señor marqués —respondió el guía—. Pero el que coge una de esas hojas muere dentro del año...

—¿Hasta una marquesa? —¡Hasta una marquesa!

Impresionose tanto lady Piborne que se sintió mal. Un instante más y hubiera arrancado la hoja fatal. En la isla Esmeralda se da crédito a estas leyendas, y se cree en ellas como en el Evangelio entre esos descendientes de las antiguas razas no menos supersticiosas que los Paddys de las ciudades y de los campos.

Lady Piborne volvió, pues, muy emocionada a Dinish-cottage, pensando en el peligro que había corrido. Así pues, aunque no fuesen más que las dos de la tarde, lord Piborne quiso dejar para el día siguiente la exploración del lago superior.

En cuanto al joven Asthon, estaba muy fatigado, como también su perro —su *groom*, queremos decir—, al que no había concedido punto de reposo. Pero los perros no se quejan, y además Hormiguita tenía mucho orgullo para quejarse.

Al día siguiente, después de almorzar, sus señorías se embarcaron. Los barqueros trabajaron bien para subir al Lough-Range. En la desembocadura forma torbellinos de agua con violencias de torrente.

Los pasajeros fueron duramente sacudidos, y si esto proporcionó un placer a nuestro héroe, lord y lady Piborne no participaron de él.

El marqués iba ya a dar la orden de volver atrás, pues el espanto de la marquesa era grande y el conde Asthon no se encontraba a gusto. Pero algunos buenos golpes de remo permitieron franquear las rompientes y la embarcación se encontró en un agua relativamente calmada entre las riberas de nenúfares. Milla y media más lejos se destacaba una montaña de mil ochocientos pies, frecuentada por las águilas, llamada Eagle's Nest.

Los barqueros previnieron a sus señorías que si sus señorías se dignaban dirigir la palabra a esta montaña, ella se apresuraría a responderles. Hay allí, en efecto, fenómenos de eco muy admirados por los turistas. El marqués y la marquesa consideraron sin duda como indigno de ellos entrar en conversación con aquel eco «que no les había sido presentado». Pero el conde Asthon no podía perder tan hermosa ocasión de lanzar dos o tres frases estúpidas, de lo que resultó que, tras preguntar quién era:

—¡Un imbécil! —respondió la Eagle's Nest por boca de algún paseante oculto tras los espesos bosques de la montaña.

Sus señorías, muy mortificados, declararon que este eco hubiera sido castigado como se merecía por su insolencia en los tiempos en que los castellanos ejercían alta y baja justicia en sus dominios feudales. Los barqueros dieron a la embarcación un paso más rápido, y hacia la una llegaba al lago superior.

El área de este lago es casi igual a la del Muckcross. Adopta una forma más irregular que lo hace más bello. Al sur se destacan los taludes de Cromaglans. Al norte los montes Tomie y la Montagne-Pourpre, tapizados de encarnados matorrales. La orilla meridional está llena de esos hermosos árboles que sombrean el valle de Killarney. Mas por muy encantador que fuese el aspecto de este lago, no interesó más que medianamente a sus señorías; y a excepción de a Hormiguita, a nadie le produjo placer esta exploración. Así, lord Piborne dio orden de dirigirse hacia la desembocadura de la Gleanhmeen, ganando Brandons-cottage, donde se debía descansar antes de visitar la región del litoral.

Después de tantas fatigas, era natural que sus señorías tuviesen necesidad de reposo. Para ellos una travesía por los lagos había sido igual a una travesía por el océano. Los dos criados y el *groom* se quedaron en el hotel; y si Hormiguita no recibió veinte órdenes incoherentes, fue porque el conde Asthon se había dormido profundamente a las diez.

Al día siguiente fue preciso madrugar, pues el itinerario de lord Piborne comprendía una jornada bastante larga. La marquesa se hizo de rogar. Marion la encontraba un poco pálida. De aquí la discusión de continuar el viaje, o de volver el mismo día a Trelingar-Castle. Lady Piborne se inclinaba por esto último, pero lord Piborne hizo valer que sus íntimos amigos el duque de Francastar y la duquesa de Wersgalber habían llegado en su excursión hasta Valentía, y se decidió que el itinerario no se modificase. Gran satisfacción para Hormigueta, que temía regresar al castillo sin haber visto el mar.

El coche estaba enganchado desde las nueve de la mañana. El marqués y la marquesa se sentaron en el fondo; el conde, junto a la ventanilla. John y Marion ocuparon los asientos traseros y el *groom* junto al cochero. Alejose el coche descubierto, para cerrarlo en caso de mal tiempo. Al fin, los nobles viajeros, después de recibir los respetuosos homenajes del personal de Brandonscottage, se pusieron en camino.

Durante un cuarto de milla, los dos vigorosos caballos siguieron la orilla izquierda del Doogary, uno de los afluentes del lago superior, y continuaron después a lo largo de las empinadas cuestas de la cadena de los Gillyenddy-Reeks. A cada vuelta se ofrecían nuevos paisajes, que sólo Hormigueta admiraba. El carruaje iba al paso por aquellos abruptos parajes. Atravesaban entonces la parte más accidentada del condado de Kerry y hasta de toda Irlanda.

A nueve millas al sureste, por encima de los Gillyenddy-Reeks, el Carrantuohill erguía su cima perdida a tres mil pies entre las nubes. Al pie de las montañas, montones de rocas, bloques acumulados.

A mediodía, dejando los montes Tomie y Montagne-Pourpre a la derecha, el landó se dirigió por la rampa de una estrecha cortadura de los Gillyennddy-Reeks. Es una brecha célebre en el país, la brecha de Dunloe, y el valeroso Roldán no hubiera hendido de un golpe más formidable el macizo pirineo. Aquí y allá bellos lagos varían el aspecto de aquellas salvajes comarcas, y por poco que esto interesara a sus señorías, Hormigueta hubiera podido contar las leyendas del país, pues había tenido cuidado de estudiar su Guía antes de partir.

Más allá de esta brecha, el coche descendió con rapidez las pendientes del noroeste. A las tres llegaba a la orilla derecha del Lawne, cuyo lecho sirve de desagüe a los lagos de Killarney, dirigiendo sus aguas a la bahía Dingle. Este río

fue seguido a lo largo de cuatro millas, y eran las seis cuando los viajeros hicieron alto en el pueblecillo de Kilgobinet, fatigados por una jornada de nueve millas.

Noche de calma en un hotel donde lo confortable e insuficiente fue reemplazado por atenciones múltiples y respetuosas, recibidas con esa indiferencia que da la costumbre a un alto prócer. Después, con extrema inquietud de Hormigueta, nuevas dudas relativas a la dirección que tomaría el coche al día siguiente, ya a la derecha para volver a Killarney, o a la izquierda para ganar la ensenada de Valentía. Pero habiendo afirmado el fondista que dos meses antes el príncipe y la princesa de Kardigan habían recorrido este último camino, lord Piborne hizo comprender a lady Piborne que convenía seguir las huellas de tan augustos personajes.

Partiose de Kilgobinet a las nueve de la mañana. Aquel día el tiempo estaba lluvioso, por lo que fue preciso echar la capota del landó. Sentado junto al cochero, el *groom* no podía defenderse del huracán. ¡Bah! Estaba acostumbrado.

Nuestro héroe no perdió nada de los paisajes que merecían ser admirados; las cordilleras brumosas del este, las profundas cuestas del oeste, bajando hacia el litoral. El sentido de las bellezas de la naturaleza se desarrollaba gradualmente en su alma, y no perdería el recuerdo de las mismas.

Por la tarde, a medida que las montañas dominadas por el Carrantouhill quedaban al este, los montes Yveragh se levantaron en el horizonte opuesto. Más allá había, recordando la Guía, un camino más fácil que descendía hasta el puertecito de Cahersiveen.

Sus señorías llegaron por la noche al pueblo de Carramore, después de una jornada de diez millas. Como esta región es visitada por los turistas, no faltan buenas fondas, y no se tuvieron que utilizar las reservas del landó.

Al día siguiente el carruaje volvió a partir, con un tiempo lluvioso y un cielo lleno de rápidas nubes que el viento marino agitaba.

Algunos claros permitían filtrarse los rayos del sol. Hormigueta respiraba con ansia aquel aire impregnado de sales marinas.

Un poco antes del mediodía, el landó, dando una brusca vuelta, siguió en línea derecha hacia el oeste. Después de haber franqueado, no sin alguna

dificultad, un estrecho paso de los Yveragh, siguió fácilmente hasta la ensenada de Valentía. A las cinco de la tarde se detuvo al término del viaje, ante una fonda de Cahersiveen.

—¿Qué es lo que sus señorías han visto de toda esta naturaleza? —se preguntaba Hormiguita. Ignoraba que mucha gente, y de la más encopetada, sólo viaja por decir que ha viajado.

El pueblo de Cahersiveen está agrupado en la orilla izquierda del Valentía, que en este lugar forma un puerto de parada, al que se le ha dado el nombre de Valentía-harbouc. Más allá está la isla de este nombre, uno de los puntos de Irlanda más avanzado hacia el oeste al cabo de BragHead. Ningún irlandés podrá olvidar que el pueblecillo de Cahersiveen es la ciudad natal del gran O'Connell.

Al día siguiente sus señorías se disponen a cumplir hasta el fin su programa, consagrandole algunas horas a visitar la isla. El deseo que de disparar a las gaviotas tiene el conde Asthon, hace que Hormiguita reciba con extrema alegría la orden de acompañarle.

Un *ferry-boat* hace el servicio entre Cahersiveen y la isla, situada a una milla antes de la ensenada. Lord y lady Piborne y su acompañamiento se embarcan después de almorzar, y el *ferry-boat* les lleva al puertecillo, en el fondo del cual los barcos de pesca van a abrigarse contra las violentas olas.

Muy salvaje, muy ruda, esta isla no deja de tener riquezas minerales, pues posee pizarrales de gran renombre. Hay allí una ciudad donde se ven algunas casas, cuyos muros y techos están hechos cada uno de una sola pizarra. Los turistas pueden vivir en esta villa, pues hay una excelente posada. Pero, ¿por qué permanecer cuando se ha visitado, como lo hicieron sus señorías, el viejo fuerte muro construido por Cromwell; cuando han subido al faro que llama a los navíos venidos de alta mar; cuando se han admirado sus dos pirámides, las Skelligs, cuyos fuegos señalan estos terribles pasajes? ¿Por qué continuar en Valentía? No es, en suma, más que una de tantas islas que se cuentan por centenares en la costa oeste de Irlanda.

Sí, pero Valentía goza de una triple celebridad propia. Ha servido de punto de partida al trabajo de triangulación, para medir ese espacio de círculo que se describe a través de Europa hasta los montes Urales.

Es actualmente la estación meteorológica más avanzada al oeste, y está

colocada para recibir los primeros golpes de las tempestades americanas. En fin, ahí está un edificio solitario, donde fueron conducidos lord y lady Piborne. De allí arranca el primer cable transatlántico que hubo entre el antiguo y el Nuevo Mundo. En 1858, el capitán Anderson lo llevó como estela de su buque Great Eastern, y comenzó a funcionar en 1866, sólo entonces, en espera de que cuatro nuevos hilos fuesen tendidos de América a Europa.

De aquí, pues, llegó el primer telegrama cambiado entre ambos continentes, y dirigido por el presidente de los Estados Unidos, Buchanan, en esta forma evangélica:

«¡Gloria a Dios en el cielo, y paz a los hombres de buena voluntad en la tierra!».

¡Pobre Irlanda! ¡No te has olvidado de glorificar al Ser Supremo, pero los hombres de buena voluntad no te han asegurado nunca la paz social, devolviéndote tu independencia!

V PERRO DE GANADO Y PERROS DE CAZA

Partiose de Cahersiveen en la mañana del 11 de agosto, siguiendo el camino del litoral, contiguo a las primeras estribaciones de los montes Yveragh, después de una parada en Kells, modesto pueblo en la bahía Dingle. La noche la pasaron en Killorglin.

El tiempo había sido malo, lluvioso y con viento todo el día. El siguiente fue malísimo. Granizos y huracanes durante las treinta millas que separan Valentía de Killarney, donde sus señorías, con un humor peor que el tiempo, pasaron la última noche del viaje.

Al día siguiente tomaron el ferrocarril y hacia las tres entraron en Trelingar-Castle después de una ausencia de diez días. El marqués y la marquesa habían dado fin a la excursión tradicional a los lagos de Killarney y a través de la región montañosa del Kerry.

—¡No valía la pena exponerse a tantas fatigas! —dijo la marquesa. —¡Y a tantos disgustos! —añadió el marqués.

En cuanto a Hormiguita, llevaba la cabeza llena de recuerdos.

Su primer cuidado fue pedir a Kat noticias de Birk. Éste estaba bien. Kat no lo había olvidado. Todas las noches había ido al sitio en que la lavandera lo esperaba con la comida.

Aquella misma noche, antes de subir a su cuarto, Hormiguita fue a los anejos donde Birk esperaba. Fácil es imaginar cómo fue la entrevista de los dos amigos y qué caricias intercambiaron; Birk estaba ciertamente delgado, pues no todos los días había matado el hambre, pero sus ojos brillaban inteligentes. Su amo le prometió ir todas las noches si podía, y le deseó una buena noche.

Birk, comprendiendo que no tenía derecho para ser un obstáculo, no exigía más. Además, era preciso ser prudente. La presencia de Birk en los alrededores de Trelingar-Castle había sido notada y los perros habían dado aviso varias

veces.

El castillo recobró su vida habitual, la vida vegetativa que convenía a los huéspedes. La estancia debía prolongarse hasta la última semana de septiembre, época en la que los Piborne tenían costumbre de regresar a sus cuarteles de invierno de Edimburgo; después a Londres para las sesiones del Parlamento; entretanto el marqués y la marquesa volverían a sus visitas de vecindad. Se hablaría del viaje a Killarney. Lord y lady Piborne mezclarían sus impresiones a las de los amigos que ya habían hecho esta excursión a los lagos.

Sería preciso hablar deprisa de esto, pues los recuerdos estaban ya confusos y lejanos en la rebelde memoria de la marquesa, y no se acordaba ni aun del nombre de la isla de la que partía «el cordón eléctrico» del que Europa tiraba para llamar a los Estados Unidos, del modo como ella llamaba a Jonh y Marion.

Sin embargo, esta vida monótona no dejaba de ser penosa para Hormiguita. Siempre era objeto de las malas artes del intendente Scarlett, que veía en él una víctima; y por otra parte, los caprichos del conde Asthon no le dejaban una hora de descanso.

A cada instante tenía que ejecutar alguna orden, después venía la contraorden, y el joven *groom* estaba siempre yendo y viniendo.

Sentía en las manos y en las piernas un hilo tiránico que le ponía en incesante movimiento. En la antecámara y en las habitaciones de los criados se reían de verle llamado, enviado a tal sitio, después a otro distinto, etc. Y Hormiguita sentía una profunda humillación con estas cosas.

Así, por la noche, cuando había podido retirarse al fin a su cuarto, abandonábase a las reflexiones que su situación le inspiraba. ¿Qué conseguiría con ser el *groom* del conde Ashton? Nada. Era preciso buscar otra cosa. No ser más que un criado, una máquina obediente, sublevaba su espíritu, la ambición que sentía dentro de sí. Cuando vivía en la granja al menos los otros le consideraban como un igual. Como un hijo de la casa. ¿Dónde estaban las caricias de la abuela, el afecto de Martina y de Kitty, los ánimos de Martin y sus hijos? Él apreciaba más los guijarros que recibía todas las noches, enterrados entre las ruinas, que las libras con que lord Piborne pagaba mensualmente su esclavitud. Mientras vivía en Kervan, se instruía, trabajaba y aprendía para bastarse un día. Aquí nada más que aquella tarea baldía y sin porvenir, aquella

sumisión a los caprichos de un niño malcriado, vanidoso e ignorante. Siempre estaba ocupado en ordenar, no los libros —no había uno solo—, sino todo lo que estaba desordenado en la habitación.

Después, el cabriolé del joven gentleman le desesperaba. ¡Oh, qué cabriolé! Hormiguita no podía mirarlo sin horror. A riesgo de caerse por algún precipicio, parecía que el conde Asthon tenía placer en aventurarse por los peores caminos, a fin de sacudir mejor a su *groom*, agarrado a las correas de la capota. Menos desgraciado cuando el tiempo permitía salir el tilbury o el dogcar-los otros carruajes del hijo de Piborne—, el *groom* iba sentado y en un equilibrio más estable. ¡Pero se abrían con tal frecuencia las cataratas del cielo sobre la isla Esmeralda!

Era, pues, raro que transcurriese un día sin el suplicio del cabriolé, ya para ir a Kanturk, ya para largos paseos por los alrededores de Trelingar-Castle. A lo largo de estos caminos corrían, con los pies desnudos, encallecidos por las piedras, bandas de chicuelos, vestidos de andrajos y gritando: «¡Cooper! ¡Cooper!» Hormiguita sentía oprimido el corazón. Había sufrido aquellas miserias y las compadecía. El conde acogía a la turba con injurias, amenazándola con su látigo cuando se acercaba. Nuestro héroe experimentaba deseos de arrojarles alguna moneda de cobre. Pero no se atrevía, por miedo de excitar la cólera de su amo.

Una vez, sin embargo, la tentación fue demasiado fuerte. Una niña de cuatro años, con sus bucles de oro, le miró con sus lindos ojos azules y le pidió un cooper. El cooper fue lanzado a la niña, que lo recogió dando un grito de alegría. El conde Asthon oyó este grito. Cogió a su *groom* en flagrante delito de caridad.

—¿Qué te has permitido, boy? —preguntó.

—Señor conde... Esa niña... le causa tanta alegría... nada más que un cooper.

—Como te los arrojaban a ti cuando pedías por los caminos, ¿no es verdad?

—¡No! ¡jamás! —dijo Hormiguita, rebelándose como siempre que se le acusaba de haber mendigado.

—¿Por qué has dado limosna a esa mendiga? —Me miraba... Y yo a ella...

—Te prohíbo mirar a los chicos que andan por los caminos. Tenlo por dicho.

Y Hormiguita debió obedecer, pero muy indignado por aquella dureza de corazón.

Si Hormiguita se vio obligado a encerrar en sí mismo la conmiseración que le inspiraban aquellos niños, si no se arriesgó más a darles algún cooper, presentose una ocasión en la que no pudo contener su primer impulso.

Era el 3 de septiembre. Aquel día el conde Asthon había mandado disponer su dog-car para ir a Kanturk. Hormiguita le acompañaba como de costumbre, espalda con espalda esta vez, con orden de cruzar los brazos y de no moverse más que un maniquí.

El dog-car llegó al pueblo sin accidente. Allí soberbios relinchos del caballo, con la boca espumeante, y admiración estúpida de los papamoscas. El joven Piborne se detuvo ante las principales tiendas. Su *groom*, de pie a la cabeza del animal, no le contenía sin trabajo, en medio de la invasión de chicuelos que cercaba al joven sirviente tan lujosamente ataviado.

A eso de las tres, después de haberse ofrecido a la contemplación del pueblo, el conde Asthon volvió a tomar el camino de Trelingar-Castle. Iba al paso, haciendo caracolear al caballo. Por el camino desfilaba la banda de mendigos de costumbre, con sus gritos de «Cooper, cooper». Animados por el paso mesurado del dog —car, quisieron seguirle de cerca. El látigo les tuvo a distancia, y acabaron por quedar atrás.

Uno solo persistió. Era un chiquillo de unos siete años, con cara inteligente, llena de alegría: un irlandés. Aunque el carruaje no iba deprisa, se veía obligado a correr para mantenerse a su lado. Sus piececitos se magullaban contra los guijarros. Se empeñaba en su empresa, desafiando las amenazas del látigo. Llevaba en la mano una rama de mirto, que ofrecía a cambio de una limosna.

El conde le había gritado varias veces que se apartara; sin embargo, el pequeño, lejos de esto, seguía tenaz junto a las ruedas, a riesgo de ser arrollado.

Bastaba con aflojar la rienda para que el caballo tomase el trote; pero Piborne no quería. Le convenía ir a su paso, e iría. Así, fastidiado por la

presencia del niño, acabó por darle un latigazo.

El látigo, mal dirigido, se enrolló al cuello del niño, que fue arrastrado durante algunos segundos, medio estrangulado. Una última sacudida le desenganchó y rodó por el suelo.

Hormiguita saltó del dog-car y corrió hacia el niño que, con el cuello cercado por una línea roja, daba gritos de dolor.

La indignación llenaba el corazón de nuestro héroe, que sintió feroces deseos de arrojarle sobre el conde Asthon, el cual tal vez hubiera pagado cara su crueldad, aun siendo de más edad que su groom.

—Ven aquí, boy —gritole después de detener el caballo. —¿Y este niño?

—Ven aquí —repitió Piborne, que blandía su látigo—. Ven o te administro otra ración a ti.

Sin duda fue bien inspirado al no ejecutar su amenaza, pues no se sabe lo que habría pasado. Hormiguita tuvo bastante imperio sobre sí mismo para obedecer, y después de haber puesto algunos peniques en los bolsillos del chico, volvió a su puesto en el dog-car.

—La primera vez que te permitas bajar sin orden mía —dijo el conde Asthon —te castigaré y te echaré enseguida.

Hormiguita no respondió, pero sus ojos brillaron de cólera.

Después el carruaje se alejó rápidamente, dejando al niño en el camino consolado, y haciendo sonar los peniques en su mano.

Desde este día fue patente que los malos instintos del conde Asthon hacían a su *groom* más dura aún la vida. Las vejaciones redoblaron sobre él, ninguna humillación le fue escatimada. Lo que en otra época había sentido en lo físico, lo sentía ahora en lo moral y comprendía que no era menos desdichado que en la choza de la Hard, o bajo el látigo de Thornpipe. A menudo pensaba en abandonar Trelingar-Castle. Sí... marcharse. ¿Dónde? ¿A reunirse con la familia MacCarthy? No tenía de ella noticia alguna. ¿Y qué podrían hacer por él careciendo de hogar? Sin embargo, estaba resuelto a no permanecer al servicio del heredero de los Piborne.

Además, había una eventualidad que no dejaba de preocuparle. Aproximábase el momento, con el fin de septiembre, en que el marqués, la marquesa y su hijo tenían la costumbre de abandonar el dominio de Trelingar. El *groom*, obligado a seguirles a Inglaterra y Escocia, perdía la esperanza de encontrar a la familia MacCarthy.

Por otra parte, ¿qué sería de Birk? ¡Nunca consentiría en abandonarlo! —Yo tendré cuidado de él —le dijo Kat un día.

—Sí, pues usted tiene buen corazón —respondió Hormiguita —y se lo podría confiar, pagando lo que fuera preciso por su comida.

—¡Oh! —exclamó Kat—. No... Soy amiga de ese pobre perro.

—No importa. Sería una carga para usted. Pero si parto, no lo veré en todo el invierno... jamás tal vez.

—¿Por qué, niño? A tu vuelta.

—¡Mi vuelta, Kat? ¿Estoy seguro de volver aquí? Allá donde ellos van, quién sabe si no me traerán, o si yo no me iré de mi grado. —¿Marcharte?

—Sí, al azar... como he hecho siempre.

—¡Pobre boy! Pobre boy! —repetía la buena mujer.

—Y me pregunto si no sería lo mejor hacerlo enseguida. Abandonar el castillo con Birk, buscar trabajo entre los labradores, en cualquier pueblo... no muy lejos..., cerca del mar.

—¡Todavía no tienes once años!

—No, Kat, aún no. ¡Ah! si tuviera doce o trece... Sería alto, tendría buenos brazos, encontraría ocupación. ¡Cuán lentos vienen los años cuando se es desdichado!

—¡Y con qué rapidez pasan! —hubiera podido responder Kat. Así reflexionaba Hormiguita, sin saber qué partido tomar. Una circunstancia casual vino a poner fin a sus dudas.

Llegados el 13 de septiembre, lord y lady Piborne no debían permanecer más que unos quince días en Trelingar-Castle. Ya habían comenzado los preparativos de marcha. Pensando en la proposición de Kat relativa a Birk, preguntose Hormiguita si el intendente Scarlett permanecería en el castillo durante el invierno. Si quedaba como administrador del dominio notaría la presencia de aquel perro que vagaba por los contornos y nunca autorizaría a la lavandera para conservarlo junto a ella. Kat se vería, pues, obligada a alimentar a Birk en secreto como hasta entonces lo había hecho. ¡Ah! De saber mister Scarlett que aquel perro pertenecía al joven *groom*, cómo se hubiera apresurado a informar de ello al conde Asthon, y con qué gusto rompería éste los riñones a Birk, admitiendo que hubiera podido tocarle con un balazo.

Aquel día, y contra su costumbre, Birk había ido por la tarde a rondar cerca del castillo. La casualidad quiso que uno de los perros del conde Asthon, un pointer gruñón, fuese a vagar por el camino.

Desde lejos se vieron, y los dos animales atestiguaron con un sordo gruñido sus hostiles disposiciones. Había entre ellos enemistad de raza. El perro noble no debería sentir más que desdén por el perro del campo; pero como era de mal carácter, se mostró el más agresivo. Desde que vio a Birk inmóvil a la entrada del bosque corrió hacia él, enseñando los dientes y dispuesto a hacer uso de ellos.

Birk lo dejó aproximarse, mirándolo oblicuamente, de modo de no ser sorprendido, con la cola baja y arqueado sobre sus patas. De repente, después de dos o tres furiosos ladridos, el pointer se lanzó contra Birk y le mordió en el anca. Sucedió lo que tenía que suceder. Birk saltó al cuello del animal, que fue derribado en un momento.

Esto no ocurrió sin terribles ladridos. Los otros dos perros que se encontraban en el patio se mezclaron en la contienda. Dada la voz de alarma, el conde no tardó en acudir acompañado del intendente. Abierta la verja, vio al pointer presa de los dientes de Birk.

¡Qué grito dio, sin osar acudir en socorro de su perro, de cuya suerte temía participar! Tan pronto como Birk le vio, remató al pointer de una dentellada, y sin apresurarse entró en el bosque.

El joven Piborne, seguido del intendente, se adelantó, y cuando llegaron al

lugar del crimen no encontraron más que un cadáver.

—¡Scarlett! ¡Scarlett! —gritó el conde Asthon—. Mi perro está estrangulado... Ese animal lo ha estrangulado... ¿Dónde está? Venga. ¡Lo encontraremos! ¡Lo mataré!

El intendente no quería. Por otra parte, no le costó mucho trabajo contener a Piborne, que temía tanto como él una vuelta ofensiva del terrible Birk. —Tenga cuidado, señor conde —le dijo—. No se exponga a perseguir a esa bestia feroz. Los picadores le atraparán.

—Pero, ¿á quién pertenece?

—A nadie. Es uno de esos perros vagabundos que van por los caminos. —Entonces se escapará.

—No, pues desde hace algunas semanas se le ve alrededor del castillo. —
¡Desde algunas semanas, Scarlett! ¡Y no se me ha prevenido, y ese animal ha matado a mi mejor pointer!

Preciso es reconocer que este mozo, tan egoísta e insensible, sentía por sus perros una amistad que no le había podido inspirar ninguna criatura humana. El pointer era su favorito, el compañero de sus cacerías, destinado sin duda a perecer por algún tiro mal dirigido de su amo, y los dientes de Birk no habían hecho más que apresurar su destino.

Fuese lo que fuese, muy desolado y furioso, meditando una terrible venganza, el conde Ashton volvió al patio del castillo, ordenando que trasladaran allí el cuerpo del pointer.

Por una feliz circunstancia, Hormiguita no había sido testigo de la escena. Hubiera tal vez dejado escapar el secreto de su amistad con el matador. Tal vez, al verle Birk, hubiera corrido hacia él, no sin comprometedoras demostraciones. Pero no tardó en saber lo que había ocurrido. Todo Trelingar-Castle se llenó muy pronto de las lamentaciones del infortunado Ashton. El marqués y la marquesa procuraron en vano calmarle. Éste no quería escuchar nada; mientras la víctima no quedase vengada, se negaba a todo consuelo. No se mitigó su dolor viendo con qué exagerado respeto, por orden de lord Piborne, se hacían las honras fúnebres del difunto en presencia de la servidumbre del castillo. Y cuando el perro fue trasladado a un rincón del parque, cuando la última paletada de tierra

cubrió sus despojos, el conde Ashton entró triste y sombrío en su cuarto, del que no quiso salir en toda la noche.

Se imagina la inquietud de Hormiguita. Antes de acostarse había podido hablar secretamente con Kat, no menos ansiosa que él con motivo de Birk.

—Es preciso desconfiar —le dijo—, y sobre todo tener cuidado de que no se sepa que el perro es tuyo. Esto caería sobre ti, y no sé lo que pasaría. Hormiguita no pensaba en la eventualidad de que se le hiciera responsable de la muerte del pointer. Se decía que ahora sería difícil, si no imposible, continuar ocupándose de Birk. El perro no podría aproximarse a los anejos que el intendente haría vigilar. ¿Cómo encontraría a Kat aquella noche? ¿Cómo se arreglaría ésta para alimentarlo?

Nuestro joven pasó una mala noche —una noche de insomnio—, infinitamente más preocupado por Birk que por sí mismo.

Preguntose si no debía abandonar al día siguiente el servicio del conde Asthon. Teniendo la costumbre de reflexionar, examinó la cuestión con sangre fría, pesando el pro y el contra, y finalmente decidió poner en ejecución el proyecto que ocupaba su espíritu desde algunas semanas antes.

Hasta las tres no se pudo dormir. Cuando se despertó era de día, saltó del lecho, muy sorprendido de no haber sido llamado como de ordinario por el imperioso campanillazo de su amo.

Desde que tuvo claras sus ideas pensó que no debía cejar en su decisión. Partiría el mismo día, alegando que no se sentía apto para el servicio de *groom*. Nadie tenía derecho para detenerle, y si se le insultaba, estaba resignado de antemano. En previsión de una expulsión brutal e inmediata, tuvo cuidado de vestir su traje de la granja, usado, pero limpio, pues lo había conservado cuidadosamente. Cogió la bolsa, que contenía su sueldo de tres meses. Además, después de haber expuesto cortésmente a lord Piborne su resolución de abandonar el castillo, tenía la intención de reclamarle la quincena hasta el 15 de septiembre, a la que tenía derecho. Procuraría despedirse de Kat sin comprometerla. Y una vez encontrado su perro en los alrededores, marcharían juntos, muy satisfechos de volver la espalda a Trelingar-Castle. Serían las nueve cuando Hormiguita bajó al patio. Grande fue su asombro al saber que el conde Asthon había salido al amanecer. Tenía la costumbre de llamar a su *groom* para

que le vistiera, no sin dirigirle regaños y malas palabras.

Mas a su sorpresa uniose pronto una aprensión muy justificada, cuando vio que ni Bill el picador, ni los pointers estaban en la perrera.

En este momento, Kat, que estaba a la puerta del lavadero, le hizo señas para que se acercase, y le dijo en voz baja:

—El conde ha partido con Bill y los dos perros. Van a cazar a Birk. Hormiguita no pudo responder al principio, ahogado por la emoción y la cólera.

—¡Cuidado, boy! —añadió la lavandera—. El intendente nos está observando.

—Es preciso que no se mate a Birk... y yo sabré... —exclamó al fin Hormiguita.

Mister Scarlett, que había sorprendido este coloquio, vino a interpelar a Hormiguita con una voz brusca.

—¿Qué dices? —preguntó—. ¿Qué haces?

No queriendo entrar en discusión con el intendente, el *groom* se contentó con responder:

—Deseo hablar al señor conde.

—Le hablarás cuando vuelva —respondió el otro—. Cuando haya atrapado a ese maldito perro.

—No lo atraparé —respondió Hormiguita, que se esforzaba por tener calma.

—¿Cómo?

—No, mister Scarlett; y si lo coge le digo que no lo matará. —¿Y por qué?

—Porque yo lo impediré. —¡Tú!

—Sí, mister Scarlett. Ese perro es mío, y no dejaré que lo maten.

Y en tanto que el intendente quedaba asombrado de tal respuesta, Hormiguita se lanzó fuera del patio, franqueando la entrada del bosque.

Allí, durante una media hora, arrastrándose entre los zarzales, deteniéndose para sorprender algún ruido que le pudiera dar las huellas del conde Asthon, Hormiguita marchó a la ventura. El bosque estaba silencioso, y los ladridos se hubiesen oído desde muy lejos. Nada indicaba si Birk había sido cazado como un zorro por los pointers del joven Piborne, ni qué dirección convenía seguir a fin de encontrarlo.

¡Incertidumbre desesperante! Era posible que Birk estuviese ya muy lejos. Varias veces Hormiguita gritó: ¡Birk! ¡Birk!, con la esperanza de que el fiel animal oyese su voz.

No se preguntaba lo que haría para impedir que el conde y su picador matasen a Birk si se apoderaban de él. Lo que sabía es que lo defendería mientras le quedasen fuerzas.

Marchando al azar se había alejado del castillo dos buenas millas cuando sonaron ladridos a algunos centenares de pasos, tras un macizo de corpulentos árboles que rodeaban un vasto estanque.

Hormiguita se detuvo. Había reconocido los ladridos de los pointers. No dudó que Birk fuese ojeado en aquel momento. Bien pronto oyó claramente estas palabras.

—Atención, señor conde. Ya le tenemos. —Sí, Bill. ¡Por aquí, por aquí!

—¡Ala, perros, ala! —gritaba Bill.

Hormiguita se precipitó hacia el macizo, cerca del que se producía este tumulto. Apenas había dado veinte pasos, oyose una detonación. —¡Erré, erré! —gritó el conde.

—A ti, Bill, a ti; no lo dejes.

Una segunda detonación resonó bastante cerca para que Hormiguita pudiese ver el resplandor a través del ramaje.

—¡Ya está! —gritó Bill, mientras los pointers ladraban furiosamente. Como

si la bala le hubiese herido, Hormiguita sintió que las piernas no le sostenían, cuando a seis pasos de él oyó el ruido de ramas tronchadas, y por entre la maleza apareció un perro, con la piel mojada y la boca espumeante. Era Birk, con una herida en el costado, que se había arrojado al estanque después del tiro del picador.

Birk reconoció a su amo, que le oprimió el hocico, a fin de ahogar sus quejas, y lo arrastró a lo más espeso del bosque. ¿Pero los pointers no seguirían la pista de los dos?

¡No! Fatigados por la carrera, debilitados por los mordiscos dados por Birk, los pointers siguieron a Bill. Las huellas del groom y Birk se les perdieron, a pesar de que aquéllos pasaron tan cerca de su escondite, que Hormiguita pudo oír que el conde Asthon decía al picador:

—¿Estás seguro de haberlo matado, Bill?

—Sí, señor conde; de un balazo en la cabeza, en el momento en que se arrojaba al estanque. El agua se ha puesto roja y él está en el fondo. —Hubiera querido cogerlo vivo —exclamó el joven Piborne.

Y en efecto, qué espectáculo más digno de divertir al heredero del dominio de Trelingar —Castle, y qué completa hubiera sido su venganza si hubiese podido dárselo de comida a sus perros, tan crueles como su amo.

VI DIECIOCHO AÑOS ENTRE DOS

Cuando el conde Asthon, el picador y sus perros desaparecieron, respiró Hormiguita con una satisfacción que quizás no había sentido en toda su vida. Y se puede afirmar que Birk hizo otro tanto cuando Hormiguita aflojó las manos con que le oprimía el hocico, diciéndole:

—¡No ladres, no ladres, Birk! Y Birk no ladró.

Era una fortuna que aquella mañana Hormiguita, decidido a partir, se hubiera puesto su antigua ropa, hecho su ligero equipaje y llevado la bolsa de sus ahorros. Esto le evitaba el disgusto de volver al castillo, donde el conde Ashton no tardaría en saber a quién pertenecía el matador del pointer. Como hubiera sido recibido el *groom*, se supone. Verdad es que el no volver le costaba sacrificar el sueldo de quince días que contaba con reclamar. Pero prefería resignarse a este abandono. Estaba fuera de TrelingarCastle, lejos del joven Piborne y del intendente Scarlett. Su perro estaba con él, y no pedía más; sólo pensaba en alejarse lo más pronto posible.

¿A cuánto ascendía su fortuna? Exactamente a cuatro libras, diecisiete chelines y seis peniques. Era la mayor suma que había poseído. No exageraba su importancia como esos niños que se creen ricos con tanto dinero en el bolsillo. No. Él sabía que vería pronto el fin de su fortuna, si no se sujetaba a la más estricta economía, aguardando la ocasión de colocarse en alguna parte, con Birk, por supuesto.

Felizmente, la herida del animal no era grave. Un sencillito rasguño de la piel, y la curación no sería larga. El tiro del picador no había sido más acertado que el del conde Asthon.

Los dos amigos partieron a buen paso desde que llegaron al camino. Birk, saltando de alegría. Hormiguita, un poco preocupado por el porvenir.

Sin embargo, no iban al azar. Pensó en volver a Kanturk, o a Newmarket. Conocía los dos pueblos; uno por haber vivido en él; el otro por haber ido a él acompañando varias veces al joven Piborne. Pero esto hubiera sido exponerse a

encuentros que le convenía evitar. Así pues, sabía lo que se hacía bajando hacia el sur. Primero se alejaba de Trelingar-Castle en una dirección en la que no se pensaría en perseguirle; y después, se aproximaba a la capital del condado de Cork, en la bahía de este nombre, una de las más frecuentadas de la costa meridional. De ella salen barcos... barcos mercantes... grandes, de verdad, para todas las partes del mundo, y no barcos de pesca como en Westport o Galway. Esto atraía siempre a nuestro héroe: el irresistible instinto del comercio.

En fin, lo esencial era llegar a Cork, lo que exigía algún tiempo. Hormiguita tenía que emplear su dinero en cosas más necesarias que en carruaje o ferrocarril, e iría a pie, con lo que quizás encontrase ocasión de ganar algunos chelines en pueblos como Limerick y Newmarket. Sin duda que treinta millas para las piernas de un niño de once años era un buen viaje, y emplearía ocho días por poco que se detuviera en las granjas.

El tiempo era bueno, ya fresco en esta época; el camino, sin barro ni polvo, excelentes condiciones cuando se trata de un viaje a pie. El sombrero de fieltro en la cabeza, chaleco y pantalón de abrigo, buenos zapatos, su equipaje al brazo, el cuchillo —regalo de la abuela —en el bolsillo y un bastón que hizo de una rama de haya. Hormiguita no tenía el aire de un pobre. Debía, pues, guardarse de los malos encuentros.

Por otra parte, sólo mostrando sus dientes, Birk alejaría a las gentes sospechosas.

La primera jornada, con un descanso de dos horas, fue un trayecto de cinco millas y un gasto de medio chelín. Para dos, un niño y un perro, esto no es mucho, y por este precio la comida de manteca y patatas es poca. Hormiguita no pensó, sin embargo, en la comida de Trelingar-Castle. Llegada la noche, se acostó un poco más allá del pueblo de Baunteer, en una granja, con permiso del labrador, y al día siguiente, después de un almuerzo que le costó algunos peniques, volvió a ponerse en camino.

Éste empezó a hacerse penoso, pues la cuesta comenzaba. Esta parte del condado de Cork presenta un relieve orográfico de cierta importancia. El camino que va de Kanturk a la capital atraviesa el complicado sistema de los montes Boggerraghs.

A partir de aquí, cuestas empinadas. Hormiguita sólo tenía que marchar en

línea recta y no corría el riesgo de perderse... Además, él sabía orientarse por instinto como un chino o un zorro. Lo que debía tranquilizarle es que el camino no estaba desierto. Algunos labradores abandonaban los campos y volvían. Las carretas iban de un pueblo a otro. En rigor, siempre era posible informarse de la dirección; mas Hormiguita prefería no llamar la atención y pasar sin preguntar a nadie.

Al cabo de unas seis millas recorridas rápidamente, llegó a Derry-Gounva, pequeña localidad situada en la parte donde el camino corta el macizo de los Boggerraghs. Allí, en una posada, un viajero que se disponía a comer le dirigió dos o tres preguntas: de dónde venía, adónde iba, cuándo pensaba partir, y muy satisfecho de sus respuestas le invitó a comer, cosa que Hormiguita aceptó. Comió bastante, y Birk no fue olvidado por el generoso anfitrión. Era una lástima que aquel digno irlandés no fuese a Cork, pues le hubiera ofrecido un sitio en su carruaje; pero iba hacia el norte del condado.

Después de una noche tranquila en la posada, Hormiguita abandonó Derry-Gounva al alba, y se internó por el desfiladero de los Boggerraghs. La jornada fue fatigosa. El viento soplaba con fuerza, parecía que venía del suroeste, aunque seguía las vueltas del desfiladero, cualquiera que fuese su orientación. Hormiguita lo encontraba siempre de frente, sin tener, como un barco, el recurso de correr las bordas. Era necesario caminar contra el huracán, perder cinco o seis pasos de doce, ayudarse de la maleza adherida a las rocas, arrastrarse a la vuelta de ciertos ángulos; en suma, cansarse mucho para andar poco. En verdad que una carreta o un jaunting-car le hubiesen prestado un gran servicio. Esta parte de los Boggerraghs es poco frecuentada. Se puede llegar a los pueblos de la región evitando aquel dédalo. Hormiguita no vio a nadie por allí.

Nuestro personaje y su perro, después de muchas vueltas, descansaron al pie de los árboles. Durante la tarde, marchando con más rapidez, consiguieron flanquear el punto máximo de altura de la región. De seguir el recorrido en un mapa, el compás no hubiera indicado más que cuatro o cinco millas. Penosa jornada. Pero lo más rudo estaba hecho, y en dos horas llegarían al extremo oriental del desfiladero.

Hubiera sido imprudente arriesgarse después de la caída del sol. Entre aquellos altos taludes, la noche cae rápidamente. Desde las seis de la tarde la oscuridad era profunda. Valía más detenerse en aquel lugar, aunque allí no había ni posada ni granja. Era un lugar muy solitario, y Hormiguita no se sentía

tranquilo. Por fortuna, Birk era un guardia vigilante y fiel, en el que se podía confiar.

Aquella noche tuvo por único abrigo una estrecha anfractuosidad de las rocas, sobre la que caía una cortina de parietarias. Se echó sobre la tierra suave y seca. Birk se acostó a sus pies, y ambos se durmieron a la gracia de Dios.

Al día siguiente, al amanecer, se pusieron en camino. Tiempo incierto, húmedo y frío. Todavía una jornada de quince millas, y Cork aparecería en el horizonte. A las nueve, los desfiladeros de los montes Boggerraghs fueron franqueados.

Caminaban de prisa, pero con hambre. El zurrón estaba vacío; Birk iba de derecha a izquierda, con el hocico en tierra, buscando qué comer; después volvía, y dirigiéndose a su amo, parecía decirle:

—¿Es que no se almuerza esta mañana? —Pronto —le respondía Hormiguita.

En efecto, hacia las diez ambos hacían alto en el lugarejo de Dix-MilesHouse.

Es éste un lugar donde la bolsa del joven viajero se aligeró en un chelín en una modesta posada, que le ofreció la comida ordinaria de los irlandeses; patatas, manteca y un grueso pedazo de ese queso rojo llamado «Cheddar». Birk tuvo desperdicios de la comida. Después de esto, y después del descanso, continuaron el viaje. Territorio siempre accidentado, cultivado de una y otra parte. Aquí y allá campos donde el labrador terminaba la recolección de la cebada y centeno, tardía en este clima.

Hormiguita no estaba solo en el camino. Se cruzaba con las gentes del campo, a las que daba los buenos días, que ellos le devolvían.

Pocos niños, o ninguno, de esos que tienen por única ocupación correr tras los carruajes mendigando. Esto se debía a que los turistas raramente se aventuraban por aquella parte del condado. Si algún chicuelo hubiese venido a pedir limosna a Hormiguita, hubiera obtenido uno o dos coopers.

El caso no se presentó.

A eso de las tres de la tarde, se llegó a un lugar donde el camino comienza a bordear un río en una extensión de siete a ocho millas.

Era el Dripsey, un afluente del Lee, el que va a perderse en una de las extremas bahías del suroeste

Si no quería dormir al raso la próxima noche, era necesario que Hormiguita siguiese hacia el pueblo de Woodside, a tres o cuatro millas de Cork. ¡Un buen trecho de camino que recorrer antes de la noche! Pero no le parecía imposible, ni a Birk tampoco.

—Vamos —se dijo—, un último esfuerzo. Tendré tiempo de descansar allá abajo.

¡El tiempo! Sí. No es el tiempo lo que jamás le faltaría; sería el dinero. ¡Bah! ¿Por qué se inquietaba? Poseía cuatro libras de buen oro, sin contar lo que le quedaba de peniques. Con estos fondos se camina semanas y semanas...

¡En camino, pues, y alarga las piernas, mozo! El cielo está cubierto, el viento se ha calmado. Si aquello acaba en lluvia no habrá más abrigo que agazaparse bajo alguna piedra, y esto no es para regocijar, cuando había buenos rincones que coger en una de las posadas de Woodside. Hormiguita y Birk caminaban rápidamente, y un poco antes de las seis de la tarde no distaban más que tres millas del pueblo, cuando Birk se detuvo y dejó oír un singular gruñido.

Hormiguita se detuvo también y miró a lo largo del camino... No vio nada.

—¿Qué tienes, Birk?

Birk gruñó de nuevo. Después, lanzándose a la derecha, corrió por el lado del río, cuya orilla no estaba más que a unos veinte pasos de distancia.

—Tiene sed, sin duda —pensó Hormiguita—, y a fe mía que me dan ganas de beber.

Y se dirigía hacia el Dripsey, cuando el perro, lanzando un ladrido más agudo, se precipitó en la corriente.

Hormiguita, muy sorprendido, llegó en algunos pasos a la orilla, e iba a llamar a su perro.

Allí había un cuerpo arrastrado por la rápida corriente, el cuerpo de un niño. El perro acababa de cogerlo por sus ropas, o harapos, por decir mejor. Pero el Dripsey está lleno de remolinos que hacen muy peligroso su curso. Birk trataba de volver a la orilla, no sin trabajo, mientras el niño se agarraba convulsivamente a su piel.

Hormiguita sabía nadar; se recordará que Grip le había enseñado. No dudó, y comenzaba a desnudarse cuando haciendo un último esfuerzo, Birk consiguió poner el pie en la orilla.

Hormiguita sólo tuvo que inclinarse y agarrar al niño por sus ropas, depositándole en lugar seguro, mientras el perro se sacudía ladrando.

El niño tendría de seis a siete años lo más. Los ojos cerrados. Su cabeza se agitaba. Había perdido el conocimiento...

¡Cuál fue la sorpresa de Hormiguita cuando hubo apartado de su cara su cabellera mojada completamente! Era el niño que el conde Ashton, dos semanas antes, había golpeado con su látigo en el camino de Trelingar-Castle, lo que había valido al joven *groom* una regañina por su intervención caritativa.

Desde hacía quince días, aquel pobre pequeño vagaba por los caminos. Por la tarde había llegado a orillas del Dripsey. Había querido apagar su sed, sin duda, le había fallado el pie, y caería en la corriente, y a no ser por Birk, arrastrado por su instinto salvador, no hubiera tardado en desaparecer entre los torbellinos.

Se trataba de volverle a la vida, y a esto se dedicó Hormiguita. ¡Desgraciado! Su cara larga, su cuerpo delgado y descarnado, decían todo lo que había sufrido; la fatiga, el frío, el hambre. Tocándole con la mano se sentía que su estómago estaba como un saco vacío.

¿Qué medio emplear para devolverle el conocimiento? ¡Ah! Haciéndole arrojar el agua que había tragado, oprimiéndole el estómago, echándole aire por la boca. Sí... Hormiguita tuvo esta idea. Algunos instantes después, el niño respiraba, abría los ojos y sus labios dejaban escapar estas palabras:

—Tengo hambre... Tengo hambre. ¡I am hungry!, éste es el grito del irlandés, el grito de toda su vida, el último que lanza antes de morir.

Hormiguita poseía aún algunas provisiones. De un poco de pan y manteca hizo dos o tres bocados, y los introdujo entre los labios del niño, que los devoró glotonamente.

Fue preciso moderarle. Las cosas entraban en él como el aire en una botella donde se hubiera hecho el vacío.

Entonces, enderezándose, sintió que le volvían las fuerzas. Sus ojos se fijaron en Hormiguita. Dudó, y después, reconociéndole:

—¿Tú? ¿Tú? —murmuró. —Sí. ¿Te acuerdas?

—En el camino... No sé cuándo... —Yo lo sé... niño...

—¡Oh, no me abandones!

—No... no... Yo te llevaré... ¿adónde ibas?

—Adelante... adelante —¿Dónde vives?

—No lo sé... En ninguna parte.

—¿Cómo has caído en el río? ¿Queriendo beber, sin duda? —No...

—¿Te has resbalado?

—No... He caído a propósito. —¿A propósito?...

—Sí, sí, ahora no quiero... si tú estás conmigo... —¡Estaré, estaré!

Y a Hormiguita se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡A los siete años esta horrible idea de morir! ¡La desesperación llevando a aquel niño a la muerte, la desesperación que viene de la desnudez, del abandono, del hambre!...

El niño había vuelto a cerrar sus párpados. Hormiguita se dijo que no debía hacerle más preguntas. Esto quedaría para más tarde. Además, conocía su historia. Era la de todos esos pobres seres... era la suya propia... Pero por lo menos a él, dotado de una energía poco común, no le había venido jamás la idea de acabar con sus miserias. Convenía avisar. El niño no se encontraba en estado de poder andar algunas millas para llegar a Woodside. Hormiguita no hubiera

podido llevarle hasta allí. Por otra parte, la noche se aproximaba, y lo esencial era encontrar un abrigo. En los alrededores no se veía ni una posada, ni una granja. A un lado del camino, el Dripsey, extenso, sin una barca. Al otro, bosques que se extendían por la izquierda, hasta perderse de vista. Era, pues, preciso pasar la noche en aquel lugar, al pie de un árbol, sobre un lecho de hierbas, cerca del fuego de un leño, si esto era necesario.

Al despuntar el día, cuando el niño tuviera ya fuerzas, llegarían a Woodside, y tal vez a Cork. Quedaba algo para comer aquella noche y guardar algunos restos con que desayunar al siguiente día.

Hormiguita tomó en sus brazos al niño, adormecido de fatiga. Seguido de Birk, atravesó el camino, y entró unos veinte pasos en el bosque, ya bastante oscuro, entre esas robustas hayas seculares que se cuentan por miles en aquella parte de Irlanda.

¡Qué satisfacción sintió al encontrar uno de esos largos troncos medio caído, horadado por los años! Era una especie de cuna, de nido, si se quiere, donde podría poner a su pajarillo. El agujero estaba lleno de tierra menuda, y añadiendo una brazada de hierba se haría un cómodo lecho. Y hasta podría guardar a dos y dormir más calientes. Mientras dormía, el niño sentiría que no estaba solo.

Un instante después estaba instalado en su lecho. Sus ojos no se cerraron, pero respiraba dulcemente, y no tardó en caer en un profundo sueño. Hormiguita se ocupó entonces en secar los vestidos que su protegido —¡el protegido de Hormiguita!—debía volver a ponerse al día siguiente. Encendió un poco de leña seca, retorció los harapos y los puso a la llama, tendiéndolos después en una rama baja del haya.

Había llegado el momento de comer el pan, las patatas y el cheddar. El perro no fue olvidado, y aunque su parte no fue grande, no se quejaba. Su amo fue a tenderse en el agujero del haya, rodeando al niño con sus brazos, y acabó por sucumbir al sueño, mientras Birk vigilaba sobre el grupo dormido.

Al día siguiente, 18 de septiembre, el niño se despertó el primero, asombrado de verse acostado en tan buena cama. Birk le dirigió un ladrido protector. ¿Acaso no había tomado parte en su salvación?

Hormiguita abrió los ojos casi en seguida, y el niño se arrojó a su cuello

abrazándole.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó. —Hormiguita... ¿y tú?

—Bob...

—Pues bien, Bob, vete a vestir.

Bob no se lo hizo repetir. Apenas recordaba que la víspera se había arrojado al río. ¿Acaso no tenía ahora una familia, un padre que no le abandonaría, o por lo menos un hermano mayor que ya le había remediado dándole un puñado de coopers en el camino de Trelingar-Castle? Se dejaba llevar por la confianza de sus pocos años, llena de esa familiaridad natural que distingue a los niños irlandeses. Por otra parte, a Hormiguita le parecía que el encuentro con Bob le había creado nuevos deberes, los de la paternidad.

¡Qué contento se puso Bob cuando tuvo una camisa blanca bajo sus ropas tan sucias! ¡Y qué ojos abrió ante un trozo de pan, un pedazo de queso y una gruesa patata, asada en el rescoldo! Este desayuno fue tal vez la mejor comida que había hecho desde su nacimiento.

¿Su nacimiento? No había conocido a su padre, pero, más favorecido por la suerte que Hormiguita, había conocido a su madre —muerta de miseria cuando él tenía dos años o tres años—, Bob no podía precisarlo. Después había sido recogido en el hospicio de una ciudad no demasiado grande, cuyo nombre ignoraba. Más tarde, por falta de fondos, el hospicio se había cerrado, y Bob se encontró en la calle, sin saber por qué... ¡Bob no sabía nada!, con los otros niños, la mayor parte sin familia. Había vivido en los caminos, acostándose en cualquier parte, comiendo cuando podía, hasta el día en que después de un ayuno de cuarenta y ocho horas le vino el pensamiento de morir.

Tal era su historia, que él contó mientras mordía la patata, historia que no era una novedad para un antiguo pensionista de la Hard, reducido al estado de máquina con Thornpipe y un educado de la Ragged-School. En medio de su conversación, la cara inteligente de Bob cambió repentinamente, sus ojos tan vivos se nublaron, y quedó pálido.

—¿Qué tienes? —le preguntó Hormiguita. —¿Tú no me dejarás solo? —murmuró. Era su gran temor.

—No, Bob. —Entonces ¿me llevas? —Sí, te llevo.

¿Dónde? A Bob le importaba poco con tal de que Hormiguita le llevase con él.

—Pero ¿tu mamá, tu papá?

—No los tengo.

—¡Ah! —dijo Bob—; yo te querré mucho. —También yo, y procuraremos arreglárnoslas.

—¡Oh! Verás cómo yo corro tras los carruajes —exclamó Bob—. Te daré los coopers que me arrojen.

El pequeño nunca había hecho otro trabajo. —No, Bob. No será preciso correr más tras los coches. —¿Por qué?

—Porque el mendigar no está bien. —¡Ah! —dijo Bob, quedando pensativo. —Dime, ¿tienes buenas piernas?

—Sí, pero pequeñas aún.

—Pues bien, vamos a hacer una larga jornada hoy, para llegar esta noche a Cork.

—¿A Cork?

—Sí... Una hermosa ciudad, allá abajo, con barcos. —Barcos... Ya sé...

—Y el mar, ¿has visto el mar? —No.

—Lo verás... Se extiende lejos... lejos. Andando.

Y helos ahí en camino, precedidos de Birk, que brincaba moviendo la cola.

Dos millas más lejos, el camino deja las orillas del Dripsey y se extiende por las del Lee, que va a precipitarse en el fondo de la bahía de Cork. Se encontraron varios carruajes de turistas que se dirigían hacia la parte montañosa del condado.

Y entonces Bob gritó, llevado por su costumbre: ¡Cooper! ¡Cooper! Hormiguita le detuvo.

—Te he dicho que no hagas más eso —repitió. —¿Por qué?

—Porque está mal pedir limosna. —¿Hasta cuando es para comer?

Hormiguita no respondió, y Bob quedó muy inquieto por su almuerzo hasta que se vio a la mesa en una posada del camino. Y a fe mía que por seis peniques los tres se regalaron; el hermano mayor, el pequeño y el perro.

Bob no podía dar crédito a sus ojos. Hormiguita tenía una bolsa que contenía chelines y aún quedaban en ella después de pagar al posadero. —¿Cómo tienes ese dinero?

—Lo he ganado trabajando.

—¿Trabajando? También yo querría trabajar... pero no sé... —Yo te enseñaré, Bob.

—En seguida.

—No; cuando estemos allá abajo.

Si se quería llegar la misma noche, preciso era no perder un instante. Hormiguita y Bob se pusieron de nuevo en marcha con tal diligencia que entre las cuatro y las cinco de la tarde llegaron a Woodside. En vez de dormir en una posada de este pueblo, valía más llegar hasta Cork, puesto que sólo restaban tres millas.

—¿No estás fatigado? —preguntó Hormiguita. —No... vamos... vamos —respondió el niño.

Y después de una nueva comida que les dio fuerzas, ambos continuaron su jornada. A las seis se detuvieron a la entrada de uno de los arrabales de la ciudad. Un posadero les ofreció una cama y se durmieron uno en brazos del otro.

VII SIETE MESES EN CORK

¿Era en Cork, en esta capital de la provincia de Munster donde Hormiguita comenzaría su fortuna?

Capital de tercer orden de Irlanda, esta ciudad es comercial, industrial y también literaria. Letras, industria, comercio, ¿en qué estos tres campos abiertos a la actividad humana podrían servir a los comienzos de un niño de once años? ¿No había llegado allí para aumentar el número de esos miserables que abundan en medio de las ciudades marítimas del Reino Unido?

Hormiguita había querido ir a Cork, y estaba en Cork, aunque es verdad que en condiciones poco favorables para la realización de sus proyectos para el porvenir. En otra época, cuando él rodaba por Glalway, cuando Pat MacCarthy le refería sus viajes, su joven imaginación se inflamaba por las cosas del comercio. Comprar cargamentos en otros países y venderlos en el suyo. ¡Qué sueño! Pero desde su partida de Trelingar-Castle había reflexionado. Para que el hijo de la casa de caridad de Donegal pudiese llegar a mandar un bueno y sólido navío, navegando de un continente a otro, era preciso que se enrolase como ayudante a bordo de los clippers o de los steamers, y después que con el tiempo llegase a piloto, marinero, contramaestre, capitán. Y ahora, teniendo que cuidar de Bob y de Birk, ¿podía pensar en embarcarse? Si les abandonaba, ¿qué sería de ellos? Puesto que con la ayuda de Birk, se entiende, él había salvado la vida al pobre Bob, deber suyo era asegurársela.

Al día siguiente, Hormiguita ajustó con el posadero el precio de una cama de hierba seca. Gran paso hacia adelante. Si nuestro héroe no tenía muebles, tenía habitación. Precio de la cama: dos peniques, que debían ser pagados todas las mañanas. En cuanto a la comida, Bob, Birk y él la tomarían donde se encontrasen, en el restaurant del azar. Los tres salieron en el momento en que el sol comenzaba a disipar las brumas del horizonte. —¿Y los barcos? —dijo Bob. —¿Qué barcos?

—Los que me has prometido. —Espera que estemos junto al río.

Y fueron en busca de los barcos, descendiendo por un arrabal muy largo y

pobre. En una panadería compraron pan. No era preciso preocuparse por Birk. Éste había encontrado qué comer entre los montones de desperdicios de la calle.

En el malecón del Lee, que describe un doble brazo a través de Cork, veíanse algunas barcas, pero no buques, de esos buques capaces de atravesar el canal de San Jorge, o el mar de Irlanda, y después el océano Atlántico.

En efecto, el verdadero puerto está abajo —más especialmente en Queenstown, la antigua Cowes, situada en la bahía de Cork—, y los rápidos ferryboats permiten bajar por la ensenada del Lee hasta el mar.

Hormiguita, llevando de la mano a Bob, entró en la ciudad propiamente dicha.

Construida en la principal isla del río, se une a la ribera por medio de varios puentes. Otras islas, de más arriba y más abajo, han sido transformadas en paseos y jardines, paseos umbrosos y verdes jardines. Monumentos diversos se alzan aquí y allá, una catedral sin estilo, cuya torre es muy antigua, Santa María, San Patricio. En las ciudades de Irlanda no faltan iglesias, como tampoco asilos, hospicios y *workhouses*. En Erin hay siempre gran número de fieles, y de pobres también. Solamente con pensar en una de estas casas de caridad, Hormiguita se sentía presa de disgusto y espanto. Él hubiese preferido el Queen's, que es una magnífica construcción; pero antes de ser recibido en éste, es preciso saber algo más que leer, escribir y contar.

En las calles de la ciudad había algún movimiento, el movimiento de las gentes que trabajan temprano, las tiendas que se abren, las puertas de las casas de donde salen los criados con la escoba en la mano o la cesta al brazo, las carretas que circulan, los revendedores que pasean sus puestos ambulantes, los mercados donde están las provisiones para una población de cien mil almas. Atravesando el barrio de los negocios e industrial, se veía la fábrica de cuero, de papel, de telas, cervecería, etc. Nada todavía de carácter marítimo.

Después de un agradable paseo, Hormiguita y Bob se sentaron para descansar en un banco de piedra, en el ángulo de un edificio de imponente aspecto. En este lugar se sentaba un vendedor de carnes saladas, excitantes especias, géneros coloniales y también manteca, de la que Cork es el más activo mercado, no solamente del Reino Unido, sino de toda Europa. Hormiguita respiraba ansiosamente esta mezcla de moléculas sui generis.

El edificio se elevaba en el punto de unión de los brazos del Lee, que no forma allí más que uno solo, extendiéndose hacia la bahía. Era la aduana con su agitación incesante, su vaivén de todos los momentos. A partir de este confluente, un lecho sin trabas, la libertad de comunicación entre Queenstown y Cork.

Entonces, lo mismo que había preguntado por los barcos, Bob exclamó:

—¿Y el mar?

Sí... el mar que su hermano mayor le había prometido.

—El mar está más lejos... Acabaremos por llegar a él, según creo. Había que tomar pasaje en uno de esos ferry-boats que hacen el servicio de la ensenada. Esto economizaba tiempo y fatiga.

En cuanto al precio de dos asientos, no era gran cosa. Algunos peniques solamente. Podían permitirse aquel lujo por un día, y además Birk no tendría que pagar.

¡Qué alegría sintió Hormiguita al bajar por el Lee en aquel barco a toda velocidad! Recordó a la noble familia Piborne visitando la isla de Valentia en el mar desierto de allá abajo. Aquí el espectáculo era muy diferente. Había numerosas embarcaciones de todo tonelaje. En las orillas, tiendas, establecimientos de baños, astilleros que los dos niños miraban sentados en la parte delantera del ferry-boat.

Al fin llegaron a Queenstown, un hermoso puerto de ocho a nueve mil metros de norte a este y de unos seis mil de este a oeste

—¿Esto es el mar? —preguntó Bob.

—No: apenas un pedazo —respondió Hormiguita. —¿Es mucho más grande?

—Sí. No se ve dónde concluye.

Pero el ferry-boat no pasaba de Queenstown, y Bob no vio lo que tanto deseaba ver.

Había, en cambio, navíos de todas clases: unos para largos viajes, otros de cabotaje. Esto se explica, puesto que Queenstown es a la vez un puerto de abrigo y de aprovisionamiento. Los grandes transatlánticos de las líneas inglesas o americanas venían de los Estados Unidos y depositaban sus despachos que ganaban así medio día.

De allí parten los steamers para Londres, Liverpool, Cardiff, Newcastle, Glasgow, Milford, y otros puertos del Reino Unido; en suma, un movimiento marítimo que se cifra en un millón doscientas mil barricas.

¿Bob pedía barcos? Pues bien, jamás hubiera imaginado que existieran tantos, ni tampoco Hormiguita —los unos amarrados, los otros entrando y saliendo; los unos viniendo de países lejanos, los otros partiendo hacia ellos; éste con su vela hinchada al viento, aquéllos agitando con sus poderosas hélices las aguas de la bahía de Cork.

En tanto que Bob contemplaba con asombrados ojos la animación de la bahía, Hormiguita pensaba en la agitación comercial que se desarrollaba ante él, en los ricos cargamentos arrimados a las calas de los navíos, balas de algodón, de lana, toneles de vino, pipas, sacos de azúcar y de café... y se decía que esto se vendía y se compraba... que éstos eran los negocios.

Sobre el malecón del Queenstown a tantas grandezas se mezclan infinitas miserias. Aquí y allá se ven gran número de «mudlarks», niños y viejas ocupados en registrar los sitios descubiertos por la marea baja, y en los rincones, desdichados que se disputan con los perros algunos desperdicios. Hormiguita y Bob, volvieron al ferry-boat y regresaron a Cork. El viaje había sido divertido sin duda, pero había costado mucho.

Al día siguiente sería preciso ver el medio de ganar más que se gastara, si no las preciosas guineas desaparecían como un pedazo de hielo de la mano que le oprime. Entretanto, lo mejor era dormir en el camastro de la posada, y así lo hicieron.

No hay para qué contar detalle por detalle la existencia de Hormiguita y de su amigo Bob durante los seis meses que siguieron a su llegada a Cork. El invierno largo y duro hubiera tal vez sido funesto a niños no acostumbrados a sufrir el hambre y el frío. La necesidad hizo un hombre de aquel mozuelo de once años. En otra época, en casa de la Hard, había vivido de nada; actualmente

si vivía de poco —vivere parvo —conseguía vivir y Bob con él. En más de una ocasión, al llegar la noche, no tuvieron más cena que un huevo para los dos. Y sin embargo, jamás pidieron limosna. Estaban a la husma de encargos que hacer, de carruajes que buscar; de equipajes un poco pesados algunas veces que los viajeros les entregaban a la salida de la estación, etc.

Hormiguita economizaba cuanto podía lo que quedaba de sueldo ganado en Trelingar —Castle. En los primeros días de su llegada a Cork había tenido que sacrificar una parte de ellos.

Había sido preciso comprar ropa y zapatos a Bob. ¡Y qué alegría sintió éste al vestirse su traje completo de trece chelines, todo nuevo! No podía decentemente llevar andrajos, desnudos la cabeza y los pies, cuando su hermano mayor iba bastante bien vestido.

Una vez hecho este gasto, él se ingeniaría de modo que no se gastase para vivir más que algunos peniques diarios. Y con el estómago vacío ¡cómo envidiaban a Birk, que por lo menos encontraba su comida en los rincones de las calles!

—¡Yo querría ser perro! —decía Bob.

—¡No quieres tú poco! —respondió Hormiguita.

Pagaba puntualmente el alquiler de su camastro en la posada. Así, el propietario, que se interesaba por aquellos dos niños, les gratificaba de vez en cuando con una buena sopa caliente, que ellos aceptaban sin ruborizarse.

Si Hormiguita procuraba conservar las dos libras que quedaban en sus bolsillos después de las primeras compras, es porque esperaba siempre la ocasión de emplearlas en «negocios».

Ésta era la fórmula de que se servía. Bob le miraba asombrado cuando le oía expresarse en tales términos. Hormiguita le explicaba que esto consistía en comprar cosas para venderlas más caras.

—¿Cosas que se coman? —preguntó Bob. —Que se coman o que no se coman..., según. —Yo querría mejor que se comiesen.

—¿Por qué, Bob?

—Porque si no se vendían, por lo menos servirían para alimentarnos. —Eh, Bob, ya no entiendes tan mal el comercio. Lo importante es saber escoger lo que se compre, y se acabe siempre por vender con utilidad. En esto pensaba nuestro héroe sin cesar, llegando a hacer algunas tentativas que le arruinaron. El papel, los lápices, las cerillas. Probó en este género de comercio, casi infructuoso por la competencia. Más resultado le dio la venta de periódicos en la estación. Bob y él eran tan interesantes, tenían un aire tan honrado y ofrecían la mercancía con tal gentileza, que no se resistía la tentación de comprar las hojas corrientes, las guías de ferrocarril, horarios, etc. Un mes después de haber empezado su comercio, Hormiguita y Bob poseían, cada uno, un cesto, sobre el que los periódicos y libros estaban en orden, los títulos y las ilustraciones bien a la vista, y siempre con moneda para devolver a los compradores. Claro es que Birk no abandonaba nunca a su amo. ¿Se consideraba como su socio, o por lo menos como su dependiente? De vez en cuando, con un periódico entre los dientes, corría hacia los que pasaban, ¡y se lo presentaba con maneras tan insinuantes! Muy pronto se le vio con una cesta puesta sobre su espalda, en la que las publicaciones estaban cuidadosamente colocadas, cesta que un lienzo encerado podía cubrir en caso de lluvia.

Ésta era una idea de Hormiguita. Nada mejor para atraer al comprador como ver a Birk tan serio, tan penetrado de la importancia de sus funciones. Pero entonces, ¡adiós las locas carreras, los juegos con los perros de la vecindad! Cuando éstos se aproximaban al inteligente animal, ¡con qué sordos gruñidos les acogía; qué dientes aparecían bajo los labios levantados del vendedor ambulante de cuatro patas! Entre los vendedores de los alrededores de la estación no se hablaba más que del perro. Se trataba directamente con él. El comprador tomaba de la cesta el periódico que deseaba, y depositaba el precio en una bolsa que Birk llevaba al cuello.

Animado por el éxito, Hormiguita pensó en extender sus «negocios». A los periódicos y libros añadió cajas de cerillas y paquetes de tabaco, cigarros de poco precio, etc. Birk acabó por tener una verdadera tienda sobre la espalda. En ciertos días ganaba más que su amo, que no se mostraba celoso por cierto; al contrario, Birk era recompensado con algún buen pedazo de algo sustancioso y una caricia. Hacían una unión excelente aquellos tres seres, y todas las familias quisieran sentirse tan unidas como aquel perro y los dos niños.

Hormiguita no había tardado en reconocer en Bob una inteligencia viva y

aguda. Aquel niño de siete años y medio, de un espíritu menos práctico que el mayor, pero de carácter más alegre, dejaba desbordarse su natural vivacidad. Como no sabía ni leer, ni escribir ni contar, no hay que decir que Hormiguita se había impuesto la tarea de enseñarle lo primero el alfabeto. ¿No convenía que pudiese descifrar los títulos de los periódicos que se le pedían?

Lo tomó con gusto, e hizo rápidos progresos; tanta paciencia mostraba el maestro y tanta aplicación el discípulo. Se pasó luego a la escritura y a las cuentas, que le dieron algo más que hacer; pero aprovechó mucho. En su imaginación se veía dirigiendo la tienda de Hormiguita, en una de las calles más hermosas de Cork. Es preciso advertir que ya recibía un tanto por ciento de las ventas, y en su bolsillo había algunos peniques bien ganados. Así pues, no rehusaba dar una limosna de un cooper a los pequeños que le tendían la mano, recordando el tiempo en que corría por los caminos tras los carruajes.

No se extrañe si Hormiguita, gracias a un instinto particular, había establecido su contabilidad diaria de una manera muy regular; tanto, para la posada; tanto, para la comida; tanto, para el lavado de ropa, el fuego y la luz. Todas las mañanas apuntaba en su cuaderno la suma destinada a la compra de mercancías, y por la noche hacía el balance de gastos y productos. Sabía comprar y vender y sacaba utilidad. Tan bien que a finales del año 1882 hubiera tenido diez libras en caja de haber poseído caja. Verdad es que un editor, en casa del que compraba ordinariamente, había puesto la suya a su disposición y en ella depositaba todas las semanas los beneficios que producían hasta un pequeño interés.

No ocultaremos que ante el éxito obtenido a fuerza de economía y de inteligencia, el joven tuvo una ambición, la ambición reflexiva y legítima de aumentar sus negocios. Tal vez lo conseguiría con el tiempo, estableciéndose en Cork de una manera definitiva. Pero él se decía, no sin razón, que una ciudad más importante, Dublín, por ejemplo, la capital de Irlanda, le ofrecería mayores recursos. Cork, ya se sabe, no es más que un puerto de pasaje, donde el comercio está relativamente restringido, mientras en Dublín... ¡Pero estaba tan lejos!... Sin embargo, no sería imposible. ¡Cuidado, Hormiguita! ¿Es que tu espíritu práctico comenzará a forjar quimeras? ¿Serías capaz de abandonar la presa por la sombra, la realidad por el sueño? Después de todo, no le está prohibido soñar a un niño.

El invierno no fue muy riguroso, ni en los últimos meses del año 1882, ni en los primeros de 1883. Hormiguita y Bob no sufrieron mucho corriendo por las

calles de la mañana a la noche. Sin embargo, no deja de ser duro estacionarse bajo la nieve en los rincones de las plazas; pero ambos estaban desde su primera edad aclimatados a las intemperies, y jamás cayeron enfermos. Todos los días, cualquiera que fuese el estado del cielo, dejaban el lecho al alba, y abandonando el resto del fuego, iban a comprar primero, a vender en seguida en el andén de la estación, en el momento de la llegada y partida de los trenes, y después, a través de los diversos barrios donde Birk transportaba su atalaje. Solamente los domingos se daban algún descanso, repasando sus ropas, arreglando su cuarto, dejando su desván tan limpio como era posible; el uno, poniendo en orden su contabilidad, y el otro, estudiando sus lecciones de lectura, escritura y aritmética. Al mediodía, acompañados de Birk, iban por los alrededores de Cork, bajaban el río hasta Queenstown como dos buenos burgueses que se pasean después de una semana de trabajo. Un día se permitieron dar en barco la vuelta a la bahía, y por vez primera pudo Bob abrazar con la mirada el mar sin límites.

—Y más lejos —preguntó, continuando siempre por el agua—, ¿qué se encontraría?

—Un gran país, Bob.

—¿Más grande que el nuestro?

—Millares de veces. Esos grandes navíos que has visto necesitan, por lo menos, ocho días para hacer la travesía.

—¿Y hay periódicos en ese país?

—¿Periódicos, Bob? ¡Oh! Por centenas. Periódicos que se venden hasta a seis peniques.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro. Hasta de que sería preciso meses y meses para leerlos todos enteros.

Y Bob miraba con admiración a ese sorprendente Hormiguita, que era capaz de asegurar tal cosa. Hubiera deseado lanzarse al puente y trepar por los palos de aquellos grandes barcos y steamers que buscaban abrigo habitualmente en Queenstown, mientras Hormiguita preferiría, seguramente, visitar la cala y el cargamento.

Pero hasta entonces, ni uno ni otro habían osado embarcarse sin permiso del capitán —¡un personaje del que tenían una idea!—En cuanto a pedirselo, esto pasaba de sus ánimos. El amo después de Dios, como había oído decir Hormiguita, y se lo repetía a Bob.

Así pues, el deseo de los niños estaba aún por realizar.

Esperemos que podrán satisfacerlo algún día, así como otros tantos que se despertaban en ellos.

VIII PRIMER FOGONERO

Así terminó el año 1882, señalado en el activo y pasivo de Hormiguita por tantas alternativas de buena y de mala fortuna; la dispersión de la familia MacCarthy, de la que no oyó hablar más, los tres meses pasados en Trelingar-Castle, el encuentro de Bob, la instalación en Cork y la prosperidad de sus negocios,

Durante los primeros meses del nuevo año, parecía que el comercio había llegado al máximo. Comprendiendo que no había de subir más, Hormiguita tenía siempre la idea de emprender alguna operación más fructífera, no en Cork, no, sino en una ciudad importante de Irlanda.

Su pensamiento se dirigía a Dublín. ¿Por qué no se presentaría una ocasión?... Transcurrieron enero, febrero y marzo. Los dos niños vivían economizando penique sobre penique. Afortunadamente, su pequeño peculio aumentó, gracias a una venta que dio en poco tiempo un buen beneficio. Tratábase de un folleto político relativo a la elección de mister Parnell, y del que Hormiguita obtuvo el privilegio exclusivo en las calles de Cork y de Queenstown. El que quería comprar este folleto tenía que dirigirse a él, a él solo, y Birk llevaba cargas de ellos en el lomo. Fue un verdadero éxito; y cuando hizo las cuentas en los primeros días de abril, había en caja treinta libras, dieciocho chelines y seis peniques. Jamás los niños habían tenido tanta riqueza.

Entonces hubo largos debates sobre la cuestión de alquilar una pequeña tienda cercana a la estación. ¡Sería tan bueno estar en su casa! Aquel diablo de Bob, que de nada dudaba, pensaba en ello. ¡Figuraos esa tienda con sus periódicos y artículos de librería, con un patrón de once años y un empleado de ocho, a cuya casa el recaudador vendría a cobrar los impuestos! Sí, era tentador, y aquellos dos niños tan dignos de interés sin duda hubieran hallado algún crédito... No les faltaría clientela... Hormiguita pesaba el pro y el contra. Y después, su idea era siempre trasladarse a Dublín, donde le llamaba no se sabe qué presentimiento.

En fin, dudaba y resistía a las instancias de Bob, cuando se presentó una circunstancia que iba a decidir de su porvenir.

Era un domingo; el 8 de abril. Hormiguita y Bob habían formado el proyecto de pasar el día en Queenstown.

El principal atractivo de aquella partida de placer era almorzar y comer en un modesto bodegón de marineros.

—¿Se comerá pescado? —preguntó Bob.

—Sí —respondió Hormiguita—, y hasta cabracho o langosta, si quieres.

—¡Oh! ¡Sí quiero!

Pusiéronse sus mejores vestidos, calzáronse sus zapatos bien lustrosos y partieron de mañana, con Birk, bien limpio.

Hacía un tiempo soberbio; el sol era primaveral; la brisa, cálida. La bajada del Lee a bordo de un ferry-boat fue un encanto. Había músicos a bordo, músicos callejeros cuya música excitó la admiración de Bob. El día comenzaba de una manera agradable, y sería delicioso si concluía lo mismo.

Apenas desembarcaron en el malecón de Queenstown, Hormiguita divisó una posada con el rótulo Old Seeman, que parecía dispuesta para recibirlos. A la puerta, en un banquillo, una media docena de crustáceos, moviendo sus patas, esperaban la hora de su muerte, si algún consumidor quería. Desde una de las mesas que se hallaban colocadas junto a la ventana, no se perdía de vista los navíos amarrados a los muelles del puerto.

Hormiguita y Bob iban, pues, a entrar en aquel lugar de delicias, cuando su atención fue atraída por un gran navío llegado la víspera a Queenstown, y que procedía a su limpieza dominical.

Era el Vulcan, un steamer de ochocientas a novecientas toneladas, que venía de América y debía marchar al siguiente día para Dublín. Esto al menos era lo que un viejo marinero, cubierto con un sombrero amarillo, respondió a las preguntas que le hicieron.

Ambos niños observaban el navío, cuando un mozo alto, con la cara y las manos manchadas de carbón, se aproximó a Hormiguita, le miró, abrió la boca, cerró los ojos y gritó:

—¡Tú!... ¡Tú!... ¡Eres tú!

Hormiguita quedó asombrado. Bob lo mismo... Aquel individuo le tuteaba... Y era negro... Sin duda se equivocaba.

Pero he aquí que el supuesto negro, moviendo la cabeza, le hizo aún más demostraciones.

—Soy yo... ¿No me conoces? Soy yo. Recuerda la Ragged-School... ¡Grip!
—¡Grip! —repitió
Hormiguita.

Era Grip, y cayeron en brazos uno de otro, cambiando sus besos con tal efusión que Hormiguita salió negro como un carbonero.

¡Qué alegría volverse a ver! El antiguo vigilante de la Ragged-School era ahora un gallardo mozo de veinte años, vigoroso, bien puesto, que en nada recordaba a la víctima los andrajosos de Galway, a no ser porque conservaba su buena fisonomía de otro tiempo.

—Grip, ¡Grip! Eres tú. ¡Tú! —no cesaba de repetir Hormiguita. —Sí... yo, que no te he olvidado, chiquillo.

—¿Y eres marinero?

—No... calentador a bordo del Vulcan. Este nombre hizo impresión a Bob.

—¿Y qué calienta, señor? —preguntó—. ¿La comida?

—No... pequeño —respondió Grip—. ¡La caldera que hace marchar nuestra máquina, que hace marchar nuestro barco! Vamos, quiero decir que soy fogonero.

Hormiguita presentó a Bob a su antiguo protector de la RaggedSchool.

—Una especie de hermano —dijo—, que he encontrado en el camino, y que te conoce bien, pues yo le he contado muchas veces nuestra historia. ¡Ah! ¡Mi buen Grip, tendrás muchas cosas que decirme, desde cerca de seis años que hace que nos separamos!

—¿Y tú? También muchas cosas ¿verdad?

—Pues bien; ven a almorzar con nosotros, en esa taberna donde íbamos a entrar.

—¡Ah! ¡No! —dijo Grip—. Vosotros seréis los que almorzaréis conmigo. ¡Ea! Venid a bordo.

—¡A bordo del Vulcan! —Sí.

—¡A bordo ambos!

Bob y Hormiguita no podían creer a Grip

—Era como si les hubiera propuesto llevarles al paraíso. —¿Y nuestro perro?

—¿Qué perro? —Birk.

—¿Ese animal que da vueltas en torno a mí? ¿Es vuestro perro? —Nuestro amigo, Grip. Un amigo como tú...

Grip se sintió lisonjeado por la comparación, y Birk recibió una caricia. —¿Pero y el capitán? —dijo Bob, que manifestaba una duda muy natural.

—El capitán está en tierra y el contramaestre os recibirá como a unos milores. Bob no dudó... ¡En compañía de Grip!

—Y además —añadió Grip—, es preciso que yo haga mi aseo, que me lave de la cabeza a los pies, ahora que he terminado mi servicio.

—¿Vas a estar, pues, libre todo el día? —Todo el día.

—¡Bob, qué excelente idea hemos tenido en venir a Queenstown!...

—¡Ya lo creo! —dijo Bob.

—Y es preciso —añadió Grip— que tú te limpies también. Te he puesto negro, Hormiguita. ¿Te sigues llamando así, no?

—Sí, Grip.

—Me gusta mucho ese nombre.

—Grip, yo te querría abrazar una vez más.

—No te detengas, niño, puesto que te vas a remojar la nariz en una tina.

—¿Y yo? —dijo Bob. —¡También tú!

Así lo hizo Bob, resultando no menos negro que Grip.

¡Bob! Esto se quitaría enjabonándose las manos y la cara a bordo del Vulcan, en el sitio donde se acostaba Grip. ¡Ir a bordo! Bob no podía creerlo.

Un instante después los tres amigos, y también Birk, embarcábanse en el you-you que Grip conducía, con extrema alegría de Bob al sentirse balanceado de aquel modo, y en menos de dos minutos estaban junto al Vulcan.

El contramaestre saludó afablemente a Grip, y éste hizo bajar a sus invitados por la chupeta de las calderas, y dejaron a Birk correr por el puente.

Una vez allí, llenaron de agua clara una cubeta que estaba al pie del sitio destinado a Grip, lo que les permitió recobrar su color natural. Después, mientras se vestía, Grip contó su historia.

Cuando el incendio de la Ragged-School, herido de bastante gravedad, entró en el hospital, donde permaneció unas seis semanas. Salió en perfecto estado de salud, pero sin recursos. La ciudad se ocupaba entonces en reconstruir la escuela, pues no se podía dejar a aquellos miserables abandonados en la calle, pero, recordando los años pasados en aquella abominable atmósfera, Grip no sentía deseos de volver a ella. Vivir entre mister O'Bodkins y la vieja Kirss, vigilar a aquellos desarrapados, tales como Carker y sus camaradas, no era oficio envidiable. Además, Hormiguita no estaba allí. Grip sabía que una hermosa señora se lo había llevado. ¿Dónde? Él lo ignoraba, y las gestiones que llevó a cabo con este objeto, al salir del hospital, no produjeron resultado.

Grip, pues, abandonó Galway. Recorrió los campos del distrito. Alguna vez encontró trabajo en las granjas en la época de la recolección, pero no un empleo fijo, lo que le inquietaba. Y fue de pueblo en pueblo, sufriendo grandes privaciones, pero menos desgraciado, sin embargo, que lo había sido durante su

estancia en la Ragged-School. Un año después llegó a Dublín. Entonces tuvo la idea de navegar. El oficio de marino le parecía más seguro, más alimenticio que otro cualquiera. Pero a los dieciocho años es ya tarde para ser ayudante y hasta grumete. Pues bien, puesto que por su edad no podía embarcarse como marinero, toda vez que nada sabía de este oficio, se embarcaría como fogonero; y eso es lo que había hecho a bordo del Vulcan. Vivir en el fondo de la bodega, en medio de una atmósfera de polvo negro, respirando un ambiente sofocante, no es tal vez el ideal del bienestar, pero Grip era animoso, trabajador, resuelto, y tenía su existencia asegurada. Sobrio, celoso, se acostumbró a la vida de a bordo. Jamás recibió ningún reproche. Conquistó la estimación del capitán y de los oficiales, que se interesaban por aquel pobre diablo sin familia.

El Vulcan hacía viajes de Dublín a Nueva York o a otros puertos del litoral este de América. Durante dos años, Grip atravesó numerosas veces el océano, estando encargado de la colocación del lastre en la bodega y del servicio de combustible. Después tuvo ambición. Pidió ser empleado como fogonero a las órdenes de los maquinistas. Se le probó, y pronto satisfizo a sus jefes. Así, terminado el aprendizaje, se le confió la plaza de primer fogonero, y en este destino acababa de encontrar a Hormiguita en el muelle de Queenstown, a su antiguo camarada de la Ragged —School.

Aquel bravo mozo, de perfecta conducta, y poco amigo de las francachelas propias de los marinos mercantes, tenía economías, que veía engrosar mensualmente; unas sesenta libras que nunca había pensado en colocar a interés. ¡Sacar interés de su dinero! ¿No era inverosímil que Grip tuviese dinero que colocar?

Tal fue la historia que Grip contó alegremente. También Hormiguita contó la suya. Era ésta muy accidentada, y Grip no daba crédito a sus oídos cuando supo los dramáticos sucesos con miss Anna Waston; aquella existencia honrada y feliz entre los labradores de Kerwan; las desgracias que cayeron sobre la familia, ahora dispersa, y de la que no tenía noticias; después, la opulencia de Trelingar-Castle, las proezas del conde Asthon, y, en fin, la manera como todo había concluido.

También Bob tuvo que dar algunos detalles biográficos de su vida. ¡La biografía de Bob! ¡Era tan sencilla, Dios mío! No sabía nada. Su vida comenzaba verdaderamente el día en que fue recogido en el camino, o más bien, pescado en la corriente del Dripsey, cuando había querido morir.

En cuanto a Birk, su historia era la de su amo. Así, se abstuvo de contarla, lo que hubiera hecho sin duda si se le hubiera suplicado.

—Y ahora, ¿no es tiempo de que almorcemos? —dijo Grip.

—¡No antes de haber visitado el navío! —respondió vivamente Hormiguita.

—¡Y subido a lo alto de los mástiles! —añadió Bob. —Como queráis, chiquillos —respondió Grip. Empezaron por bajar a la sala. ¡Qué placer experimentó nuestro comerciante en ciernes al ver aquel soberbio cargamento! Balas de algodón, azúcar, sacos de café, cajas de todas las formas que encerraban los productos exóticos del nuevo continente. Respiraba ansiosamente aquel penetrante olor de comercio. ¡Y decir que todas aquellas mercancías habían sido compradas muy lejos por cuenta de los armadores del Vulcan, y que iban a ser revendidas en los mercados del Reino Unido!... ¡Ah! Si alguna vez Hormiguita...

Grip interrumpió aquel sueño haciendo subir al niño al puente a fin de conducirlo a los camarotes del capitán y de los oficiales, dispuestos bajo la toldilla, mientras Bob, saltando por los escalones de la jarcia, se montaba a caballo en las barras del palo de mesana. ¡No! Nunca había sido tan dichoso, tan alegre, tan ligero. ¿Había tal vez en él la levadura de un ayudante de marinero?

A las once, Grip, Hormiguita y Bob estaban sentados ante una mesa en la taberna del Old Seeman. Birk, sentado con el hocico junto al mantel. Dejamos imaginar si todos tenían apetito.

Aquel almuerzo era invitación de Grip, y se compuso de huevos con manteca, jamón frío con una gelatina dorada, queso de Chester, todo remojado con una excelente cerveza espumosa. Hubo langosta, no cabracho, verdadera langosta de un blanco rosado, con su caparazón enrojecido, langosta de los ricos, que Bob declaró superior a todo lo mejor que se puede inventar para llenar el estómago.

Claro es que el comer no impedía hablar. Se hablaba con la boca llena, y si esto no se practica entre gentes elegantes, nuestros jóvenes invitados dieron como excusa que no tenían tiempo que perder.

Y entonces, ¡qué de recuerdos cambiados entre Grip y Hormiguita, mientras sufrían la existencia degradante de la Ragged-School! El suceso de la pobre gaviota; el regalo del famoso chaleco de lana, las abominaciones de Carkec

—¿Qué ha sido de él? —preguntó Grip.

—Ni lo sé, ni me importa —respondió Hormiguita—. La mayor desgracia que podría sucederme sería encontrarle.

—Estáte tranquilo, no le encontrarás. Pero puesto que vendes tantos periódicos, te aconsejo que los leas alguna vez.

—Lo hago.

—Pues bien, tú leerás uno de estos días que ese tunante de Carker ha muerto de una fiebre de cáñamo.

—¡Ahorcado! ¡Oh, Grip! —Sí, ahorcado.

Después, los detalles del incendio de la escuela volvían a su memoria. Grip había salvado al niño con peligro de su propia vida, y era la primera vez que éste tenía ocasión de demostrarle su agradecimiento, lo que hacía estrechándole las manos.

Desde que nos separamos, siempre he pensado en ti —dijo. —Has hecho bien, chiquillo.

—No hay nadie más que yo que no haya pensado en Grip —exclamó Bob con el acento de un profundo disgusto.

—¡Si no me conocías más que de nombre, pobre Bob! Ahora me conoces.

—Sí, y hablaré siempre de ti cuando hablemos los dos y Birk.

Birk respondió con un ladrido confirmativo, que le valió un sandwich al que no dio más que un bocado. A despecho de lo que le afirmaba Bob, no parecía gustarle la langosta.

Se preguntó a Grip sobre sus viajes a América, y habló de las grandes ciudades de los Estados Unidos, de su industria y comercio, y Hormiguita le escuchaba con tal avidez que se olvidaba de comer.

—Y además —dijo Grip—, hay también grandes ciudades en Inglaterra:

Londres, Liverpool y
Glasgow.

—Sí, Grip, lo sabía. Lo he leído en los periódicos. Ciudades de comercio.
¡Pero está tan lejos!...

—No, no lejos.

—Para los marinos no; pero para los otros... —Pues bien. ¿Y Dublín? —
exclamó Grip.

—No está más que a trescientas millas de aquí. Se llega en un día y sin
necesidad de atravesar el mar.

—¡Sí, Dublín! —murmuró Hormiguita.

Y respondía esto tan directamente a su más ardiente deseo que quedó
bastante pensativo.

—Es una hermosa ciudad donde se hacen miles de negocios —añadió Grip
—. Los navíos no se contentan con detenerse un momento como en Cork. Toman
cargamentos, vuelven con otros.

Hormiguita escuchaba siempre y su pensamiento le arrastraba... le
arrastraba...

—Tú deberías instalarte en Dublín —dijo Grip—. Estoy seguro de que
sacarías más provecho que aquí; y si te es preciso algún dinero...

IX UNA IDEA COMERCIAL DE BOB

Un mes después, en el camino que baja hacia el sureste de Cork en dirección a Youghal, atravesando los territorios orientales del condado, un niño de once años y otro de ocho iban empujando una ligera carreta arrastrada por un perro. Eran Hormiguita y Bob. El perro, Birk.

Los consejos de Grip habían producido su efecto. Antes de haberle encontrado, Hormiguita soñaba con abandonar Cork para ir a Dublín a probar fortuna. Después del encuentro, se decidió a realizar su sueño. No os imaginéis que no había reflexionado en las consecuencias de aquella grave determinación; era abandonar lo cierto por lo dudoso, ¿por qué ocultarlo? Pero en Cork no tenía esperanzas de mejorar su situación. Por el contrario, en Dublín, un inmenso campo se abría a su actividad. Consultada la opinión de Bob, éste se declaró dispuesto a partir al día siguiente, y la opinión de Bob merecía ser tomada en consideración.

Nuestro héroe retiró sus economías de casa del editor, el que no dejó de hacerle algunas observaciones sobre sus futuros proyectos. Nada consiguió de aquel niño tan superior a su edad, y que no tenía la costumbre de pagarse de quimeras, disposición muy común a los Paddys de todas las épocas. No; Hormiguita estaba resuelto a seguir los caminos que llevan arriba; era el único medio de subir, y su precoz instinto le decía que abandonar Cork por Dublín era subir hacia el porvenir.

Y ahora, ¿qué vía tomaría y qué medios de transporte? El camino más corto era el que sigue el ferrocarril hasta Limerick, y de Limerick a través de la provincia de Leinster hasta Dublín. El medio de transporte más rápido era el tren desde Cork hasta la capital de Irlanda; pero este medio de locomoción era costoso: una guinea por persona, y Hormiguita quería economizar lo más posible. Teniendo buenas piernas ¿para qué ir en tren? De la cuestión del tiempo no había por qué inquietarse. Se llegaría cuando se llegase. El tiempo era bueno, y los caminos del condado no son malos de mayo a septiembre. Y como ventaja, el viaje, en vez de costar mucho, podría producir algo.

Tal había sido la preocupación de nuestro joven negociante.

Ganar dinero en vez de perderlo en el camino; continuar de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, el tráfico de Cork; vender periódicos, folletos, artículos de librería... en una palabra, hacer el comercio dirigiéndose a Dublín.

Y para ejercer el comercio, ¿qué era preciso? Nada más que una carreta, en la que llevaría los géneros, preservados del polvo o de la lluvia con un lienzo encerado. A esta carreta iría Birk enganchado, y los dos niños la empujarían por detrás. Así se recorrería el camino del litoral, en el que hay ciudades de cierta importancia como Waterford, Wexford, Wiclow, y también diversas estaciones balnearias muy frecuentadas en aquella época del año. Había que andar cerca de doscientas millas en estas condiciones, cierto; pero no importaba: se emplearían dos, tres meses; esto era lo de menos si la tienda ambulante realizaba ganancias mientras llegaba al fin.

El 18 de abril, un mes después de haber encontrado a Grip en Queenstown, Hormigueta, Bob y Birk, el uno tirando y empujando los otros, iban por el camino de Cork a Youghal, donde llegaron por la mañana, sin sentir gran fatiga.

No tenían por qué quejarse, y en todo caso, no era Birk quien hubiera pensado en gruñir. Los niños trabajaban tanto como él. La carreta, muy ligera y de dos ruedas, había sido una ganga, de la que Hormigueta se aprovechó en casa de un mercader de Cork.

Los géneros consistían en periódicos comprados en las estaciones, folletos políticos, algunos bastante pesados de ideas y de estilo; papel para cartas, lápices, plumas y otros objetos de escritorio; paquetes de tabaco, cuya provisión sería renovada... y en fin, otros diversos artículos. Todo pesaba poco, y todo se vendía corrientemente con un bonito beneficio. ¿Qué queréis? Las gentes de las ciudades se interesaban por aquellos dos niños: el uno serio como un negociante práctico, y el otro tan sonriente ¡que hubiera dado vergüenza regatear con él!

La carreta llegó a Youghal, un pueblo de seis mil habitantes con un puerto de cabotaje en el fondo de la ensenada del Blackwater. Un país donde se honra a la patata. ¿Podrá olvidar nunca Paddy que en los alrededores de Youghal fue donde sir Walter Raleigh hizo la primera prueba ensayo de esos tubérculos, que son actualmente el verdadero pan de Irlanda?

Hormigueta pasó el resto del día en Youghal. No consintió en descansar más que después de haber repuesto sus artículos, que serían vendidos en el camino de

Dungarvan. Una sustanciosa comida en una posada, un lecho para él y Bob y para el perro; esto encontraron. Al día siguiente se dirigió a la aldea más próxima deteniéndose en las granjas; había dos o tres por milla. En ellas estacionaba la carreta al atardecer, pues no convenía arriesgarse por las noches en los caminos. Sí, era preferible, aunque Birk fuese perro capaz de defender a su amo y a sus mercancías.

Hormiguita recordaba lo que en otra época había sufrido en los caminos de Connaught.

¡Qué cambio desde entonces! ¡Qué diferencia entre su carreta y la del brutal Thornpipe, aquella caja oscura donde apenas respiraba! También había diferencia entre Birk y el perro del Thornpipe.

Nuestro héroe no hacía agitarse a la familia real y a la corte de Inglaterra moviendo el mecanismo. No vivía de la limosna, sino que realizaba beneficios diarios. Y además, ¡qué confianza en el porvenir, qué esperanza había de realizar en Dublín tanto o más que lo realizado en Cork! Al salir de Youghal, tuvieron que atravesar un puente, a fin de llegar al camino de Dungarvan.

—¡He aquí un puente! —exclamo Bob—. ¡Jamás he visto ninguno tan largo!

—¡Tampoco yo! —respondió Hormiguita.

En efecto, medía doscientas setenta toesas. Estaba sobre la bahía de Blackwater y ahorra el camino en un día.

La carreta rodó por los tablones de madera. Hacía una fresca brisa del oeste.

—Es como si se fuera en un barco —hizo observar Bob.

—Sí, Bob. Un barco empujado por el viento. Mira como éste nos lleva. Atravesaron el puente. Entraron en el condado de Waterford, que confina con el de Kilkenny en la provincia de Leinster.

Hormiguita y Bob no se fatigaron. Caminaban sin apresurarse.

¿Para qué? Lo esencial era vender, y vender con fruto los artículos comprados en Youghal, antes de llegar a Dungarvan, donde se repondrían otra vez. Claro es que en dos o tres días la carreta hubiera podido trasladarse de

Youghal a Dungarvan. Veinticinco o treinta millas, no hubiera sido más que un paseo. Pero si no existían más que raros pueblos, se encontraban numerosas granjas y no convenía desperdiciar la ocasión de ganar algo. El ferrocarril no pasa por estos puntos, y los campesinos se aprovisionan difícilmente de cosas usuales. Así Hormiguita estaba decidido a practicar a conciencia su oficio de forastero.

La tienda recibió buena acogida por todas partes. Todas las noches, después de estar instalados, Bob contaba los chelines y los peniques recogidos desde la mañana, y Hormiguita los anotaba en su «libro de caja» en la columna de productos, enfrente de la de gastos, donde figuraban los personales de alimento, cama, etc.

Nada agradaba tanto a Bob como alinear las monedas; nada placía a Hormiguita tanto como adicionar su haber, y nada gustaba a Birk tanto como estar echado cerca de ellos que arreglaban sus negocios mientras llegaba la hora de dormir.

El 3 de mayo la carreta llegó a la aldea de Dungarvan. Estaba vacía —la carreta, no la aldea —y había que reponer el género por completo.

Esto fue fácil, pues con sus seis mil quinientas almas, Dungarvan no deja de tener cierta importancia. Es un puerto de cabotaje abierto, en la bahía de su nombre y hasta aventaja al de Youghal, pues se puede atravesar la bahía sin verse obligado a darle la vuelta.

Hormiguita permaneció dos días en Dungarvan. Tuvo una excelente idea; la de comprar algunos artículos de lana a bajo precio, los que en su opinión tendrían venta en el campo. La carga no era muy pesada y no incomodaría a Birk.

Así se continuó aquel provechoso viaje. Que no le abandonase la fortuna y Hormiguita llegaría a ser capitalista, cuando llegase a la capital. Por otra parte, si la expedición se cumplía sin incidentes dignos de ser relatados, estaba exenta de accidentes, por lo que había que felicitarse. Siempre buen tiempo. Ninguna aventura en el camino. ¿Quién había de maltratar a aquellos niños? Además, por aquellos parajes del sur de Irlanda no se encuentra mala gente. Estos pueblos no tienen esos instintos que empujan a actos culpables, ni son tan pobres como los de otros condados, como Cognaught y Ulster. La mar es lucrativa. La pesca y el

cabotaje alimentan al pescador o al marinero, y al labrador le favorece esta vecindad.

En estas condiciones favorables la carreta pasó Trenmore, a diecisiete millas de Dungarvan, y llegó, dos semanas después, a Waterford, a diecisiete millas de Tríamore, en el límite de Munster. Hormiguita iba por fin a dejar aquella provincia donde por tantas vicisitudes había pasado; su existencia en Limerick, en la granja de Kerwan, en el castillo de Trelingar, su viaje a los lagos de Killarney, su debut como comerciante en Cork. Había olvidado sus días de tristeza. Sólo recordaba los tres años pasados con la familia MacCarthy, como se recuerden las alegrías del hogar doméstico.

—Bob —le dijo—: te he prometido que descansaríamos en Waterford. —Sí —respondió Bob—, pero no estoy cansado y si quieres que sigamos...

—No. Permaneceremos aquí algunos días. —¿Sin hacer nada?

—Siempre hay que hacer, Bob.

En efecto, ¿no es nada visitar una agradable ciudad de veinticuatro mil habitantes, situada en la ribera del sur franqueada por un hermoso puente de treinta y nueve ojos? Añadamos que Waterford es un puerto muy frecuentado —lo que interesaba siempre a nuestro joven comerciante—, el puerto más considerable del Munster oriental, y que posee un servicio regular de navegación con Liverpool, Bristol y Dublín.

Buscaron una posada conveniente, y dejando en ella la carreta fueron a los muelles, por donde pasearon algunas horas. Navíos que llegaban, navíos que partían; ¡cómo se habían de fastidiar un instante!

—Vamos —dijo Bob—, ¡que si Grip viniese de pronto!

—No, Bob. El Vulcan no para en Waterford, y yo calculo que ahora debe de estar lejos... Por América.

—¿Allá abajo... allá abajo? —dijo Bob extendiendo el brazo hacia el horizonte de cielo y agua.

—Sí... creo que estará de vuelta cuando lleguemos a Dublín. —¡Qué gusto

volver a encontrar a

Grip! ¿Estará negro todavía? —Es probable.

—¡Oh! Esto no será obstáculo para quererle.

—Tienes razón, Bob; él me ha querido mucho cuando yo era tan desgraciado...

—Sí, como tú a mí —respondió el niño cuyos ojos brillaron de agradecimiento.

Si Hormiguita hubiera tenido prisa por llegar a Dublín, habría podido tomar pasaje en el paquebote que hacía el servicio de viajeros entre Waterford y la capital. Estas travesías cuestan poco.

Vendida toda la mercancía, y llevada a bordo la carreta, los dos jóvenes y el perro se hubieran embarcado pagando algunos chelines solamente por sus asientos, y en doce horas estarían en Dublín. Y ¡qué placer navegar por el canal de San Jorge, por la superficie de aquel admirable mar de Irlanda, casi a la vista de las costas de tan variado aspecto! Una verdadera travesía, en un verdadero paquebote.

¡Viaje tentador! Pero Hormiguita tenía reflexión. Le parecía mejor no llegar a Dublín hasta después del regreso de Grip.

Grip conocía la ciudad y dirigiría a los dos niños por medio de ella, de la que su imaginación hacía una cosa enorme, y donde de este modo no correrían el riesgo de perderse. Y además, ¿por qué interrumpir un viaje tan fructuosamente comenzado? Así pues, después de haber hecho, no sin trabajo, que Bob apreciase las circunstancias de un modo más conveniente, se decidió que el viaje continuaría en las mismas condiciones, subiendo hasta Dublín por el litoral del Leinster.

No hay que asombrarse, pues, de que a los tres días se les encuentre en el condado de Wexford, la carreta bien llena, arrastrada por el vigoroso Birk con infatigable arranque. Un borrico no lo hubiera hecho mejor, ni hasta un caballo. Verdad que para subir las cuestas, Hormiguita empujaba por detrás con el hombro.

Al fondo de la bahía de Waterford el camino abandona el litoral tan

caprichosamente festoneado de ensenadas y caletas. La carreta perdió de vista aquella parte del mar donde se dibuja el cabo Carnsore, el punto más avanzado de la Verde Erin, en el canal de San Jorge.

Lejos de ser un país salvaje y desierto, aquel camino atravesaba ciudades, aldeas, granjas, y los diversos artículos de la tienda ambulante se vendieron a buen precio. Así, Hormiguita no llegó a Wexford antes del 27 de mayo, aunque en línea recta la distancia desde Waterford no sea más que de unas treinta millas. Pero, ¡qué vueltas a derecha e izquierda había tenido que dar la carreta!

Wexford es algo más que un pueblo; es una ciudad de doce a trece mil habitantes, situada cerca del río Slaney, casi en su desembocadura. Parece una ciudad inglesa, trasladada en medio del condado de Irlanda. Esto obedece a que Wexford fue la primera plaza de armas que los ingleses poseyeron en aquel territorio, y hecha ciudad, la plaza ha conservado su primer aspecto. Tal vez Hormiguita sintió cierto asombro al ver tantas ruinas acumuladas y muros medio destruidos. Ignoraba la historia de esta comarca en tiempos de Jorge III, durante las crueles luchas entre católicos y protestantes; la espantosa carnicería de una y otra parte; los incendios y los destrozos que les acompañaban. Y quizás era mejor que lo ignorase, pues son terribles recuerdos que ensangrientan demasiado las páginas del pasado de Irlanda. Siempre lo sabría demasiado pronto.

Abandonando Wexford, la carreta, cuidadosamente cargada, siguió aún alejándose de la costa, que volvería a encontrar, a quince millas de allí, en las cercanías del puerto de Arklow. No hubo por qué quejarse, por dos razones. La primera, porque la población es mayor en aquella parte del condado, las ciudades más próximas entre sí y las granjas bastante cercanas, gracias al ferrocarril que por Arklow y Wicklow pone a Wexford en comunicación con Dublín.

La segunda es que el país es encantador. El camino se desliza entre espesos bosques de poderosas encinas y hayas, entre las que se destaca la encina negra, tan hermosa en tierra gálica. El campo está abundantemente regado por el Slaney, el Ovoca y otros tributarios, teñidos de tanta sangre en la época de las querellas religiosas. ¡Y pensar que este rincón del suelo irlandés, rico en minerales de azufre y cobre, vivificado por los ríos que bajan de las vecinas montañas, que arrastran partículas de oro, fue el sitio que el fanatismo eligió para sus abominables excesos! En Enniscorthy, en Fernes y en otros muchos puntos, hasta Arklow, fue donde los soldados del rey Jorge, el año 1798, combatieron a treinta mil rebeldes. ¡Así llamaban a los que defendían su patria y

su fe!

Hormiguita hizo alto en el puerto de Arklow, concediendo un día de descanso a su personal

—palabra que está justificada si se quiere considerar a Birk como persona.

Arklow, con sus cinco mil seiscientos habitantes, forma un puerto de pesca donde reina la mayor animación. El puerto está separado de alta mar por largos bancos de arena. A los pies de las rocas tapizadas de fuco, se cogen las ostras en cantidad considerable y cuestan poco.

—Seguro que nunca has comido ostras —preguntó al goloso de Bob. — Nunca.

—¿Quieres probarlas?

—Sí.

Y las probó; pero no fue más allá de la primera. —Me gusta más la langosta —dijo.

—Es que aún eres muy joven, Bob.

Bob replicó que no deseaba otra cosa sino llegar a la edad de la razón, en que se puede apreciar a esos moluscos en su justo valor.

El 19 de junio por la mañana, acababan su jornada en Wicklow, la capital del condado de este nombre que confina con el de Dublín.

¡Qué admirable comarca acababan de atravesar, una de las más curiosas de Irlanda, casi tan frecuentada por los turistas como la región de los lagos de Killarney! ¡Qué conjunto pintoresco y variado para dar solaz a los ojos! Aquí y allá montañas que rivalizan con las más hermosas de Donegal, o de Kerry, lagos naturales, como el de Bray y Dan cuyas límpidas aguas reflejan las antigüedades esparcidas por sus riberas. Después, en la confluencia de los cursos del Ovoca, el valle de Glendalough con sus antiguas capillas construidas a orillas de un lago bordeado de brillantes rocas, y la cañada enriquecida por las siete iglesias de Saint-Kevin, donde afluyen los peregrinos de toda Irlanda.

¿Y el comercio? Mejor que mejor. Siempre la misma acogida a los jóvenes

forasteros. ¡Ah!

¡Es que estaban lejos de los condados pobres del noroeste, en aquella parte relativamente rica de Irlanda!

La vecindad de la gran capital ejercía su influjo. Y, en efecto, a partir de Arklow, el camino costero ofrece numerosas estaciones de baños de mar, ya muy frecuentadas por las familias de Dublín. Todo este mundo elegante tiene dinero, y en estas estaciones circulan más guineas que chelines en los pueblos de Sligo o de Donegal. El talento estaba en atraerlos a la caja de nuestro joven comerciante; y esto se realizaba poco a poco, y seguramente Hormiguita habría doblado su fortuna antes de llegar al término del viaje.

Además, Bob había tenido una idea... sí... una idea muy ingeniosa, una idea suya exclusivamente, que debía producir un ciento por ciento de beneficios explotándola en ese mundo de niños ricos, huéspedes habituales de las playas de Wicklow... una idea genial, en fin.

Bob, lo sabía por experiencia, era muy hábil para coger nidos, y éstos abundan en los árboles de los caminos de Irlanda.

Hasta entonces Bob no había sacado provecho alguno de estas habilidades. Una o dos veces solamente, ya cogiendo un nido de la copa de un haya, ya atrapando pájaros con cebo —una sencilla planchita con tres pedazos de madera en forma de cuatro—, había ganado alguna moneda, vendiendo sus cautivos. Pero antes de abandonar Wicklow, la idea en cuestión se había aferrado a su cerebro, y de aquí la petición de comprar una caja lo suficientemente grande para contener unos treinta abejarucos, gorriones, jilgueros, pinzones y otros pajarillos de pequeño tamaño.

—¿Y para qué? —respondió Hormiguita—. ¿Es que te vas a dedicar a amaestrar pájaros?

—No...

—¿Qué quieres hacer con ellos? —Dejarlos volar.

—¿Para qué meterlos en una caja, entonces?

Confesaréis que Hormiguita no podía comprender nada de aquello; pero lo comprendió cuando Bob le hubo explicado la cosa.

Sí. Bob se proponía dar libertad a los pájaros, mediante dinero, se entiende. Con su caja gorjeante iría entre aquellos niños no menos gorjeantes de los baños de mar.

¿Y quién de ellos rehusaría dar, a costa de algún penique, la libertad a los graciosos prisioneros de Bob? ¡Es tan encantador ver volar un pájaro cuando se ha pagado su libertad! ¡Es esto tan agradable al corazón de un niño, y sobre todo de una niña!

Bob no dudaba del éxito de su idea, y Hormiguita vio el lado práctico de la misma. Nada costaba probar. Se compró la caja, y no había Bob andado una milla más allá de Wicklow, cuando ya estaba llena de pájaros, impacientes de recobrar su libre vuelo.

Se puso en práctica la idea de Bob en numerosas estaciones balnearias donde afluían las familias. Allí, mientras Hormiguita se ocupaba de vender sus artículos, Bob, con su caja en la mano, iba a solicitar la compasión de los jóvenes gentlemen y de las jóvenes misses para sus lindos prisioneros. La libertad se daba en medio de aplausos, la caja se vaciaba, y los peniques llovían en el bolsillo del pillo mozuelo.

¡Qué buena idea había tenido, y qué satisfacción cuando contaba por la noche su colecta antes de unirla a las ganancias ordinarias!

De este modo ambos niños, subiendo la costa hacia Dublín, se encontraron un día en Bray, en la tarde del 9 de julio.

Bray dista catorce o quince millas de Dublín, y está situado al pie de un promontorio llamado Lugnaquilla, de unos tres mil pies de altura. Merced a esta magnífica situación, el pueblo parece más delicioso aún que el Brighton de la costa inglesa. Ésta es, por lo menos, la opinión de mademoiselle de Bovet, que lo prueba describiendo las bellezas de la Isla Verde con un sentimiento delicado y artístico.

Figuraos una aglomeración de hoteles, de villas blancas, de costas, de quintas fantásticas, donde los habitantes y los extranjeros que afluyen durante la estación llegan a cinco o seis mil. Se puede decir que las casas bordean el camino hasta Dublín. Bray se comunica con la capital por un ferrocarril, cuyo terraplén desaparece alguna vez bajo el rocío de las olas que penetran

furiosamente a través de la estrecha bahía de Killiney, que cierra al sur un soberbio promontorio. Muchas ruinas hay en las cercanías de Bray; ¿qué ciudad de Irlanda no las tiene? Restos de una antigua abadía benedictina, un grupo de esas torres llamadas «martello» que servían para defender la costa en el siglo xvni, sin hablar de las baterías que la protegen en el XIX. Con un buen anteojo parecería que se podía ver los contornos de las montañas del país de Gales, más allá del mar de Irlanda. Hormiguita no lo pudo hacer, primero porque no poseía anteojo, y además porque tenía que abandonar a Bray más deprisa de lo que esperaba.

El número de los niños es considerable en aquellas playas arenosas, acariciadas por la resaca. Allí se reúnen esos pequeños gruesos y sonrosados, para los que la vida no ha sido más que un continuo encanto; mocitos en vacaciones, y niñas que juegan bajo las miradas de las madres o ayas. Pero no se estaría en Irlanda, si hasta en Bray, la miseria tradicional no es tuviera representada por una respetable banda de pordioseros que pasan el tiempo revolviendo las basuras de las playas.

Los tres primeros días fueron muy fructuosos desde el punto de vista comercial. Concluyéronse las mercancías. Éstas estaban compuestas de modo que agradasen a los niños, ofreciendo sobre todo esos juguetes sencillos que producen grandes beneficios. Los pájaros de Bob hicieron mágico efecto. Desde las cuatro de la mañana se ocupaba en tender sus redes y llenar la caja, que la infantil clientela se apresuraba a vaciar por la tarde. Sin embargo, no era preciso permanecer en Bray. El objeto era llegar a Dublín; ¡y qué alegría si el Vulcan se encontraba allí, en medio del puerto, y Grip en él!... Grip, del que no se tenían noticias desde dos largos meses.

Así pues, Hormiguita pensaba partir al día siguiente, sin prever la inesperada circunstancia que iba a precipitar su marcha.

Era el 13 de julio. A las ocho de la mañana, después de haber levantado sus redes, Bob volvía hacia el puerto, con su caja llena de pájaros, lo que le aseguraba una pingüe ganancia para el último día.

No había nadie en la playa.

En el momento en que volvía del muelle encontró a tres jóvenes de doce a catorce años, gentlemen de alegre humor, traje elegante, sombrero de marino

echado atrás, blusas de lana fina con botones de oro y en el cuello el ancla reglamentaria.

La primera intención de Bob fue despachar su mercancía, que tendría tiempo de renovar antes de la hora del baño. Pero aquellos gentlemen con su aire burlón y sus modales algo libres, le hicieron dudar. No eran de los niños y niñas que daban de ordinario buena acogida a sus cautivos. Aquella trinidad parecía más bien dispuesta a burlarse de él y de su comercio, y le pareció prudente alejarse.

Pero no convenía esto a los tres mozuelos, el mayor de los cuales, un señorito cuya mirada denotaba mucha malicia natural, cortó el paso a Bob preguntando con tono brusco adónde iba.

—Vuelvo a mi casa —respondió el niño cortésmente. —¿Y esa caja?

—Es mía.

—¿Y esos pájaros?

—Los he cogido con lazos esta mañana.

—¡Eh! Éste es el chiquillo que recorre la playa —exclamó otro—. Ya le he visto. Le conozco. Por dos o tres peniques pone en libertad uno de esos pájaros.

—Y esta vez... todos tendrán libertad... y por nada, ¡todos! —dijo el mayor.

Y dicho esto, arrancó la caja de manos de Bob, y la abrió. Los pájaros volaron. Esto era demasiado... Bob, dando gritos, repitió: —¡Mis pájaros! ¡Mis pájaros!

Y los señoritos se abandonaron a una risa tan inmoderada como imbécil. Después, encantados de su mala acción, se disponían a marchar, cuando se oyeron interpelar de esta suerte.

—Señores, eso está mal hecho.

¿Quién hablaba así? Hormiguita, que acababa de llegar acompañado de Birk... Había visto el caso y repitió con voz enérgica.

—Sí; está muy mal hecho.

Y habiendo visto al mayor de los tres jóvenes, añadió: —Después de todo... ¡No me asombra eso en el conde Asthon!

Era, en efecto, el heredero del marqués y de la marquesa. La noble familia de los Piborne había abandonado Trelingar-Castle por aquella estación de baños de mar, ocupando desde la víspera la más confortable de las villas del pueblo.

—¡Ah! ¡Es el pícaro de mi *groom*! —respondió con acento de profundo desprecio el conde Asthon.

—Yo mismo.

—Y si no me engaño... ése es el perro que mató a mi pointer... ¿Ha resucitado, pues? Yo creí haberle ajustado las cuentas.

—Nada tememos —respondió Hormiguita, a quien no imponía el aplomo de su antiguo amo.

—Pues bien, puesto que te encuentro, miserable boy, vas a pagarme lo que me debes —exclamó el conde Asthon, avanzando vivamente con el bastón levantado.

—Al contrario, usted va a pagar a Bob el importe de sus pájaros, señor Piborne.

—No... tú primero...

Y de un bastonazo el joven gentleman cruzó el pecho de Hormiguita. Éste, aunque de menos edad que su adversario, le igualaba en vigor y le pasaba en ánimos. Lanzose sobre el conde, le arrebató el bastón y le dio dos soberbios bofetones.

El descendiente de los Piborne quiso responder. No pudo. En un instante fue arrojado al suelo y sujeto bajo la rodilla de Hormiguita.

Sus dos camaradas quisieron intervenir y desasirle, pero Birk tuvo la misma idea, pues, enderezándose, la boca abierta, los dientes amenazadores, iba a hacer una buena si su amo, que se había levantado, no le hubiera contenido.

—¡Ven! —le dijo.

Y sin preocuparse del conde Asthon ni de los otros dos, que no se mostraban dispuestos a luchar con Birk, Hormiguita y Bob volvieron a su posada.

Después de una escena tan ofensiva para el amor propio del joven Piborne, lo más acertado era abandonar Bray lo antes posible. Si el golpeado se quejaba sería un mal asunto, aunque él hubiera sido el agresor. Tal vez, con una mejor apreciación de la naturaleza humana, Hormiguita hubiera debido reflexionar que aquel estúpido y vanidoso mozuelo se guardaría bien de contar su aventura, de la que hubiera tenido que ruborizarse. Pero no estando seguro de esto, arregló su cuenta, enganchó a Birk a la carreta, vacía entonces de mercancías, y antes de las ocho de la mañana Bob y él habían abandonado Bray.

La misma noche, muy tarde, nuestros jóvenes viajeros llegaron a Dublín, después de un camino de unas doscientas cincuenta millas, hechas en unos tres meses desde su partida de Cork.

version="1.0" encoding="utf-8" standalone="no"?>

X EN DUBLÍN

¡Dublín! Hormiguita está en Dublín! ¡Miradle! Es el actor que interpreta los grandes papeles, y pasa del teatro de un pueblo al de una gran ciudad.

Dublín no es una simple capital de condado; no es Limerick con sus cuarenta y cinco mil habitantes, ni Cork con sus ochenta y seis mil almas. Es una capital —la capital de Irlanda— que posee una población de trescientas veinte mil almas. Administrada por un alcalde, gobernador a la vez militar y civil, que es el segundo funcionario de la isla, asistido de veinticuatro aldermen, de dos sheriffs y de ciento cuarenta y cuatro consejeros, Dublín se cuenta entre las ciudades importantes de las Islas Británicas. Comerciante con sus docks, industrial con sus fábricas, sabia con su Universidad y sus Academias, ¿por qué los *Work-houses* son aún insuficientes para sus pobres, y las *Ragged-School* para sus niños abandonados?

No teniendo la intención de reclamar la asistencia, ni de la *Ragged-School*, ni de los *Work —houses*, no quedaba a Hormiguita más que llegar a ser un sabio, un comerciante, un industrial en espera de que el porvenir le hiciera rentista. Como se ve, nada más sencillo.

Al llegar, ¿sintió nuestro héroe disgusto por haber abandonado Cork? ¿Parecía temerario haber seguido los consejos de Grip, consejos en perfecta concordancia con sus instintos?

¿Presintió que la lucha por la existencia sería otra vez laboriosa en medio de aquella multitud de combatientes? No; había partido confiado y su confianza no se había debilitado en el camino.

El condado de Dublín pertenece a la provincia de Leinster. Montañoso al sur, ondulado al norte, es muy productivo en lino y avena. No es ésta su riqueza, sin embargo. El mar, el comercio marítimo, el que se cifra en un movimiento anual de tres millones y medio de toneladas y doce mil navíos, es lo que da a la capital de Irlanda el séptimo rango entre los puertos del Reino Unido.

La bahía de Dublín, en el fondo de la cual se eleva esta ciudad, cuyo

perímetro es de once millas, puede resistir la comparación con las más hermosas de Europa. Se extiende del puerto meridional de Kingstown al puerto septentrional de Houth. El de Dublín está formado por la ensenada de Liffey. Dos walls prolongados en el mar, para contener los bancos de arena, han destruido la barra que hacía el acceso difícil y permiten a los barcos subir veinte pies por el río, hasta el primer puente Bridge-Carlisle.

Conviene llegar a esta capital por mar en un día de buen sol, cuando el cortinaje de brumas ha desaparecido, si se quiere abarcar de una mirada su magnífico conjunto. Hormiguita y Bob no habían tenido esta suerte. La noche era sombría, la atmósfera espesa, cuando llegaron a las primeras casas del arrabal, después de haber caminado a lo largo del ferrocarril que pone a Kingstown a veinte minutos de Dublín.

Poco encantador, poco regocijado, era el aspecto que presentaban los barrios bajos de la ciudad en medio de la bruma, agujereada por algunos mecheros de gas. La carreta, arrastrada por Birk, había seguido calles estrechas. Aquí y allá, casas pobres, tiendas cerradas. Por todas partes, la turba de miserables sin hogar... la abyección de la borrachera de whisky, la más espantosa de todas, engendrando disputas, injurias, violencias.

Los dos niños habían ya visto esto. No era para sorprenderles ni inquietarles. Sin embargo, ¡qué numerosos eran los niños de su edad tendidos en las puertas, en los rincones de las calles, en apretados montones, con los pies y la cabeza desnudos, medio cubiertos de andrajos! Hormiguita y Bob pasaron ante la confusa masa de una iglesia, una de las dos catedrales protestantes, restaurada gracias a los millones del gran cervecero Lee Guinness y del gran destilador Roe. En la torre, con su veleta octogonal, palpitante por las vibraciones de las ocho campanas, sonaban las nueve.

Bob, muy fatigado por la rápida y larga jornada desde Bray, había tomado asiento en la carreta. Hormiguita empujaba para ayudar a Birk. Buscaba una posada cualquiera donde pasar la noche y abandonarla por otra mejor al siguiente día. Sin saberlo atravesaba el barrio llamado «Las libertades», a la entrada de su calle principal San Patricio, que va desde la citada catedral a la otra de Christ-Church, calle larga, flanqueada de casas, cómodas otras veces, ahora pobres, llena de callejuelas malsanas, de «lanes» infectos, donde abundan los horribles cuchitriles parecidos al de la Hard. Éste fue un recuerdo espantoso que impresionó el ánimo de Hormiguita. Y sin embargo, no estaba en una ciudad de

Donegal; estaba en Dublín, la capital de Irlanda; poseía entonces más guineas ganadas en su comercio que farthings tenían en sus bolsillos todos aquellos pordioseros. Así, buscó no uno de esos sitios sospechosos donde la seguridad es dudosa, sino una posada algo decente, donde la comida y la cama fueran de un precio asequible.

Encontróla, afortunadamente, en medio de Saint-Patrick-Street: una fonda de modesta apariencia, donde metieron la carreta. Después de comer los dos niños, subieron a una estrecha habitación. Aquella noche no les hubieran despertado todos los campanarios de las catedrales, todo el tumulto de «Las libertades».

Se levantaron al amanecer. Se trataba de practicar un reconocimiento, como hace un estratega del sitio donde se apresta a combatir. Lo indicado era ir en busca de Grip; nada más fácil que encontrarle, si el Vulcan estaba de vuelta en Dublín, su puerto de parada.

—¿Llevaremos a Birk? —preguntó Bob.

—Sin duda —respondió Hormiguita—. Es preciso que empiece a conocer la ciudad.

Y Birk no se hizo rogar.

Dublín describe un óvalo de un diámetro de tres millas. El Liffey, entrando por el oeste y saliendo por el este, lo divide en dos partes casi iguales. En su desembocadura, esta arteria forma un doble canal que rodea la ciudad; al norte el Royal-Canal, que sigue el Midland —Great-Western-railway; al sur el Gran Canal, cuyo trazado, prolongándose hasta Galway, pone en comunicación el océano Atlántico con el mar de Irlanda.

Saint-Patrick cuenta entre sus habitantes —y éstos son los más ricos —los prenderos de origen judío. En casa de éstos es donde se compran esos antiguos pertrechos que componen los vestidos usuales de los Paddy de la clase baja, camisas llenas de piezas, faldas hechas jirones, pantalones remendados con retazos heteróclitos, sombreros de hombre indescriptibles, sombreros de mujer adornados de flores. Allí también se empeñan los harapos por algunos peniques, que los borrachos y borrachas se beben pronto en los «inns» de la vecindad, donde se venden el whisky y la ginebra. Estas tiendas atraieron la atención de Hormiguita.

En las calles no había casi animación a aquella hora de la mañana. En Dublín la gente es poco madrugadora; allí, por otra parte, la industria es mediana. Pocas fábricas, a no ser algunos establecimientos que trabajan la seda, el lino, la lana, y principalmente la muselina, cuya fabricación fue en otra época importada por los franceses emigrados después de la revocación del edicto de Nantes. Verdad es que las cerveceras y destilerías son florecientes. Aquí se alza la importante y renombrada destilería de whisky de mister Roe. Allí la cervecera de mister Guinness, de un valor de ciento cincuenta millones de francos, que comunica por galerías subterráneas con el dock de Victoria, de donde parten cien navíos que llevan la cerveza a ambos continentes. Pero si la industria perece, el comercio, al contrario, tiende a acrecentarse sin cesar, y Dublín ha llegado a ser el primer mercado del Reino Unido, en lo que concierne a la exportación de cerdos y ganado mayor. Hormiguita sabía estas cosas por haberlas aprendido leyendo las estadísticas cuando vendía periódicos y folletos.

Ganando la parte del Liffey, Bob y él no perdían nada de lo que se ofrecía a su vista. Bob, muy locuaz, hablaba sin cesar, siguiendo su costumbre.

—¡Ah! ¡Esta iglesia! ¡Ah! ¡Esta plaza! ¡Qué edificio más grande!

El edificio era la Bolsa, el Royal-Exchange. A lo largo de Dame-Street estaba la City-Hall, el Commercial-Building, sala donde se reunían los negociantes de la ciudad. Más lejos aparecía el palacio bajo, la montaña de Cork-Hill, con su enorme torre y sus pesadas construcciones de ladrillo. En otro tiempo fortaleza restaurada por Isabel I, y que sirve de residencia al gobernador. Más allá se dibujaba el parque Stephen, ornado con la estatua ecuestre de Jorge I, en bronce, tapizado de verdes prados, sombreado de hermosos árboles, bordeado de casas tan tristes como simétricas, de las que el palacio del arzobispo protestante y el Board-room son las mayores. A la derecha, el Square-Merrion, donde se eleva la antigua casa de Leinster, el hotel de la Sociedad Real, con la fachada estilo corintio y vestíbulo dórico, y también la casa donde nació O'Connell.

Hormiguita, dejando charlar a Bob, reflexionaba, buscando el medio de sacar una idea práctica de lo que veía. ¿Cómo haría crecer su pequeña fortuna? ¿A qué género de comercio se dedicaría para doblarla... triplicarla?

Sin duda, caminando al azar a través de las calles miserables confinantes

con los barrios ricos, los dos niños se extraviaron más de una vez. Esto explica por qué una hora después de haber abandonado SaintPatrik-Street no habían llegado aún a los muelles del Liffey.

—¿No hay, pues, río? —repitió Bob.

—Sí; un río que desemboca en el puerto —respondió Hormiguita.

Y continuaron su exploración alejándose en muchas vueltas. Así, más allá del castillo, llegaron ante un vasto conjunto de construcción de cuatro pisos de piedra de Portland, con una fachada griega de cien metros de altura, un frontón sobre cuatro columnas corintias y dos pabellones con pilastras. En torno a ello se desarrolla un verdadero parque donde los jóvenes se entregan a actividades deportivas.

¿Era, pues, un gimnasio? No; era la Universidad fundada por la reina Isabel, el Trinity —College, como se llama oficialmente. Aquellos jóvenes eran los estudiantes irlandeses, furiosos deportistas que rivalizan en audacia con sus camaradas de Cambridge y de Oxford. Éstos no se parecían en nada a la Ragged-School de Galway y el rector debía ser diferente de mister O'Bobkins.

Bob y Hormiguita tomaron por la derecha, y no habían andado cien pasos cuando el niño gritó.

—¡Mástiles! ¡Veo mástiles! —De modo, Bob, que hay río.

Mas sólo se veía el extremo de estos mástiles por encima de las casas de un muelle. De aquí la necesidad de encontrar una calle que bajase hacia el Liffey, y los dos niños corrieron en tal dirección precedidos de Birk, que iba con el hocico en tierra y la cola agitándose como si siguiese una pista.

De esto resultó que sólo concedieron una distraída mirada a la catedral de Chris-Church, y preciso es que se hubieran extraviado, pues entre las dos catedrales no hay más distancia que la de Saint-Patrik-Street. Sin embargo, era una iglesia curiosa, la más antigua de Dublín, del siglo XII, en forma de cruz latina, como una torre cuadrada, como un torreón sobre cuatro columnas y tejados puntiagudos. ¡Bah! Ya tendrían tiempo de visitarla más tarde.

Aunque Dublín tiene dos catedrales protestantes y un arzobispo anglicano, no se vaya a creer por esto que la capital de Irlanda pertenece a la religión

reformada. No. Los católicos, bajo la dirección de un arzobispo, están en una proporción de dos terceras partes por lo menos, y existen iglesias donde el culto romano se celebra con toda magnificencia, tales como la Concepción, San Andrés, una capilla metropolitana de estilo griego, la iglesia de los jesuitas, sin hablar de una basílica que se piensa construir sobre un plano monumental en el barrio de Thomas-Street.

Al fin Hormiguita y Bob llegaron a la orilla derecha del Liffey. —¡Qué hermoso es! —dijo uno.

—Jamás hemos visto nada tan hermoso —respondió el otro.

Y de hecho, en Limerick o en Cork, sobre el Shannon o el Lee, en vano se buscaría aquella admirable perspectiva de malecones de granito, bordeados de soberbias casas; a la derecha, las de Ushers, Aleschants, Wood, Essex; a la izquierda, las de Ellis, Aran, King's Inn y otras.

No es en aquella parte del Liffey donde amarran los navíos. Su bosque de mástiles aparecía a la izquierda.

—Aquéllos son los docks, sin duda —dijo Hormiguita.

—Vamos allá —respondió Bob, al que la palabra docks picaba la curiosidad.

Nada más fácil que atravesar el Liffey. Los dos barrios de Dublín se comunican por nueve puentes, y el último, al este de Carlisle-bridge, el mejor de todos, pone en comunicación Westmoreland-street y Sackevillestreet, citadas entre las más bellas calles de la capital.

Los dos niños no marcharon por Sackeville-street, lo que les hubiera alejado de los docks, donde les atraían los barcos. Pero en primer lugar examinaron uno a uno los navíos anclados en el Liffey más abajo de Carlisle-bridge. Tal vez el Vulcan estaba allí. Lo hubieran reconocido entre mil. No se olvida un barco que se ha visitado, sobre todo cuando Grip es su primer fogonero.

El Vulcan no estaba en los muelles del Liffey. Podía ser que aún no hubiese vuelto, o que estuviera amarrado en medio de los docks o en la dársena de reparaciones para alguna operación de carena.

Hormiguita y Bob siguieron el muelle bajando por la orilla izquierda. Tal vez el uno, absorto por el pensamiento del Vulcan, no vio el Customhouse, la aduana, que es un vasto edificio cuadrangular de cien pies de altura, decorado por la estatua de la Esperanza. El otro se detuvo un instante a contemplarlo. ¿Tendría alguna vez mercancías que serían sometidas a las visitas de esta aduana? ¿Había nada más envidiable que pagar los derechos por los cargamentos traídos de lejanos países? ¿Tendría alguna vez esta satisfacción?

Llegaron a los docks de Victoria. En aquella ensenada, corazón de la ciudad comercial, había navíos, unos cargando, otros descargando.

Bob lanzó un grito. —El Vulcan. ¡Allí, allí!

No se equivocaba. El Vulcan estaba en el muelle embarcando mercancías.

Algunos instantes después, Grip, al que ninguna ocupación retenía a bordo, se reunía con sus dos amigos.

—Al fin, ya estáis aquí —repetía estrechándoles en sus brazos hasta sofocarles.

Los tres subieron por el muelle, y deseosos de hablar más a gusto ganaron la orilla del

Royal-Canal, a la derecha del lugar donde desemboca en el Liffey. Este lugar estaba casi desierto.

—¿Y desde cuándo estáis en Dublín? —preguntó Grip, que les había cogido del brazo.

—Desde ayer por la noche —respondió Hormiguita. —¡Solamente! Veo que has tardado en decidirlo.

—No, Grip. Después de tu partida había tomado la resolución de dejar Cork.

—Bien. De eso hace tres meses ya, y yo he tenido tiempo de ir dos veces a América y volver. Siempre que me he detenido en Dublín he recorrido la ciudad, pensando encontrarte. Pero ni sombra de Hormiguita ni de Bob, ni de ese buen animal de Birk. Entonces te escribí. ¿No has recibido mi carta?

—No, Grip; y esto obedece a que no debíamos estar en Cork cuando ella llegó. Hace ya dos meses que nos pusimos en camino.

—¡Dos meses! —exclamó Grip. ¿Qué tren habéis tomado para venir? —¿Qué tren? —respondió

Bob mirando maliciosamente al fogonero... El de nuestras piernas...

—¿Habéis hecho todo el camino a pie? —A pie y por el camino más largo. —¡Dos meses de viaje! —exclamó Grip. —¡Que no nos ha costado nada! —dijo Bob.

—¡Y en el que hemos ganado una bonita suma! —añadió Hormiguita. Preciso fue contar a Grip lo acaecido en aquella fructuosa expedición; la carreta arrastrada por Birk, la venta de los diversos artículos en las ciudades y en las granjas, la especulación con los pájaros... una idea de Bob. Y las pupilas de éste brillaban, como dos puntos de fuego.

Después la parada en Bray, el encuentro con el heredero de los Piborne, la mala acción del joven, y lo que siguió de aquí.

—¿Le golpeaste duro, al menos? —preguntó Grip.

—No, pero ese miserable Asthon estaba más humillado de verse en tierra bajo mi rodilla que si le hubiese golpeado.

—Es igual; yo le hubiese pegado encima.

Durante la narración de estas interesantes aventuras, la alegre trinidad subía por la orilla derecha del canal. Grip pedía siempre nuevos detalles. No ocultaba su admiración ante Hormiguita. ¡Qué instinto poseía del comercio! ¡Qué genio, que sabía comprar y vender, que sabía contar, por lo menos tan bien como mister O'Bodkins! Cuando Hormiguita le dijo que tenía ciento cincuenta libras en caja, exclamó:

—Entonces eres tan rico como yo. Solamente que yo he tardado seis años en ganar lo que tú en seis meses. Te repito lo que te dije en Cork: harás fortuna.

—¿Dónde?

—Por donde quiera que vayas —respondió Grip con el acento de la más

absoluta convicción. En Dublín, si te quedas aquí. En otro lado, si vas a otro lado.

—¿Y yo? —preguntó Bob.

—También tú, con la condición de que se te ocurran ideas como la de los pájaros.

—Las tendré.

—Y que no hagas nada sin consultar al patrón. —¿Quién?...

—¡Hormiguita! ¿No te ha hecho el efecto de un patrón? —Y bien —dijo éste—, hablemos de nuestros asuntos.

—Sí, pero después de almorzar. Estoy libre todo el día. Conozco la ciudad como las calderas o las cuevas del Vulcan. Es preciso que yo te dirija y que recorramos juntos Dublín. Tú verás lo que más te conviene hacer.

Almorzaron en una taberna de marineros, en el muelle. Se almorzó bien, pero sin repetir las magnificencias del inolvidable festín de Cork. Grip contó sus viajes con gran gusto de Bob. Hormiguita escuchaba, siempre pensativo, superior a su edad por el desarrollo de su inteligencia, lo serio de sus ideas, la tensión permanente de su espíritu. Parecía haber nacido a los veinte años, y que ahora tuviera treinta.

Grip dirigió a sus amigos hacia el centro de la ciudad, aproximándose al Liffey. Allí estaba el centro opulento. Gran contraste con los sitios pobres, pues en la capital de Irlanda no hay punto de transición. La clase media falta en Dublín. El lujo y la pobreza se codean. El barrio elegante se extiende hasta Stephens'square. Allí había esa burguesía elevada, de educación amable, instrucción cultivada, y que por desdicha se divide en las cuestiones políticas y religiosas.

Sackeville es una calle espléndida, bordeada de elegantes casas, con suntuosas tiendas y pisos de anchas ventanas. Esta larga arteria está inundada de luz cuando hace buen tiempo, y de aire cuando soplan las brisas del este. Su nombre patriótico es el de O'Connell-Stret. En ella, la Liga Nacional ha fundado su comité central, cuya muestra resplandece en letras de oro.

Pero en esta hermosa calle, ¡cuántos pobres andrajosos acostados sobre las aceras, agrupados en las puertas, acodados en los pedestales de las estatuas! Tanta miseria no dejó de impresionar a Hormiguita, por acostumbrado que a ella estuviese. En verdad, lo que parecía casi aceptable en el barrio de Saint-Patrick, desentonaba en Sackeville Street.

Una particularidad sorprendente también era el gran número de niños ocupados en la venta de periódicos. La Gaceta de Dublín, el Dublin Express, el Nacional Press, el Freeman's Journal, los principales órganos católicos y protestantes, y bastantes otros.

—¿Eh? —dijo Grip—. ¡Qué montón de vendedores en las calles, en las estaciones, en los muelles!

—¡Un oficio que no se puede seguir aquí!—observó Hormiguita.—Ha resultado en Cork, pero no resultaría en Dublín.

Nada más exacto: la competencia era temible, y la carreta de Birk, llena por la mañana, hubiera corrido el riesgo de seguir estándolo por la noche.

Continuando el paseo, llegaron a otras calles magníficas, con hermosos edificios; el de Correos, cuyo pórtico central descansa sobre dos columnas de orden jónico. Hormiguita pensaba en la enorme cantidad de cartas que están allí, como una nube de pájaros que vuelan sobre el mundo entero.

—De aquí —dijo Grip —se te entregarán las cartas dirigidas a ti... ¡mister Hormiguita, comerciante... Dublín!

El joven no podía menos de sonreírse ante las manifestaciones exageradas y entusiastas de su antiguo compañero de la Ragged-School. Vieron el edificio del Palacio de justicia, con su larga fachada de sesenta y seis toesas, su cúpula, sus doce ventanas, que el sol iluminaba aquel día.

—Espero —dijo Grip —que no entrarás jamás en relaciones con este edificio.

—¿Y por qué?

—Porque es una caldera como la del Vulcan; solamente que no es carbón lo que consume, sino clientes que se queman a fuego lento, y que los mercaderes de

leyes meten en el horno.

—No se hacen negocios sin arriesgar procesos, Grip.

—Pues procura tener los menos posibles. Cuestan caros cuando se ganan, y arruinan cuando se pierden.

Y Grip sacudió la cabeza con aire inteligente. Pero cambiose de tono cuando los tres admiraron un edificio circular, cuyo trazado arquitectónico reproducía los esplendores del orden dórico.

—¡El Banco de Irlanda! —exclamó Grip saludando—. He aquí un sitio donde deseo entrar veinte veces por día. ¡Hay cofres tan grandes como casas! ¿No te gustaría vivir en una de estas casas, Bob?

—¿Son de oro?...

—No; ¡pero está en oro todo lo que hay dentro! Espero que en ella guarde su dinero Hormiguita algún día.

¡Siempre las mismas exageraciones, que salían de un corazón convencido! Hormiguita escuchaba a medias, mirando aquel espacioso edificio, donde tantas fortunas acumuladas formaban «montones de millones, unos sobre otros», a creer al fogonero del Vulcan.

Siguiose el paseo, marchando sin transición de calles miserables a calles felices; aquí los ricos, holgazaneando la mayor parte; allí los pobres, tendiendo la mano, sin tratar de apiadar mucho al paseante.

Y por todas partes policía, con el skiff en la mano, y también, para asegurar la tranquilidad de la isla-hermana, con el revólver a la cintura. Es la efervescencia de las pasiones políticas la que produce esto. ¿Hermanos los Paddys? Sí; en tanto que una disputa religiosa, o una cuestión de homerules, no excite a los unos contra los otros. Entonces son incapaces de contenerse. Es la antigua sangre de los galos que corre por sus venas, y llegarían a justificar este refrán de su país: «Poned a un irlandés en el asador, y encontraréis siempre otro irlandés para volverle».

¡Cuántas estatuas mostró Grip a sus amigos en esta expedición! ¡Un medio siglo más, y habrá tantas como habitantes! Imaginad una población en bronce y

mármol, de O'Connell, O'Brien, Wellington, Burke, Goldsmith, Grawan, Thomas Moore, de Crampton, Nelson, Guillermo de Orange y Jorge... Jamás Hormiguita y Bob habían visto semejante multitud de personajes ilustres sobre sus pedestales.

Entonces se dieron el placer de una excursión en coche, y mientras éste desfilaba ante otros edificios que atraieron sus miradas por su grandeza y disposición, preguntaban a Grip, y Grip no se quedaba nunca callado. Tan pronto era una cárcel, como uno de esos *work-house* donde se obliga a trabajar a las gentes por una exigua retribución.

—¿Y esto? —preguntó Hormiguita, designando un vasto edificio en Coombe-Street.

—¿Eso? —respondió Grip —es la Ragged-School.

¡Qué de dolorosos recuerdos despertó este nombre en Hormiguita! Pero si en uno de estos tristes asilos era donde tanto había sufrido, allí encontró a Grip, y esto era una compensación. ¡Detrás de aquellos muros había todo un mundo de niños abandonados!

Verdad que ellos no se parecían en nada a aquellos infelices de Galway, de los que tan poco se cuidaba mister O'Bobkins; llevaban jersey azul, su pantalón gris, buenos zapatos, gorra. Obedece esto a que la Sociedad de las Misiones de la Iglesia de Irlanda, propietaria de esta escuela, busca pensionistas tanto para educarlos y alimentarlos, como para inculcarles los principios de la religión anglicana. Añadamos que las Ragged-School católicas, dirigidas por religiosos, no dejan de hacerle una feliz competencia.

En fin, siempre dirigidos por su guía, Hormiguita y Bob abandonaron el coche a la entrada de un jardín situado al oeste de la ciudad y en el que el Liffey forma el límite inferior.

¿Un jardín? Más bien un parque de mil setecientos cincuenta acres.

Llámase Phcenix-Park y Dublín puede enorgullecerse de él. Bosques soberbios, musgos verdosos donde pacen vacas y carneros, parterres resplandecientes de flores, campos de maniobras para las revistas, vastos cercados propios para los ejercicios de polo y de fútbol, ¿qué falta a aquel pedazo de campo conservado en medio de la ciudad? No lejos del gran paseo

central se eleva la residencia de verano del gobernador, lo que ha hecho crear una escuela, un Hospital militar, un barrio para los artilleros y una caseta para los policías.

Se mata sin embargo en Phcenix-Park, y Grip mostró a los niños dos incisiones en forma de cruz a lo largo de un foso. Es que allí, tres meses antes, el 6 de mayo, casi a los ojos del gobernador, el puñal de los invencibles, había herido mortalmente al secretario y al subsecretario de Estado por Irlanda, mister Burke y lord Frederic Cavendish.

Con un paseo hasta el Zoological-Garden, que está anejo, terminó aquella excursión a través de la capital. Eran las cinco cuando los dos amigos se despidieron de Grip para volver a su cuarto de Saint-Patrick Street. Se convino en que se verían todos los días, si esto era posible, hasta la partida del steamer.

Mas he aquí que Grip dijo a Hormiguita en el momento en que se iban a separar:

—Y bien, chico, ¿has tenido alguna idea esta tarde? —¿Una idea, Grip?

—Sí: ¿qué has decidido hacer?

—Lo que haré, no; pero sí lo que no haré, Grip. Continuar nuestro comercio de Cork no resultaría en Dublín. Hay mucha competencia para vender periódicos y folletos.

—Ésa es mi opinión.

—En cuanto a recorrer la calle con la carreta, ¿qué artículos podría vender? Y hay muchos del oficio. No. Tal vez sería preferible establecerse; alquilar una tiendecilla.

—Bien, chico, bien.

—Una tienda en un barrio por el que pase mucha gente, y gente rica; una de esas calles... de Las Libertades por ejemplo.

—¡No se podía imaginar mejor! —dijo Grip. —Mas, ¿qué se vendería? —preguntó Bob. —Cosas útiles y necesarias —respondió Hormiguita.

—¿Cosas que se coman, entonces? —preguntó Bob—. Pasteles, ¿no es eso? —¡Qué goloso! —exclamó Grip—. Los pasteles no son útiles.

—Sí, puesto que son buenos.

—No es bastante; es preciso, sobre todo, que sea necesario; —respondió Hormiguita—. En fin, veremos. Reflexionaré. Recorreré el barrio bajo. Hay revendedores que parecen tener buen comercio. Pienso que una especie de bazar.

—Eso. Un bazar —exclamó Grip, que veía ya la tienda de Hormiguita con una portada pintarrajeada y una muestra en letras doradas. —Pensaré en ello, Grip. No seamos impacientes. Conviene reflexionar antes de decidirse.

—Y no olvides que todo mi dinero está a tu disposición. Yo no sé emplearlo, y positivamente me fastidia tenerlo siempre sobre mí. —¿Siempre?

—Siempre en mi cinto. —¿Por qué no lo colocas? —Sí, contigo. ¿Lo quieres?

—Veremos más tarde, si nuestro comercio marcha bien. No es dinero lo que nos falta, sino la manera de emplearlo sin mucho riesgo y con provecho.

—No tengas miedo. Te repito que tu fortuna es segura. Te veo con centenares y millares de libras.

—¿Cuándo parte el Vulcan, Grip? —Dentro de ocho días.

—¿Y cuándo volverás?

—No antes de dos meses, pues vamos a ir a Boston, a Baltimore, no sé dónde, o más bien por todas partes donde haya un cargamento que tomar.

—¡Y que traer! —respondió Hormiguita con un suspiro de envidia. Separáronse al fin. Grip continuó por los docks, mientras Hormiguita, seguido de Bob y de Birk, atravesaba el Liffey para regresar al barrio de San Patricio.

¡Cuánto pobre encontraron en su camino! ¡Cuántos borrachos zozobrando bajo la influencia del whisky y de la ginebra!

¿De qué sirvió que el arzobispo Jean, en el concilio de 1186, reunido en la

capital de Irlanda, hubiese tronado tan furiosamente contra la embriaguez? Siete siglos después Paddy bebía más, y ni otro arzobispo ni otro concilio tuvieron nunca la razón de este vicio hereditario.

XI EL BAZAR DE «LOS PEQUEÑOS BOLSILLOS»

Nuestro héroe tenía entonces once años y medio; Bob, ocho. Dos edades que reunidas no hubieran formado aún la mayoría de edad legal. ¡Hormiguita lanzado a los negocios... fundando una casa de comercio. Preciso era ser Grip, es decir, una persona que le quería ciegamente y sin razonar, para creer que le iría bien en sus comienzos; que su negocio se extendería poco a poco, y en fin, que haría fortuna.

Lo cierto es que dos meses después de la llegada de los dos niños a la capital de Irlanda, el barrio de San Patricio poseía un bazar que tenía el privilegio de atraer la atención; la atención y también la clientela del barrio.

No vayáis a buscar ese bazar en una de aquellas calles pobres de «Las Libertades» que se entrecruzan en torno de Saint-Patrick-Street. Hormiguita había preferido aproximarse al Liffey y establecerse en Bedford-Street, el barrio del buen mercado, donde se compra, no lo superfluo, lo necesario. Siempre hay compradores para los artículos usuales, si éstos son de buena calidad y de módicos precios. Esto se lo decía la gran experiencia comercial del joven, cuando paseaba su carreta por las calles de Cork, y después a través de los condados de Munster y Leinster.

Era una verdadera tienda que Birk vigilaba con la fidelidad de un perro guardián, en vez de arrastrarla con la resignación de un pollino. La muestra decía: «A los pequeños bolsillos», humilde invitación dirigida al mayor número, y debajo: Little Boy, and Co.

Little Boy era Hormiguita; and Co., Bob... y Birk también, sin duda. La casa de Bedford-Street se componía de varios pisos, repartidos en tres plantas. El primero de éstos lo ocupaba el propietario, mister O'Brien, negociante en géneros coloniales, y actualmente retirado de los negocios, después de haber hecho fortuna; un robusto soltero que tenía buena reputación.

Mister O'Brien no dejó de quedar muy sorprendido cuando oyó a un niño de

once años y medio proponerle el alquiler de una de las tiendas del piso bajo, desalquilada hacía ya algunos meses. Pero quedó satisfecho de las respuestas sabias y prácticas que Hormiguita dio a sus preguntas. Sintió una verdadera simpatía por aquel niño, que le pedía que consintiese en un arriendo del que ofrecía pagar un año anticipado.

No hay que olvidar que nuestro héroe representaba más edad de la que tenía, gracias al desarrollo de su cuerpo y a lo ancho de sus hombros. Pero aunque hubiese tenido catorce o quince años, ¿no era demasiado joven para emprender un comercio, fundar una tienda, hasta bajo este modesto lema: «A los pequeños bolsillos»?

Mister O'Brien no trató el asunto como otros lo hubieran tratado. Aquel joven, decentemente vestido, que se presentaba con cierta seguridad y explicándose de una manera conveniente, no le desagradaba, y le escuchó hasta el fin. Interesole vivamente la historia de aquel pobre abandonado, sin familia; las luchas contra la miseria; las crueles pruebas a que había estado sometido; su comercio de periódicos y folletos en Cork; su viaje hasta la capital. Reconoció en Hormiguita cualidades tan serias, apoyadas en argumentos sólidos; vio en su pasado —¡el pasado de un niño de aquella edad!—tan seguras garantías para el porvenir, que se sintió seducido. El antiguo comerciante dispensó, pues, buena acogida a Hormiguita, y le prometió ayudarle con sus consejos, tomando la resolución de seguir de cerca los ensayos de su joven inquilino.

Firmado el contrato, pagado un año anticipado, Hormiguita llegó a ser uno de los comerciantes de Bedford-Street.

Los mercados donde están las provisiones.

El piso bajo alquilado por Little Boy and Co., se componía de dos piezas; la una a la calle, la otra a un patio. La primera debía servir de tienda, de vivienda la segunda. En el fondo se abría un estrecho gabinete y una cocina con fogón de coque, destinado a la cocinera el día en que Hormiguita tomase una. Por entonces no lo hizo. Para la comida de los dos hubiera sido un gasto inútil. Comerían cuando tuvieran tiempo, cuando no hubiera compradores a quienes servir. La clientela ante todo.

¿Por qué no habían los compradores de frecuentar aquella tienda, dispuesta con tanto cuidado e inteligencia y limpieza? Ofrecía muchos artículos. Con el

dinero que le quedó después de haber pagado el alquiler, nuestro joven patrón había comprado a los mercaderes al por mayor o a los fabricantes los objetos expuestos en los escaparates y anaqueles del bazar «Pequeños bolsillos».

En primer lugar, en la sala de ventas del barrio había encontrado por poco precio seis sillas y un escritorio. Sí, un escritorio con su cartera y cajones cerrados con llaves, pupitre, plumas, tintero y registros. En cuanto al mobiliario de la otra habitación, comprendía una cama, una mesa y un armario destinado a los trajes y la ropa blanca. En fin, nada más que lo estrictamente necesario. Y sin embargo, de las ciento cincuenta libras llevadas a Dublín y que formaban el capital disponible, se habían gastado las dos terceras partes. No era prudente ir más lejos y sí guardar alguna reserva. Las mercancías vendidas serían repuestas de modo que el bazar estuviera siempre aprovisionado.

Claro es que para llevar la contabilidad con una perfecta regularidad, era preciso el Diario para las ventas diarias, y el Mayor —¡el Mayor de Hormiguita! —para los balances, a fin de que el estado de la caja —¡la caja de Hormiguita!— fuese comprobada todas las noches. Mister O'Bodkins, de la Ragged-School, no lo hubiera hecho mejor.

¿Y qué se encontraba en el bazar de Little Boy? Un poco de todo lo que se vendía corrientemente en el barrio. Si el papalista no ofrece al cliente más que papel; el ferretero ferretería; el librero libros, nuestro héroe se había ingeniado para mezclar artículos de escritorio, utensilios de casa, almanaques, manuales. Se podía hacer en «Los pequeños bolsillos» un gran gasto, a precio fijo, como se indicaba en la muestra. Al lado del anaquel de cosas útiles, había el anaquel de juguetes, barcos, rastrillos, pelotas, juguetes para todas las edades, de cinco a doce años, se entiende. Era un anaquel que Bob vigilaba y disponía con gran cuidado y gusto. Su patrón no cesaba de repetirle:

—¡Sé serio, Bob! ¡Si no lo eres, habrá que creer que nunca lo serás! En efecto, Bob iba a cumplir ocho años, y si no se es razonable a esa edad, es que jamás se será.

No hay para qué seguir día por día los progresos que hizo el Little Boy and Co. en la estimación y confianza del público. Baste saber que el éxito fue rápido; y mister O'Brien quedó maravillado de las disposiciones de su inquilino para el comercio. Bueno es comprar y vender, pero mejor saber comprar y vender. Tal había sido el método del antiguo comerciante en el espacio de muchos años,

operando con gran sentido y economía para hacer fortuna. Verdad es que había comenzado a los veinte o veinticinco años, no a los doce. Así, participando de las ideas de Grip en este asunto, entreveía que Hormiguita haría rápidamente fortuna.

—¡Sobre todo, no hay que ir muy de prisa! —no cesaba de decirle. —No, señor—respondía Hormiguita—; iré con prudencia, pues tengo mucho camino que andar, y es preciso no cansar las piernas.

Importa observar —a fin de explicar el éxito algo extraordinarioque el nombre del bazar se había divulgado rápidamente a través de toda la ciudad. Un bazar fundado y regido por dos niños, un amo de la edad en que se va a la escuela, y su asociado —and Co —de la edad en que se juega al cantillo, era más de lo que se necesitaba para atraer la atención y la clientela y poner de moda el establecimiento. Hormiguita, además, no había descuidado insertar en los periódicos algunos anuncios pagados a tanto la línea. Pero sin necesidad de pagarlos, obtuvo artículos sensacionalistas en la primera página de la Gaceta de Dublín, en el Freeman's Journal y en otros periódicos de la capital. Los reporteros no tardaron en tomar cartas en el asunto; y Little Boy and Co. —¡sí, Bob también!— fueron sujetos a entrevistas, con tanta minuciosidad como el excelente mister Glasdtone. No diremos que la celebridad de Hormiguita llegase a la de mister Parnell, pero se habló mucho de aquel joven comerciante de Bedford-Street, de su tentativa, que se captaba todas las simpatías. Llegó a ser el héroe del día —esto era lo más importante—, y su bazar fue muy visitado. Inútil es decir con qué amabilidad y cortesía era acogida la clientela. ¡Hormiguita con la pluma en la oreja, con la vista en todo, Bob con la cara despierta, los ojos vivos y la cabellera rizada, una verdadera cabeza de perro de aguas, que las señoras acariciaban como la de uno de éstos! Sí. Verdaderas señoras, ladys y misses, que venían de SackevilleStreet, de Rutland-Place, de los diversos barrios habitados por el gran mundo. Entonces la anaquelería de los juguetes se vaciaba en algunas horas, los coches tomaban el camino de los parques, los barcos se dirigían a los estanques. ¡Por San Patricio! Bob no paraba. Los niños frescos y sonrosados, encantados de comprar a un mercader de su edad, no querían ser servidos más que por él.

El éxito es cierto con tal que dure. ¿Duraría el de Little Boy and Co.? En todo caso, Hormiguita no economizaría ni su trabajo ni su inteligencia.

Superfluo es añadir que desde la llegada del Vulcan a Dublín, la primera

visita de Grip había sido para sus amigos.

Servirse de la palabra «maravillado», no bastaría para pintar su estado de ánimo; un sentimiento de admiración le cogió el corazón. Jamás había visto él nada parecido a aquella tienda de Bedford-Street y a creerle, desde la instalación del bazar, Bedford-Street hubiera podido sostener la competencia con la calle Sackeville de Dublín; con el Strand de Londres; con el Broadway de Nueva York, con el bulevar de los Italianos de París. En cada venta, él se creía obligado a comprar alguna cosa, para hacer marchar el comercio, que por lo demás iba bien sin él. Un día, una cartera destinada a reemplazar la que nunca había tenido; otro, un lindo brick pintarrajeado para regalarlo a los niños de uno de sus compañeros del Vulcan, el cual no había sido padre en su vida. Lo que compró de más precio fue una admirable pipa de imitación de espuma con boquilla de cristal amarillo figurando ámbar.

Y repetía a Hormiguita, al que obligaba a aceptar el precio de sus compras.

—Eh, chiquillo. Esto va deprisa ¿eh? Hete aquí comandante a bordo de «Los pequeños bolsillos»... ¡y tú no tienes más que aumentar tus fuegos! Ya está lejos el tiempo en que corríamos por las calles de Galway, o temblábamos de hambre y frío en el desván de la Ragged-School. A propósito, ¿han ahorcado al tuno de Carker?

—Aún no, que yo sepa, Grip.

—Ya vendrá... ya vendrá, y tú tendrás cuidado de guardarme el diario que describa la ceremonia.

Y Grip volvía a bordo, el Vulcan se hacía a la mar, y algunas semanas después el fogonero reaparecía en el bazar, donde se arruinaba con nuevas compras.

Un día Hormiguita le dijo:

—¿Sigues creyendo, Grip, que yo haré fortuna?

—¡Si lo creo!... Como creo que nuestro camarada Carker acabará por ser ahorcado. Esto era para él el no va más de lo seguro.

—Pues bien; y tú, Grip, ¿no piensas en el porvenir?

—¿Yo? ¿Para qué? ¿No tengo un oficio que no cambiaría por ningún otro?

—Un oficio penoso y que no produce nada.

—¿Nada? Cuatro libras al mes, y el alimento, y casa caliente... hasta demasiado a veces.

—¡Y en un barco!... —hizo observar Bob, cuya mayor felicidad hubiera sido poder navegar a bordo de aquellos que vendía a los niños. —No importa, Grip —añadió Hormiguita—. Siendo fogonero nunca se ha hecho fortuna, y Dios quiere que se haga.

—¿Estás seguro? —preguntó Grip, moviendo la cabeza—. ¿Está eso en sus mandamientos?

—Sí —respondió Hormiguita—. Quiere que se haga fortuna, no solamente para ser feliz, sino para hacer felices a los que no lo son y merecen serlo.

Y pensativo, con el espíritu muy lejos, tal vez nuestro héroe veía en sus recuerdos a Sissy, su compañera en casa de la Hard, y a la familia MacCarthy, de la que no había encontrado huellas, y a su ahijada Jenny, todos miserables sin duda... mientras él...

—Veamos, Grip, piensa bien en lo que me vas a responder. ¿Por qué no te quedas en tierra?

—¿Abandonar el Vulcan?

—Sí; abandonarlo para asociarte conmigo. ¿Sabes? Little Boy and Co. Pues bien, and Co. tal vez no está suficientemente representado por Bob, y añadiéndote a ti...

—¡Oh! Amigo Grip —repitió Bob—. ¡Nos daría esto tanto placer a ambos!

—A mí también —respondió Grip, muy conmovido por la proposición—. Pero ¿queréis que os diga una cosa?

—Dila.

—Pues bien, yo tengo demasiada edad. —¿Demasiada edad?

—Sí. Si se me viera en la tienda ya no sería Little Boy and Co. Es preciso que and Co., sea pequeño para atraer gente. Yo os haría daño. Por ser niños ambos, es por lo que vuestro negocio marcha tan bien.

—Tal vez tengas razón, Grip —respondió Hormiguita—. Pero nosotros creceremos.

—Creceremos —añadió Bob levantándose sobre la punta de sus pies. —Ciertamente; y procurar el que no sea demasiado pronto.

—Esto no se puede evitar —dijo Bob.

—No. Así, ved de hacer vuestro negocio antes de dejar de ser niños. ¡Qué diablo! Yo tengo cinco pies y seis pulgadas. Con esta medida no se está bien a vuestro lado. Pero si no puedo ser tu asociado, Hormiguita, ya sabes que mi dinero es tuyo.

—No tengo necesidad de él.

—Como gustes. Si quieres ampliar tu comercio... —No podríamos los dos solos.

—Pues bien, ¿por qué no tomáis una mujer para vuestro servicio? —Ya he pensado en ello, Grip, y el excelente mister O'Brien me lo ha aconsejado.

—Y tiene razón. ¿No conoces una criada de confianza? —No, Grip.

—Buscando se encuentra.

—Espera, pues... pienso en ello; una antigua amiga... Kat...

Este nombre provocó un alegre ladrido. Era Birk, que se mezclaba en la conversación. Al oír el nombre de la lavandera de Trelingar-Castle, dio dos o tres saltos inverosímiles, agitó la cola como una liebre y sus ojos brillaron.

—¡Ah! Te acuerdas, Birk —le dijo su amo—. Kat, ¿no es verdad? La buena Kat.

Birk, yendo a la puerta, pareció no esperar más que una orden para correr a

toda velocidad en dirección al castillo.

Grip fue puesto al corriente del caso. Ninguna mejor que Kat. Era preciso hacerla venir. Se ocuparía de la cocina. No se la vería. No comprometería con su presencia la razón social Little Boy and Co.

¿Pero estaba en Trelingar-Castle? ¿Vivía aún?

Hormiguita escribió por el primer correo. A los dos días recibía contestación en unas letras gruesas, pero legibles, y no habían transcurrido cuarenta y ocho horas cuando Kat se apeaba en la estación de Dublín. ¡Cómo fue recibida por su protegido después de dieciocho meses de separación! Hormiguita cayó en sus brazos y Birk saltó a su cuello. No sabía ella a cual de los dos responder.

Lloraba; y cuando se vio instalada en su cocina, cuando hizo conocimiento con Bob, gozó aún más.

Y aquel día Grip tuvo el honor y la dicha de participar con sus jóvenes amigos la primera comida preparada por la excelente Kat. Al día siguiente, cuando el Vulcan se hizo a la mar de nuevo, jamás había llevado un fogonero más satisfecho de su suerte.

Se preguntará si Kat, que se hubiera contentado con la comida y el alojamiento, desde que estaba alimentada y alojada por su querido niño, tenía sueldo. Ciertamente, y tan bueno, como cualquier sirviente del barrio, sueldo que se aumentaría si hacía bien el servicio. El servicio de Little Boy después del servicio de Trelingar-Castle no era difícil. Ella no quiso jamás tutear a su amo. Éste no era ya el *groom* del conde Asthon; era el dueño de «Los pequeños bolsillos». Bob mismo en su calidad de and Co. no fue llamado más que mister Bob, y Kat reservó el tuteo para Birk. ¡Se querían tanto Birk y Kat!

¡Qué ventaja tener aquella noble mujer en casa! ¡Qué orden hubo en la misma; qué limpieza en las alcobas y en la tienda! Ir a comer en una fonda vecina era más propio de un dependiente que de un amo. Las conveniencias exigen que coma en su propia mesa. Esto es a la vez más digno y mejor para la salud, cuando se posee una entendida cocinera; y Kat sabía cocinar tan bien como lavar, repasar y acomodar la ropa blanca, cuidar los vestidos... en fin, una criada modelo, económica y de una probidad de la que se burlaban los criados de Trelingar-Castle. Pero ¿á qué volver la atención a la familia Piborne? Que el

marqués y la marquesa continúen vegetando en su fastuosa inutilidad, y no hablemos más de ellos.

Lo que importa mencionar es que el año 1883 terminó con un balance muy ventajoso para Little Boy and Co. Durante la última semana apenas pudo el bazar servir los pedidos para Navidad y Año Nuevo.

El anaquel de los juguetes fue veinte veces renovado. Sin hablar de otros objetos de uso de los niños, no puede figurarse las chalupas, goletas, bricks de tres mástiles, y hasta paquebotes mecánicos, que Bob vendió. Igual ocurrió con otros artículos.

Entre el mundo elegante era de buen tono hacer las compras en la tienda de «Los pequeños bolsillos». Un regalo no era selecto sino a condición de llevar la marca de Little Boy and Co.

¡La fama creada por los pequeños a quienes les dan gusto sus padres!

Hormiguita no tenía por qué arrepentirse de haber abandonado Cork y su comercio de periódicos. Buscando más espacio a su comercio en la capital de Irlanda, había visto bien.

Consiguió la aprobación de misten O'Brien, gracias a su actividad y prudencia, atestiguada por la ampliación creciente de sus negocios, y eso sólo con sus recursos.

El antiguo comerciante se maravillaba de ver a aquel joven, que se había impuesto una regla de conducta sin apartarse jamás de ella. Por lo demás, sus consejos eran respetuosamente aceptados, ya que no su dinero, que él había ofrecido en varias ocasiones, como Grip el suyo.

Después de acabar su inventario de fin de año, inventario en el que mister O'Brien reconoció la más perfecta sinceridad, Hormiguita podía estar satisfecho: en los seis meses desde su llegada a Dublín había triplicado su capital.

XII ENCUENTRO INESPERADO

«A las personas que tengan alguna noticia de la familia Martin MacCarthy, antiguos labradores de la granja de Kerwan, condado de Kerry, parroquia de Siltan, se les suplica se sirvan transmitirlas a Little Boy and Co., Bedford-Street, Dublín».

Este aviso se publicó en la Gaceta de Dublín el 3 de abril de 1884: Hormiguita lo había redactado, llevado al periódico y pagado su inserción, a dos chelines por línea. Al día siguiente otros periódicos lo reproducían por el mismo precio. Según pensaba el joven, en ninguna cosa mejor podía emplear media guinea. ¿No era inadmisibile que olvidase a aquella honrada y desdichada familia, a Martin, Martina, Murdock, Kitty, su ahijada, Pat y Sim, a aquella familia de la que había sido hijo adoptivo? Deber suyo era intentarlo todo para encontrarla, para auxiliarla; ¡y qué alegría si alguna vez podía devolver en dicha lo que en cariño había recibido!

¿Dónde habían ido en busca de un asilo aquellas personas después de la destrucción de la granja? ¿Estaban en Irlanda ganando penosamente su pan día por día? Con el fin de escapar a las persecuciones ¿había Murdock tomado pasaje en algún barco de emigrantes y su padre y su madre participaban de su destino en alguna lejana comarca de Australia o América? ¿Pat, navegaba aún? A la idea de que la miseria aniquilaba aquella familia, Hormiguita experimentaba un inmenso disgusto, una continua pena. Así pues, esperaba con viva impaciencia el efecto del aviso reproducido por los periódicos de Dublín todos los sábados durante varias semanas. Nada se consiguió. Ciertamente, si Murdock había sido recluido en una prisión de Irlanda se hubiera sabido. Preciso era deducir de aquí que Martin MacCarthy, al abandonar la granja de Kerwan, se había embarcado para América o Australia con todos los suyos. ¿Y volverían si llegaban a crearse una segunda patria, y habían abandonado la primera para no volver jamás?

La hipótesis de una emigración a Australia fue confirmada por las noticias que obtuvo mister O'Brien por varios de sus antiguos corresponsales. Una carta que recibió de Belfast no dejaba duda alguna de la suerte de la familia. Después de notas sacadas de los libros de una agencia de emigrantes, se supo que en

aquel puerto era donde los MacCarthy, en número de seis, tres hombres, dos mujeres y una niña, se habían embarcado para Melbourne, hacía cerca de dos años. Imposible fue encontrar sus huellas en aquel vasto continente. Hormiguita no podía, pues, contar más que con el segundo de los hijos de MacCarthy, suponiendo que fuera aún marino a bordo de un barco de la casa Marcuard de Liverpool. Dirigióse, pues, al jefe de esta casa; pero la respuesta fue que Pat había abandonado el servicio hacía quince meses, y no se sabía en qué navío se había embarcado. Quedaba el azar de que Pat, de vuelta en alguno de los puertos de Irlanda, tuviese conocimiento del aviso que concernía a su familia. Débil azar, convendremos en ello; pero Hormiguita esperaba en él a falta de otro mejor.

Mister O'Brien procuró en vano dar un rayo de esperanza a su joven inquilino, y un día le dijo:

—Mucho me asombraría si más pronto o más tarde no vuelves a ver a la familia MacCarthy.

—A ellos... en Australia, ¡a millares de millas!

—¿Puedes tú hablar de ese modo? ¿No está Australia a la puerta de casa? Hoy no hay distancias. Las ha suprimido el vapor. Martin, su mujer y sus hijos volverán al país, estoy seguro. Los irlandeses no abandonan su Irlanda, y si ellos han logrado allá...

—¿Es cuerdo esperar, mister O'Brien? —respondía Hormiguita sacudiendo la cabeza.

—Sí, si ellos son los trabajadores animosos e inteligentes que tú dices. —El ánimo y la inteligencia no siempre bastan, mister O'Brien. Es precisa la suerte, ¡y los MacCarthy, no la han tenido hasta ahora!

—Pero la pueden tener, niño. ¿Crées tú que yo he sido siempre dichoso? ¡No! He sufrido muchas vicisitudes, negocios que no marchaban, reveses de fortuna, hasta el día en que me sentí dueño de la situación. ¿No eres tú mismo un ejemplo de esto? ¿No has comenzado por ser el juguete de la miseria, mientras hoy...?

—Dice verdad, mister O'Brien; y alguna vez me pregunto si todo esto no es un sueño.

—¡No, querido niño, es la hermosa realidad! ¡Que tú hayas ido mucho más allá de lo que puede un niño, es muy extraordinario, pues apenas tienes doce años! Pero la razón no se mide por la edad, y ella ha sido tu constante guía.

—¿La razón? Sí... Tal vez... Sin embargo, cuando pienso en mi situación actual, me parece que algo ha contribuido la casualidad...

—En la vida hay menos casualidades de las que piensas, y todo se encadena con una lógica mayor que la que generalmente se imagina. Tú lo observarás; raro es que una desdicha no venga seguida de una felicidad. —¿Lo cree así, mister O'Brien?

—Sí, y esto no es dudoso en lo que a ti se refiere. Es una reflexión que hago a menudo, cuando pienso en lo que ha sido tu vida... Veamos. Tú fuiste a casa de la Hard... Esto era una desgracia.

—Y una dicha, pues allí conocí a Sissy, cuyas caricias jamás olvidaré... ¡las primeras que he recibido! ¿Qué será de mi pobre compañerita? ¿La volveré a ver? Sí... Esto fue la dicha allí.

—Lo fue también el que la Hard no se portara bien contigo. Sin eso, tú hubieras quedado en la aldea de Rindock hasta que te hubieran vuelto a la casa de caridad de Donegal... Tú huiste; y tu fuga te hizo caer en manos de Thornpipe.

—¡Oh, el monstruo! —exclamó Hormiguita.

—Dicha es que haya sido tan malo, pues si no aún estarías recorriendo los caminos, si no dentro de la caja, al menos al servicio de Thornpipe... Después entras en la Ragged-School...

—Donde encontré a Grip... Grip, que tan bueno ha sido para mí... al que debo la vida; que me salvó exponiéndose a morir...

—Lo que te lleva con esa extravagante actriz... Una nueva vida. Conformes; aunque no te hubiera llevado a nada honroso; y considero como una dicha que después de haberse divertido contigo, te haya abandonado un día...

—Mister O'Brien, después de todo, me había recogido... ha sido muy buena para mí, y después... ¡he aprendido muchas cosas!... Por otra parte, siguiendo su

razonamiento, gracias a su abandono, la familia MacCarthy me recogió en la granja de Kerwan.

Justo... y todavía...

—¡Oh, mister O'Brien! Mucho trabajo le costaría persuadirme de que la desgracia de esa pobre gente haya podido ser una circunstancia dichosa.

—Sí y no —respondió mister O'Brien.

—¡No, mister O'Brien, no! —afirmó enérgicamente Hormiguita. —¡Y si hago fortuna, siempre tendré el disgusto de que el punto de partida de esta fortuna haya sido la ruina de los MacCarthy! ¡Hubiese pasado tan a gusto mi vida en aquella granja como hijo de la casa!

¡Hubiera visto crecer a Jenny, mi ahijada! ¿Podía soñar una dicha más grande que la de mi caritativa familia adoptiva?

—Te comprendo. Pero no es menos verdadero que este encadenamiento de cosas te permitirá, yo lo espero, pagar algún día lo que ellos han hecho por ti.

—Mister O'Brien, más valiera que no tuviesen nunca necesidad de recurrir a nadie.

—No insistiré y respeto esos sentimientos que te hacen honor. Pero continuemos razonando y lleguemos a Trelingar-Castle.

—¡Oh, qué gente más mala, el marqués, la marquesa y su hijo! ¡Qué humillaciones he tenido que soportar! ¡Allí ha transcurrido lo peor de mi existencia!

—Lo que según nuestro sistema de deducciones ha sido una dicha; porque si te hubieran tratado bien en Trelingar-Castle, quizás estarías allí aún.

—No, mister O'Brien. Siendo groom... ¡No! ¡Jamás! ¡jamás! Yo estaba allí sólo para esperar, y cuando tuviera ahorros...

—Pero —hizo observar mister O'Brien —alguno debe estar contento de tu entrada en el castillo: Kat.

—¡Oh, excelente mujer!

—Y alguno hay que debe estar contento de que te fueras. Bob, a quien de lo contrario no hubieras encontrado en el camino, ni llevado a Cork, donde tan animosamente habéis trabajado ambos, donde habéis encontrado a Grip. Si no no estarías ahora en Dublín.

—Hablando con el mejor de los hombres que nos tiene amistad —respondió Hormiguita, estrechando la mano del antiguo comerciante.

—Y que te dará sus consejos cuando los necesites.

—Gracias, mister O'Brien, gracias. Tiene razón, y su experiencia no puede engañarle. En la vida se encadenan las cosas. Dios quiera que yo pueda ser útil a todos los que amo y me han amado.

¿Y los negocios de Little Boy? Prosperaban. La fama no decaía, sino al contrario. Sobrevinieron nuevos beneficios. Por consejos de mister O'Brien se añadió al bazar un fondo de especierías al por menor y se sabe lo que se vende de los diversos artículos de esta clase. La tienda fue pronto pequeña, y hubo necesidad de alquilar otra parte del piso bajo. ¡Ah! ¡Qué propietario más bueno, y qué inquilino más reconocido! Todo el barrio quiso proveerse de comestibles en «Los pequeños bolsillos». Kat tuvo que ocuparse de esto también. ¡Qué trabajo! Compras que hacer, ventas que efectuar, una numerosa clientela que servir a todas horas, libros que llevar, cuentas que arreglar, balances, etc. Apenas bastaba el día. Gracias a que el antiguo comerciante intervenía.

Seguramente se hubiera debido tomar un dependiente. ¿Pero de quién fiarse? Al joven amo le repugnaba introducir un extraño en su casa. Sin embargo, se puede encontrar un hombre honrado, activo y serio. Un buen tenedor de libros instalado en su escritorio en la segunda tienda. ¡Ah! ¡Si Grip hubiese consentido! ¡Vana tentativa! Grip no se decidía, aunque era el más indicado para ocupar aquel puesto; sentado sobre un alto taburete, junto a una mesa pintada de negro, con la pluma en la oreja, el lápiz en la mano, teniendo una cuenta abierta a cada parroquiano. ¡Esto valía más que estar en la caldera del Vulcan!

¡Súplicas inútiles! Claro es que en el intervalo de sus viajes, el fogonero consagraba al bazar todas las horas que tenía libres. Con gusto se ponía a trabajar. Esto duraba una semana, pues el Vulcan partía de nuevo, y cuarenta y ocho horas después Grip estaba a centenares de millas de la isla Esmeralda. Su

partida era siempre un disgusto; su regreso una alegría. Parecía que se iba o volvía un hermano mayor. Vamos, quédate amigo Grip, quédate con ellos.

Por lo demás, el hermano mayor continuaba haciendo sus compras en Little Boy and Co. Llevaba invariablemente todo su haber en el cinto. En esta época, por consejo de mister O'Brien y Hormiguita se decidió a despojarse de él. No vayáis a creer que el propietario del bazar de «Los pequeños bolsillos» hubiese aceptado a Grip como comanditario.

¡No! Él no tenía necesidad del dinero de Grip.

Poseía formales economías depositadas en el Banco de Irlanda; y las economías del fogonero fueron puestas en la Caja de Ahorros; un establecimiento muy sólido, en el que los depósitos se elevaban entonces a más de cuatro millones. Grip podía dormir tranquilo; su capital estaba a salvo y se acrecentaría con la acumulación de los intereses anuales...

Si Grip rehusaba cambiar la blusa del marino por la chaqueta con manguitos de lustrina del contable, habría contribuido a aumentar la clientela de Little Boy.

Todos sus camaradas del Vulcan y sus familias iban a comprar sus provisiones al bazar. Había hecho entre los marineros del puerto y todos sus conocimientos una gran propaganda, como si fuera el viajante de la casa.

—Verás —dijo un día a Hormiguita—, verás cómo los armadores acaban por proveerse en tu casa. Entonces serán precisas cajas de especiería y de conserva para los largos viajes. Llegarás a ser un comerciante en grande.

—¡En grande! —dijo Bob, que estaba presente.

—Sí, con almacenes, cuevas, ni más ni menos que mister Roe o mister Guinness.

—¡Oh! —dijo Bob.

—Ciertamente, and Co. —respondió Grip, a quien le gustaba dar este sobrenombre a Bob...—. Recordad esto que digo.

—En todos los viajes —dijo Hormiguita.

—Sí —en todos los viajes—. Tú harás fortuna, y una gran fortuna. —Entonces, Grip, ¿por qué no quieres asociarte?

—¡Yo!... ¿Que yo abandone mi oficio?

—¿Esperas, pues, subir más alto, y de primer fogonero, llegar a ser maquinista?

—Maquinista. ¡No! ¡No soy tan ambicioso! Sería menester haber estudiado. Ahora yo no podría. Es tarde. Me contento con lo que soy. —Escucha Grip, insisto. Nosotros tenemos necesidad de un dependiente con el que podamos contar en absoluto. ¿Por qué te niegas a serlo tú?

—No entiendo nada de vuestra contabilidad. —La aprenderás sin trabajo.

—¡He visto funcionar tanto a misten O'Bobklin en la Ragged-School! No, chico, no. ¡He sido tan desgraciado en la tierra y soy tan feliz en el mar!... La tierra me da miedo. ¡Ah! Cuando tú seas un comerciante en grande y poseas barcos, yo navegaré en ellos por cuenta de tu casa. Te lo prometo.

—Vamos, Grip, sé formal, y piensa que te encontrarás solo más tarde. Admitamos que un día sientes deseos de casarte...

—¡Casarme!... ¡Yo! —¡Sí! Tú.

—¡Este desmadejado de Grip tener mujer... e hijos!

—Sin duda, como todo el mundo —respondió Bob con el tono de un hombre que posee una gran experiencia de la vida.

—¿Todo el mundo? —Ciertamente, Grip... y yo mismo. —¡Pero veis lo que dice este mocoso!... —

Tiene razón —dijo Hormiguita. —También tú... tú piensas...

—Tal vez me llegará...

—Bien. Éste no tiene trece años, y aquél no tiene nueve... y hablan de matrimonio...

—No se trata de nosotros, Grip; se trata de ti, que tendrás bien pronto veinticinco años.

—Reflexiona, chiquillo. ¡Casarme yo!... ¡Un fogonero... un hombre que está negro como un negro de África, las dos terceras partes de su vida!

—¡Ah! ¡Bien! Grip tiene miedo a que sus hijos sean negritos —exclamó Bob.

—¡Posible sería eso! —respondió Grip—. ¡Yo no sirvo para casarme más que con una negra... o todo lo más con una piel roja... del fondo de los Estados Unidos!

—Grip —dijo Hormiguita—, haces mal en burlarte. Te hablamos en interés tuyo. Con la edad, te arrepentirás de no haberme escuchado. —¿Qué quieres? Sé que eres razonable, y vivir juntos sería una gran dicha... Pero mi oficio me alimenta... y no puedo hacerme a la idea de abandonarlo.

—En fin... cuando quieras, aquí habrá siempre un lugar para ti. Y mucho me asombrará que no llegue un día en que te vea instalado ante un cómodo escritorio con la pluma en la oreja e interesado en la casa.

—Será preciso que cambie mucho.

—Cambiarás, Grip. Todo el mundo cambia. Esto es lo sabio, cuando es para mejorar.

A despecho de estas instancias, Grip no se rindió. Lo cierto era que amaba su oficio, que los armadores del Vulcan le demostraban sus simpatías, que el capitán le apreciaba y sus compañeros le querían. Así, deseoso de no disgustar a Hormiguita, dijo:

—¡A la vuelta... a la vuelta... veremos! A la vuelta decía lo mismo: — ¡Veremos!... ¡Veremos!

Síguese de aquí que el Little Boy and Co. se vio obligado a tomar un dependiente para llevar los libros. Mister O'Brien les procuró un antiguo contable, mister Balfour, del que él respondía, y que conocía el asunto a fondo... ¡Pero no era Grip!

Terminose el año en excelentes condiciones, y hecho el inventario por Balfour, dio, tanto en mercancías como en dinero, colocado en el Banco de Irlanda, el soberbio total de mil libras.

En aquella época —enero de 1885 —Hormiguita acababa de entrar en los catorce años y Bob tenía nueve y medio.

Robustos, vigorosos para su edad, no se resentían de las miserias de otro tiempo. Por sus venas corría la sangre generosa, la sangre gálica, como el Shannon, el Lee o el Liffey corren a través de Irlanda para darle vida.

El bazar estaba en plena prosperidad. Manifiestamente, Hormiguita marchaba hacia la fortuna. Sus negocios no eran de naturaleza para arrojarle a especulaciones de azar. Además, le hubiera contenido su natural prudencia.

La suerte de los MacCarthy no cesaba de inquietarle. Por consejos de mister O'Brien había escrito a Australia, a Melbourne. Después de la respuesta del agente de emigración, se habían perdido las huellas de la familia, caso muy frecuente en aquel inmenso país, cuyas regiones centrales eran casi desconocidas en aquella época. Sin capital, era probable que Martin y sus hijos no hubiesen encontrado trabajo más que en las lejanas granjas donde se efectúa la cría de los carneros en grande. ¿En qué provincia, en qué distrito de aquel vasto continente se encontraban? Tampoco de Pat se sabía nada. Desde que había abandonado la casa Marcuard, no era difícil que se hubiese reunido con su familia en Australia.

Claro es que de todos los que en otra época había conocido, los MacCarthy y Sissy, su compañera en casa de la Hard, eran los únicos que ocupaban el recuerdo de Hormiguita. La horrible dueña de la cabaña de Rindock; el feroz Thornpipe; la augusta familia de los Piborne, le tenían sin cuidado.

En cuanto a miss Anna Waston, se asombraba de no haberla visto aún aparecer en ninguno de los teatros de Dublín. ¿Hubiera ido a visitarla? Tal vez sí, tal vez no. Después de todo, no hubiera tenido que dudar, pues la célebre actriz después de la desdichada escena de Limerick se había decidido a abandonar Irlanda y hasta Gran Bretaña, para ir a trabajar al extranjero.

—Y Carker, ¿le han ahorcado?

Tal era la invariable pregunta que Grip hacía al regresar el Vulcan, cuando ponía el pie en la tienda. Invariablemente se le respondía que nada se habla oído

de Carker. Grip hojeaba entonces los periódicos atrasados, sin encontrar nada que se relacionase con el famoso pillo de la Ragged-School.

—¡Esperemos! —decía—. Es preciso tener paciencia.

—¿Pero no ha podido Carker llegar a ser un mozo estimable? —le preguntó un día mister O'Brien.

—¡Él! —exclamó Grip!...—¡Él!... Pero entonces le disgustaría a uno ser honrado.

Y Kat, que conocía la historia de los andrajosos de Galway, participaba de la opinión de Grip. La buena mujer y el fogonero se entendían bien, excepto en un punto: en que Kat se esforzaba para que Grip abandonase su oficio, y Grip rehusaba obstinadamente complacerla. De aquí discusiones bastantes para hacer temblar los vidrios de la cocina.

A final del año la cosa no había avanzado un paso, y el fogonero había vuelto a partir en el Vulcan, cuyos fuegos encendía nada más con mirar, a creer lo que decía.

El 25 de noviembre se estaba ya en pleno invierno. Caían gruesos copos de nieve que la brisa arrastraba en torbellinos a ras del suelo como plumas de pichón. Uno de esos días glaciales en que la mayor felicidad consiste en encerrarse en casa.

Hormiguita, sin embargo no se quedó en el bazar. Por la mañana había recibido una carta de uno de sus abastecedores de Belfast.

Una dificultad relativa a una factura podía ocasionar un pleito, y conviene evitarlos en lo posible, hasta ante los jueces del Reino Unido. Ésta era al menos la opinión de mister O'Brien, que conocía el asunto, y aconsejó vivamente al joven que partiera para Belfast, a fin de terminar aquel negocio en las mejores condiciones.

Reconoció Hormiguita lo acertado del consejo y resolvió seguirle sin retardarse un día. Sólo se trataba de un viaje en ferrocarril de un centenar de millas. Aprovechando el tren de las nueve, llegaría por la mañana a la capital del condado de Antrim. La tarde bastaría para ponerse de acuerdo con su

corresponsal, y tomando el tren de la tarde estaría de regreso antes de medianoche.

Bob y Kat quedaban al cuidado de Little Boy, y su amo, después de haberles abrazado, fue a tomar en la estación cerca de la Aduana un billete para Belfast.

Con un tiempo semejante, un viajero no puede interesarse en los detalles del camino. Y además, el tren marchaba a gran velocidad, tan pronto siguiendo el litoral como subiendo hacia el interior; al salir del condado de Dublín, atravesó el condado de Meath, deteniéndose algunos minutos en Drogheda, puerto bastante importante del que nada vio Hormiguita, como tampoco vio a una milla más allá el famoso campo de la batalla del Boyne, en el que cayó definitivamente la dinastía de los Estuardos. En el condado de Louth, el tren se detuvo en Dundalk, una de las más antiguas ciudades de la Isla Verde, lugar de la coronación del célebre Robert Bruce. Y entró entonces en el territorio de las provincias del Ulster; esta provincia, de la que el condado de Donegal traía a la memoria del joven viajero el recuerdo de sus primeras miserias. En fin, después de haber pasado los condados de Armagh y de Down, el tren cruzó la frontera de Antrim.

Antrim, terreno volcánico, salvaje, país de las cavernas, tiene a Belfast por capital. Ésta es la segunda ciudad de Irlanda por su comercio y su flota mercante, y por su población, que pronto llegará a la cifra de doscientos mil habitantes; por su agricultura, casi enteramente consagrada al cultivo del lino; por su industria, que ocupa a sesenta mil obreros, repartidos en ciento sesenta fábricas de hilo; por sus gustos literarios, en fin, de los que el Queen's —College atestigua el alto valor. ¿Y se creará? Esta ciudad pertenece todavía a uno de los descendientes de un favorito de Jacobo I. Preciso es ir a Irlanda para encontrar semejantes anomalías sociales.

Belfast está situada en la desembocadura del río Lagan, que prolonga un canal a través de interminables bancos de arena. Se comprenderá que en un centro industrial, donde las pasiones políticas se alimentan al contacto, o mejor dicho, al choque de los intereses personales, exista una lucha encarnizada entre protestantes y católicos.

Los unos al grito de Orange, los otros, con una cinta amarilla por distintivo, se entregan a sus tradicionales atropellos, sobre todo el 7 de julio, aniversario de

la famosa batalla del Boyne.

Aunque aquel día no fuese el 7 de julio, y el termómetro marcase cuatro grados bajo cero, la ciudad estaba en plena efervescencia. Cierta agitación parnellista amenazaba poner presos a los partidarios de Land League y los del landlordismo. Había sido preciso guardar el sitio de la Sociedad para el desarrollo del cultivo del lino, al que se unían estrechamente la mayor parte de las fábricas de la ciudad.

Sin embargo, Hormiguita, que había ido para un negocio que nada tenía de político, se ocupó en primer lugar de su abastecedor, y tuvo la suerte de encontrarle en su casa.

Este comerciante quedó algo sorprendido a la vista del joven que se presentaba en su escritorio, y no menos de la inteligencia que demostró discutiendo sus intereses. En fin, todo se arregló a gusto de ambas partes.

Dos horas bastaron para arreglarlo, y Hormiguita, que quería comer antes de volver a tomar el tren de la tarde, se dirigió hacia una fonda del barrio de la estación.

Si no tenía por qué disgustarse de este viaje, puesto que con él se había evitado un pleito, su visita a Belfast le reservaba otra sorpresa.

La noche se acercaba. No nevaba. Merced a la brisa que venía del río Lagan, el frío era excesivamente intenso.

Pasando por delante de una de las más importantes fábricas de la ciudad, Hormiguita fue detenido por una multitud compacta que ocupaba la calle. Era día de paga, y había gran cantidad de obreros y de obreras. Una disminución de salarios anunciada para la semana siguiente acababa de poner el colmo a su irritación.

Preciso es saber que la industria del lino, cultivo e hilado, fue en otra época importada en Irlanda, y principalmente en Belfast, por los protestantes emigrados, después de la revocación del edicto de Nantes. Estas familias han conservado considerables intereses en varios de estos establecimientos. Aquella fábrica pertenecía precisamente a la Compañía anglicana. Como el mayor número de los obreros era católico, se explicará que éstos hiciesen valer sus reclamaciones con una terrible violencia. Muy pronto a los gritos sucedieron las

amenazas; las puertas y las ventanas de la fábrica fueron apedreadas. En aquel momento, varias brigadas de policías invadieron la calle a fin de sofocar el tumulto, y detener a los que lo provocaban.

Hormiguita, temiendo perder el tren, buscó el medio de marchar, pero no le fue posible. Expuesto a ser aplastado por la carga de los agentes, se metió en el hueco de una puerta en el momento en que cinco o seis obreros, brutalmente golpeados, caían a lo largo de los muros.

Cerca de él yacía una joven —una de esas pobres jóvenes empleadas en una fábrica—, pálida, delgada, enfermiza, y que aunque tenía dieciocho años de edad, apenas demostraba tener doce.

En el momento en que Hormiguita, abandonando el hueco de la puerta donde se había guarecido, se disponía a dirigirse a la estación, la joven acababa de ser derribada, y gritó: —¡A mí! ¡A mí!

Aquella voz... ¡A Hormiguita le parecía reconocerla! Le llegaba como un recuerdo lejano. No podía decir de dónde... Su corazón palpitaba... Y cuando la multitud, calmada en parte, hubo dejado la calle un poco libre, él se aproximó a la pobre joven. Estaba inanimada. Levantole la cabeza, y la inclinó de manera que los rayos de un farol de gas iluminasen su cara.

—Sissy... Sissy —murmuró. Era Sissy. Ella no podía oírle.

Entonces, sin reflexionar sobre sus actos, disponiendo de aquella desdichada como si le perteneciese, como un hermano hubiera hecho con su hermana, la levantó, la arrastró hacia la estación, inconsciente de lo que le ocurría.

Y cuando el tren partió, Sissy estaba acostada en los cojines de un departamento de primera clase, sin haber recobrado el conocimiento, y arrodillado ante ella, Hormiguita la llamaba... la llamaba... oprimiéndola en sus brazos.

Y bien; ¿no tenía el derecho de llevarse a Sissy, su compañera de miserias? ¿Quién podría reclamarla sino el niño al que tan a menudo había defendido contra los malos tratos en la abominable choza de la Hard?

XIII CAMBIO DE COLOR Y DE ESTADO

¿El 16 de noviembre de 1885 había en Irlanda —¿qué decimos? —en todas las islas Británicas, en toda Europa, en el Universo entero, un lugar cualquiera, que contuviese mayor dicha que el bazar de «Los pequeños bolsillos» bajo la razón social Little Boy and Co? Nos negamos a creerlo, a no ser que este sitio estuviese en el mejor rincón del Paraíso.

Sissy ocupaba la mejor habitación de la casa. Acababa de reconocer en el dueño al niño que se había escapado por un agujero fuera de la choza de la Hard, ahora un joven vigoroso.

En la época en que se habían separado contaba Sissy siete años escasos; ahora tenía dieciocho. Pero fatigada por el trabajo, herida por las privaciones, ¿llegaría a ser lo que era a no haber vivido en medio de la debilitante atmósfera de las fábricas?

Hacía once años que no se habían visto; y sin embargo, Hormiguita había reconocido a Sissy sólo por la voz, con más seguridad que la hubiera reconocido por el rostro. Por su parte, Sissy encontraba en su corazón todos los recuerdos del niño.

Hablaban de esto cogidos de las manos, mirando este pasado como un espejo de sus miserias.

Kat, junto a ellos, no podía ocultar su ternura. En cuanto a Bob, expresaba su alegría con fuertes interjecciones a las que Birk respondía con guau... guau, no menos extraordinarios. Y sin duda el dependiente mister Balfour hubiera participado de la general emoción a no estar en su escritorio, entregado a las cuentas de la casa Little Boy and Co. Todos habían oído hablar tan a menudo de Sissy —tanto como de la familia MacCarthy—, que no tenían necesidad de empezar las explicaciones. Para ellos era una hermana mayor de Hormiguita que volvía al hogar, y parecía que no le hubiese abandonado más que desde la víspera.

Grip era el único que faltaba en esta escena, y se puede afirmar que, a pesar de no haberla visto nunca, hubiera reconocido a la joven al primer golpe de vista. Por lo demás, el Vulcan no tardaría en ser señalado en el canal de San Jorge. La familia estaría entonces completa.

Se adivina lo que había sido la vida de la joven: la de todos esos pobres niños de Irlanda. Seis meses después de la huida de Hormiguita, habiendo muerto la Hard de una borrachera, fue preciso volver a llevar a Sissy a la casa de caridad de Donegal, donde permaneció dos años aún. Pero allí no se la podía tener indefinidamente. ¡Había tantos desdichados que esperaban! Tenía entonces nueve años, y a esta edad preciosa se bastaría a sí misma. Si no podía entrar a servir con un salario que frecuentemente se reduce al alojamiento y comida, ¿no hay trabajo en las fábricas? Envíose, pues, a Sissy a Belfast, donde la fabricación del hilo ocupa a millares de obreros. Allí vivió de algunos peniques ganados al día, en medio del polvillo malsano del lino, golpeada, sin tener a nadie que la defendiera; pero siempre buena, dulce, servicial, y hecha a las brutalidades de la existencia.

Sissy no veía modo de mejorar su estado. Era aquello un abismo en el que se hundía. ¡Y en el momento en que dudaba que nadie pudiera sacarla de él, una mano venía a cogerla, la mano del niño que le debía las primeras caricias, ahora dueño de una casa de comercio! ¡Sí, él la había sacado de aquel infierno de Belfast, y se encontraba en su casa... en la que iba a ser la señora... sí, la señora... él se lo repetía... no una criada!

¿Ella una criada? ¿Es que ni Kat ni Bob ni Hormiguita lo hubieran permitido?

—¿Quieres, pues, que me quede aquí? —dijo Sissy. —¡Sí, lo quiero!

—Pero por lo menos trabajaré para no ser una carga para ti. —Sí, Sissy.

—¿Y qué haré? —Nada.

Y no decía más. Lo cierto fue que ocho días después —y por su formal voluntad —Sissy estaba instalada tras el mostrador, después de haber sido puesta al corriente de las ventas. Y fue un atractivo más para la clientela, aquella graciosa joven que revivía ya por su nueva existencia, y dotada de tan simpática fisonomía como convenía a la dueña de Little Boy and Co.

Uno de los más ardientes deseos de Sissy era ver aparecer en el umbral de la puerta al primer fogonero del Vulcan. Conocía la conducta de Grip en los años pasados en la Ragged —School. Sabía que había ejercido las funciones de protector con el niño escapado a las brutalidades de la Hard. Cuanto ella había hecho por defender a Hormiguita contra esta horrible mujer, Grip lo había hecho para defenderle de Carker y su banda. Además, sin la abnegación de aquel valiente mozo, el pobre niño hubiera perecido en el incendio de la escuela. Grip podía, pues, contar con una buena acogida cuando regresase. Pero las necesidades comerciales prolongaron el viaje, y el año 1886 terminó sin que el Vulcan hubiese tocado los parajes del mar de Irlanda.

Por lo demás, la fortuna seguía. El inventario de 31 de diciembre dio resultados superiores a los precedentes. El haber de la casa era de más de dos mil libras, lo que fue reconocido como exacto por mister O'Brien. El honrado comerciante felicitó al joven dueño, recomendándole que procediese siempre con extrema prudencia.

—Con frecuencia, es más difícil conservar que adquirir —dijo devolviéndole el inventario.

—Tiene razón —respondió Hormiguita—; y crea que no me dejaré arrastrar. Lamento, no obstante, que el dinero depositado en el Banco de Irlanda no tenga un empleo más lucrativo. Es dinero que duerme, y cuando se duerme no se trabaja.

—No, se reposa, y el reposo es tan preciso al dinero como al hombre. —Sin embargo, mister O'Brien, si se presentase alguna ocasión... —No bastaría que fuese buena; preciso sería que fuera excelente. —Conformes; y en ese caso, estoy seguro que usted sería el primero en aconsejarme...

—¿Aprovecharla? Ciertamente; a condición que entrara en el género de tus negocios.

—Así es como yo lo entiendo, mister O'Brien, y jamás se me ocurrió la idea de arriesgarme en operaciones de las que nada entiendo. Pero obrando con prudencia, se puede buscar el modo de extender el comercio.

—Y en tales condiciones yo lo aprobaría. Y si tengo noticias de algún negocio de toda seguridad... Sí... Tal vez... En fin, veremos.

Y en su prudencia, el antiguo comerciante no quiso decir más.

El 23 de febrero fue una fecha que merecía ser marcada con una cruz de lápiz rojo en el calendario del bazar «Los pequeños bolsillos». Aquel día Bob estaba subido en lo alto de una escalera, en el fondo de la tienda, cuando se oyó interpelar de esta suerte.

—¡Eh! Plumas de papagayo.

—¡Grip! —exclamó Bob dejándose caer a lo largo de la escalera. —Yo mismo, And Co.

¿Hormiguita está bien? ¿Kat está bien? ¿Mister O'Brien, está bien? Me parece que no olvido a nadie.

—¿A nadie? ¿Y yo?

¿Quién acababa de pronunciar estas palabras? Una joven radiante de alegría que avanzó hacia Grip y le dio con desembarazo un beso en cada mejilla.

—¿Cómo? —exclamó Grip desconcertado—. Señorita... Yo no la conozco. ¿Se besa aquí a la gente sin conocerla?

—Entonces voy a comenzar de nuevo, hasta que nos conozcamos... —¡Pero si es Sissy, Grip!...

¡Sissy... Sissy! —repitió Bob estallando de risa.

Hormiguita y Kat acababan de entrar. Aquel diablo de Grip, muy malo decididamente, no quiso comprender la explicación que se le dio, hasta no devolverle los besos a la señorita. ¡Por San Patricio! ¡Qué encantadora y franca le pareció Sissy! Y como había traído de América un lindo neceser de viaje para hombre, con tirantes, navajas de afeitar y brocha para cuando a Hormiguita le hiciera falta, sostuvo que lo había comprado para ofrecérselo a Sissy, pues tenía el presentimiento de que la encontraría en el bazar de Little Boy, y Sissy se vio obligada a aceptar el regalo, por lo que el verdadero destinatario no se mostró ofendido.

El primer fogonero estaba en su puesto.

¡Qué buenos días se pasaron en la tienda de Belfort-Street! Cuando su

obligación no le retenía a bordo, Grip no desamarraba de allí, siguiendo una de sus expresiones. Indudablemente, él tenía en «Los pequeños bol sillos» una atracción cuya influencia se dejaba sentir hasta en los docks, y que le retenía cerca de Sissy después de haberle atraído.

¿Qué queréis? Es difícil resistir a esas leyes de la naturaleza. Hormiguita no había dejado de notarlo.

—¿No es verdad que mi hermana mayor es gentil? —le dijo un día a Grip.

—¡Tu hermana mayor, chiquillo! Yo no sé lo que es... No sé expresarme... Si supiera...

Se expresaba muy bien, por el contrario, al menos según pensaba Kat, y no habían transcurrido tres semanas desde el regreso de Grip, cuando ella dijo a Hormiguita:

—Nuestro Grip está como los animales que mudan. De negro que era está en camino de recobrar su color natural... el blanco, y no creo que permanezca mucho tiempo a bordo del Vulcan.

Ésta era también la opinión que tenía mister O'Brien.

Sin embargo, el 15 de marzo, cuando el Vulcan se disponía a marchar a América, el primer fogonero, al que todos habían acompañado hasta el puerto, estaba en su sitio. ¿Pretendía que el Vulcan no pudiera pasarse sin él?

Cuando volvió el 13 de mayo, después de siete semanas de ausencia, se había acentuado su cambio de color. Hízosele una excelente acogida. Hormiguita, Kat y Bob le estrecharon entre sus brazos. Pero las demostraciones de él no fueron tantas, y se contentó con dar un solo beso en la mejilla derecha de Sissy, que sólo uno había depositado en su mejilla izquierda.

¿Qué significaba aquella reserva? Grip estaba más grave, Sissy más seria, cuando se encontraban frente a frente. Esto ponía cierta falta de espontaneidad en sus reuniones de la noche. Y a la hora en que Grip se retiraba para regresar a bordo, cuando Hormiguita le decía:

—¿Hasta mañana, Grip? A menudo respondía éste: —No... mañana hay mucho trabajo... Me será imposible.

Y al día siguiente el bueno de Grip volvía exactamente como la víspera, y hasta una hora más pronto, y —fenómeno extraordinario —su piel blanqueaba de día en día.

Se pensará, sin duda, que Grip se encontraba en un estado psicológico conveniente para aceptar las proposiciones relativas al abandono de su oficio de fogonero, y a entrar como socio en la casa Little Boy and Co. Ésta era la opinión de Hormiguita, pero guardose de hablar de ello a Grip. Mejor era dejarle venir.

Algo de esto sucedió en los comienzos del mes de junio.

—¿Qué tal los negocios? ¿Siempre bien? —había preguntado Grip. —Tú puedes juzgarlo.

—Sí, hay gente.

—Mucha, y sobre todo, desde que Sissy está en el mostrador.

—No me extraña; no comprendo que en todo Dublín y hasta en toda Irlanda, se quiera comprar cualquier cosa que no sea vendida por ella. —El hecho es que sería difícil ser servido por una joven más amable. —Y más... y más... —respondió Grip, sin encontrar un calificativo digno de Sissy.

—E inteligente.

—¿De modo que el negocio marcha? —Ya te lo he dicho.

—¿Y mister Balfour?

—Mister Balfour, perfectamente.

—No es de su salud de lo que hablo —respondió Grip con viveza—. ¿Qué me importa de ella?

—Pues nos es muy útil. Un excelente tenedor de libros. —¿Y entiende su trabajo?

—Perfectamente.

—¡A mí se me antoja algo viejo! —No, no lo parece.

—¡Hum!

Y este hum, parecía indicar que mister Balfour no tardaría en llegar a los límites de la extrema vejez.

La conversación no pasó más adelante. Cuando Hormiguita se lo refirió a Kat y a mister O'Brien, ambos sonrieron.

Hasta el pequeño Bob preguntó a Grip, cinco o seis días después. —¿No va el Vulcan a partir pronto?

—¡De ello se habla! —respondió Grip, cuya frente se cubrió de nubes, como la mar por una brisa suroeste.

—Y entonces —replicó And Co—, ¿vas a encender la caldera nada más que mirándola?

El hecho es que los ojos del fogonero resplandecían. Pero esto obedecía sin duda a que Sissy atravesaba la tienda, graciosa y sonriente, parándose alguna vez para decir:

—Grip, ¿quiere usted cogerme esa caja de chocolate? Yo no llego. Y Grip cogía la caja.

O bien:

—¿Quiere usted bajarme ese pilón de azúcar? Yo no tengo fuerzas. Y Grip lo bajaba.

—¿Y será muy largo tu viaje? —preguntó Bob, que con un aire malicioso parecía burlarse de su amigo Grip.

—Muy largo, según pienso —respondió el otro sacudiendo la cabeza—. Por lo menos cuatro o cinco semanas.

—¡Bah! ¡Cinco semanas pasan pronto! Creí que ibas a decir cinco meses.

—¿Cinco meses? ¿Por qué no cinco años? —exclamó Grip, agitado como un pobre diablo condenado a cinco años de prisión—. ¿Entonces eres feliz,

Grip?

—¿Quieres que lo sea? Sí. Yo soy... —Tú eres un animal. Y Bob se alejó haciendo un gesto significativo.

La verdad es que Grip no vivía, pues no es vivir pasar el tiempo dándose de cabezadas por su partida, puesto que no se decidía a quedarse. Así llegó el 22 de junio.

Durante esta nueva ausencia de Grip, la casa Little Boy realizó cierto negocio, aprobado por mister O'Brien, que debía reportar grandes beneficios; se trataba de un juguete que un inventor acababa de fabricar y del que Hormiguita adquirió la exclusiva. Este juguete tuvo tanto más furor, por ser la casa Little Boy and Co., es decir nuestros dos jóvenes, los que habían monopolizado la venta.

En el momento de partir para los baños de mar, todos los niños quisieron tener este regalo, que era bastante costoso, y Bob no se bastaba a las impacencias de su clientela. Sissy tuvo que venir en su ayuda y la venta no fue peor por ello. Como todo esto eran ingresos en la caja, el cajero no mostró disgusto. El capital se acrecentó en algunos centenares de guineas. Probablemente, si el negocio seguía añadiendo los beneficios ordinarios de Pascua, el inventario de fin de año arrojaría tres mil libras.

Así pues, el joven dueño de «Los pequeños bolsillos» podría dar una linda dote a la dueña de Little Boy and Co. si algún día experimentaba deseos de casarse. Y ¿por qué no confesar que Grip, un buen muchacho, que haría un excelente marido, le agradaba, aunque nada hubiera querido decir de esto? Verdad es que en la casa lo sabían todos. Pero era preciso que Grip se decidiera. ¿Se podrían pasar sin él en la marina mercante? ¿Funcionarían los aparatos si él no estaba en su puesto? ¿No se había reído a mandíbula batiente cuando Hormiguita le había dicho que tal vez le viniera el deseo de casarse?

De aquí resultó que al regreso del Vulcan, el 29 de julio, el fogonero estuvo más disgustado, más triste, más sombrío; en fin, más infeliz que antes. Su navío debía volver a hacerse a la mar el 15 de septiembre. ¿Partiría Grip también en aquella ocasión? Era probable, puesto que Hormiguita —¿podía suponerse tan malévola intención?—estaba firmemente resuelto a no apresurar un desenlace, inevitable por otra parte, hasta que Grip no hubiera hecho una demanda oficial. Después de todo, tratábase de su hermana mayor, que dependía de él, y tenía el

deber de asegurar su dicha. La primera condición que había de imponer, sine qua non, era que Grip abandonase su oficio de marino y consintiera en entrar en la casa como socio. Si no, no.

Esta vez Grip fue puesto entre la espada y la pared. Un día que daba vueltas en torno de Kat, ésta le dijo:

—¿No ha notado que Sissy está cada vez más encantadora?

—No —respondió Grip—. No lo he notado... ¿y por qué? Yo no me fijo...

—¡Ah! No se fija. Pues abra los ojos y verá qué linda hija tenemos. ¿Sabe que va a cumplir diecinueve años?

—¿Ya? —respondió Grip que conocía la edad de Sissy—. Debe equivocarse, Kat.

—No me equivoco. Diecinueve años... Pronto será preciso casarla... Hormiguita le buscará un buen mozo, de veintiséis a veintisiete años... ¡Calle! Como usted... Queremos que sea un hombre en quien se pueda tener toda confianza... y no de la marina, no. Los que viajan que no se presenten. ¡Marinos no! Además, como Sissy tendrá una buena dote... —No tiene necesidad de eso —dijo Grip.

—Es verdad... una muchacha tan buena. Así pues, nuestro amo no tardará en encontrarle un pretendiente.

—¿Y hay ya alguno? —Creo que sí.

—¿Que viene al bazar con frecuencia? —Con bastante.

—¿Le conozco?

—No... parece que no le conoce —respondió Kat mirando a Grip, que bajaba los ojos.

—¿Y es del agrado de la señorita Sissy? —preguntó con la voz alterada.

—¡Qué se yo! Con individuos que no se deciden a hablar... —¡Dios mío! ¡Es que hay gente bestia! —dijo Grip. —¡Ésa es mi opinión! —respondió Kat.

Y esta respuesta, directamente dirigida al fogonero, no impidió a éste volver a partir el 15 de septiembre, ocho días después. En fin, cuando volvió el 29 de octubre comprendiose que había tomado una gran resolución, solamente que se guardó de formularla.

Tenía tiempo. El Vulcan iba a permanecer lo menos dos meses en puerto. Había que hacer importantes reparaciones, modificar la máquina, cambiar las calderas...

Dos meses era más de lo necesario, sobre todo cuando no hay más que pronunciar una palabra.

—¿La señorita Sissy no se ha casado? —había preguntado a Kat al entrar.

—Todavía no, pero no tardará —había respondido la buena mujer. Claro es que desde el momento en que el Vulcan había sido desarmado, el fogonero nada tenía que hacer a bordo. No es de extrañar, pues, que estuviese a menudo, casi siempre, en el bazar de Little Boy. A menos de vivir allí, no podía estar más. Durante este tiempo, las cosas no adelantaron un paso.

En el término indicado habían concluido las reparaciones del Vulcan. Se fijó la partida para una semana después. Y el tonto de Grip no había abierto aún la boca, al menos para decir lo que de él se esperaba.

En la primera semana de diciembre se produjo un incidente inesperado.

Una clarta dirigida desde Australia a mister O'Brien, en contestación a la última que éste había escrito, contenía esta noticia:

Mister y mistress Martin MacCarthy, Murdock, su esposa y su hija, Sim y Pat, que se habían reunido a ellos, acababan de abandonar Melbourne para volver a Irlanda. La fortuna no les había sonreído, y regresaban al país tan miserables como en la época en que lo habían abandonado. Embarcados en un navío de emigrantes, un barco de vela, el Queensland, cuya travesía sería indudablemente larga y penosa, no llegaría a Queenstown antes de tres meses.

¡Qué disgusto sintió Hormiguita al recibir estas noticias! ¡Los MacCarthy, siempre desdichados, sin trabajo, sin recursos! Pero, en fin, iba a volver a ver a su familia adoptiva. Él iría en su ayuda. ¡Ah! ¿Por qué no era diez veces más

rico, para hacer la situación diez veces más bella?

Después de haber suplicado a mister O'Brien que le confiase aquella carta, la guardó en su cajón, y —cosa singular —a partir de aquel día no hizo más alusión al asunto. Parecía que desde la llegada de la mencionada carta evitaba hablar de los antiguos labradores de Kerwan.

Esta noticia ejerció influjo sobre Grip. ¿Quién lo hubiera esperado? ¡Oh, corazón humano, eres siempre el mismo! Aquellos MacCarthy de vuelta, aquellos dos hermanos, Pat y Sim, que debían ser dos soberbios mozos, y a los que tanto quería Hormiguita, casi sus hermanos, ¿quién sabe si éste no querría dar al uno o al otro aquella que también era casi su hermana?

Grip llegó a estar celoso, terriblemente celoso, y un cierto 9 de diciembre estaba resuelto a terminar cuando por la mañana Hormiguita, llamándole aparte, le dijo:

—Ven a mi despacho... Grip. Tengo que hablarte.

Grip, pálido —¿tenía el presentimiento de alguna grave eventualidad?—, siguió a Hormiguita. Cuando estuvieron solos, sentados frente a frente, el dueño de «Los pequeños bolsillos» dijo a Grip secamente:

—Voy probablemente a emprender un negocio de bastante importancia, y tendré necesidad de tu dinero.

—¿De cuánto tienes necesidad?

—De todo cuanto tienes depositado en la Caja de Ahorros. —Toma lo que te haga falta.

—Ahí tienes la libreta. Firma a fin de que desde hoy pueda disponer de ese dinero. Grip firmó.

—En cuanto a los intereses, no te hablaré de ellos... —Esto no vale la pena.

—Porque desde este día formas parte de la casa Little Boy and Co. —¿En qué calidad?

—En calidad de socio. —Pero... ¿mi barco?... —Pides licencia... —¿Mi...
oficio?

—Lo abandonas. —¿Por qué? —¡Porque te vas a casar con Sissy!...

—¡Yo... voy a casarme con la señorita Sissy! —repitió Grip, que parecía no comprender.

—Sí... ella lo quiere. —¡Ah!... ¿Es ella quien?... —Sí... ¡como también tú lo quieres! —¿Yo?... ¿Yo lo quiero?

Grip no sabía lo que respondía, ni entendía palabra de lo que Hormiguita le afirmaba. Tomó su sombrero, se lo puso, se lo quitó, lo dejó sobre una silla, y se sentó encima sin notarlo.

—Vamos —le dijo Hormiguita—. Tendrás que comprar otro para la boda.

Seguramente compraría otro; pero lo que jamás supo fue cómo se había decidido su casamiento. Durante unos veinte días nadie le sacó de su aturdimiento, ni aun Sissy... ¡Bah! Aquello pasaría... después de la ceremonia.

Lo cierto es que la víspera de Navidad, una hermosa mañana, Grip se puso un traje negro, como si fuese a un duelo; Sissy uno blanco, como para un baile. mister O'Brien, Hormiguita, Bob y Kat sus trajes de los días de fiesta. Después dos coches vinieron a buscarles a todos a la puerta de la tienda, para conducirles a la capilla católica de Bedford-Street. Y cuando, una media hora más tarde, Grip y Sissy salieron de la capilla estaban casados.

Nada cambió, cuando la alegre reunión volvió al bazar.

Continuó la venta; pues no era en la víspera de Navidad cuando había de cerrarse a su numerosa clientela un bazar tan bien reputado.

XIV LA MAR DE TRES LADOS

El 15 de marzo, unos tres meses después del matrimonio de Grip y Sissy, el schooner Doris salía del puerto de Londonderry, y se hacía a la mar con una buena brisa del noreste.

Londonderry es la capital del condado de este nombre que confina con Donegal en la parte septentrional de Irlanda. Los habitantes de Londres dicen Londonderry, porque este condado pertenece casi entero a las corporaciones de la capital de las islas Británicas, como consecuencia de las confiscaciones antiguas, y porque fue el dinero de Londres el que levantó la ciudad de sus ruinas. Pero Paddy, a falta de poder protestar, la llama sencillamente Derry.

La capital del condado es una importante ciudad, situada cerca de la ribera izquierda y de la desembocadura del Foyle. Sus calles son largas, limpias, sin gran animación, aunque la población comprende quince mil habitantes. Se ven paseos, una catedral episcopal en la punta de la colina urbana, y algunos vestigios apenas conocidos de la abadía de San Columbano y del Tempal More, magnífico edificio del siglo XII.

El movimiento del puerto, que es considerable, comprende la exportación de gran cantidad de mercancías, pizarras, cervezas, ganado y, preciso es decirlo, muchos emigrantes.

¡Cuántos de esos desgraciados irlandeses cogidos por la miseria que vuelven al país natal!

No hay por qué asombrarse de que un schooner, o sea una goleta, haya abandonado el puerto de Londonderry, puesto que centenares de navíos suben y bajan diariamente por la bahía de Lough-Foyle. ¿Por qué había de llamar la atención la partida de la Doris, en medio de un vaivén marítimo que se cifra anualmente en seiscientas mil barricas?

Esta observación es justa. Pero esta goleta merece fijar nuestra especial atención, pues lleva a César y su fortuna. César, es decir, Hormiguita; su fortuna, es decir, el cargamento que conduce a Dublín.

¿Por qué motivo el joven dueño de Little Boy and Co., se encuentra a bordo de la Doris? He aquí lo que había sucedido.

Después de la boda de Sissy y Grip, «Los pequeños bolsillos» habían estado muy ocupados con los negocios del Año Nuevo, inventario de fin de año, afluencia de la clientela, cada vez más considerable, establecimiento de nuevos anaqueles en el bazar, etc. Grip se había puesto al trabajo con actividad, aún no vuelto del asombro que su matrimonio le había producido. Ser el marido de Sissy le parecía un sueño.

—Te aseguro que estás casado —le repetía Bob.

—Sí... Me parece que sí... y sin embargo... algunas veces no puedo creerlo...

El año 1887 comenzó, pues, en excelentes condiciones. Hormiguita no hubiera deseado más que continuase aquel estado de cosas, sin la grave preocupación que no le abandonaba: asegurar la suerte de los MacCarthy cuando aquellas pobres gentes pusieran el pie en Irlanda.

¿Se habían recibido noticias del Queensland, en el que la familia se había embarcado en Melbourne? No; y durante los dos primeros meses del año, la asidua lectura de las correspondencias marítimas nada había dicho, pero el 14 de marzo se pudieron leer estas líneas en la Shipping Gazette: «El steamer Burnside ha encontrado al barco de vela Queensland el 3 del corriente a través de la Asunción».

Los barcos de vela que vienen de los mares del sur no pueden abreviar su camino franqueando el canal de Suez, pues es difícil, sin el impulso de una máquina, subir el mar Rojo. Síguese de aquí que, para la travesía de Australia a Europa, el Queensland había debido seguir el camino del cabo de Buena Esperanza, y que en aquella época se encontraba aún en pleno océano Atlántico. Si el viento no le era favorable, emplearía quince días o tres semanas en tocar en Queenstown. Era, pues, necesario tener paciencia hasta entonces.

No dejaba de ser tranquilizador este encuentro del Queensland y del Burnside. Hormiguita había tenido una buena inspiración al leer aquel número de la Shipping Gazette, tanto más cuanto que, recorriendo las noticias comerciales, encontró un anuncio concebido en estos términos:

«Londonderry, 13 de marzo. —Pasado mañana, día 15, será puesto a la venta pública el cargamento del schooner Doris, de Hamburgo, que comprende ciento cincuenta barricas de mercancías diversas, pipas de alcohol, barricas de vino, cajas de jabón, sacos de café y especias; a petición de mister Harrington, hermanos, acreedores, etc.».

Hormiguita quedó pensativo ante el anuncio. Le vino la idea de que allí tal vez había una operación fructífera que intentar.

En las circunstancias de la venta, ésta sería a bajo precio. ¿No era una ocasión de comprar esos diversos artículos de venta corriente, aquellas pipas de alcohol, y las barricas de vino que podían ser añadidas al comercio de especiería?

Tanto se aferró esta idea a la cabeza de nuestro héroe, que fue a consultar enseguida a mister O'Brien.

El antiguo comerciante leyó el anuncio, escuchó los razonamientos del joven, reflexionó como hombre que jamás se decide a la ligera, y finalmente, respondió:

—Sí... Hay un negocio... Procurándose esas mercancías baratas, pueden ser revendidas con gran beneficio: pero con dos condiciones: que sean de excelente calidad y que se obtengan con una rebaja del cincuenta o sesenta por ciento.

—Así lo creo, mister O'Brien, y añadido que nada se puede decir hasta ver el cargamento de la Doris. Partiré esta noche para Londonderry.

—Tienes razón, y yo te acompañaré —respondió mister O'Brien. —¿Me hará ese favor?

—Sí... Quiero examinarlo por mí mismo. Conozco esas mercancías. Las he comprado y vendido toda mi vida.

—Se lo agradezco, mister O'Brien, y no sé cómo demostrar mi reconocimiento...

—Trataremos de sacar un partido ventajoso de este negocio. No pido más.

—No hay tiempo que perder —añadió Hormiguita—. La venta está

anunciada para pasado mañana.

—Estoy listo. En tomando mi saco de viaje, nada tengo que hacer. Mañana procederemos al examen del cargamento de la Doris. Pasado mañana lo compraremos, o no, según su calidad y su precio, y por la noche, de regreso a Dublín.

Hormiguita fue enseguida a prevenir a Grip y Sissy de que por la noche contaba marchar a Londonderry. Una operación que se proponía hacer con la aprobación de mister O'Brien. La mayor parte de su capital sería empleado en ella, pero con seriedad. Les confiaba por cuarenta y ocho horas la dirección del bazar.

Aunque breve, era tan inopinada esta separación, que Sissy y Grip se mostraron tristes; el mozo sobre todo. Era la primera vez, después de cuatro años y medio, que Hormiguita y él iban a separarse. Dos hermanos no estarían unidos por lazo más estrecho. En cuanto a Sissy, no veía alejarse a su querido niño sin sentir oprimido su corazón. Sin embargo, no había razón para inquietarse por aquella ausencia de tres o cuatro días. En lo que concierne al negocio, Hormiguita, aconsejado por mister O'Brien, no haría nada que comprometiese su situación y que le lanzara a una especulación peligrosa.

A las diez de la noche el anciano y el joven tomaron el tren.

Esta vez Hormiguita pasó de Belfast, la capital del condado de Down, Belfast, donde había encontrado a su querida Sissy. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, nuestros dos viajeros se apearon en la estación de Londonderry.

¡Lo que son los azares del destino! En Londonderry, donde iba a tener lugar un acto importante de su carrera comercial, Hormiguita estaba a treinta millas de aquel pueblo de Rindock, perdido en el fondo de Donegal, donde su vida había comenzado con tantas miserias!

Unos doce años habían transcurrido y él había dado la vuelta a Irlanda, entregado a vicisitudes de dicha y desgracia.

¿Pensó en esto? No lo sabemos, pero séanos permitido observar el contraste por él.

El cargamento de la Doris fue objeto de un examen severo por parte de

mister O'Brien. La calidad de los diversos artículos que lo componían convenía perfectamente al dueño de «Los pequeños bolsillos». Comprados a bajo precio, podía realizarse un beneficio considerable y cuadruplicar por lo menos su capital. El antiguo comerciante no hubiera dudado en hacer la operación por cuenta propia. Aconsejó a Hormiguita que se adelantase a la venta pública, haciendo ofrecimientos a los hermanos Harrington.

El consejo era bueno y fue seguido. Hormiguita vio a los acreedores de la Doris y obtuvo el cargamento a un precio tanto más ventajoso, cuanto que él ofreció pagar al contado. Si la juventud del comprador no dejó de sorprender a los hermanos Harrington, la inteligencia con que discutió sus intereses les pareció más sorprendente aún. Además, tenía como fiador a mister O'Brien, y el negocio se terminó con un cheque contra el Banco de Irlanda.

Tres mil quinientas libras —casi toda la fortuna de Hormiguita—; tal fue el precio en que adquirió el cargamento de la Doris.

Así es que, terminada la operación, sintiose presa de una ansiedad de la que no podía defenderse. En lo que concierne al transporte del cargamento, el más sencillo era utilizar la Doris, para evitarse el trasbordo de los géneros.

El capitán no podía desear cosa mejor, desde el momento en que el porte se le aseguraba, y con un viento favorable la travesía no duraría más de dos días.

Decidido esto, mister O'Brien y su joven compañero no tenían más que volver a tomar el tren de la noche. De este modo su ausencia no hubiera pasado de treinta y seis horas. Pero Hormiguita tuvo entonces una idea; propuso a mister O'Brien que volviesen a Dublín en la Doris.

—Te lo agradezco —respondió el comerciante—, pero te confieso que la mar y yo no nos hemos puesto de acuerdo nunca, y ella siempre acaba por tener razón. Después de todo, si el corazón te dice...

—Me tienta esto, mister O'Brien. En un trayecto tan corto no hay gran riesgo... ¡y me gustaría tanto no abandonar mi cargamento!...

Síguese de aquí que mister O'Brien volvió solo a Dublín, donde llegó al día siguiente al amanecer.

En aquel momento la Doris salía del canal de Foyle, y se dirigía hacia la

estrecha garganta que pone en comunicación la bahía con el canal del Norte.

La brisa era favorable; venía del noroeste Si persistía, la travesía sería excelente. El schooner podría navegar a lo largo del litoral, donde el mar está siempre más en calma. Sin embargo, en el mes de marzo, en medio de aquellos parajes del mar de Irlanda, en las proximidades del equinoccio, jamás se está seguro del tiempo que hará.

El capitán de la Doris se llamaba John Clear. La tripulación a sus órdenes se componía de ocho marineros. Todos parecían entendidos en su oficio y acostumbrados a las costas de Irlanda. Con los ojos cerrados hubiesen ido de Londonderry a Dublín.

La Doris salió de la bahía con todo su velamen desplegado.

Una vez en el mar, Hormiguita pudo notar hacia el oeste el puerto de Innishaven, a la entrada de una bahía cubierta por la punta de Donegal, y más allá el largo promontorio terminado por el cabo Malin, el más avanzado de los que Irlanda proyecta hacia el norte.

Esta primera jornada se anunciaba felizmente. Gran júbilo sintió nuestro héroe al verse llevado por la Doris a través de aquel mar un poco agitado. Ni el menor mareo. Tenía el corazón marino. Sin embargo, algunas veces le preocupaba la idea del cargamento encerrado en la goleta y de aquellos abismos que no tenían más que entreabrirse para tragarse toda su fortuna. Mas, ¿por qué esta preocupación que nada justificaba? La Doris era un barco sólido, velero, excelente, y que se comportaba muy bien en el mar.

¡Qué disgusto que Bob no fuese a bordo! ¡Qué alegría hubiera sentido and Co. al navegar de veras esta vez y no en un Vulcan amarrado al puerto de Cork o de Dublín!

De prever Hormiguita que efectuaría su vuelta por mar, seguramente hubiera llevado a Bob, lo que hubiera colmado los deseos de éste.

Es admirable este litoral que se prolonga sobre el límite del condado de Antrim, mostrando sus blancas murallas de cal, sus profundas cavernas, que bastarían para albergar todo el personal de la mitología gálica. Allí se destacan esos tubos de chimenea, cuyo humo es formado por el rocío del mar, y esos rocosos derrumbaderos, semejantes a los muros de fortalezas, con troneras y

buardas⁷ que los españoles de la Armada Invencible batieron a cañonazos. Allí la «calzada de los gigantes», formada de columnas verticales, monstruosas pilastras de basalto, a las que las violentas resacas imprimen una sonoridad metálica, y de las que se cuentan más de cuarenta mil, a creer a los turistas aficionados a la aritmética. Todo esto era de maravilloso aspecto, pero la Doris guardose de aproximarse allí, y hacia las cuatro de la tarde, dejando al noreste el Mull escocés de Cantire, a la entrada de Clyde-Bay, estaba entre el cabo Fair y la isla Rathlin, a fin de embocar el canal del Norte.

La brisa del noroeste se mantuvo hasta las tres de la tarde, disolviendo las nubes de las altas zonas de la atmósfera.

Mientras el steamer siguió el litoral a dos o tres millas de distancia, apenas si se sentía un ligero balanceo. Hormiguita no había abandonado un instante el puente. Allí había almorzado, allí comería, y allí contaba permanecer mientras el frío de la noche no le obligase a entrar en el camarote del capitán. Decididamente, aquella primera travesía marítima no le dejaría más que excelentes recuerdos, y se felicitaba de haber tenido la buena idea de acompañar su cargamento. No sin cierto orgullo entraría en el puerto de Dublín en la Doris, y no dudaba que en aquel instante Grip y Sissy, Bob y Kat, prevenidos por mister O'Brien, estarían al extremo del muelle, quizás en el South-Wall, tal vez en la base del faro de Poolbeg...

Entre las cuatro y las cinco de la tarde, gruesos pelotones de vapor comenzaron a rodar hacia el este. Muy pronto tomó el cielo mal aspecto. Las nubes de líneas duras y contornos espesos que empujaba una brisa contraria venían con gran rapidez. Ninguna claridad indicaba en su base que el viento las despejase antes de la noche.

«Vigila el cambio de tiempo». Parecía que esta advertencia estuviera escrita allá, en el extremo periférico del mar. John Clear lo comprendió, pues frunció el entrecejo al interrogar atentamente el horizonte.

—¿Y bien, capitán? —preguntó Hormiguita, al que la actitud de éste, y de los marineros no había dejado de sorprender.

—¡No me gusta esto! —respondió el capitán volviéndose hacia el oeste. En efecto, la brisa amainaba. Las velas, deshinchadas, caían. Las escotas de mesana y de la brigantina estaban largas. Los foques relingaban mientras la gavia y la

ballestilla recibían los últimos soplos del poniente. La Doris, con menos apoyo, sufrió un violento vaivén a impulsos de una ola inmensa. El timón tenía poca acción, y dirigirlo llegó a ser difícil.

Sin embargo, a Hormiguita no le molestaba mucho el vaivén, muy penoso en los mares calmados, y no bajó a la cámara, aunque John Clear se lo aconsejara.

Las rachas del este llegaban con más frecuencia cada vez, levantando el agua pulverizada de la superficie del canal. En el horizonte se extendían las nubes, a las que los rayos del sol que declinaba hacían aparecer más negras por contraste. El aspecto era amenazador.

El capitán Clear tomó las precauciones que la prudencia exigía; hizo cargar la gavia y la ballestilla, sin guardar más que su trinquete, su pequeño foque, y la tripulación se instaló tras la vela de capa, especie de contrafoque indispensable al barco que quiere hacer frente a la tempestad. Por dicha, el steamer estaba elevado a dos o tres millas del litoral, ante el temor de que, si no podía ganar el viento, sería arrojado a la costa cuando la borrasca cayera a bordo.

Ningún marino ignora que en la época del equinoccio los turbiones se desarrollan con extrema violencia, sobre todo en aquellos parajes del norte. Así, no era aún noche cerrada, y el huracán asaltaba la Doris, desplegando una impetuosidad que no pueden imaginar los que no han sido testigos de esas luchas atmosféricas. Desde la caída del sol ensombreciose profundamente el cielo. El espacio se llenó de agudos silbidos entre los que las gaviotas huían hacia tierra. En un instante, el schooner fue sacudido de la quilla a los mástiles. La mar, como se dice, venía de tres lados; es decir, que las olas, contrariadas en su ondulación se precipitaron a la vez sobre la proa y sobre los costados de la Doris, cubriéndola de espuma. Todo quedó trastornado, desde el cabestrante hasta el timón, llegando a ser difícil mantenerse en el puente. El timonel tuvo que sujetarse; los marineros se resguardaron a lo largo de la empavesada.

—Baje, señor —dijo John Clear a Hormiguita. —Capitán... permítame.

—No... abajo, o será arrastrado por un golpe de mar.

Hormiguita obedeció. Entró en la cámara muy inquieto, menos por sí mismo que por su cargamento. Toda su fortuna a bordo de un barco en peligro.

Las cosas tomaban un aspecto muy grave. En vano el capitán había intentado colocar la Doris de forma que sólo presentase la proa a las olas, a fin de apartarse de la costa o de quedar a buena distancia. Por desgracia, hacia la una el pequeño foque y el contrafoque fueron arrebatados. Una hora después, la arboladura se vino abajo. Bruscamente, la Doris escoró sobre estribor, y como su cargamento estaba en la cala, no pudiendo levantarse, amenazaba llenar la empavesada.

Hormiguita, que había sido arrojado contra las paredes del camarote, se levantó a tientas.

Entonces, durante un momento de calma, llegaron gritos hasta él. En el puente había gran tumulto. ¿Había, pues, el barco sido desfondado por un golpe de mar?

¡No! John Clear, en la imposibilidad de enderezar la goleta, y temiendo que se hundiera, hacía sus preparativos para abandonarla. A pesar de la escora, que hacía muy peligrosa la maniobra, se había arriado la chalupa al mar. Preciso era embarcarse en ella sin perder un minuto. Hormiguita lo comprendió al oírse llamar por el capitán a través de la chupeta entreabierta.

¿Abandonar la goleta y todo lo que en cerraba en su cala? No. ¡Esto no podía ser! Sólo había una probabilidad de salvarla, y Hormiguita estaba resuelto a correrla, hasta con peligro de su vida. Conocía la ley marítima. Si la mar no se lo tragaba, un navío abandonado pertenece al primero que sube a bordo. El código inglés declara propiedad del salvador todo barco encontrado en la mar sin su tripulación.

Los gritos redoblaban. John Clear seguía llamando. —¿Dónde está? —repetía.

—¡Nos vamos a pique! —gritaban los marineros. —Pero... ¿ese joven?...

—No se puede esperar... —¡Ah! ¡Yo le encontraré! Y el capitán se precipitó por la escala de la chupeta.

Hormiguita no estaba en el camarote. Casi sin razonar, guiado por una especie de instinto, firmemente decidido a no abandonar el barco, se había introducido en la cala por una de las paredes que el choque con una pesada caja acababa de abrir.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —repetía el capitán, llamándole con todas sus fuerzas.

—Estará en el puente —dijo un marinero. —Se habrá arrojado al mar... —añadió otro. —¡Nos vamos a pique! ¡Nos vamos a pique!... Estas palabras fueron cambiadas en medio de un pavor espantoso.

La Doris acababa de inclinarse bajo un formidable golpe, y había el temor de que se volviese con la quilla al aire.

No había tiempo que perder. Puesto que Hormiguita no respondía, indudablemente había subido al puente sin que la oscuridad permitiese verle a nadie... Había sido arrastrado... Esto era lo más verosímil.

El capitán notó que la goleta se sumergía. La tripulación y él se precipitaron a la chalupa, cuya amarra fue largada en seguida. La única esperanza era que la embarcación resistiese, ¡poca, en verdad! Se alejó, pues, para no ser arrastrada en el remolino del schooner al hundirse.

La Doris quedaba sin capitán, sin tripulación. Pero no era un navío abandonado... un naufragio... puesto que Hormiguita estaba a bordo. Estaba solo, solo, amenazado de ser devorado de un momento a otro. No desesperó. Sentíase sostenido por un extraordinario presentimiento de confianza. Sobre el puente, dejase arrastrar hasta la empavesada bajo el viento a un lugar donde no entraba el agua. ¡Qué ideas le asaltaron! Por última vez, quizá, pensaba en los que amaba; en los MacCarthy; en la familia que se había constituido con Grip, Sissy, Bob, Kat y mister O'Brien, e imploró socorro de Dios, rogándole que lo salvara para ellos y para él... La banda de la Doris no se acentuaba, lo que alejaba todo peligro inmediato. Por fortuna, el casco estaba sólidamente construido y había resistido. Si la goleta se encontraba con algún navío, si los salvadores reclamaban la propiedad, Hormiguita estaría allí para reclamar su cargamento intacto. Terminó la noche. La terrible tempestad amainó a las primeras luces del sol. Sin embargo, la mar no se apaciguó. Hormiguita miró a tierra... Nada... ningún contorno de una costa al oeste. Era evidente que la Doris, empujada por los huracanes, había salido del canal del Norte, encontrándose actualmente en pleno mar de Irlanda. Tal vez entre Dundalk y Drogheda, ¿pero a qué distancia?

Y a lo lejos ni un barco, ni una barca de pesca. Además, aunque hubiera algún navío, sería difícil que viera a la Doris.

Sin embargo, ser visto era la única esperanza de salvación. De continuar hacia el oeste, la Doris se perdería sobre los arrecifes que bordean el litoral.

¿No era posible imprimirle una dirección que le acercase a los parajes frecuentados por los pescadores? En vano Hormiguita procuró instalar un pedazo de veta sostenida por dos cuerdas. No podía contar con sus propios esfuerzos y estaba en manos de Dios.

El día transcurrió sin que la situación se agravase. Hormiguita no temía que la Doris se hundiese, pues su grado de inclinación sobre estribor no podía ser mayor. No había que hacer más que una cosa: observar si por casualidad aparecía algún barco.

En espera de esto, nuestro joven comió para reponer sus fuerzas, y, lo repetimos, ni por un instante sintió que la desesperación se apoderase de él; no veía más que una cosa: que defendía sus intereses.

A las tres de la tarde, una humareda subió por el oeste. Una media hora después, un gran steamer se mostraba distintamente, dirigiéndose hacia el norte, a unas cinco o seis millas de la Doris.

Hormiguita hizo señales con una bandera puesta en la punta de un bichero... No fueron vistas.

¡De qué extraordinaria energía estaba dotado aquel niño que ni aun entonces se desanimó! Llegando la noche, no podía contar con otro encuentro. Ningún indicio le permitía pensar que estuviese próximo a tierra. La noche llena de nubes y sin luna, sería muy oscura. Sin embargo, el viento no anunciaba volver, y la mar estaba tranquila desde la mañana.

Como la temperatura era muy baja, lo mejor era descender al camarote. Inútil permanecer fuera, puesto que nada se distinguía. Muy fatigado por aquellas horas de angustia, incapaz de resistir al sueño, Hormiguita retiró la manta del catre, sobre el que no hubiera podido echarse a causa de la escora, y después de haberse envuelto en ella, tendiose junto a la pared y no tardó en dormirse.

Su sueño duró una gran parte de la noche; comenzaba el día cuando fue despertado por vociferaciones proferidas fuera; se levantó y escuchó. ¿La Doris

estaba, pues, cerca de la costa? ¿La había encontrado un navío al salir el sol?

—¡A nosotros... los primeros! —gritaban voces de hombres.

—¡No... a nosotros! —respondían otros.

Hormiguita apenas tardó nada en comprender lo que estaba sucediendo. Ninguna duda había de que la Doris hubiese sido vista al alba. Las tripulaciones se habían acercado, y ahora disputaban enérgicamente sobre a quién pertenecía. Se han izado sobre el casco, han invadido el puente y vienen a las manos.

Hormiguita no hubiera tenido más que mostrarse para ponerlos de acuerdo. Se guardó de hacerlo. Aquellos hombres se hubieran vuelto contra él. No dudarían en arrojarle al mar para evitar toda reclamación ulterior. Era preciso ocultarse sin perder momento. Fue a hacerlo en la cala en medio de las mercancías.

Algunos minutos después el tumulto había cesado, prueba de que ya había paz. Habían convenido en partir el cargamento después de haber conducido al puerto el navío abandonado.

Las cosas habían ocurrido de este modo. Dos barcas de pesca salidas al alborear el día de la bahía de Dublín, habían visto el schooner a tres o cuatro millas de distancia. Los tripulantes se habían dirigido hacia aquel casco medio zozobrado, luchando con ardor por llegar antes que los otros, pues la costumbre, que tenía la fuerza de ley, establecía que el barco naufragado pertenecía al primer ocupante. Las embarcaciones habían llegado al mismo tiempo. De aquí, disputas, amenazas, golpes, y finalmente, el acuerdo de partir el botín.

Apenas Hormiguita se había refugiado en la cala, cuando los patrones de las dos barcas treparon por la escala del casco a fin de visitar la cámara. Júzguese si Hormiguita debió felicitarle por haberse ocultado a sus miradas, cuando les oyó cambiar estas palabras:

—¡Es una fortuna que no haya un solo hombre a bordo! —¡Si lo hubiera, no quedaría mucho tiempo!

En efecto, aquellos salvajes no hubiesen retrocedido ante un crimen, con tal de asegurarse la propiedad del barco.

Media hora después el casco de la Doris era remolcado por las dos barcas, que forzaron la vela y los remos en dirección a Dublín.

A las nueve los pescadores se encontraban a la entrada de la bahía. Como la mar era baja, hubiera sido difícil hacer entrar la Doris, y se dirigieron hacia Kingstown, donde llegaron muy pronto.

Había mucha gente. Habiendo sido señalada la llegada de la Doris, mister O'Brien, Grip y Sissy, Bob y Kat, prevenidos del salvamento, habían tomado el tren de Kingstown y se encontraban en la estacada.

¡Qué angustia la suya al saber que los pescadores no traían más que un casco abandonado! Hormiguita no estaba a bordo... Había perecido... Todos lloraron.

En aquel momento llegó el oficial del puerto encargado de la información relativa al salvamento, con atribuciones para dar a quien de derecho correspondiese el navío y su cargamento... Una fortuna para los salvadores.

De repente apareció un joven. ¡Qué grito de alegría lanzaron los suyos, y con qué grito de furor contestaron los pescadores!

En un instante Hormiguita está en el muelle... Sissy, Grip, mister O'Brien, todos le estrechan entre sus brazos. Y entonces, avanzando hacia el oficial del puerto,

—¡La Doris no ha sido nunca abandonada —dice con voz firme—, y lo que contiene es mío! En efecto: él había salvado el rico cargamento con su presencia a bordo solamente.

Toda discusión hubiera sido inútil. El derecho del joven era incontestable. La propiedad del cargamento le fue conservada, como los restos de la Doris al capitán Clear y a sus hombres, recogidos la víspera. Los pescadores tuvieron que contentarse con la prima que les era legítimamente debida.

¡Qué satisfacción recibieron todos al encontrarse una hora después en el bazar de Little Boy and Co.!

La primera travesía de Hormiguita había sido peligrosa. Sin embargo, Bob le dijo:

—¡Ah!... ¡Yo hubiera querido estar contigo a bordo! —¿A pesar de todo,
Bob?

—¡A pesar de todo!

XV ¿Y POR QUÉ NO?

Decididamente, toda clase de felicidades se sucedían en la existencia de Hormiguita desde que había abandonado Trelingar-Castle: la dicha de haber salvado y recogido a Bob, de haber encontrado a Grip y a Sissy, de haberles casado; sin hablar de los fructuosos negocios que hacía el joven dueño de «Los pequeños bolsillos».

Iba a la fortuna a fuerza de inteligencia y de valor también. Su conducta a bordo de la Doris era una prueba clara.

Una sola dicha le faltaba, sin la que no podía ser dichoso por completo: la de devolver a la familia MacCarthy todo el bien que ésta le había hecho.

¡Con qué impaciencia se esperaba la llegada del Queensland!

La travesía se prolongaba. Esos veleros que están a merced del viento y en la terrible estación del equinoccio, exigen mucha paciencia. Por otra parte, aún no había razón para inquietarse. Hormiguita no había descuidado escribir a Queenstown, y los armadores del Queensland, los señores Benett, debían prevenirle por telégrafo en el momento en que el barco fuera señalado.

Entretanto no se holgaba en el bazar de Little Boy. Hormiguita había llegado a ser un héroe, un héroe de quince años. Sus aventuras a bordo de la Doris, la fuerza de voluntad, la extraordinaria tenacidad desplegada por él en aquellas circunstancias, habían acrecentado sus simpatías en la ciudad. Aquel cargamento defendido con riesgo de su vida, era justo que fuese para él un golpe de fortuna. Esto sucedió. La afluencia de gente tomó proporciones inverosímiles. Los anaqueles se vaciaban, llenándose de nuevo enseguida. Se puso de moda tener té de la Doris, azúcar de la Doris, especias de la Doris y vinos de la Doris. El anaquel de los juguetes se vio algo abandonado y Bob pudo acudir en ayuda de Hormiguita y de Grip, siendo preciso tomar dos nuevos dependientes, mientras Sissy, instalada en el escritorio, apenas se bastaba para llenar facturas. Conforme a la opinión de mister O'Brien, antes de algunos meses el capital empleado en el negocio del cargamento sería cuadruplicado, si no quintuplicado.

Las tres mil quinientas libras se convertirían en quince mil por lo menos. El antiguo comerciante no se equivocaba; y decía muy alto que todo el honor de aquella empresa correspondía al joven. Que él le hubiera animado, bien. Pero la primera idea había nacido del joven, al leer el anuncio de la Shipping-Gazette, y se sabe con qué energía la había realizado.

No hay, pues, que extrañar que el bazar de Little Boy hubiese llegado a ser el mejor provisto y el más hermoso de Bedford Street y hasta del barrio. La mano de una mujer se veía en mil detalles, y además Sissy ¡era tan activamente secundada por Grip!... Ciertamente. Grip comenzaba a hacerse a la idea de que él era su marido, sobre todo desde que creía notar —¡oh, orgullo paternal!— que la dinastía de sus antepasados no terminaría en su persona.

¡Qué marido tan cariñoso, tan atento, tan...! ¡Deseamos uno semejante a todas las mujeres que tienden a ser, no diremos adoradas, idolatradas sobre esta tierra!

¡Y cuando se piensa en lo que había sido la infancia de todos: Sissy en la cabaña de la Hard, Grip en la Ragged-School, Bob por los caminos, Birk mismo por los alrededores de Trelingar —Castle, tan dichosos al presente y deudores de esta felicidad a aquel mozo de quince años! No se extrañe de que citemos a Birk entre esos seres privilegiados. ¿Acaso no estaba comprendido bajo la razón social Little Boy and Co., y no le miraba la buena Kat como uno de los socios de la casa?

En cuanto a lo que hubiera sido de los demás a los que había mezclado su existencia, Hormiguita no se inquietaba.

Sin duda Thornpipe continuaba recorriendo los condados mostrando los muñecos de la familia real. Mister O'Bodkins embruteciéndose por el abuso de su contabilidad; el marqués y la marquesa Piborne, en aquella augusta imbecilidad que su hijo el conde Ashton había heredado desde su nacimiento. Mister Scarlett administrando en provecho suyo el dominio de Trelingar. Miss Anna Waston muriendo en el quinto acto de los dramas. Por otra parte, ninguna noticia se había recibido de aquellas gentes, a no ser de lord Piborne, el cual, según el Times, se había decidido a pronunciar un discurso en la Cámara de los Lores, habiendo tenido que renunciar a la palabra porque su boca funcionaba mal. En cuanto a Carker, aún no había sido colgado, con extremo asombro de Grip, pero estaba cerca, habiendo sido recientemente preso en Londres en una redada de jóvenes gentlemens de su calaña.

Y no nos ocuparemos más de estos personajes de alto y bajo origen. Quedaban los MacCarthy, en los que Hormiguita no cesaba de pensar, y cuyo regreso con tanta impaciencia esperaba.

Las noticias marítimas no habían aún señalado al Queensland. ¿Si tardaba algunas semanas, de qué inquietud no sería presa?

Desde algún tiempo violentas tempestades habían agitado el Atlántico, y el telegrama prometido por los armadores de Queenstown no llegaba!...

El empleado del telégrafo lo llevó al fin el 5 de abril por la mañana. Bob lo recibió... En seguida gritó:

—¡Telegrama de Queenstown! ¡Telegrama de Queenstown! Íbase, pues, a conocer a aquellos honrados MacCarthy.

La familia adoptiva de Hormiguita estaba de regreso en Irlanda... La única familia que había tenido.

A los gritos de Bob, acudieron Sissy, Grip, Kat y mister O'Brien. El telegrama decía así:

Queenstown.—5 ab. 9,25 m.

Hormiguita, Little Boy. Bedford-Street. Dublín.

Queensland entró esta mañana. Familia MacCarthy a bordo.
Esperamos sus órdenes. BENETT.

Hormiguita se conmovió profundamente. Su corazón cesó por un instante de latir. Abundantes lágrimas le aliviaron, y se contentó con decir, guardando el telegrama en su bolsillo.

—Está bien.

Después no habló más de la familia MacCarthy, lo que no dejó de sorprender a mister y mistress Grip, Bob, Kat y mister O'Brien. Volvió, como de

costumbre, a sus negocios. Únicamente mister Balfour anotó en cuenta un cheque por valor de cien libras, que entregó al joven, y del que éste no indicó el empleo.

Transcurrieron cuatro días, los cuatro últimos de Semana Santa, pues en aquel año la Pascua caía en 10 de abril.

En la mañana del sábado, Hormiguita reunió a los suyos, y les dijo: —El bazar estará cerrado hasta el martes por la tarde.

Esto era dar permiso a mister Balfour y a los dos dependientes. Sin duda también Bob, Grip y Sissy se proponían aprovecharse de la licencia, cuando Hormiguita les preguntó si no aceptarían la idea de viajar durante aquellos tres días de vacaciones.

—¡Viajar! —exclamó Bob—. Bien... ¿Dónde vamos?

—Al condado de Kerry, que deseo volver a ver —respondió Hormiguita. Sissy le miró.

—¿Quieres que te acompañemos? —preguntó. —Mucho me agradaría.

—Entonces ¿yo seré de la partida? —preguntó Grip.

—Ciertamente.

—¿Y Birk? —añadió Bob. —Birk también.

Se convino en que el bazar quedaría al cuidado de Kat. Se ocuparían de los preparativos necesarios para una ausencia de tres días; se tomaría el expreso a las cuatro de la tarde, y llegarían a Tralée hacia las once; descansarían, y al día siguiente... al día siguiente, Hormiguita daría a conocer el programa de la jornada que iban a emprender.

A las cuatro los viajeros estaban en la estación; Grip y Bob muy alegres; ¿por qué no habían de estarlo? Sissy, menos expansiva, observando a Hormiguita, que permanecía impenetrable.

—Tralée —se decía la joven —está muy cerca de la granja de Kerwan. ¿Quiere volver a ésta?

Tal vez Birk hubiera podido contestarle; pero sabiendo lo discreto que era, ella no le interrogó.

El perro fue colocado en el mejor sitio del furgón, con recomendaciones especiales de Bob, apoyadas por un chelín. Después Hormiguita y sus compañeros de viaje subieron a un departamento de primera clase.

Las ciento setenta millas que separan Dublín de Tralée fueron recorridas en siete horas. Hubo un nombre de estación, voceado por el maquinista, que impresionó vivamente a nuestro joven. El de Limerick. Se acordó de su primera y única presentación en el teatro, con el drama Los remordimientos de una madre, y de la escena en que se agarraba desesperadamente a la duquesa de Kendalle, interpretada por miss Anna Waston. ¡No fue más que un recuerdo, que se desvaneció como las fugitivas imágenes de un sueño!

Hormiguita, que conocía Tralée, condujo a sus amigos a la primera fonda de la ciudad, donde comieron convenientemente y durmieron con tranquilo sueño.

Al día siguiente, día de Pascua, Hormiguita se levantó al alba. Mientras Sissy se vestía y Grip permanecía a las órdenes de su mujer, y Bob se desperezaba, él fue a recorrer la población. Reconoció la posada, a la que Martin bajó con él, la plaza del Mercado, donde sintió su primer impulso por el comercio, la farmacia en la que había gastado parte de su guinea para la abuela, a la que debía encontrar muerta a su regreso.

A las siete, un coche esperaba a la puerta de la fonda. Buen caballo y buen cochero; el dueño de aquélla respondía de ello, por un precio concienzudamente regateado, tanto por el vehículo, tanto por la bestia, tanto por el hombre que la conducía, tanto para la propina... así se acostumbra en Irlanda.

A las siete y media partieron, después de un frugal almuerzo. El tiempo era bueno, el sol caliente, la brisa no muy mortificante, el cielo con nubes ligeras. Un domingo sin lluvia, cosa poco frecuente en la isla Esmeralda.

La primavera, bastante precoz aquel año, se prestaba al esparcimiento de la vegetación. Los campos no tardarían en estar verdes, y los árboles en retoñar. Unas doce millas separan Tralée de la parroquia de Siltón. ¡Cuántas veces había Hormiguita recorrido aquel camino en el carro de MacCarthy! La última vez iba solo... volvía de Tralée a la granja. Se había ocultado en el momento en que aparecían los agentes... Aquellas impresiones volvían a su espíritu. Por lo demás,

desde aquella época el camino no había sufrido modificación alguna. Aquí y allá, raras posadas, tierras en baldío. Paddy es refractario al cambio... y nada cambia en Irlanda, ¡ni la miseria!...

A las diez el coche se detuvo en el pueblo de Siltan. Era la hora de la misa. La misma modesta iglesia, construida al sesgo, con su tejado acampanado, sus muros sin aplomo. En ella se había celebrado el doble bautismo de Hormiguita y de su ahijada. Aquél entró en la iglesia con Sissy, Grip y Bob, dejando a Birk en el pórtico. Nadie le reconoció, ni los asistentes, ni el anciano sacerdote. Durante la misa se preguntaban quién era aquella familia, cuyos individuos no tenían entre sí punto de semejanza.

Y mientras Hormiguita con los ojos bajos revivía en medio de sus recuerdos, tan mezclados de días dichosos y desdichados, Sissy, Grip y Bob rezaban con el corazón lleno de reconocimiento por aquel a quien tanta felicidad debían.

Después de un almuerzo servido en la mejor posada de Siltan, el coche se dirigió hacia la granja de Kerwan, distante unas tres millas.

Al subir aquel camino que tantas veces recorrió en compañía de Martina, de Kitty y también de la abuela, cuando ésta podía, Hormiguita sintió los ojos arrasados en lágrimas. ¡Qué aspecto más triste! Se veía un país abandonado. Por todas partes, casas en ruinas, ¡y qué ruinas! Hechas para obligar a gentes condenadas a la evicción a abandonar su último abrigo! A mano derecha, rótulos pegados a las murallas indicaban que tal granja, tal choza, tal campo, estaban para ser arrendados o vendidos. ¡Y quién hubiera osado tal cosa, toda vez que no se había recolectado en ellos más que miseria!

En fin, hacia la una y media, la granja de Kerwan apareció al volver el camino. Un sollozo se escapó del pecho de Hormiguita.

—Allí está —murmuró.

¡Y en qué triste estado! Destruídos los setos, la puerta arrancada, los anejos de la derecha y de la izquierda en tierra, el patio invadido por las ortigas y escaramujos. ¡En el fondo, la casa sin techo, las puertas sin hojas, las ventanas sin marcos! Desde hacía cinco años la lluvia, la nieve, el viento, el sol, todos esos agentes de destrucción, habían realizado su obra. Nada más lamentable que aquellas habitaciones desamuebladas, abiertas a la intemperie, y allí, aquella en

que Hormiguita se acostaba cerca de la abuela.

—¡Sí, es Kerwan! —repetía, y se hubiera dicho que no osaba penetrar. Bob, Grip y Sissy, un poco más atrás, guardaban silencio.

Birk iba y venía, inquieto, husmeando el suelo, encontrando también recuerdos de otra época.

De repente, el perro se detiene, tiende el hocico, brillan sus ojos, agítase su cola.

Un grupo acaba de llegar ante la puerta del patio; cuatro hombres, dos mujeres, una niña. Son gentes pobremente vestidas y que parecen haber padecido mucho. El más anciano se separa del grupo y avanza hacia Grip, que por su edad parece ser el jefe de aquellos extranjeros.

—Señor —le dice—. Se nos ha citado en este lugar... ¿Usted sin duda?...

—¿Yo? —responde Grip, que no conocía a aquel hombre y que le miraba no sin sorpresa.

—Sí. Cuando hemos desembarcado en Queenstown, el armador nos ha entregado cien libras, diciéndonos que tenía orden de encaminarnos a Tralée.

En este momento, Birk dejó oír un ladrido de alegría, y se lanzó hacia la mayor de las dos mujeres con mil demostraciones de cariño.

—¡Ah! —exclama ésta— ¡Es Birk! ¡Nuestro perro Birk!... ¡Le reconozco!...

—¿Y no me reconoce a mí, madre Martina? —dijo Hormiguita—. ¿No me reconoce?

—¡Él!... ¡Nuestro hijo!...

¿Cómo expresar lo inexpresable? ¿Cómo pintar la escena que siguió? Martina, Murdock, Pat, Sim, han cogido a Hormiguita entre sus brazos. Y él cubre de besos a Martina y a Kitty. Después, cogiendo a su ahijada, la levanta, la devora a besos, y la presenta a Sissy, a Grip, a Bob, exclamando: —¡Mi Jenny! ¡Mi ahijada!

Después de aquellos transportes de efusión, sentáronse sobre las piedras derribadas en el fondo del patio. Hablaron. Los MacCarthy contaron su lamentable historia. Después de la evicción, se les había conducido a Limerick, donde Murdock fue condenado a prisión por algunos meses. Extinguida su condena, Martin y su familia habían vuelto a Belfast. Un navío de emigrantes les llevó a Australia, a Melbourne, donde Pat, abandonando su oficio, no había tardado en reunirse a ellos. Y entonces, ¡qué marchas, qué penas para no lograr nada, buscando trabajo, de granja en granja, trabajando juntos; pero en qué condiciones tan deplorables! En fin, después de cinco años, habían podido abandonar aquella tierra, ¡tan dura para ellos como lo había sido su tierra natal!

¡Con qué emoción miraba Hormiguita a aquellas pobres gentes, a Martin envejecido, a Murdock tan sombrío como le había conocido, a Pat y Sim abrumados por las fatigas y las privaciones, a Martina, que no conservaba nada de la labradora despierta y viva de algunos años antes, a Kitty, a quien una fiebre continua parecía devorar, y a Jenny, debilitada por, tantos sufrimientos a su edad! El corazón se le oprimía.

Sissy juntó a los dos labradores y la niña mezclaba sus lágrimas con las de ellos, y procuraba consolarles, diciéndoles:

—Sus desgracias han terminado, señora Martina. Como las nuestras, gracias a su hijo adoptivo.

—¿Tú, hijo mío? —repetía Martin.

La emoción no dejaba responder al joven.

—¿Por qué nos has traído a este lugar que nos recuerda nuestro miserable pasado? —preguntó Murdock—. ¿Por qué estamos en esta granja donde mi familia y yo hemos sufrido por tanto tiempo? Hormiguita, ¿por qué has querido ponernos frente a estos tristes recuerdos?

Y esta pregunta estaba en los labios de todos, tanto en los de los MacCarthy como en los de Sissy, Grip y Bob. ¿Cuál había sido la intención de Hormiguita al llevar a todos a la granja de Kerwan?

—¿Por qué? —respondió éste, haciéndose dueño de sí, no sin trabajo—. ¡Venid, padre, madre, hermanos míos, venid!

Siguiéronle al centro del patio.

Allí, en medio de las ortigas y escaramujos se levantaba un pequeño abeto.

Jenny —dijo dirigiéndose a la niña—, ¿ves este árbol? Lo planté el día que naciste. ¡Tiene ocho años, como tú!

Kitty, a la que esto recordaba la época en que era tan dichosa y en el que podía esperar que su dicha durase algún tiempo, estalló en sollozos. Jenny, querida mía —repitió Hormiguita—. Mira este cuchillo.

Lo había sacado de su vaina de cuero.

—Es el primer regalo que me hizo la abuela... Tu bisabuela, que apenas has conocido.

A este nombre, evocado en medio de aquellas ruinas, Martin, su mujer y sus hijos, sintieron desbordarse su corazón.

Jenny —continuó Hormiguita—, toma este cuchillo y cava la tierra al pie del abeto.

Sin comprender, Jenny se arrodilló e hizo un agujero en el lugar indicado. Muy pronto el cuchillo encontró un cuerpo duro.

Allí había una olla intacta bajo la espesa corteza de tierra. —Retira esa olla y ábrela, Jenny. La niña obedeció. Todos la miraban en silencio.

Abierta la olla, se vio que contenía gran número de guijarros, de esos que están en el lecho del Glashen.

—Martin —dijo Hormiguita—, ¿se acuerda? Todas las noches me entregaba un guijarro cuando estaba contento de mí.

—Sí, hijo mío, y no pasó un día sin que merecieras recibir uno. —Ellos representan el tiempo que he pasado en la granja de Kerwan... Cuéntalos, Jenny. ¿Sabes contar, verdad?

—¡Oh! ¡Sí! —respondió, la niña.

Y se puso a contar los guijarros haciendo montones de a docena. —Mil quinientos cuarenta — dijo.

—Está bien. He vivido con tu familia más de cuatro años, Jenny. Con tu familia que ha llegado a ser la mía.

—Y esos guijarros —dijo Martin, bajando la cabeza —son el único salario que de mí has recibido... Esos guijarros que yo esperaba poder cambiarte por chelines.

—¡Y que para usted, padre, van a convertirse en guineas!

Ni Martin, ni ninguno de los otros podían creerlo ni comprender lo que veían. ¡Fortuna semejante! ¿Es que Hormiguita estaba loco?

Sissy adivinó su pensamiento y se apresuró a decir:

—No, amigos míos; tiene el corazón tan sano como su inteligencia, y es su corazón el que habla.

—Sí, padre Martin, madre Martina y hermanos Murdock, Pat y Sim, y tú, Kitty, y tú ahijada mía. ¡Sí! Me siento muy dichoso al poderos volver una parte del bien que me habéis hecho. Esta tierra está en venta. Vosotros la compraréis. Volveréis a levantar la granja. No os faltará el dinero. No sufriréis más los malos tratos de un Harbert. Estaréis en vuestra casa.

¡Seréis los amos!

Y entonces Hormiguita contó toda su vida desde el día en que había abandonado Kerwan, dando a conocer la situación en que al presente se encontraba. La suma que ponía a disposición de la familia MacCarthy, representada en guineas por los mil quinientos cuarenta guijarros, hacía mil quinientas libras... ¡Una fortuna para los pobres irlandeses! Y ésta fue, quizás, la primera vez que sobre aquella tierra bañada por tanto llanto, cayeron lágrimas de alegría y de reconocimiento.

La familia MacCarthy permaneció los tres días de Pascua en el pueblo de Siltón con Hormiguita, Bob, Sissy y Grip. Y después de una conmovedora despedida, éstos regresaron a Dublín, donde desde la mañana del 11 de abril el bazar volvió a abrir sus puertas.

Transcurrió un año, el de 1887, que debía contarse como uno de los más felices en la existencia de aquellas gentes.

Los resultados del negocio de la Doris fueron más allá de lo que había previsto mister O'Brien, y el capital de Little Boy and Co. se elevaba a veinte mil libras. Verdad que una parte de esta fortuna pertenecía a mister y mistress Grip y a Bob, los socios de la casa.

¿Pero acaso no formaban todos una sola y misma familia?

En cuanto a los MacCarthy, después de haber adquirido doscientos acres de tierra en excelentes condiciones, habían levantado la granja, restableciendo el material y el ganado.

Con la dicha les volvieron la fuerza y la salud... Claro es. ¡Irlandeses que han padecido bajo el látigo del landlordismo, ahora en su casa, sin trabajar más para despiadados señores!

Hormiguita no olvida, ni olvidará jamás, que ha sido su hijo adoptivo, y podrá suceder que algún día se una a ellos con lazos más estrechos... Jenny va a cumplir diez años, y promete ser una hermosa joven..., ¿Pero no es su ahijada?, se dirá. Y bien... ¿por qué no? ¿Qué importa esto?

Al menos tal es la opinión de Birk.

FIN

1 Opinión común a los irlandeses, que sin embargo hicieron una excepción con mister Parnell, cuando este rey no coronado de Irlanda, como se le llamaba, dirigió algunos años después (1879) la célebre National Land League, fundada para la reforma de la agricultura.

2 Tal fue la hambruna de 1740 —1741, que causó la muerte a 400.000 irlandeses; o la de 1847, que hizo perecer medio millón y obligó a igual número de habitantes a emigrar al Nuevo Mundo.

3 Las hornagueras en Irlanda, bogs rojos o negros, ocupan más de 12.000 kilómetros cuadrados, o sea la séptima parte de la isla, con un espesor medio de ocho metros, y comprenden veinticinco millares de metros cúbicos.

4 Desde 1870 los labradores no pueden ser expulsados sin recibir una indemnización por las mejoras que han hecho en el suelo. (N. del A.)

5 Con objeto de no desvirtuar el carácter de la canción, la transcribimos en francés, y damos la traducción literal en prosa a continuación.

6 Atestado bajo juramento o exposición escrita.

7 Especie de galería o balcón de piedra que se formaba sobre la puerta de una fortaleza, dejando varias aberturas perpendiculares a la entrada, desde la que podían arrojarse toda clase de piedras y proyectiles sin descubrir el cuerpo los sitiados.